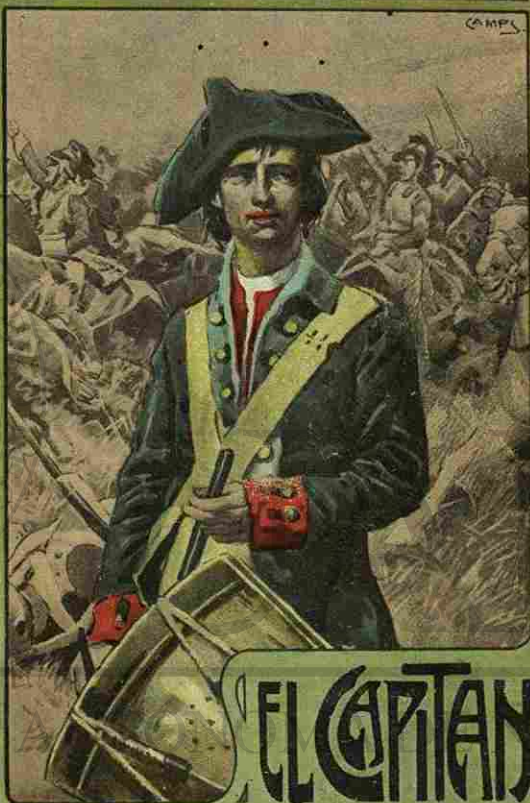


Precio 75 centavos.

COLECCION AMBOS MUNDOS



EL CAPITAN

RICHARD NOVELA ORIGINAL

DE A. DUMAS - PADRE

25

A. DUMAS



EL
CAPITÁN
RICHAR



PQ2225
.C24
S6





1020016625



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



COLECCIÓN «AMBOS MUNDOS»

NOVELAS PUBLICADAS

- La Bohème, por *E. Münger*. 2 tomos.
El Crepúsculo, por *Jorge Ohnet*. 1 »
Indiana, por *Jorge Sand*. 1 »
Mimi Pinson, por *Alfred de Musset*. 1 »
La Mujer de treinta años, por *H. de Balzac*. 1 »
Los Mineros de Polignies, por *Elias Ber-*
thet. 1 »
Mujeres de Rapiña: La Señorita Cache-
mira, por *Jules Claretie*. 1 »
El Capitán Richard, por *A. Dumas (padre)*. 1 »

EN PREPARACIÓN . . .

Obras de I. J. Kraszewski, Eugenio Sué,
Ch. Dickens, etc.

Núm. Clas. _____
Núm. Autor D 886c
Núm. Adg. ~~542~~ 77942
Procedencia 1
Precio _____
Fecha agosto 1965
Clasificó _____
Catalogó 629

EL

CAPITÁN RICHARD

POR

ALEXANDRE DUMAS

TRADUCCIÓN DE

FRANCISCO CASANOVAS

ILUSTRADA CON MAGNÍFICAS LÁMINAS POR

GASPAR CAMPS

ACERVO DE LITERATURA UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA

LA EDITORIAL ARTÍSTICA ESPAÑOLA

B. Castellá. — Brosolí, 4

1903

77942

Núm. Clas _____
 Núm. Au: _____
 Núm. Adg _____
 Procedenc _____
 Precio _____
 Fecha _____
 Clasific _____
 Total _____



ES PROPIEDAD

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, N. L.

IMPRESA BASEDA, á cargo de Domingo Clarasó, Villarreal, 17.

Litografía de Rovira é Hijo y Chiqués.



EL CAPITÁN RICHARD

I

Un protagonista que no es el de nuestra historia

A diez y ocho leguas, poco más ó menos, de Munich, que la *Guía de Alemania* designa como una de las ciudades más elevadas, no sólo de Baviera, sino de Europa; á nueve leguas de Augsburg, famosa por la dieta, en la que Melanchthon redactó, en 1530, la fórmula de la ley luterana; á veintidós leguas de Ratisbona, en las obscuras salas de cuya casa comunal se celebraron, de 1662 á 1806, los estados del imperio germánico, se levanta, como centinela avanzada, dominando la corriente del Danubio, la pequeña ciudad de Donauwörth.

Cuatro carreteras conducen á la antigua ciudad donde Luis el Severo, por una injusta sospecha de infidelidad, hizo decapitar á la desdichada María de Brabante: dos proceden de Stuttgard, esto es, de Francia, las de Nordlingen y de Dillingen, y dos de Austria, las de Augsburg y de Aichach. Las dos primeras en la orilla izquierda del Danubio; las otras dos, situadas en la orilla derecha del río, lo atraviesan al llegar á Donauwörth, merced á un simple puente de madera.

Hoy, gracias á que el ferrocarril pasa por Donauwörth, y á que los vapores descienden por el Danubio desde Ulm al mar Negro, la ciudad ha adquirido alguna importancia, y muestra cierta vitalidad; mas no sucedía así á principios de este siglo.

Y, sin embargo, la antigua ciudad libre, que en los tiempos ordinarios parecía un templo elevado á la diosa Soledad y al dios Silencio, presentaba, el 17 de abril de 1809, un espectáculo tan inusitado para sus dos mil

quinientos habitantes, que á excepción de los niños de cuna y de los viejos paralíticos, que, unos por su debilidad y otros por sus achaques, se veían obligados á permanecer en casa, toda la población inundaba calles y plazas, en especial la calle en donde terminaban las dos carreteras provenientes de Stuttgart, y la plaza del Castillo.

Efectivamente, desde la tarde del 13 de abril —en cuyo momento tres sillas de posta, acompañadas por algunos furgones y carretas, se detuvieron en la posada del *Cangrejo*, apeándose de la primera un general que llevaba, como el emperador, un sombrerito y un paletó por encima del uniforme, y de las dos restantes todo un estado mayor—, se extendió el rumor de que el vencedor de Marengo y de Austerlitz había escogido la pequeña ciudad de Donauwörth como á punto de partida de sus operaciones en la nueva campaña que iba á emprenderse contra el Austria.

Aquel general —que los más curiosos, mirando á través de los cristales de la posada, habían reconocido aquella tarde por un hombre de cincuenta y seis á cincuenta y siete años, y que los mejor informados aseguraban era el general Berthier, príncipe de Neuchâtel, que sólo precedía de dos ó tres días al emperador, según se aseguraba—, en la misma noche de su llegada había enviado correos á todos lados, ordenando una concentración de tropas sobre Donauwörth, que empezó á realizarse dos días después; de suerte que, dentro y fuera de la ciudad, no se oían más que tambores y cornetas, viéndose desembocar por los cuatro puntos cardinales, regimientos de bávaros, wurtembergueses y franceses.

Digamos dos palabras sobre esas dos antiguas enemigas que se llaman Francia y Austria, y de las circunstancias que producían todo aquel movimiento, desde que el emperador Napoleón y el emperador Francisco II rompieran la paz firmada en Presburgo.

El emperador se hallaba en plena guerra con España. He aquí lo ocurrido.

El tratado de Amiéns que en 1802 había sellado la paz con Inglaterra, sólo había durado un año, habiendo obtenido Inglaterra del rey Juan VI de Portugal, que faltara á sus compromisos con el emperador de los franceses. Al saber la noticia, Napoleón se limitó á escribir esta única línea, firmada con su nombre:

«La casa de Braganza ha dejado de reinar».

Juan VI, echado de Europa, tuvo que atravesar á nado el Atlántico, yendo á pedir auxilio á las colonias portuguesas.

Camoens, en su naufragio en las costas de la Cochinchina, logró salvar su poema, sosteniéndolo con una mano, mientras nadaba con la otra; Juan VI, en la tormenta que le arrastraba á Río Janeiro, se vió obligado á abandonar su corona. Bien es cierto que encontró otra allá abajo, y que, á cambio de su pérdida realza en Europa, se hizo proclamar emperador del Brasil.

Los ejércitos franceses, que habían obtenido permiso para atravesar España, ocuparon el Portugal, del que Junot fué nombrado gobernador.

Era tan poca cosa el Portugal, que sólo se le nombraba un gobernador.

Peró los proyectos del emperador no se detuvieron aquí.

El tratado de Presburgo, impuesto al Austria después de la batalla de Austerlitz, había asegurado á Eugenio Beauharnais el virreinato de Italia; el tratado de Tilsit, impuesto á la Prusia y á la Rusia después de la batalla de Friedland, había dado á Jerónimo el reino de Westfalia; tratábase ahora de trasladar á José y de colocar á Murat.

Para ello se habían tomado todas las precauciones.

Un artículo secreto del tratado de Tilsit autorizaba al emperador de Rusia á apoderarse de la Finlandia, y al emperador de los franceses á apoderarse de España.

Necesitábase ocasión propicia.

La ocasión no tardó en presentarse.

Murat se había quedado en Madrid con instrucciones secretas. El rey Carlos IV se quejaba amargamente á Murat de sus rencillas con su hijo, que acababa de obligarle á abdicar, y que le había sucedido con el nombre de Fernando VII. Murat aconsejó á Carlos IV que acudiera á su aliado Napoleón; Carlos IV, que nada tenía ya que perder, aceptó el arbitraje con reconocimiento, y Fernando VII, que no era el más fuerte, aceptó con inquietud.

Murat los condujo suavemente á Bayona, donde Napoleón les esperaba. Una vez bajo las garras del león, no hubo remisión para ellos: Carlos IV abdicó á favor de José, declarando á Fernando VII indigno de reinar. Entonces Napoleón puso la mano diestra sobre el padre, la izquierda sobre el hijo, y envió al primero al palacio de Compiègne, y al segundo al castillo de Valençay.

Si la cosa era del gusto de Rusia, con la cual estaba

convenida, y que tenía su compensación, no era del gusto de Inglaterra, que sólo ganaba el sistema continental. Así es que esta última tenía sus ojos azules fijos en España, pronta á aprovecharse de la primera insurrección, la cual, por otra parte, no se hizo esperar.

El 27 de mayo de 1808, día de San Fernando, estallaba la insurrección en diferentes puntos, especialmente en Cádiz, donde los insurrectos se apoderaron de la escuadra francesa, refugiada allí después del desastre de Trafalgar.

Luego, en menos de un mes, se extiende por toda España el siguiente catecismo:

- «—¿Qué eres, hijo mío?
 »—Español por la gracia de Dios.
 »—¿Qué quieres decir con esto?
 »—Quiero decir que soy hombre de bien.
 »—¿Cuál es el enemigo de nuestra felicidad?
 »—El emperador de los franceses.
 »—¿Quién es el emperador de los franceses?
 »—¡Un malvado! ¡La fuente de todos los males, el destructor de todos los bienes, el depósito de todos los vicios!
 »—¿De cuántas naturalezas se compone?
 »—De dos: la naturaleza humana y la naturaleza diabólica.
 »—¿Cuántos son los emperadores de los franceses?
 »—Uno verdadero, en tres personas engañosas.
 »—¿Cómo las llaman?
 »—Napoleón, Murat y Manuel Godoy.
 »—¿Cuál de los tres es el más malo?
 »—Todos lo son por igual.
 »—¿De quién deriva Napoleón?
 »—Del pecado.
 »—¿Y Murat?
 »—De Napoleón.
 »—¿Y Godoy?
 »—De la conjunción de los dos.
 »—¿Cuál es el espíritu del primero?
 »—El orgullo y el despotismo.
 »—¿Y del segundo?
 »—La rapiña y la crueldad.
 »—¿Y del tercero?
 »—La avaricia, la traición y la ignorancia.
 »—¿Qué son los franceses?
 »—Éx cristianos que se han vuelto herejes.

»—¿Qué suplicio merece el español que falta á sus deberes?

»—La muerte y la infamia de los traidores.

»—¿Cómo han de portarse los españoles?

»—Según las máximas de Nuestro Señor Jesucristo.

»—¿Quién nos libraré de nuestros enemigos?

»—La confianza en nosotros, y las armas.

»—¿Es pecado matar á un francés?

»—No, padre; al contrario: el que mata á uno de esos perros herejes, gana el cielo.»

Principios singulares, en verdad; pero que estaban en armonía con la torpe ignorancia del pueblo que los invocaba.

Originóse una sublevación general, que tuvo por resultado la capitulación de Bailén, la primera mancha vergonzosa infligida á nuestras armas desde 1792.

La capitulación fué firmada el 22 de julio de 1808.

El 31 del mismo mes, un ejército inglés desembarcaba en Portugal.

El 21 de agosto ocurría la batalla de Vimieiro, que nos costaba 12 cañones y 1,500 muertos ó heridos; y, finalmente, el 30, la convención de Cintra, estipulaba la evacuación de Portugal por Junot y su ejército.

El efecto de esas noticias había sido terrible en París.

Ante tales reveses, Napoleón sólo conocía un remedio: su presencia.

Dios está con él todavía: su fortuna le acompañará. El suelo de España verá, á su vez, los milagros de Rívoli, de las Pirámides, de Marengo, de Austerlitz, de Jena y de Friedland.

Despídese del emperador Alejandro, se asegura de las disposiciones de Prusia y Austria —á quienes vigilan el nuevo rey de Sajonia desde Dresde, y el nuevo rey de Westfalia desde Hesse-Cassel—, se lleva de Alemania 80,000 veteranos, toca de paso en París, para anunciar al cuerpo legislativo que pronto las águilas revolotearán por encima las torres de Lisboa, y parte para España.

El 4 de noviembre llega á Tolosa.

El 10, el mariscal Soult, ayudado por el general Mouton, toma Burgos, apodérase de 20 cañones, mata 3,000 españoles, y hace otros tantos prisioneros.

El 12, el mariscal Víctor aplasta el cuerpo de ejército de la Romana y de Blake en Espinosa, les mata 8,000 hombres y 10 generales, les hace 12,000 prisioneros, y les toma 50 cañones.

El 23, el mariscal Lannes, destruye en Tudela los ejércitos de Palafox y de Castaños, les arrebató 30 cañones, les hace 3,000 prisioneros y les pone fuera de combate 4,000 hombres entre muertos y heridos.

¡El camino de Madrid queda abierto! Entrad en la ciudad de Felipe V, señor. ¿No sois acaso el heredero de Luis XIV, y no sabéis, por ventura, el camino de todas las capitales? Por otra parte, os espera ya una diputación de la villa de Madrid, y se presenta ante vos para daros las gracias por el perdón que os dignéis concederle... Y ahora subid á la plataforma del Escorial y prestad oído: ¡de todas partes ya no oiréis más que ecos de victoria!

El viento del Este os trae el ruido de los combates de Cardedeu, de Llinás, del Llobregat, de San Feliu y de Molins de Rey; cinco nuevos nombres que añadir á vuestras efemérides, ¡y Cataluña sin enemigos!

El viento del Oeste, á su vez, acaba de acariciar vuestro oído; viene de Galicia, y os anuncia que Soult ha batido la retaguardia de Moore, y ha hecho rendir á toda una división española; aun más: vuestro lugarteniente ha pasado por encima del cuerpo de los españoles; ha alcanzado á los ingleses, les ha repelido hasta sus buques, que han desplegado sus velas, y han desaparecido, dejando en el campo de batalla al general en jefe y dos generales muertos.

Por ahí viene el viento del Norte que, cargado de llamas, os trae la nueva de la toma de Zaragoza. ¡Veintiocho días de combates ha costado entrar en la plaza, señor! ¡Y veintiocho días después de haber entrado se ha combatido de casa en casa, como en Sagunto, como en Numancia, como en Calahorra! ¡Se han batido los hombres, se han batido las mujeres, se han batido los viejos, se han batido los niños, se han batido los curas! ¡Los franceses son dueños de Zaragoza, es decir, de lo que fué una ciudad y no es más que una ruina!

Aquí viene el viento del Sud que os trae la noticia de la toma de Oporto. La insurrección está ahogada, si no vencida, en España; el Portugal está invadido, si no reconquistado; señor, habéis mantenido vuestra palabra: ¡vuestras águilas revolotean sobre las torres de Lisboa!

Pero ¿en dónde estáis, ¡oh vencedor? Y ¿por qué, del mismo modo que habéis venido, os habéis vuelto en un salto?

¡Ah! Sí: vuestra antigua enemiga, la Inglaterra, acaba

de seducir al Austria; le ha dicho que estáis á setecientas leguas de Viena, que necesitáis á vuestro alrededor de todas vuestras fuerzas, y que éste era el momento oportuno para arrebatáros —puesto que el papa Pío VII acaba de excomunicaros como á Enrique IV de Alemania y á Felipe Augusto de Francia—, para arrebatáros la Italia y arrojaros de Alemania. ¡Y la presuntuosa lo ha creído! Y ha reunido quinientos mil hombres y los ha puesto en manos de sus tres archiduques, Carlos, Luis y Juan, y les ha dicho: «¡Marchad, mis águilas negras! ¡Os entrego el águila roja de Francia para que la desgarréis!»

El 17 de enero Napoleón parte á caballo de Valladolid; el 18 llega á Burgos y el 19 á Bayona; allí, monta en un carruaje, y cuando todo el mundo le cree todavía en Castilla la Vieja, el 22, á media noche, llama á las puertas de las Tullerías diciendo: «¡Abrid al futuro vencedor de Eckmühl y de Wagram!»

No obstante, el futuro vencedor de Eckmühl y de Wagram regresaba á París de muy mal humor; no le faltaban motivos.

Aquella guerra de España, que había creído útil, no le era simpática; pero, una vez empeñado en ella, había tenido, por lo menos, la ventaja de atraer á los ingleses en el continente.

Como el gigante libio, sólo cuando tocaba la tierra se sentía Napoleón realmente fuerte. Si hubiese sido Temístocles, hubiera esperado á los persas en Atenas, y no hubiera separado á Atenas de sus orillas, para transportarla al golfo de Salamina.

La Fortuna, esta amante que le había sido fiel siempre, ya sea que la obligara á acompañarle del Adige al Nilo, ó á seguirle del Niemen al Manzanares; la Fortuna le había hecho traición en Abukir y en Trafalgar.

Y en el preciso momento en que acababa de obtener tres victorias sobre los ingleses, de matarles dos generales, de herirles un tercero, de rechazarlos hasta el mar como Héctor hizo con los griegos en ausencia de Aquiles, se vió de pronto obligado á dejar la Península, al anuncio de lo que ocurría en Austria y hasta en Francia.

Así es que, llegado á las Tullerías, y en sus habitaciones, echó apenas una mirada á su cama, aun cuando eran ya las dos de la madrugada, y, pasando de su dormitorio á su gabinete de trabajo: —Que vayan á despertar al archicanciller,—dijo,—y que se avise al ministro de la

policia y al gran elector que les espero, el primero á las cuatro y el segundo á las cinco.

—¿Hay que avisar á S. M. la emperatriz del regreso de V. M.?—preguntó el ujier á quien se había dado aquella orden.

El emperador reflexionó un instante. —No,—dijo,—deseo ver antes al ministro de Policía... Procurad que nadie me estorbe hasta su llegada; voy á dormir.

El ujier salió y Napoleón se quedó solo.

Entonces, dirigiendo los ojos al reloj: —Las dos y cuarto,—dijo,—á las dos y media me despertaré.

Y, echándose en una butaca, extendió su mano izquierda sobre el brazo del asiento, pasó la mano derecha entre el chaleco y la camisa, apoyó la cabeza en el respaldo de caoba, cerró los ojos, exhaló un débil suspiro y se durmió.

Napoleón poseía, como César, esta preciosa facultad de dormirse donde podía, cuando quería, y el tiempo que debía; cuando decía: «Dormiré un cuarto de hora», era muy raro que el ayudante, el ujier ó el secretario á quien había dado la orden, y que, á la hora en punto, entraba á despertarle, no le hallara abriendo los ojos.

Además —privilegio concedido, como el primero, á ciertos hombres de genio—, Napoleón se despertaba sin ninguna transición del sueño á la vigilia: sus ojos, al abrirse, parecían iluminados inmediatamente; su cerebro estaba tan claro, sus ideas eran tan precisas, un segundo después de despertar, que un segundo antes de su sueño.

La puerta, pues, se había cerrado apenas tras del ujier encargado de convocar á los tres hombres de Estado, cuando ya Napoleón dormía, y, ¡cosa extraña!, sin que ninguna huella de las pasiones que agitaban su alma se reflejase en su semblante.

En el gabinete ardía una sola vela. Al oír el deseo del emperador de dormir algunos instantes, el ujier se llevó los dos candelabros, cuya intensa claridad hubiera podido herir la vista de Napoleón, aun á través de sus párpados; sólo había dejado la palmatoria con la cual había alumbrado á su amo y encendido los candelabros.

Todo el gabinete nadaba así en una de esas suaves y transparentes penumbras que dan á los objetos una vaguedad tan agradable y vaporosa. En medio de esta obscuridad luminosa, ó de esta luz oscura, como se quiera, acostumbra á pasar los sueños que despierta el sopor, ó los fantasmas que evoca el remordimiento.

Hubiérase dicho que uno de esos sueños ó de esos fantasmas había esperado para surgir que reinara aquella semiclaridad en torno del emperador; porque, así que hubo cerrado los ojos, el tapiz, que caía ante una puertecita oculta por ella, se levantó, y se vió aparecer una forma blanca que tenía, merced á la gasa con que iba envuelta, y á la flexibilidad de sus movimientos, todo el fantástico aspecto de una sombra.

La sombra se detuvo un instante en el dintel de la puerta, como en un marco de tinieblas; luego, con paso tan ligero, tan aéreo, que ni el crujido del suelo interrumpió el silencio, se aproximó lentamente á Napoleón.

Al llegar á su lado, sacó de la nube de muselina una graciosa mano que posó en el respaldo del sillón, cerca de la cabeza que parecía la de un emperador romano; contempló por algún tiempo, con indecible amor, aquel hermoso semblante, tranquilo como la medalla de Augusto; lanzó un ahogado suspiro, apoyó su mano izquierda sobre el corazón para comprimir los latidos, se inclinó conteniendo el aliento, rozó la frente del durmiente más con el hálito que con los labios, y sintiendo á aquel contacto, por ligero que hubiese sido, que se estremecían los músculos de aquel semblante tan inmóvil que hubiera creído besar una máscara de cera, se echó vivamente hacia atrás.

El movimiento que había provocado era, sin embargo, tan imperceptible como pasajero: aquel rostro tranquilo, surcado un instante al soplo de aquel hálito de amor como la superficie de un lago al de la brisa nocturna, recobró su plácida fisonomía, mientras que, con la mano siempre en el corazón, la sombra se aproximó al bufete, escribió algunas palabras en media hoja de papel, volvió hacia el durmiente, deslizó el papel en la abertura producida entre el chaleco y la camisa por la introducción de una mano que no era casi menos blanca y delicada que la suya, y luego, con la misma ligereza con que había entrado, amortiguando el rumor de sus pisadas en el blando espesor de la alfombra, desapareció por la misma puerta que le había servido de ingreso.

Algunos segundos después de haberse desvanecido aquella visión, y cuando el reloj iba á dar las dos y media, el durmiente abrió los ojos y retiró la mano del pecho.

El timbre del reloj sonó.

Napoleón se sonrió como se hubiera sonreído Augusto, al ver que era tan dueño de sí durmiendo como despierto, y

recogió el papel que había hecho caer al sacar la mano del chaleco.

Vió algunas palabras escritas en el papel, y se inclinó hacia la única luz que alumbraba la estancia; pero aun antes de que descifrara las palabras, había reconocido el carácter de letra.

Exhaló un suspiro, y leyó:

«¡Ya estás aquí! Te he besado; no necesito más.

»¡La que te amó más que todo el mundo!»

—Josefina,—murmuró, mirando á su alrededor, como si esperase verla aparecer en las profundidades de la estancia, ó salir de detrás de un mueble.

Pero estaba completamente solo.

En aquel momento se abrió la puerta; el ujier entró, trayendo los dos candelabros, y anunciando:

—Su Excelencia el señor archicanciller.

Napoleón se levantó, se dirigió á la chimenea apoyándose en ella y esperó.

II

Tres hombres de Estado

Detrás del ujier apareció el alto personaje que acababa de ser anunciado.

Régis de Cambacérès tenía en aquella época cincuenta y seis años, es decir, quince ó diez y seis más que el que le había hecho llamar.

En lo moral, era un hombre dulce y bondadoso. Sabio jurisconsulto, había sucedido á su padre en el cargo de consejero en el Tribunal de Cuentas; en 1792 fué elegido diputado á la Convención Nacional; el 19 de enero de 1793 votó por la suspensiva; fué en 1794 presidente del Comité de Salud Pública; fué nombrado, el año siguiente, ministro de justicia; en 1799, fué elegido por Bonaparte segundo cónsul; en fin, en 1804, había sido nombrado archicanciller, creado príncipe del Imperio, y hecho duque de Parma.

En lo físico era un hombre de mediana estatura, con propensión á la obesidad, muy glotón, muy limpio, muy elegante, y que, aparte la nobleza del traje, había adquirido las maneras cortesananas con una prontitud y una facilidad que estimaba en mucho el gran reconstructor del edificio social.

Además, á los ojos de Napoleón poseía otro gran mérito: Cambacérès había comprendido perfectamente que el hombre de genio á quien se había adelantado en la escena política, y que al pasar por su lado lo había unido á su fortuna después de haberle recibido, como un igual suyo, en su intimidad, tenía derecho á sus respetos al convertirse en el elegido del destino que, en el momento en que nos ocupa, era el dueño de Europa; sin descender nunca hasta la humildad, se mantenía, pues, frente á frente de él, en la posición, no de un adulator, sino de un admirador.

Por lo demás, siempre pronto á someterse al menor deseo del emperador, le había bastado un cuarto de hora para vestirse con un cuidado que hubiera parecido irreprochable en el círculo de las Tullerías, y aunque despertado á las dos de la madrugada, esto es, en lo mejor de su sueño —lo que le desagradaba esencialmente—, se presentaba con la mirada tan viva, la boca tan sonriente como si le hubieran llamado á las siete de la tarde, es decir, en el momento que, después de haber comido y tomado caté, gozara de aquel bienestar que después de una buena comida acompaña una fácil digestión.

El semblante que contemplaba estaba lejos de mostrar el buen humor que reflejaba el suyo; así es que, al observarlo, el archicanciller hizo un movimiento que parecía un paso atrás.

Napoleón, á cuya mirada de águila nada se escapaba, no sólo en las grandes cosas, sino también —lo que es aun más extraordinario— en las pequeñas, vió el movimiento, comprendió el motivo, y, abonanzando al instante la expresión de su rostro: —¡Oh! ¡Venid, venid,—dijo,—señor archicanciller! ¡No es de vos de quien estoy descontento!

—Y V. M. no estará descontento jamás, así lo espero,—respondió Cambacérès;—pues me tendría por muy desdichado el día que mereciera su disgusto.

En aquel momento el ayuda de cámara se retiraba, dejando los dos candelabros y llevándose la palmatoria.

—Constancio,—dijo el emperador,—cerrad la puerta; vigilad en la antesala, y haced entrar en el salón verde á las personas que espero.

Luego, volviéndose á Cambacérès: —¡Ah!—exclamó, como si por fin respirara, después de una larga sofocación. —¡Ya estoy en Francia! ¡ya estoy en las Tullerías! Estamos solos, señor archicanciller: hablemos con toda confianza.

—Señor,—dijo el archicanciller,—aparte el respeto que

recogió el papel que había hecho caer al sacar la mano del chaleco.

Vió algunas palabras escritas en el papel, y se inclinó hacia la única luz que alumbraba la estancia; pero aun antes de que descifrara las palabras, había reconocido el carácter de letra.

Exhaló un suspiro, y leyó:

«¡Ya estás aquí! Te he besado; no necesito más.

»¡La que te amó más que todo el mundo!»

—Josefina,—murmuró, mirando á su alrededor, como si esperase verla aparecer en las profundidades de la estancia, ó salir de detrás de un mueble.

Pero estaba completamente solo.

En aquel momento se abrió la puerta; el ujier entró, trayendo los dos candelabros, y anunciando:

—Su Excelencia el señor archicanciller.

Napoleón se levantó, se dirigió á la chimenea apoyándose en ella y esperó.

II

Tres hombres de Estado

Detrás del ujier apareció el alto personaje que acababa de ser anunciado.

Régis de Cambacérès tenía en aquella época cincuenta y seis años, es decir, quince ó diez y seis más que el que le había hecho llamar.

En lo moral, era un hombre dulce y bondadoso. Sabio jurisconsulto, había sucedido á su padre en el cargo de consejero en el Tribunal de Cuentas; en 1792 fué elegido diputado á la Convención Nacional; el 19 de enero de 1793 votó por la suspensiva; fué en 1794 presidente del Comité de Salud Pública; fué nombrado, el año siguiente, ministro de justicia; en 1799, fué elegido por Bonaparte segundo cónsul; en fin, en 1804, había sido nombrado archicanciller, creado príncipe del Imperio, y hecho duque de Parma.

En lo físico era un hombre de mediana estatura, con propensión á la obesidad, muy glotón, muy limpio, muy elegante, y que, aparte la nobleza del traje, había adquirido las maneras cortesananas con una prontitud y una facilidad que estimaba en mucho el gran reconstructor del edificio social.

Además, á los ojos de Napoleón poseía otro gran mérito: Cambacérès había comprendido perfectamente que el hombre de genio á quien se había adelantado en la escena política, y que al pasar por su lado lo había unido á su fortuna después de haberle recibido, como un igual suyo, en su intimidad, tenía derecho á sus respetos al convertirse en el elegido del destino que, en el momento en que nos ocupa, era el dueño de Europa; sin descender nunca hasta la humildad, se mantenía, pues, frente á frente de él, en la posición, no de un adulator, sino de un admirador.

Por lo demás, siempre pronto á someterse al menor deseo del emperador, le había bastado un cuarto de hora para vestirse con un cuidado que hubiera parecido irreprochable en el círculo de las Tullerías, y aunque despertado á las dos de la madrugada, esto es, en lo mejor de su sueño —lo que le desagradaba esencialmente—, se presentaba con la mirada tan viva, la boca tan sonriente como si le hubieran llamado á las siete de la tarde, es decir, en el momento que, después de haber comido y tomado caté, gozara de aquel bienestar que después de una buena comida acompaña una fácil digestión.

El semblante que contemplaba estaba lejos de mostrar el buen humor que reflejaba el suyo; así es que, al observarlo, el archicanciller hizo un movimiento que parecía un paso atrás.

Napoleón, á cuya mirada de águila nada se escapaba, no sólo en las grandes cosas, sino también —lo que es aun más extraordinario— en las pequeñas, vió el movimiento, comprendió el motivo, y, abonanzando al instante la expresión de su rostro: —¡Oh! ¡Venid, venid,—dijo,—señor archicanciller! ¡No es de vos de quien estoy descontento!

—Y V. M. no estará descontento jamás, así lo espero,—respondió Cambacérès;—pues me tendría por muy desdichado el día que mereciera su disgusto.

En aquel momento el ayuda de cámara se retiraba, dejando los dos candelabros y llevándose la palmatoria.

—Constancio,—dijo el emperador,—cerrad la puerta; vigilad en la antesala, y haced entrar en el salón verde á las personas que espero.

Luego, volviéndose á Cambacérès: —¡Ah!—exclamó, como si por fin respirara, después de una larga sofocación. —¡Ya estoy en Francia! ¡ya estoy en las Tullerías! Estamos solos, señor archicanciller: hablemos con toda confianza.

—Señor,—dijo el archicanciller,—aparte el respeto que

pone una barrera á mis palabras, jamás hablo de otro modo á V. M.

El emperador clavó sobre él una mirada penetrante.
—Vos os cansáis, Cambacérès; vos os empuñecéis; al revés de los otros, que sólo se proponen evidenciarse, vos tendéis á anularos más cada día; y esto no me gusta; pensad que en el orden civil sois el primero después de mí.

—Sé que V. M. me ha tratado según sus bondades, y no según mis méritos.

—Os engañáis; os he tratado según vuestro valor; por esto os he confiado el cumplimiento de las leyes, no sólo desde que nacen, sino también durante la gestación de su madre la Justicia, cuando aun han de nacer. Pues bien: el Código de instrucción criminal no va, no adelanta; os había encargado que se terminara en el año 1808; ahora bien: nos hallamos á 22 de enero de 1809, y aun cuando el cuerpo legislativo haya estado reunido durante mi ausencia, ni el Código está acabado ni lo estará tal vez dentro de tres meses.

—¿Me permite V. M. que le diga la verdad respecto de esto?—preguntó tímidamente el archicanciller.

—¡Pardiez!—dijo el emperador.

—Pues bien, señor; estoy viendo, no diré con temor —y no temeré nunca mientras V. M. sostenga el cetro y la espada—, sino con pesar, que un espíritu de inquietud y de indisciplina empieza á deslizarse por todas partes.

—No tenéis necesidad de decirlo; ¡lo veo! Y he venido tanto para combatir ese espíritu como para batir á los austriacos.

—Así es que, por ejemplo,—prosiguió Cambacérès,— el cuerpo legislativo...

—¡El cuerpo legislativo!—repitió Napoleón, acentuando estas dos palabras y levantando los hombros.

—El cuerpo legislativo,—continuó Cambacérès, como si quisiera completar su idea;—el cuerpo legislativo, donde las escasas oposiciones no llegaban á reunir nunca más de doce ó quince votos contra los proyectos que les sometíamos; el cuerpo legislativo se pone enfrente de nosotros, y por dos veces nos ha dado ochenta bolas negras, y una vez ciento.

—Pues bien: ¡yo aplastaré el cuerpo legislativo!

—No, señor; vos escogeréis un momento en que esté mejor dispuesto para la aprobación. Basta con que permanezcáis en París... ¡Oh! Señor, cuando V. M. está en París, todo va bien.

—Ya lo sé; pero, por desgracia, no puedo quedarme aquí.

—¡Lástima!

—Sí: ¡lástima! Tendré presente todos los instantes esta palabra, y si no la recuerdo, hacedme acordar de un tal Malet.

—¿V. M. decía que no puede permanecer en París?

—¿Creéis acaso que he venido en cuatro días de Valladolid para quedarme en París? No; dentro de tres meses estaré en Viena.

—¡Oh Majestad!—dijo Cambacérès, con un suspiro.—¿Más guerra todavía?

—¿También vos, Cambacérès?... ¿Soy yo acaso quien promueve la guerra?

—Señor, España...—observó tímidamente el archicanciller.

—Sí, aquella guerra, tal vez; pero ¿por qué la emprendí? Porque estaba seguro de la paz en el Norte. ¿Podía yo sospechar que teniendo á Rusia por aliada, la Westfalia y la Holanda por hermanas, la Baviera por amiga, la Prusia reducida á un ejército de cuarenta mil hombres, el Austria, á cuya águila he cortado una de sus dos cabezas, Italia... podía sospechar que el Austria hallaría medio de levantar y armar quinientos mil hombres contra mí? ¿Son, por ventura, las aguas del Leteo y no las del Danubio las que corren por Viena? ¿Han allí olvidado las lecciones de la experiencia? ¿Necesitan otras? Pues las tendrán, y, esta vez, terribles; ¡lo juro! Yo no quiero la guerra, no tengo interés en ella, y Europa entera es testigo de que todos mis esfuerzos, toda mi atención, iban dirigidos hacia ese campo de batalla que Inglaterra ha escogido, esto es, España. Austria, que ha salvado ya á los ingleses una vez, en 1805, en el momento en que me disponía á franquear el paso de Calais, los salva hoy otra vez deteniéndome en el momento en que iba á echarlos al mar del primero al último. Sé muy bien que cuando desaparecen de un sitio, reaparecen en otro; pero Inglaterra no es, como Francia, una nación guerrera: es una nación comerciante; es Cartago, y Cartago sin Aníbal. Yo habría acabado con agotar sus soldados, ó á obligarla á desguarnecer la India, y si el emperador Alejandro mantiene su palabra, allí la espero... ¡Oh! ¡El Austria, el Austria!... ¡pagará cara esta diversión! Ó desarma inmediatamente, ó tendrá que sostener una guerra de destruc-

ción; si desarma, de modo que no me deje duda alguna acerca sus futuras intenciones, yo mismo envainaré mi espada —pues no tengo otro deseo que desenvainarla en España y contra los ingleses—; si no, arrojo cuatrocientos mil hombres sobre Viena, y en lo sucesivo Inglaterra no contará con más aliados en el continente.

—¿Cuatrocientos mil hombres, señor?—repitió Cambacérès.

—Me preguntáis dónde están, ¿no es cierto?

—Sí, Majestad; apenas veo cien mil disponibles.

—¡Ah! Se empieza á contar mis soldados, y vos el primero, señor archicanciller.

—Señor...

—Dicen: «¡No hay más que doscientos mil hombres, que ciento cincuenta mil hombres, que cien mil hombres!» Dicen: «¡Podemos deshacernos del dueño; el dueño se debilita, el dueño no tiene más que dos ejércitos!» Se engañan...

Napoleón se golpeó la frente. —¡Mi fuerza está aquí! Luego, extendiendo ambos brazos:

—¡Y he aquí mis armas!—añadió.—¿Queréis saber cómo podré reunir cuatrocientos mil hombres? Voy á decíroslo.

—Señor...

—Voy á decíroslo... no por vos, Cambacérès, que tal vez tengáis aún fe en mi fortuna, sino para que lo repitáis á los demás. Mi ejército del Rhin cuenta veintiún regimientos de infantería, que tienen cuatro batallones cada uno. Debían tener cinco; pero enfrente de la realidad no hay que hacerse ilusiones. Esto importa, pues, ochenta y cuatro batallones, esto es, setenta mil hombres de infantería. Tengo, además, mis cuatro divisiones, Carra Saint-Cyr, Legrand, Boudet y Molitor; sólo tienen tres batallones: digamos treinta mil hombres; ya tenemos cien mil, sin contar los cinco mil hombres de la división Dupas. Tengo catorce regimientos de coraceros, que me dan doce mil soldados, por lo menos, y tomando todo cuanto hay disponible en los depósitos, los elevaré á catorce mil. Tengo diez y siete regimientos de infantería ligera: pongamos diez y siete mil hombres; además, mis depósitos rebosan de dragones perfectamente equipados; haciéndoles venir del Langüedoc, de la Guyena, del Poitou y del Anjou, tendría fácilmente cinco ó seis mil. Nos encontramos, pues, con cien mil hombres de infantería y treinta ó treinta y cinco mil de caballería.

—Señor, todo esto suma ciento treinta y cinco mil hombres, y V. M. ha dicho ¡cuatrocientos mil!

—Esperad... ¡Veinte mil de artillería, veinte mil de la Guardia, cien mil alemanes!

—Esto asciende á doscientos sesenta y siete mil hombres.

—¡Perfectamente!... Saco cincuenta mil de mi ejército de Italia; marchan por Tarvis y van á reunirse en Baviera. Añadid diez mil italianos, diez mil franceses sacados de la Dalmacia, y tenemos setenta mil hombres más.

—Lo que hace trescientos treinta y siete mil hombres.

—Pues bien: ¡vais á ver que nos sobrarán al momento!

—Estoy buscando el complemento, señor.

—Olvidáis mis reclutas; olvidáis que vuestro Senado acaba de autorizar, el pasado septiembre, dos levadas de hombres.

—La una, la de 1809, está ya bajo las armas; la de 1810 no debe, según los términos de la ley, servir el primer año fuera del interior.

—Sí, señor; pero ¿creéis que para ciento quince departamentos sean suficientes ochenta mil hombres? No; yo exigiendo la leva á cien mil, y hago un llamamiento de veinte mil sobre las clases de 1809, 1808, 1807 y 1806. Esto me da ochenta mil hombres hechos, hombres de veinte, veintidós y veintitrés años, mientras los de 1810 sólo tienen diez y nueve años; de modo que puedo sin inconveniente dejar envejecer á éstos.

—Señor, los ciento quince departamentos no producen, cada año, más que trescientos treinta y siete mil hombres que alcancen la edad del servicio militar; tomar cien mil hombres sobre trescientos treinta y siete mil, equivale á más de una cuarta parte, y no hay población que no perezca presto si se le toma, cada año, la cuarta parte de los varones llegados á la edad viril.

—Y ¿quién os dice que se les tomarán cada año? Se los tomo por cuatro años y dejo en definitiva libertad á las clases anteriores... Una vez no sienta costumbre; es la primera y la última. Doy á mi guardia esos ochenta mil hombres para que les instruya. Sabe hacerlo; será para ella asunto de tres meses. Antes de fin de abril estaré en el Danubio con cuatrocientos mil hombres; entonces, como hace hoy, Austria contará mis legiones, y, yo os lo aseguro, si me obliga á pegar, ¡Europa quedará asustada de los golpes que daré!

Cambacérès lanzó un suspiro.

—V. M. ¿tiene más que mandarme?—dijo.

—Que se convoque para mañana el cuerpo legislativo.

—Está reunido desde vuestra marcha, señor.

—Es verdad... Mañana me presentaré á él, y conocerá mi voluntad.

Cambacérès hizo un movimiento para retirarse; luego, retrocediendo: —V. M. me ha dicho que le recordara cierto general Malet.

—¡Ah! Tenéis razón... Pero hablaré de esto con el señor Fouché. Decid, al salir, que me envíen al señor Fouché, que debe estar en el salón verde.

Cambacérès se inclinó para salir.

Luego, al llegar á la puerta: —¡Adiós, querido archicanciller!—le gritó Napoleón con su voz más amable, y acompañando su saludo con un movimiento amistoso; lo que hizo que el archicanciller se retirara más tranquilo para sí, pero no menos intranquilo para la Francia.

Apenas hubo salido, Napoleón se puso á pasear á grandes pasos.

En nueve años de reinar verdaderamente —porque el consulado había sido un verdadero reinado—, había visto, á través de la admiración que inspiraba, desconfianzas, incluso desaprobaciones, pero jamás la duda.

¡Se dudaba! ¿De qué? ¿De su fortuna!

¡Hasta se le reconvenía! Y ¿en dónde había recogido las primeras reconveniones? ¡En su ejército, en su guardia, entre sus veteranos!

Bailén, con su fatal capitulación, había asestado un golpe terrible á su fama.

Varo, al menos, se había hecho matar con las tres legiones que le reclamaba Augusto: ¡Varo no se había rendido!

Aun antes de dejar Valladolid, Napoleón sabía lo que acababa de decirle Cambacérès, y muchas más cosas todavía.

La víspera de su marcha pasó revista á sus granaderos; le habían referido que aquellos pretorianos murmuraban porque les dejaban en España; quería ver de cerca aquellos semblantes tostados por el sol de Italia y de Egipto, para averiguar si tendrían la audacia de mostrarse descontentos.

Se apeó del caballo y siguió á pie las filas.

Los granaderos, sombríos y silenciosos, le presentaron

las armas; ni un grito de «¡Viva el emperador!» se dejó oír. Sólo un hombre murmuró: —¡Señor, á Francia!

Es lo que Napoleón esperaba.

Con irresistible movimiento arrancó el fusil de sus manos, y, sacándole fuera de las filas:

—¡Desgraciado!—le dijo.—Merecerías que te mandara fusilar, y ¡poco falta para que lo haga!

Luego, dirigiéndose á todos: —¡Ah! Bien lo sé,—dijo,—que deseáis regresar á París para reanudar vuestras costumbres y ver á vuestras amantes. Pues bien: ¡yo os retendré bajo las armas hasta los ochenta años!

Y tiró el fusil á los brazos del granadero, quien lo dejó caer de dolor.

En aquel momento de desesperación divisó al general Legendre, uno de los firmatarios de la capitulación de Bailén.

Dirigióse hacia él con ojos amenazadores.

El general se detuvo, como si sus pies hubiesen echado raíces en el suelo. —Vuestra mano, general,—dijo.

El general tendió la mano vacilando.

—Esta mano,—prosiguió el emperador, mirándole,—¿cómo no se secó al firmar la capitulación de Bailén?

Y la rechazó como hubiera podido hacerlo con la de un traidor.

El general, que al firmar no había hecho más que cumplir órdenes superiores, quedó anonadado.

Entonces Napoleón, montando á caballo, con el rostro encendido, regresó á Valladolid, desde donde, como hemos dicho, partió al día siguiente para Francia.

Permanecía aún en esta situación de espíritu, cuando el ujier, abriendo otra vez la puerta, anunció:

—Su excelencia el ministro de Policía.

Y el pálido semblante de Fouché, más pálido aún por el temor, apareció vacilante en el dintel de la puerta.

—Sí, señor,—dijo Napoleón;—comprendo que vaciléis en presentaros ante mí.

Fouché era uno de esos caracteres que retroceden ante un peligro desconocido, pero que se dirigen hacia él ó lo esperan apenas toma forma. —¿Yo, señor?—dijo, irguiendo la cabeza de cabellos amarillos, de tez lívida, de ojos azules-verdosos, de boca fuertemente hendida.—Yo, el ametrallador de Lyon, ¿por qué he de vacilar en presentarme á V. M.?

—¡Porque yo no soy un Luis XVI!

—V. M. alude, y no es la primera vez, á mi voto del 19 de enero...

—¡Y qué! ¿Y si fuera cierta mi alusión?

—Respondería entonces que, diputado de la Convención Nacional, había hecho juramento á la nación y no al rey: mantuve mi juramento á la nación.

—Y ¿á quién habíais hecho juramento el 13 termidor del año VII? ¿Era á mí?

—No, señor.

—¿Por qué, pues, me habéis servido tan bien el 18 brumario?

—¿Recuerda V. M. la frase de Luis XIV: «El Estado soy yo?»

—Sí, señor.

—Pues bien, Majestad: el 18 brumario la nación erais vos; he aquí por qué os serví.

—Lo cual no me impidió, en 1802, que os retirara la cartera de la Policía.

—V. M. esperaba encontrar un ministro de la Policía, si no más fiel, al menos más hábil que yo... ¡Y me devolvió mi cartera en 1804!

Napoleón dió algunos pasos arriba y abajo por ante la chimenea, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y arrugando con la mano el papel en que Josefina había escrito algunas palabras.

Luego, de pronto, deteniéndose y levantando la cabeza:

—¿Quién os ha autorizado,—preguntó, clavando su mirada de halcón, como dice Dante, en su ministro de la Policía;—quién os ha autorizado á hablar de divorcio á la emperatriz?

Si Fouché no se hubiese hallado distante de la luz, se hubiera visto pasar por su semblante un tinte aun más pálido que el primero. —Señor, respondió,—yo creo saber que V. M. desea ardientemente el divorcio.

—¿Os he confiado acaso este deseo?

—He dicho que *creo saber* y pensé hacerme agradable á V. M. preparando á la emperatriz á ese sacrificio.

—Sí, brutalmente, según vuestra costumbre.

—Señor, no se cambia de naturaleza: empecé por ser prefecto de los Oratorianos, y por mandar á niños indóctiles, y me ha quedado siempre algo de mis impacencias de muchacho. Soy árbol frutal; no me pidáis flores.

—Señor Fouché, *vuestro amigo* (y Napoleón recalco deliberadamente estas palabras), vuestro amigo el señor de

Talleyrand, sólo hace una recomendación á sus servidores: «¡No os precipitéis!» Yo le tomaría este axioma para aplicároslo; vos, esta vez, os habéis precipitado: no quiero que nadie tome mis iniciativas, ni en asuntos de Estado, ni en los de familia.

Fouché guardó silencio. —Y á propósito del señor de Talleyrand,—dijo el emperador,—¿á qué obedece que, habiéndome separado de vosotros siendo enemigos mortales, os vuelvo á encontrar amigos íntimos? Durante diez años de odios y de recíprocos desprecios, he oído que le tratábais de diplomático frívolo, y él os trataba de grosero intrigante; vos, despreciábais á un diplomático que sólo procedía, según decíais, ayudado por la victoria; él, se burlaba de la vana exhibición de una policía que la sumisión general hacía fácil y hasta inútil. ¿Tan grave es la situación, que sacrificándoos á la nación, como decís, olvidáis ambos vuestros resentimientos? Puestos de acuerdo por algunos oficiosos, os habéis reconciliado públicamente y públicamente os habéis visitado; os habréis dicho en voz baja que era posible encontrarse en España el puñal de un fanático, ó una bala de cañón en Austria; ¿no es verdad que os habéis dicho esto?

—Señor,—respondió Fouché,—los puñales españoles se conocen en los grandes reyes: testigo Enrique IV; las balas austriacas en los grandes capitanes: testigo Turena y el mariscal de Berwick.

—Esto es contestar un hecho con una lisonja. Ni estoy muerto, ni quiero que se divida mi sucesión mientras viva.

—Señor, esta idea está lejos de todas las imaginaciones, y aun más de la nuestra.

—Tan poco lejos, al contrario, de vuestra imaginación, que mi sucesor estaba ya escogido, designado por vos. ¿Por qué no le hacéis consagrar de antemano? El momento es oportuno. ¡El papa acaba de excomunicarme! ¡Bah! ¿Creéis, por ventura, que la corona de Francia sienta bien á todas las cabezas? Se puede hacer de un gran duque de Saxe, un rey de Saxe; pero no se hace del gran duque de Berry un rey de Francia ó un emperador de los franceses; para ser lo uno, hay que tener en las venas sangre de San Luis; para ser lo otro, hay que tener sangre mía. Cierto es que poseéis un medio de apresurar el momento en que yo deje de ser.

—Señor,—dijo Fouché,—espero que V. M. me lo indique.

—¡Eh! ¡Qué diantre! ¿Hay más que dejar impunes á los conspiradores?

—¿Alguien ha conspirado contra V. M. sin ser castigado? Nombradlo, señor.

—¡Oh! La cosa no es difícil, y os voy á nombrar tres.

—¿V. M. quiere hablar de la pretendida conspiración descubierta por vuestro prefecto de Policía el señor Dubois?

—Sí, mi prefecto de Policía, el señor Dubois, que no está, como vos, entregado á la nación, señor Fouché, sino que está entregado á mí.

Fouché alzó ligeramente las hombros; por muy imperceptible que fuese el movimiento, no pasó desapercibido al emperador. —¡Levantáis los hombros porque no podéis levantar la voz!— prosiguió Napoleón frunciendo las cejas.

—No me gustan los incrédulos, en punto á conspiraciones.

—¿Conoce V. M. á los hombres de que se trata?

—Conozco á dos de los tres: conozco al general Malet, un conspirador incorregible...

—¿V. M. cree que el general Malet conspira?

—Estoy seguro de ello.

—¿Y V. M. teme una conspiración guiada por un loco?

—Os engañáis doblemente: en primer lugar, no temo nada; y en segundo lugar, el general Malet no es un loco.

—Es, por lo menos, un monomaniaco.

—Sí; pero cuya monomanía es terrible, convenid conmigo, pues ella consiste en aprovecharse, un día ú otro, de mi ausencia, esperar á que me halle á trescientas leguas, á cuatrocientas leguas, á seiscientas leguas, para esparcir de pronto el rumor de mi muerte, y con tal noticia promover una sublevación general.

—¿V. M. cree la cosa posible?

—En tanto no tenga heredero, sí.

—Por esto me he atrevido á hablar de divorcio á S. M. la emperatriz.

—No volvamos á hablar de eso... Vos despreciáis á Malet; le habéis puesto en libertad. ¿Sabéis una cosa, que mi ministro de la Policía hubiera debido comunicarme, y que voy á comunicar á mi ministro de la Policía? Malet no es más que uno de los hilos de una conspiración invisible que se trama en el seno mismo del ejército!

—¡Ah! Sí, los filadelfios... V. M. cree en la magia del coronel Oudet.

—Creo en Aréna, señor ministro; creo en Cadoudal; creo en Moreau. El general Malet es uno de esos soñado-

res, uno de esos iluminados, uno de esos locos, si queréis, pero uno de esos locos peligrosos á los cuales conviene el encierro y la camisa de fuerza. ¡Vos habéis puesto el vuestro en libertad! En cuanto al segundo conspirador, el señor Servan, ¿es tal vez un loco, éste, un regicida?

—Como yo, señor.

—Sí, pero un regicida de la escuela de la Gironda, un ex amante de madama Roland, un hombre que, ministro de Luis XVI, ha hecho traición á Luis XVI, y que, para vengarse de su desgracia, ha hecho el 10 de agosto.

—Con el pueblo.

—¡Eh, señor mío! ¡El pueblo hace lo que le hacen hacer! Ahí tenéis los dos arrabales, el arrabal Saint-Marceau y el arrabal San Antonio, tan revoltosos con Alexandre y Sauterterre. ¿Levantán la voz ahora que tengo la mano extendida sobre ellos?... No conozco al tercer fanático, un tal Florencio Guyot; pero conozco á Malet y á Servan; ¡desconfiad de ellos! Además, el uno es general; el otro coronel; y constituye un mal ejemplo bajo un gobierno militar que dos oficiales conspiran.

—Señor, no se les perderá de vista.

—Y ahora, señor ministro, he de haceros la más grave reconvencción que pensaba dirigiros.

Fouché se inclinó como esperando.

—¿Qué habéis hecho del espíritu público?

Otro ministro lo hubiera hecho repetir por segunda vez; Fouché comprendió perfectamente; no obstante, para tomarse tiempo para la respuesta, fingió haber comprendido mal.

—¿El espíritu público?—repitió.—Descaría saber lo que quiere decir V. M.

—Quiero decir,—replicó Napoleón, cuya cólera se desahogaba en palabras,—que habéis dejado extraviar los espíritus sobre los acontecimientos del día; que habéis permitido que se interpretara mi última campaña, marcada á cada paso por el éxito, como una campaña fecunda en reverses. ¡Son las murmuraciones de París las que sublevan al extranjero! ¿Sabéis por dónde vuelven á mí? ¡Por San Petersburgo! Tengo enemigos, ¡Dios lo sabe! Pues bien: vos les dejáis hablar abiertamente; vos les dejáis decir que mi autoridad está debilitada, que la nación está hastiada de mi política, que mis medios de acción han disminuído; de ahí que el Austria, que da fe á todos esos cuentos, crea favorable el momento y quiera atacarme... Pero lo mismo á los enemigos internos que á los de fuera, ¡he de exterminar-

narlos á todos! A propósito: ¿habéis recibido mi carta de 31 de diciembre?

—¿Cuál, señor?

—Fecha en Benevento.

—¿Aquella en que tratábais de los hijos de los emigrados?

—Me temo que la hayáis olvidado.

—¿Quiere V. M. que se la repita palabra por palabra?

—No me disgusta asegurarme de vuestra memoria. Veamos.

—En primer lugar,—dijo Fouché sacando una cartera del bolsillo,—aquí está la carta.

Y la sacó de la cartera.

—¡Ah! ¡Ah!—exclamó Napoleón.—¿La lleváis encima?

—La correspondencia autógrafa de V. M. no se separa nunca de mí, señor. Cuando era prefecto en los Oratorianos, leía todas las mañanas mi breviario; desde que soy ministro de Policía, leo todas las mañanas las cartas de V. M. He aquí,—prosiguió Fouché sin abrir la carta,—lo que contenía este despacho...

—¡Oh! Señor ministro, no os pido el texto, sino la substancia.

—Pues bien. V. M. me decía que algunas familias de emigrados habían sustraído á sus hijos del servicio militar manteniéndolos en un ocio culpable; añadía que deseaba biciese compilar una lista de diez de esas familias por departamento, y de cincuenta por París, á fin de enviar á la escuela militar de Saint-Cyr á todos los jóvenes de esas familias que tuvieran más de diez y ocho años. V. M. añadía, además, que si se quejaban, yo debía contestar pura y simplemente que era por su gusto...

—¡Está bien! No quiero que, por la lamentable división de las familias que reconocen el sistema, una fracción de la Francia, por mínima que sea, pueda substraerse á los esfuerzos que hace la generación presente por la gloria de la generación futura... Ahora, marchaos. Es todo cuanto tenía que deciros.

Fouché se inclinó; pero como no se retiraba con la prontitud de un hombre despedido:

—¿Qué hay?—preguntó Napoleón.

—Señor,—respondió el ministro,—V. M. me ha dicho muchas cosas para probarme que mi policía estaba mal hecha.

—¿Qué más?

—Yo sólo le diré una para probarle lo contrario. En Bayona V. M. se ha detenido dos horas.

—Sí.

—V. M. se ha hecho presentar una relación.

—¿Una relación?

—Sí. Sobre las quejas que treía tener contra mí; relación que tendía á despojarme de mi cargo, y á que fuera reemplazado por el señor Savary.

—Y esta relación ¿está firmada?

—Está firmada, señor; y lo mismo que yo con las cartas de V. M., V. M. lleva encima la relación... en el bolsillo izquierdo del uniforme.

Y con el dedo, Fouché señaló la parte del uniforme donde se hallaba el bolsillo. —Ya veis, señor,—añadió,—si mi policía está tan bien hecha, sobre ciertos puntos al menos, como pudieran serlo las del señor Lenoir y del señor Sartines.

Y sin esperar la respuesta del emperador, Fouché, que estaba cerca de la puerta, desapareció andando hacia atrás.

Napoleón no respondió; limitóse á llevar la mano al bolsillo, del que sacó una hoja de papel grande doblada en cuatro partes, la desdobló, pasó la vista por él, luego dirigió la mirada á la puerta y, con imperceptible sonrisa:

—¡Ah!—dijo.—Tienes razón: ¡tú eres siempre el más listo!

Y, más bajo:

—¡Por qué no eres también el más honrado!

Entonces, rasgando el papel, tiró los pedazos al fuego.

En aquel momento un ujier anunció:

—Su Excelencia el gran chambelán.

Y el rostro sonriente del príncipe de Benevento apareció detrás de la del ujier.

Los poetas no inventan nada.

Quando, al séquito de los ejércitos prusianos que acababan de dejarse vencer en Valmy, Goethe, ese príncipe de la duda, ese rey del sofisma, escribía su drama del *Fausto*, no se figuraba, sin duda, que Dios había creado ya á su protagonista humano, como también á su personaje diabólico, y que ambos iban á aparecer incesantemente en escena, el uno con su frente soñadora, y el otro con su pie hendido en forma de garra.

No hay más diferencia, sino que el Fausto de Dios se llama Napoleón, y el Mefistófeles de Dios se llama Talleyrand.

Así como Fausto lo ha sondeado todo en la ciencia, Napoleón lo ha agotado todo en política; y así como Mefistófeles perdió á Fausto diciéndole: «¡Aun más!... ¡aun más!», Talleyrand perdió á Napoleón diciéndole: «¡Siempre!... ¡siempre!»

Así también, como cuando Fausto, en sus momentos de hastío, intentaba librarse de Mefistófeles, Napoleón, en sus horas de duda, trata de librarse de Talleyrand; pero como si estuvieran enlazados uno á otro por un pacto infernal, no quedaron separados hasta que el alma del soñador, del poeta, del conquistador, ¡cayó al abismo!

Puede ser que de los tres personajes llamados por el emperador, aquel á quien palpitaba más fuerte el corazón era al señor de Talleyrand; pero, con toda seguridad, era el que se presentaba con aspecto más sonriente.

Napoleón le miró con una especie de estremecimiento nervioso; luego, extendiendo la mano para que no pasara más adelante en su gabinete: —Príncipe de Benevento,— le dijo,—sólo he de decir dos palabras. Lo que más de- testado en el mundo son las personas que me desacreditan; son las personas que para desacreditarme se desacreditan á sí mismas. Vos esparcís por todas partes que habéis sido ajeno á la muerte del duque de Enghien; por todas partes decís que habéis sido ajeno á la guerra de España. ¿Ajeno á la muerte del duque de Enghien? ¿Me la habéis aconsejado por escrito! ¿Ajeno á la guerra de España? ¿Guardo las cartas en las cuales me conjuráis á que reanude la política de Luis XIV! Señor de Talleyrand, la falta de memoria es un gran defecto á mis ojos: mañana me restituiréis vuestra llave de chambelán, que no sólo tiene ya destino, sino que está concedida desde ahora al señor de Montesquieu.

Y sin añadir una palabra más, sin despedirse del príncipe, sin esperar su saludo, Napoleón salió por la puerta que conducía á las habitaciones de Josefina.

El señor de Talleyrand vaciló como el día que, en las gradas de la iglesia de San Dionisio, Maubreuil le derribó de una bofetada; pero, esta vez, el choque sólo conmovió su fortuna, y el gran chambelán contaba, como Mefistófeles, con Satanás para que le restituyera aun más de lo que había perdido.

Y ahora recordemos que, aquella misma noche, Napoleón había dicho á Cambacérès que antes de terminar abril se hallaría en el Danubio con 400,000 hombres; he aquí por qué por la mañana del 17 de abril toda la población de

Donauwörth se hallaba en las calles y plazas de la ciudad. Esperaba á Napoleón.

III

Los gemelos

Hacia las nueve de la mañana determinóse un gran movimiento en la muchedumbre, y algunos gritos, corriendo, como un reguero de pólvora, de un extremo á otro de la calle Dillingen, hacia el centro de la ciudad, anunciaron que ocurría alguna novedad.

Lo que ocurría es que llegaba un correo con librea verde, galoneada de oro, precediendo al coche del emperador, que le seguía á media legua de distancia.

Franqueó rápidamente la calle de Dillingen, avisando con el látigo para que se apartasen; luego penetró en las tortuosas calles que suben hasta la ciudad alta, reapareció en la plaza del Castillo y se hundió en la maciza puerta de la antigua abadía de Santa Cruz, convertida en palacio real.

Allí se había preparado alojamiento para el emperador, y allí esperaba el general Berthier.

La llegada del correo, sin embargo, no sorprendió al príncipe de Neuchâtel: armado con un excelente anteojo de campaña, y subido en la plataforma de la abadía, había reconocido, diez minutos antes de la llegada del correo, los coches imperiales que avanzaban á escape por la carretera.

El 9 de abril el archiduque Carlos había mandado á Munich la carta siguiente, dirigida al general en jefe del ejército francés; la carta no contenía ninguna otra dirección. ¿Designaba así el archiduque Carlos á Napoleón, y para él, como para el abate Loriquet, el marqués de Bonaparte, era todavía el general en jefe de S. M. Luis XVIII? Si era así, hay que reconocer que el archiduque era testarudo. Sea quien fuere el general en jefe, el mariscal, el príncipe, el rey ó el emperador á quien designaba con aquel título, he aquí lo que la carta contenía:

«En vista de la declaración de S. M. el emperador de Austria, prevengo al señor general en jefe del ejército francés, que tengo orden de avanzar, con las tropas de mi mando, y de tratar como enemigas á todas las que me hagan resistencia.»

Esta carta estaba fechada el 9; el 12, por la tarde, el

Así como Fausto lo ha sondeado todo en la ciencia, Napoleón lo ha agotado todo en política; y así como Mefistófeles perdió á Fausto diciéndole: «¡Aun más!... ¡aun más!», Talleyrand perdió á Napoleón diciéndole: «¡Siempre!... ¡siempre!»

Así también, como cuando Fausto, en sus momentos de hastío, intentaba librarse de Mefistófeles, Napoleón, en sus horas de duda, trata de librarse de Talleyrand; pero como si estuvieran enlazados uno á otro por un pacto infernal, no quedaron separados hasta que el alma del soñador, del poeta, del conquistador, ¡cayó al abismo!

Puede ser que de los tres personajes llamados por el emperador, aquel á quien palpitaba más fuerte el corazón era al señor de Talleyrand; pero, con toda seguridad, era el que se presentaba con aspecto más sonriente.

Napoleón le miró con una especie de estremecimiento nervioso; luego, extendiendo la mano para que no pasara más adelante en su gabinete: —Príncipe de Benevento,— le dijo,—sólo he de decir dos palabras. Lo que más de- testado en el mundo son las personas que me desacreditan; son las personas que para desacreditarme se desacreditan á sí mismas. Vos esparcis por todas partes que habéis sido ajeno á la muerte del duque de Enghien; por todas partes decís que habéis sido ajeno á la guerra de España. ¿Ajeno á la muerte del duque de Enghien? ¿Me la habéis aconsejado por escrito! ¿Ajeno á la guerra de España? ¡Guardo las cartas en las cuales me conjuráis á que reanude la política de Luis XIV! Señor de Talleyrand, la falta de memoria es un gran defecto á mis ojos: mañana me restituiréis vuestra llave de chambelán, que no sólo tiene ya destino, sino que está concedida desde ahora al señor de Montesquieu.

Y sin añadir una palabra más, sin despedirse del príncipe, sin esperar su saludo, Napoleón salió por la puerta que conducía á las habitaciones de Josefina.

El señor de Talleyrand vaciló como el día que, en las gradas de la iglesia de San Dionisio, Maubreuil le derribó de una bofetada; pero, esta vez, el choque sólo conmovió su fortuna, y el gran chambelán contaba, como Mefistófeles, con Satanás para que le restituyera aun más de lo que había perdido.

Y ahora recordemos que, aquella misma noche, Napoleón había dicho á Cambacérès que antes de terminar abril se hallaría en el Danubio con 400,000 hombres; he aquí por qué por la mañana del 17 de abril toda la población de

Donauwörth se hallaba en las calles y plazas de la ciudad. Esperaba á Napoleón.

III

Los gemelos

Hacia las nueve de la mañana determinóse un gran movimiento en la muchedumbre, y algunos gritos, corriendo, como un reguero de pólvora, de un extremo á otro de la calle Dillingen, hacia el centro de la ciudad, anunciaron que ocurría alguna novedad.

Lo que ocurría es que llegaba un correo con librea verde, galoneada de oro, precediendo al coche del emperador, que le seguía á media legua de distancia.

Franqueó rápidamente la calle de Dillingen, avisando con el látigo para que se apartasen; luego penetró en las tortuosas calles que suben hasta la ciudad alta, reapareció en la plaza del Castillo y se hundió en la maciza puerta de la antigua abadía de Santa Cruz, convertida en palacio real.

Allí se había preparado alojamiento para el emperador, y allí esperaba el general Berthier.

La llegada del correo, sin embargo, no sorprendió al príncipe de Neuchâtel: armado con un excelente anteojo de campaña, y subido en la plataforma de la abadía, había reconocido, diez minutos antes de la llegada del correo, los coches imperiales que avanzaban á escape por la carretera.

El 9 de abril el archiduque Carlos había mandado á Munich la carta siguiente, dirigida al general en jefe del ejército francés; la carta no contenía ninguna otra dirección. ¿Designaba así el archiduque Carlos á Napoleón, y para él, como para el abate Loriquet, el marqués de Bonaparte, era todavía el general en jefe de S. M. Luis XVIII? Si era así, hay que reconocer que el archiduque era testarudo. Sea quien fuere el general en jefe, el mariscal, el príncipe, el rey ó el emperador á quien designaba con aquel título, he aquí lo que la carta contenía:

«En vista de la declaración de S. M. el emperador de Austria, prevengo al señor general en jefe del ejército francés, que tengo orden de avanzar, con las tropas de mi mando, y de tratar como enemigas á todas las que me hagan resistencia.»

Esta carta estaba fechada el 9; el 12, por la tarde, el

emperador Napoleón, que se hallaba en las Tullerías, tuvo noticia, por despacho telegráfico, de este principio de hostilidades. Partió el 13, por la mañana, y el 16 llegó á Dillingen, donde halló al rey de Baviera, que había abandonado su capital, retrocediendo unas veinte leguas.

Cansado de setenta y dos horas de marcha, Napoleón se detuvo en Dillingen, para pasar la noche, y prometió al rey fugitivo llevarle antes de quince días á su capital.

A las siete de la mañana siguiente reanudó su marcha, queriendo, sin duda, recobrar aquella noche perdida, y llegaba á rienda suelta.

Atravesó como un relámpago las calles, ganó la pendiente de la montaña, sin detener el paso de los caballos, y puso pie á tierra en el patio del castillo, al pie de la escalinata donde le esperaba el general en jefe.

Napoleón no gustaba de largos cumplidos; dejó caer un «¡Buenos días, Berthier!» que el príncipe de Neuchâtel recogió gruñendo y royéndose las uñas, como de costumbre; hizo un signo con la mano al resto del Estado Mayor, y, guiado por unos diez domésticos, colocados á distancias, se lanzó hacia las habitaciones que le habían preparado.

Encima de una enorme mesa esperábase un gran mapa de Baviera, donde estaban indicados cada árbol, cada torrente, cada valle, cada aldea, hasta cada casa.

Napoleón corrió á la mesa, mientras que un ayudante abría y dejaba en un velador la cartera de viaje, y su ayuda de cámara sacaba la cama de su funda de cuero y la montaba en un ángulo del mismo salón.

—Bien,—dijo á Berthier, poniendo el dedo encima de Donauwörth, es decir, en el mismo sitio en que se hallaba;—¿estáis en comunicación con Davoust?

—Sí, señor,—respondió Berthier.

—¿Con Massena?

—Sí, señor.

—¿Con Oudinot?

—Sí, señor.

—Todo va bien, entonces. ¿Dónde están?

—El mariscal Davoust se halla en Ratisbona, el mariscal Massena y el general Oudinot están en Augsburgo; algunos oficiales enviados por ellos esperan á V. M. para darle noticias.

—¿Habéis enviado espías?

—Dos han vuelto ya; espero al tercero, el más hábil.

—¿Qué habéis dispuesto?

—He procurado, en lo posible, atenerme al plan de V. M., que es marchar en línea recta de Ratisbona á Viena, por la carretera del Danubio, mandando por el río los enfermos, los heridos y, en fin, toda la impedimenta.

—¿Está bien! No nos faltarán barcas: he mandado comprar todas las que hayan encontrado en los ríos y riachuelos de Baviera, y deben bajar por el Danubio á medida que vayan franqueando sus afluentes; además he tomado mil doscientos de mis mejores marineros de Boulogne para el caso que tengamos que librar alguna batalla en las islas. ¿Habéis mandado comprar palas y azadones?

—Cincuenta mil: ¿son suficientes?

—No nos sobrarán. En suma ¿qué es lo que habéis mandado desde el 13 por la tarde en que estáis aquí?

—En los primeros momentos mandé concentrar todas las tropas en Ratisbona...

—¿No recibisteis mi carta en la que os mandaba, por el contrario, reunir las en Augsburgo?

—Cierto; y en consecuencia di contraorden á Oudinot y á su cuerpo de ejército, que se habían puesto ya en camino; pero me ha parecido conveniente dejar á Davoust en Ratisbona.

—Entonces ¿el ejército se halla dividido en dos masas, una en Ratisbona y la otra en Augsburgo?

—Y los bávaros en medio.

—¿Ha habido choque en algún punto?

—Sí, señor: en Landshut.

—¿Entre...?

—Entre los austriacos y los bávaros.

—¿Qué división?

—La división Duroc.

—¿Se han portado bien los bávaros?

—Perfectamente, señor; sin embargo, han tenido que replegarse ante fuerzas cuatro veces mayores.

—¿Dónde están en este momento?

—Allí, señor, en el bosque de Dürnbach, protegidos por el Abens.

—¿Cuántos son?

—Unos veintisiete mil.

—Y el archiduque ¿dónde está?

—Entre el Isar y Ratisbona, señor; pero el país está tan cubierto, que es imposible tener informes positivos.

—Haced entrar al oficial que viene de parte del general Davoust.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Berthier transmitió la orden á un ayudante que abrió una puerta é introdujo á un joven oficial de cazadores á caballo, de unos veinticinco á veintiséis años de edad.

El emperador lanzó una rápida ojeada al recién llegado é hizo un movimiento de satisfacción: era imposible ver más apuesto y elegante caballero. —¿Venís de Ratisbona, teniente?—preguntó el emperador.

—Sí, Majestad,—respondió el joven oficial.

—¿A qué hora habéis salido?

—A la una de la madrugada, señor.

—¿Os envía Davoust?

—Sí, señor.

—¿En qué situación se hallaba en el momento de vuestra partida?

—Señor, tenía cuatro divisiones de infantería, una división de coraceros y una división de caballería ligera.

—¿En junto...?

—Unos cincuenta mil hombres, señor; hay que advertir que los generales Nansouty y Espagne, con la caballería pesada y una porción de la caballería ligera, y el general Demont con los cuartos batallones y el parque principal, han tomado por la izquierda del Danubio.

—Y la concentración alrededor de Ratisbona ¿se ha efectuado sin dificultad?

—Señor, las divisiones Gudín, Morant y Saint-Hilaire llegaron sin disparar un tiro; pero la división Friant, que les cubría, ha estado constantemente escaramuceando con el enemigo, y aun cuando haya destruído detrás de sí los puentes del Wils, es probable que el general Davoust sea hoy atacado en Ratisbona.

—¿Cuántas horas habéis empleado para venir de Ratisbona aquí?

—Siete horas, señor.

—¿Cuánto hay?

—Veintidós leguas.

—¿Os sentís muy cansado para volver á marchar dentro dos horas.

—Su Majestad sabe perfectamente que el cansancio no existe estando á su servicio. Denme otro caballo y marcharé cuando quiera Su Majestad.

—¿Vuestro nombre?

—El teniente Richard.

—Id á descansar dos horas, teniente; pero hallaos dispuesto para dentro de dos horas.

El teniente Richard saludó y salió.

En el mismo instante un edecán dijo algo en voz baja al general Berthier. —Haced entrar al enviado del general Massena,—dijo el emperador.

—Señor,—respondió Berthier,—no creo que sea necesario; le interrogué, enterándome de todo lo que era útil saber: Massena se halla en Augsburg con Oudinot, Mollitor, Boudet, los bávaros y los wurtembergueses, es decir, con noventa mil hombres poco más ó menos. Pero creo poseer algo mejor que ofrecer á V. M.

—¿Qué?

—Ha regresado el espía.

—¡Ah!

—Y ha atravesado las líneas austriacas.

—Hacedle entrar.

—V. M. sabe que esos hombres se niegan con frecuencia á hablar delante de varias personas.

—Dejadme solo con él.

—¿No teme V. M...?

—¿Qué he de temer?

—Se habla de iluminados, de fanáticos.

—Hacedle entrar en seguida, y leeré en sus ojos si me podéis dejar solo con él.

Berthier abrió una puertecita que daba paso á un gabinete, é hizo salir á un hombre de unos treinta años, vestido con traje de leñador de la Selva Negra.

El hombre dió algunos pasos por la estancia y se detuvo delante de Napoleón, haciendo el saludo militar:

—¡Que Dios guarde á V. M. de toda desventura!—dijo.

El emperador le miró. —¡Hola, hola! ¡Nos hallamos en país conocido, buen hombre!

—Señor, yo soy el que, la víspera de la batalla de Austerlitz, os di, en el campamento, informes sobre las posiciones del ejército ruso-austriaco.

—Informes exactísimos, tío Schlick.

—¡Ah! ¡Rayos y truenos!—exclamó el falso leñador, empleando el juramento más usado entre los alemanes.—

¡El emperador me reconoce! Así, todo va bien.

—Sí,—dijo el emperador;—todo va bien.

Y, haciendo una seña al jefe de Estado Mayor:

—Creo que me podéis dejar solo, sin inconveniente, con este hombre,—dijo.

Probablemente el príncipe de Neuchâtel opinaba lo

mismo, porque se retiró con sus ayudantes sin hacer la menor observación.

—En primer lugar,—dijo el emperador,—apresurémonos. ¿Puedes darme noticias del archiduque?

—¿De él ó de su ejército, señor?

—De ambos, si es posible.

—Sí: puedo hablaros de los dos. Un primo mío sirve en su ejército, y uno de mis cuñados es su ayuda de cámara.

—¿Dónde está el archiduque, y dónde el grueso de su ejército?

—Sin contar los cincuenta mil hombres del general Bellegarde, que se dirigen de Bohemia al Danubio, y que deben cañonearse, en Ratisbona, con el general Davoust, el archiduque tiene bajo su mano unos ciento cincuenta mil hombres; el pasado 10 de abril, al principio, con unos sesenta mil hombres franqueó el Inn.

—¿Puedes seguir en el mapa los movimientos que me indicas?

—¡Vaya que sí! ¡A Dios gracias, he ido á la escuela!

El emperador mostró con el dedo al espía el mapa extendido sobre la mesa.

—Busca, pues, el Inn en este mapa.

El espía sólo tuvo necesidad de echar una ojeada, y puso el dedo entre Passau y Tittmaning.

—Allí, en Braunau,—dijo,—el archiduque pasó el río; al propio tiempo, el general Hohenzollern, con unos treinta mil hombres, lo ha franqueado por debajo de Mulheim; en fin, otro cuerpo de unos cuarenta mil hombres, mandado... no sé deciros por quién —no se puede estar en todas partes, y yo estaba cerca del archiduque, á quien no perdía de vista—, ha vadeado el río en Scharfing.

—¿Cerca del Danubio, pues?

—Precisamente, señor.

—Pero ¿cómo, habiendo pasado el Inn el 10, los austriacos no han avanzado más?

—¡Ah! Porque han quedado atascados, durante cuatro días, entre el Inn y el Isar; así, pues, hasta ayer no han pasado el Isar delante de Landshut, empezándose el tiroteo.

—¿Con los bávaros?

—Con los bávaros; únicamente que éstos, como sólo suman unos veintisiete ó veintiocho mil hombres, no han podido sostenerse, y se retiraron al bosque de Dürnbach.

—Así, pues, ¿sólo nos hallamos á una docena de leguas del enemigo?

—No tanto; pues desde esta mañana se habrá puesto en marcha. Cierto es que no se puede ir de prisa, cuando hay que atravesar una infinidad de riachuelos —como el Abens á la izquierda, el Grande y Pequeño Laber á la derecha—, bosques, ribazos, pantanos, y sólo se dispone de dos carreteras, la de Landshut á Neustadt, y la de Landshut á Kelheim.

—Le quedaba la de Eckmühl, que conduce más directamente á Ratisbona.

—Señor, he visto á las tropas austriacas internarse por aquellas dos carreteras, y sabiendo que V. M. debía haber llegado hoy á Donauwörth, y deseaba noticias, me vine y aquí estoy.

—Está bien. No me dices gran cosa; pero, en fin, me dices lo que sabes.

—Hágame V. M. otras preguntas.

—¿Sobre qué?

—Sobre el espíritu del país, por ejemplo; sobre las sociedades secretas, sobre la Santa Vehme.

—¿Cómo! ¿Te ocupas también de esas cuestiones?

—Yo me ocupo de todo lo que concierne á mi estado.

—Pues bien: veamos qué es lo que piensan de nosotros en Alemania.

—Está exaltada contra los franceses, quienes, no contentos con batirla y humillarla, la ocupan y la devoran.

—Los alemanes no conocen el proverbio del mariscal de Laxe: «¡La guerra tiene que sustentarse con la guerra!»

—Sí, lo conocen; pero preferirían ser sustentados á sustentar á los demás. Se ha llegado á hablar, señor, de librarse de los príncipes, ya que no saben librarse de vos.

—¡Hola, hola! Y ¿por qué medios?

—Por dos medios: el primero, una insurrección general. Napoleón hizo un mohín de desprecio.

—Esto podría ocurrir, si fuera derrotado por el archiduque Carlos; pero...

—Pero... repitió el espía.

—Pero le venceré yo,—dijo Napoleón,—y, por consiguiente, la insurrección no tendrá lugar. Pasemos, pues, al segundo medio de librarse.

—El segundo, es una puñalada, señor.

—¡Bah! ¡No se mata á un hombre como yo!

—Mataron á César.

—¡Oh! Las circunstancias eran muy diferentes; además, para César fué una gran fortuna que le mataran. Tenía

alrededor de cincuenta y tres años, esto es, la edad en que el genio del hombre empieza á declinar; y había sido feliz siempre. «¡La Fortuna prefiere á los jóvenes!», como decía Luis XIV al señor de Villeroy; tal vez iba á volverle la espalda. Una ó dos derrotas, y César no hubiera sido ya un Alejandro: hubiera sido un Pirro ó un Anibal. Tuvo la dicha de encontrar una veintena de estúpidos que no comprendieron que César no era un romano, que era el espíritu de Roma; mataron al emperador; ¡pero de la misma sangre del emperador nació el imperio! Tranquilízate: no tengo la edad de César; la Francia no es en 1809, lo que Roma el año 44 antes de Jesucristo: no me asesinarán, tío Schlick.

Y Napoleón se echó á reír de aquella cita histórica explicada á un campesino badense; bien es verdad que respondía menos á aquel campesino que á su pensamiento.

— Todo es posible, repuso Schlick;—pero no por ello he de llamar menos la atención de V. M. para que vigile las manos de los que se le acerquen demasiado, y sobre todo las que pertenezcan á los miembros de la Unión de Virtud.

—Yo creía que esas sociedades estaban extinguidas.

—Señor, los príncipes alemanes, y la reina Luisa sobre todo, las han vuelto á poner en vigor; de manera que, á estas horas, hay tal vez en Alemania, dos mil jóvenes que han jurado asesinaros.

—Y esa secta ¿tiene sus puntos de reunión?

—Sin duda; no sólo tiene sus puntos de reunión, sino también sus fórmulas, su iniciación, su divisa, sus signos de reconocimiento.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo soy.

Napoleón dió, á su pesar, un paso atrás.

—¡Oh! ¡No temáis, señor! Lo soy, como el escudo pertenece á la armadura: ¡para parar los golpes!

—Y ¿en dónde se reúnen?

—Por todas partes en donde haya un subterráneo ó una ruina; los alemanes son muy aficionados á lo pintoresco, ya lo sabe V. M., y mezclan la poesía en todo. Si V. M. va á Abensberg, verá el castillo antiguo —el ruinoso castillo que corona el monte y domina el Abens—; pues bien: en una de sus salas fuí recibido, hace ocho días...

—Bueno,—dijo Napoleón;—sin conceder á tu relato

más atención de la que merece, no lo olvidaré. ¡Vete! Cuidaré de que nada te falte...

Schlick saludó y salió por la misma puerta por donde había entrado.

Napoleón permaneció pensativo. —¡Una puñalada!—murmuró.—¡Tiene razón: se da tan pronto como se recibe! El mismo Enrique IV preparaba una expedición contra el Austria cuando fué asesinado con una puñalada; pero Enrique IV tenía cincuenta y siete años; como César, había terminado su obra; yo no he terminado la mía, y además, los grandes infortunios no ocurren hasta pasados los cincuenta años. Anibal, Mitridates, César, Enrique IV... Bien es verdad que Alejandro murió á treinta y tres años,—añadió;—pero morir como Alejandro no es una desdicha...

En aquel momento entró un ayudante.

—¿Qué hay?—preguntó Napoleón.

—Señor,—dijo el ayudante;—ha llegado un oficial del ejército de Italia, de parte del virrey. ¿V. M. desea verle?

—Sin duda; al instante,—respondió Napoleón.—¡Que entre!

—Entrad,—dijo el ayudante.

El oficial apareció en el umbral de la puerta, sosteniendo en la mano su tricornio.

Era un joven de veinticinco á veintiséis años, con el uniforme de oficial de Estado Mayor del virrey; esto es, traje azul con cordones de plata y el cuello bordado del mismo metal.

En cuanto á su físico, debía tener en sí algún rasgo muy particular cuando, al verle, Napoleón, que iba á dirigirle la palabra, enmudeció de pronto; luego, midiendo al joven de pies á cabeza: —¿Qué os proponéis con esta mascarada, caballero?—preguntó.

El joven miró á su alrededor para ver á quién se dirigía la interpelación; pero, viendo que estaba solo con el emperador: —Perdonad, señor,—dijo;—no os comprendo.

—¿Por qué lleváis este traje azul en vez del verde que llevabais hace un momento?

—Señor, desde hace dos años que tengo el honor de pertenecer al Estado Mayor de S. A. el virrey, y no he llevado otro traje que el que tengo el honor de llevar al presentarme ante vos.

—¿Cuándo llegasteis?

—Acabo de apearme, señor.

—¿De dónde venís?

—De Pordenone.

—¿Cómo os llamáis?

—El teniente Richard.

Napoleón miró al joven con más atención todavía.

—¿Traéis alguna carta de Eugenio que os acredite cerca de mí?

—Sí, señor.

Y el joven oficial sacó del bolsillo una carta con las armas del virrey de Italia.

—¿Y si os hubieran tomado esta carta,—preguntó Napoleón,—ó la hubierais perdido?

—S. A. me la hizo aprender de memoria.

—¡Ahora bien, caballero! ¿Queréis decirme en qué consiste que hace una hora llegasteis de Ratisbona en traje de cazador de la guardia, y llegáis, hace diez minutos, de Pordenone en traje de oficial de Estado Mayor de Eugenio? ¿Cómo, en una palabra, tenéis encargo de darme noticias de Davoust y del virrey de Italia?

—Dispensad, señor; pero ¿no dice V. M. que ha llegado hace una hora un oficial de cazadores de la guardia, de parte del general Davoust?

—Sí: hace una hora.

—¿De veinticinco á veintiséis años?

—De vuestra edad.

—¿Que se me parece?

—Hasta confundirse con vos.

—¿Y se llama...? Perdóneme V. M. si le interrogo, pero ¡estoy tan contento!

—Se llama el teniente Richard.

—¡Es mi hermano, señor! ¡Mi hermano gemelo! Hace cinco años que no nos hemos visto.

—¡Ah! Ya comprendo... Pues bien: vais á veros.

—¡Oh, señor! Un abrazo á mi querido Pablo y marchó al instante.

—¿Estáis en disposición de partir?

—Señor, espero el honor de recibir vuestras órdenes.

—Pues bien: id á abrazar á vuestro hermano y estad dispuesto á partir.

El joven, rebosando alegría, saludó y salió.

Al quedarse solo Napoleón, abrió la carta.

A las primeras líneas nublóse su frente.

—¡Oh Eugenio, Eugenio!—dijo.—Mi cariño por ti me ha cegado; buen coronel, general menos bueno, mal general en jefe... El ejército de Italia en retirada hacia Sacile,

[toda una retaguardia arrebatada por culpa del general Sabuc! —Otro á quien le pesa la guerra.— Por fortuna, no tendré necesidad del ejército de Italia... ¡Berthier! ¡Berthier!

El jefe de Estado Mayor apareció.

—He resuelto mi plan,—dijo Napoleón.—Preparad diez correos para llevar mis órdenes; que cada orden sea triple y se encamine á su destino por tres caminos diferentes.

IV

Las ruinas de Abensberg

En tanto que Napoleón despedía á diez mensajeros diferentes con las órdenes cuyos resultados veremos en seguida; en tanto que los dos hermanos Pablo y Luis Richard —que no se habían visto desde cinco años antes, y cuya sorprendente semejanza había dado ocasión al singular *quid pro quo* que hemos visto,— se echan en brazos uno de otro, con la ternura de dos hermanos que á cada instante puede separar para siempre una bala ó un casco de granada, digamos lo que ocurría en la ciudad de Abensberg, situada á siete ú ocho leguas de Ratisbona.

Cuatro jóvenes de diez y seis á diez y ocho años, pertenecientes el uno á la Universidad de Heidelberg, el otro á la de Tubinga, el tercero á la de Leipzig y el cuarto á la de Göttingue, se paseaban, agarrados del brazo, cantando la marcha del comandante Schill, que acababa de levantar en Berlín el estandarte de la revuelta contra Napoleón.

Al rumor del canto, otro joven de veinte á veinticinco años —sentado al lado de una joven de diez y seis años, que bordaba al tambor, mientras que su hermana, niña de nueve años, jugaba á muñecas en un rincón—, se inmutó, levantóse y se dirigió á la ventana.

En el momento en que pasaban los cuatro cantores, divisaron su frente, ligeramente pálida desde hacía un segundo, pegada al cristal, y le hicieron una seña imperceptible, á la que respondió también imperceptiblemente.

La joven, al ver que se levantaba, le siguió con la mirada con inquietud, y, por imperceptible que hubiese sido la seña con que contestara, la había observado.

—¿Qué tenéis, Federico?—le preguntó.

—De Pordenone.

—¿Cómo os llamáis?

—El teniente Richard.

Napoleón miró al joven con más atención todavía.

—¿Traéis alguna carta de Eugenio que os acredite cerca de mí?

—Sí, señor.

Y el joven oficial sacó del bolsillo una carta con las armas del virrey de Italia.

—¿Y si os hubieran tomado esta carta,—preguntó Napoleón,—ó la hubierais perdido?

—S. A. me la hizo aprender de memoria.

—¡Ahora bien, caballero! ¿Queréis decirme en qué consiste que hace una hora llegasteis de Ratisbona en traje de cazador de la guardia, y llegáis, hace diez minutos, de Pordenone en traje de oficial de Estado Mayor de Eugenio? ¿Cómo, en una palabra, tenéis encargo de darme noticias de Davoust y del virrey de Italia?

—Dispensad, señor; pero ¿no dice V. M. que ha llegado hace una hora un oficial de cazadores de la guardia, de parte del general Davoust?

—Sí: hace una hora.

—¿De veinticinco á veintiséis años?

—De vuestra edad.

—¿Que se me parece?

—Hasta confundirse con vos.

—¿Y se llama...? Perdóneme V. M. si le interrogo, pero ¡estoy tan contento!

—Se llama el teniente Richard.

—¡Es mi hermano, señor! ¡Mi hermano gemelo! Hace cinco años que no nos hemos visto.

—¡Ah! Ya comprendo... Pues bien: vais á veros.

—¡Oh, señor! Un abrazo á mi querido Pablo y marchó al instante.

—¿Estáis en disposición de partir?

—Señor, espero el honor de recibir vuestras órdenes.

—Pues bien: id á abrazar á vuestro hermano y estad dispuesto á partir.

El joven, rebosando alegría, saludó y salió.

Al quedarse solo Napoleón, abrió la carta.

A las primeras líneas nublóse su frente.

—¡Oh Eugenio, Eugenio!—dijo.—Mi cariño por ti me ha cegado; buen coronel, general menos bueno, mal general en jefe... El ejército de Italia en retirada hacia Sacile,

[toda una retaguardia arrebatada por culpa del general Sabuc! —Otro á quien le pesa la guerra.— Por fortuna, no tendré necesidad del ejército de Italia... ¡Berthier! ¡Berthier!

El jefe de Estado Mayor apareció.

—He resuelto mi plan,—dijo Napoleón.—Preparad diez correos para llevar mis órdenes; que cada orden sea triple y se encamine á su destino por tres caminos diferentes.

IV

Las ruinas de Abensberg

En tanto que Napoleón despedía á diez mensajeros diferentes con las órdenes cuyos resultados veremos en seguida; en tanto que los dos hermanos Pablo y Luis Richard —que no se habían visto desde cinco años antes, y cuya sorprendente semejanza había dado ocasión al singular *quid pro quo* que hemos visto,— se echan en brazos uno de otro, con la ternura de dos hermanos que á cada instante puede separar para siempre una bala ó un casco de granada, digamos lo que ocurría en la ciudad de Abensberg, situada á siete ú ocho leguas de Ratisbona.

Cuatro jóvenes de diez y seis á diez y ocho años, pertenecientes el uno á la Universidad de Heidelberg, el otro á la de Tubinga, el tercero á la de Leipzig y el cuarto á la de Göttingue, se paseaban, agarrados del brazo, cantando la marcha del comandante Schill, que acababa de levantar en Berlín el estandarte de la revuelta contra Napoleón.

Al rumor del canto, otro joven de veinte á veinticinco años —sentado al lado de una joven de diez y seis años, que bordaba al tambor, mientras que su hermana, niña de nueve años, jugaba á muñecas en un rincón—, se inmutó, levantóse y se dirigió á la ventana.

En el momento en que pasaban los cuatro cantores, divisaron su frente, ligeramente pálida desde hacía un segundo, pegada al cristal, y le hicieron una seña imperceptible, á la que respondió también imperceptiblemente.

La joven, al ver que se levantaba, le siguió con la mirada con inquietud, y, por imperceptible que hubiese sido la seña con que contestara, la había observado.

—¿Qué tenéis, Federico?—le preguntó.

—Nada, querida Margarita,—respondió el joven, volviéndose á sentar al lado de aquélla.

La joven que acabamos de designar con el nombre de Margarita era, bajo todos aspectos, digna de ostentar aquel nombre, si le damos por patrona la poética creación de Goethe, que hacía furor entonces en Alemania.

Era rubia como una verdadera hija de Arminio, con ojos azules de color de cielo; cuando peinaba sus largas guedejas, caían hasta el suelo; y cuando se asomaba á la corriente del Abens para mirarse como una ondina en el agua transparente del río, el agua, que murmurando de sorpresa iba á verterse en el Danubio, creía haber reflejado la imagen de alguna mujer metamorfoseada en flor, ó de alguna flor metamorfoseada en mujer.

Su hermana todavía no era más que una de esas encantadoras niñas, blancas y sonrosadas, que juegan en la dorada arena que el destino siembra á manos llenas en el sendero delicioso por donde penetran en la vida.

En cuanto al estudiante que, al oír cantar la marcha del comandante Schill, había pegado el rostro á los cristales, y que, al llamarle Margarita, se había sentado á su lado, era, como hemos dicho, un joven de unos veinte años, de mediana estatura, algo demacrado, ya sea por la fatiga, ya por las vigilias, ya por una de esas terribles ideas que transpiran en los semblantes de los Casio y de los Jacobo Clement; largos cabellos rubios, rizados naturalmente, caían sobre sus hombros; su boca era pequeña, pero acentuada con firmeza, y al entreabrirse dejaba ver dos filas de dientes blancos como perlas; una indefinible expresión de tristeza nublaba su rostro.

«¡Nada!», respondió, al sentarse al lado de Margarita; pero aquella respuesta no serenó á la joven, y aun cuando no replicó, aun cuando aparentemente se puso á trabajar con más atención, Federico, que la abarcaba con su ardiente mirada, pudo observar dos lágrimas silenciosas que se apiñaban entre los largos pelos de sus pestañas, temblaban un instante á su extremidad, como dos perlas, y caían en la tapicería.

La niña, que había dejado el rinconcito donde jugaba para pedir á Margarita un consejo sobre el vestido de su muñeca, vió también caer aquellas lágrimas, pues con la indiscreta é ingenua curiosidad de los niños, preguntó:

—¿Por qué lloras, Margarita? ¿Te ha vuelto á hacer daño Federico?



Estas palabras penetraron hasta lo más profundo del corazón del estudiante. Dejose caer á los pies de la joven.

—¡Oh! ¡Margarita!... ¡querida Margarita!—dijo.— ¡Perdóname!

—¿Qué?—preguntó la muchacha, levantando hasta su amante sus hermosos ojos, humedecidos aún con aquel rocío del corazón que llaman lágrimas.

—¡Perdóname mi tristeza, mi preocupación, hasta mi locura!

La joven movió la cabeza, mas no contestó.

—Oye,—prosiguió Federico:—tal vez haya medio todavía de que seamos felices.

—¡Oh! ¿Cuál?—respondió la joven.—Y si está en mi mano ayudaros para esa obra de ángeles llamada dicha, aunque tuviera que sacrificar mi vida, ¡seréis dichoso, Staps!

—Pues bien: obtengamos de vuestro padre que nos deje casar sin tardanza, y, una vez casados, huyamos, dejemos Alemania, vayámonos á algún rincón del mundo, á donde no haya llegado el nombre de *ese hombre*.

—Pedís imposibles, mi pobre Federico,—respondió la joven.—¡Dejar á mi padre! Ya sabéis que, cuando me hablasteis, por primera v. z, de vuestro amor, á lo que os contesté, con toda la sencillez de mi corazón, que yo también os amaba, ya sabéis que impuse una condición incontestable á nuestro enlace.

—Sí,—dijo Fritz, levantándose y apretándose la cabeza con las manos;—sí: no separarnos de vuestro padre; es verdad.

Y, después de dar algunos paseos por la estancia, se dejó caer en un sillón, al lado de la ventana.

La joven se levantó á su vez y fué á arrodillarse ante él.

—Veamos,—dijo;—sed razonable, Fritz, vos que sabéis nuestra posición, vos que conocéis la escasa fortuna de mi padre; mi madre, al morir, le dejó con una niña casi en la cuna, y yo he substituído á mi madre en los cuidados de la casa y en los que correspondían á Lieschen...

—Sí, lo sé, Margarita, que sois un ángel, y no me reveláis nada nuevo al decirme esto.

—Podía creer que lo habíais ovidado, Federico, puesto que me proponíais casarnos para huir y abandonar á mi padre.

—Pero ¿si vuestro padre consintiera...?

—¡Corazón egoísta!—dijo la joven.—Sin duda que consentirá, porque...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTREFFY, MEXICO

77942

otra su aislamiento; y preferirá vivir solo y que su hija sea dichosa.

—No vivirá solo, Margarita, porque tendrá á su lado á la pequeña Lieschen.

—Y ¿en qué puede ayudarle una niña de ocho años, como no sea en hacerle la vida imposible? La cura de mi padre le renta cuatrocientos thalers; pues bien: gracias á mi economía, esta suma basta para las necesidades de los tres; pero cuando entre aquí otra mujer, ¿serán suficientes cuatrocientos thalers á la existencia de dos personas?

—Mis padres gozan de alguna fortuna, Margarita; harán un sacrificio, y vuestro padre no carecerá de nada.

—¡Le faltará su hija, ingrato! ¡Su hija que le habréis robado! ¡Oh Staps! Cuando entrasteis en esta casa, una hermosa tarde de primavera, al saludar á los habitantes, á los muebles y hasta á las mismas paredes con estas amistosas palabras: «¡Dios y la dicha sean con los corazones puros y las humildes fortunas!», ¿queríais decir: «Señor Stiller, recibid en vuestra casa á un hombre que se hará amar por vuestra hija Margarita, y cuando ya le ame, en recompensa de vuestra paternal acogida, de vuestra cordial hospitalidad, hará cuanto pueda para arrebataros á vuestra hija, con el pretexto de que no puede vivir feliz más que en un país á donde no haya llegado el nombre de Napoleón?»

—¡Oh! ¡Margarita! ¡Margarita! Ya no puedo ser feliz más que con esta condición; ¡os lo juro!... Y además,—murmuró con voz casi ininteligible,—no seré feliz sino faltando á los más sagrados juramentos!

Sea que Margarita no hubiese oído la segunda parte de la frase, que el joven había pronunciado entre dientes, sea que, habiéndola oído, no la hubiera comprendido, sólo respondió á la primera:

—¿No podéis ser dichoso más que en un país á donde no haya llegado el nombre del emperador, según decís? Y ¿dónde está este país? ¿En qué territorio está situado? Tal vez poseáis el medio, mi querido insensato, de alcanzar alguna de las estrellas que se ciernen sobre nosotros; y ¿quién os dice, además, que los habitantes de ese planeta no se asoman para ver lo que pasa en nuestro mundo?

—Tenéis razón,—respondió Federico, esforzándose por sonreír;—¡yo soy el loco!

—No, Fritz,—dijo Margarita con profunda tristeza;—no, no estáis loco. Voy á deciros lo que sois.

—Margarita...

—Sois un conspirador, Fritz.

—¡No es conspirador el que quiere libertar á su país! —exclamó el joven.

Y sus ojos lanzaron un relámpago.

—Llámase conspirador, amigo mío, quien quiera que forme parte de una sociedad secreta, de una afiliación misteriosa. Veamos, miradme cara á cara, y atreveos á decirme que no pertenecéis á la Burschenschaft (1).

—¿Por qué he de negarlo? ¿No están acaso con nosotros todos los corazones leales de Alemania?

—¡Atreveos á decir, Federico, que el canto del comandante Schill que acabáis de oír, que os ha hecho estremecer, levantaros é ir á la ventana, no es una señal!

—Margarita,—respondió Fritz,—ya veis cuánto os amo, y cuánto este amor que os tengo me impele á cometer actos vergonzosos. Sí, yo pertenezco á la Unión de Virtud; sí, soy uno de los *wissende* (2); sí, ese canto es una señal; sí, lo que no habéis dicho, el Anticristo, está á ocho leguas de nosotros; pues bien: si me dijerais: «¡Federico, partamos y seamos felices!... ¡vivamos el uno por el otro!», yo olvidaría á mis amigos, mis juramentos; olvidaría la Alemania y partiría con vos, Margarita, aunque mi nombre fuese clavado con un puñal al poste infamante! Atreveos ahora á decir que no os amo.

—Pues bien, Federico: vais á ver si yo también os amo. ¿Por qué no empuñáis un fusil? ¿Por qué no os sumáis á los defensores de Alemania? ¿Por qué no combatís en nombre de vuestra patria? Arriesgaríais vuestra vida, es cierto; pero todo verdadero alemán debe su vida á Alemania.

—He pensado en ello, Margarita; pero ese hombre está embrujado: como los antiguos caballeros de nuestras leyendas, pasa por en medio del fuego, de las balas y de la metralla, y el fuego se apaga, las balas se desvían, la metralla abre camino!

—Sí; de modo que... ¡el hierro es más seguro!

—Margarita...

—Fritz, ¡aquí está mi padre! Por favor, ocúltale lo que no me has podido ocultar: ¡te maldeciría y te arrojaría de aquí!

(1) Reunión de todas las Universidades en una cofradía general.

(2) *Que saben, que están en el secreto*; término que remonta á los tiempos del antiguo tribunal de la Santa-Wehme.

—¿Tan mal alemán es y tan buen francés?—dijo Fritz con amarga sonrisa.

—No es alemán ni francés, Staps: ¡es cristiano! Deplora todas las guerras que los soberanos califican de encuentros gloriosos, y que le recuerdan horribles carnicerías, y su buen corazón le hace soñar en el imposible de ver que los hombres se amen en vez de odiarse.

Y, mientras que la pequeña Lieschen, dejando su muñeca y sus juguetes, corría á recibir al pastor Stiller, Margarita reanudó su labor, sobre la que rodaron dos nuevas lágrimas que ni cuidó de ocultar como las primeras.

El pastor entró profundamente triste, casi abatido. Besó á sus dos hijas y tendió la mano á Federico.

—¿Qué tal?—preguntó Staps.—¿Hay noticias?

—Escuchad,—dijo el pastor.

Todos prestaron oído, y percibieron las cornetas austriacas que entonaban la *Marcha de Lutzow*. —¡Ah!—exclamó Federico.—¡Aquí están, por fin, los vengadores!

Y se lanzó fuera de la casa, para llegar de los primeros á saludar á aquellos soldados que el archiduque Carlos intitulaba los *salvadores de Alemania*.

Era el cuerpo de ejército del general austriaco Thierry que iba á tomar posición en Arnshofen.

En aquel mismo instante enviaron exploradores por la ruta de Ratisbona.

El resultado de los informes fué que el emperador había llegado aquella misma mañana á Donauwörth.

Sería difícil de explicar la impresión que aquella noticia causó á los soldados austriacos; pero, con toda seguridad contribuyó á exaltar los odios de los estudiantes de las varias universidades que, ignorábase por qué, de algún tiempo á aquella parte se habían dado cita en la pequeña ciudad de Abensberg.

Por segunda vez, cuatro estudiantes, dándose el brazo, recorrieron la ciudad cantando la canción del comandante Schill, como si temieran no haber sido oídos por todos la primera vez.

Aparte la llegada de Napoleón en Donauwörth, las demás noticias eran vagas: los oficiales austriacos, y el mismo general en jefe, no poseían ningún detalle cierto acerca la situación del ejército francés; sabían únicamente que el grueso de nuestras tropas estaba en Ratisbona y en Augsbourg.

Se hizo alto; vacilábase en adelantar, sin informes más

positivos, por aquel país lleno de bosque y cortado por multitud de pequeñas corrientes.

Llegó la noche; colocáronse las avanzadas con todas las precauciones de santo y seña y de emplazamiento que se toman delante del enemigo. Había centinelas por todas partes, hasta en el puente levadizo del arruinado castillo de Abensberg.

Los centinelas se relevaban de hora en hora. El que velaba desde las doce á la una de la madrugada, en aquel puesto del viejo castillo, en el momento en que acababa de sonar la última campanada de la media noche, vió que se le acercaban dos hombres envueltos en sus capas.

—¿Quién vive?—gritó.

—¡Amigos!—respondió en alemán uno de los dos hombres.

Luego, acercáronse al centinela, y abriendo la capa para mostrar que no llevaban arma ninguna ofensiva ni defensiva, le dió el santo y seña con tanta exactitud, que el centinela no opuso dificultad en dejarlos pasar á él y á su compañero.

Entrambos hombres tomaron por el puente levadizo y se hundieron en las ruinas.

Cinco minutos después apareció otro.

El mismo grito de «¿quién vive?» se dejó oír, tomáronse las mismas precauciones y también se dió el santo y seña.

Catorce personas, idénticamente envueltas en capas oscuras, pasaron de este modo entre las doce y doce y cuarto, los unos aisladamente, los otros en grupos de dos y hasta de tres, nunca de más.

Apenas habían pasado, cada uno de esos misteriosos adeptos sacaba una máscara negra de debajo de la capa, y se cubría el semblante.

Las doce y cuarto daban cuando se presentaron los dos últimos, que completaban el número de diez y seis.

Vamos á seguirles.

Como los demás, ganaron el puente levadizo; como los demás, desaparecieron entre las ruinas; pero, al llegar cerca de un gigantesco pilar, en el que parecía estribar toda una bóveda, el que andaba delante se detuvo.

—Teniente,—dijo en voz baja y en francés,—acordaos de que no se trata de una travesura de niños; si uno ú otro somos reconocidos, ¡podemos darnos por muertos!

—Lo sé,—respondió el segundo;—pero ¿creéis que se me pueda reconocer por el acento?

—¡Quia! Habláis el alemán como un alemán, y si sois

reconocido, no será, ciertamente, por vuestras palabras.

—Entonces ¿en qué piensas que pueden reconocermos? No será por mi cara, porque vamos enmascarados.

—Llegará un momento en que será preciso quitaros el antifaz.

—Es la primera vez que vengo á Abensberg, y sólo desde ayer estaba en Ratisbona.

—¡Reflexionadlo bien!

—Lo tengo bien reflexionado.

—Una vez más repito que ahí dentro no se juega un juego de niños, aun cuando sean niños los que lo juegan; hay peligro de la vida; ¡a la más leve sospecha seréis asesinados!

—Tú hablas de la vida como de cosa importante para un hombre que juega todos los días la suya en el campo de batalla.

—En un campo de batalla, sí, perfectamente; á la luz del día, para ganar una segunda charretera ó una cruz; pero aquí, si tenéis desgracia, si os matan, la cosa pasará en la obscuridad, ¡entre tinieblas, en el fondo de una cueva! No todo el mundo gusta de ser asesinado por la espalda, ó estrangulado entre dos puertas, como un czar ruso ó un gran visir otomano.

—Tío Schlick,—dijo con voz firme aquel á quien trataban de inspirar semejantes temores,—he recibido una misión y la cumpliré.

—Sea,—dijo el espía.—Yo debía advertiros: sois libre de satisfacer vuestro capricho.

—Quedo advertido.

—En caso de peligro, no contéis con mi ayuda; sólo lograría perderme con vos, sin poderos salvar. Mucho me gustan los napoleones de S. M. el emperador de los franceses; pero prefiero mi cabeza.

—Yo no debo exigir otra cosa de ti que lo que te has comprometido á hacer: introducirme entre los hermanos de la Unión de Virtud y presentarme á ellos como un adepto.

—Reparad que, al menor peligro, os repudio, y más bien tres veces que una, como San Pedro.

—Te lo permito.

—¿Persistís?

—Persisto.

—Entonces, ni una palabra más.

Después de aquella respuesta, el tío Schlick apretó un resorte oculto entre las esculturas del pilar, el cual volvió

sobre sí mismo y descubrió una estrecha abertura, lo bastante ancha, sin embargo, para que pudiera pasar un hombre.

Una escalera, cuyo primer peldaño estaba á nivel del suelo, conducía, al parecer, á una sala subterránea; hallábase alumbrada por una lámpara suspendida en el interior mismo del pilar, que podía tener unos doce pies de circunferencia exterior.

El guía, á través de su negra máscara, echó una ojeada á su compañero, como para decirle: «¡Estáis á tiempo todavía!» Y, en efecto, hallábanse fuera de la vista del centinela; no se oía ningún ruido en las antiguas ruinas, y un cielo negro, sin estrellas y sin luna, parecía pesar sobre los desgarrones que la mano del tiempo había abierto en las gigantescas murallas. —¡Vamos!—dijo aquel de los dos compañeros que nos es desconocido

Como si sólo hubiese esperado esta última palabra, el guía penetró en la escalera de caracol.

El desconocido le siguió, cerrándose la puerta detrás de ellos. Al llegar al fondo de la escalera, el que servía de guía halló una puerta de bronce y dió tres golpes á intervalos iguales. Cada golpe resonó en la puerta como si hubiera golpeado un tam-tam. —¡Atención!—dijo Schlick.—Va á abrirse la puerta y el vigilante nos espera al otro lado.

La puerta, efectivamente, se abrió, presentándose un hombre enmascarado en la abertura: era el vigilante.

—¿Qué hora es?—preguntó á los dos compañeros.

—La hora en que amanece,—respondió Schlick.

—¿Qué haces tan de madrugada?

—Me levanto con el día.

—¿Para qué?

—Para herir.

—¿De dónde vienes?

—De Occidente.

—¿Quién te envía?

—El Vengador.

—Da una prueba de tu misión.

—Aquí está.

Y presentó al vigilante una placa de madera de forma octógona. En la placa estaba escrita la palabra BADEN.

El vigilante se cercioró de la identidad; luego dejó caer el signo de reconocimiento del recién llegado en una urna donde había depositado las placas de los hermanos que habían precedido á Schlick. —¿Y éste?—preguntó á Schlick, designándole con el dedo al desconocido.—¿Quién es?

—Un ciego,—respondió éste en excelente alemán.
 —¿Qué vienes á buscar aquí?—preguntó el vigilante.
 —La luz.
 —¿Tienes padrino?
 —Tengo por padrino al que me precede.
 —¿Responde de ti?
 —Pregúntaselo á él mismo.
 —¿Respondes, hermano, de quien nos presentas?
 —Respondo de él.
 —Está bien,—dijo el vigilante.—Que entre en el cuarto de las meditaciones. Cuando llegue la hora de recibirle, se le llamará.

Y, abriendo una puerta excavada en el muro, introdujo al compañero del tío Schlick en una especie de calabozo, alumbrado por una lámpara, sin más muebles que un asiento y una mesa de piedra, semejante á la en que, según la leyenda del Rin, está sentado y duerme, con sueño encantado, hasta que Alemania despierte para proclamar su unidad, el emperador Federico Barbarroja.

En cuanto á Schlick, dejando á su joven camarada entregado á sus meditaciones, se adelantó hacia una verja que daba paso á la sala principal. La verja, empujada por el vigilante, se abrió delante de él.

V

La Unión de Virtud

Aquella verja daba, según hemos dicho, á una sala subterránea, llamada sala del Consejo; estaba completamente tapizada de negro, y alumbrada por una lámpara que colgaba del techo, sostenida por una cadena de hierro.

Debajo de la lámpara había un grupo de armas compuesto de fusiles, espadas y pistolas, amontonados sin orden, pero dispuestos, sin embargo, de modo que, en caso de peligro, pudiese cada cual, en un instante y de un salto, escoger el arma que le conviniese. La luz de la lámpara caía sobre los cañones de los fusiles y las pistolas, y sobre las hojas de los sables y las espadas, reflejándose en amenazadores relámpagos.

Más allá del montón de armas, junto á la verja de entrada, levantábase una mesa de mármol negro destinada al presidente del sombrío conciliábulo, encima de un estrado de tres peldaños.

Detrás de la mesa elevábase el respaldo del sillón presidencial, coronado por un águila de bronce, que no era ni el águila de dos cabezas de la antigua casa de Habsburgo, ni el águila de una sola cabeza de la novel casa de Prusia, ni el águila bizantina de Carlomagno; aquel escaño parecía, á la vez, sillón y trono.

Diez y seis barriles llenos de pólvora, colocados circularmente á ambos lados de la pirámide de armas, servían de asiento á los afiliados. Aquellos barriles indicaban que, en caso de sorpresa, el deber de los miembros de la asociación era hacerse saltar y hacer saltar con ellos á sus compañeros, antes que rendirse.

Una sola puerta daba ingreso á la sala.

Es posible que, debajo de las colgaduras negras de que hemos hecho mención, hubiera otras puertas; pero, si existían, estaban ocultas á las miradas, y eran conocidas sólo de los *videntes*.

Cuando la reja se cerró detrás de Schlick, daban las doce y media en un reloj invisible.

Un hombre enmascarado se destacó de uno de los grupos que formaban los afiliados, y, subiendo al estrado:

—Hermanos,—dijo,—escuchadme.

Hizose silencio, y todos se volvieron hacia el que pedía la palabra. —Hermanos, repitió;—la noche avanza, el tiempo pasa.

Luego, dirigiéndose al vigilante:

—Vigilante,—preguntó;—¿cuántos *videntes* hay?

—Diez y seis, contándome á mí,—respondió el vigilante.

—Entonces el décimoséptimo es traidor, prisionero ó ha muerto,—dijo el personaje que había hecho la pregunta;—porque ¿quién se atrevería á faltar á la cita, cuando ésta tiene por objeto la liberación de Alemania?

—Hermano,—replicó el vigilante,—el décimoséptimo no es traidor, ni prisionero, ni ha muerto: está de centinela en la puerta, bajo el uniforme de soldado austriaco.

—En este caso ¿puede abrirse la sesión?

Las cabezas se inclinaron en señal de asentimiento.

—Hermanos,—prosiguió el mismo orador;—no olvidemos que, lo mismo que en el Congreso cada ministro representa á un rey, aquí también cada uno de nosotros representa á un pueblo. Vigilante: llama por nombres.

El vigilante pronunció, unos tras de otros, los nombres siguientes: —Baden, Nassau, Hesse, Wurtemberg, West-

—Un ciego,—respondió éste en excelente alemán.
 —¿Qué vienes á buscar aquí?—preguntó el vigilante.
 —La luz.
 —¿Tienes padrino?
 —Tengo por padrino al que me precede.
 —¿Responde de ti?
 —Pregúntaselo á él mismo.
 —¿Respondes, hermano, de quien nos presentas?
 —Respondo de él.
 —Está bien,—dijo el vigilante.—Que entre en el cuarto de las meditaciones. Cuando llegue la hora de recibirle, se le llamará.

Y, abriendo una puerta excavada en el muro, introdujo al compañero del tío Schlick en una especie de calabozo, alumbrado por una lámpara, sin más muebles que un asiento y una mesa de piedra, semejante á la en que, según la leyenda del Rhin, está sentado y duerme, con sueño encantado, hasta que Alemania despierte para proclamar su unidad, el emperador Federico Barbarroja.

En cuanto á Schlick, dejando á su joven camarada entregado á sus meditaciones, se adelantó hacia una verja que daba paso á la sala principal. La verja, empujada por el vigilante, se abrió delante de él.

V

La Unión de Virtud

Aquella verja daba, según hemos dicho, á una sala subterránea, llamada sala del Consejo; estaba completamente tapizada de negro, y alumbrada por una lámpara que colgaba del techo, sostenida por una cadena de hierro.

Debajo de la lámpara había un grupo de armas compuesto de fusiles, espadas y pistolas, amontonados sin orden, pero dispuestos, sin embargo, de modo que, en caso de peligro, pudiese cada cual, en un instante y de un salto, escoger el arma que le conviniese. La luz de la lámpara caía sobre los cañones de los fusiles y las pistolas, y sobre las hojas de los sables y las espadas, reflejándose en amenazadores relámpagos.

Más allá del montón de armas, junto á la verja de entrada, levantábase una mesa de mármol negro destinada al presidente del sombrío conciliábulo, encima de un estrado de tres peldaños.

Detrás de la mesa elevábase el respaldo del sillón presidencial, coronado por un águila de bronce, que no era ni el águila de dos cabezas de la antigua casa de Habsburgo, ni el águila de una sola cabeza de la novel casa de Prusia, ni el águila bizantina de Carlomagno; aquel escaño parecía, á la vez, sillón y trono.

Diez y seis barriles llenos de pólvora, colocados circularmente á ambos lados de la pirámide de armas, servían de asiento á los afiliados. Aquellos barriles indicaban que, en caso de sorpresa, el deber de los miembros de la asociación era hacerse saltar y hacer saltar con ellos á sus compañeros, antes que rendirse.

Una sola puerta daba ingreso á la sala.

Es posible que, debajo de las colgaduras negras de que hemos hecho mención, hubiera otras puertas; pero, si existían, estaban ocultas á las miradas, y eran conocidas sólo de los *videntes*.

Cuando la reja se cerró detrás de Schlick, daban las doce y media en un reloj invisible.

Un hombre enmascarado se destacó de uno de los grupos que formaban los afiliados, y, subiendo al estrado:

—Hermanos,—dijo,—escuchadme.

Hizose silencio, y todos se volvieron hacia el que pedía la palabra. —Hermanos, repitió;—la noche avanza, el tiempo pasa.

Luego, dirigiéndose al vigilante:

—Vigilante,—preguntó;—¿cuántos *videntes* hay?

—Diez y seis, contándome á mí,—respondió el vigilante.

—Entonces el décimoséptimo es traidor, prisionero ó ha muerto,—dijo el personaje que había hecho la pregunta;—porque ¿quién se atrevería á faltar á la cita, cuando ésta tiene por objeto la liberación de Alemania?

—Hermano,—replicó el vigilante,—el décimoséptimo no es traidor, ni prisionero, ni ha muerto: está de centinela en la puerta, bajo el uniforme de soldado austriaco.

—En este caso ¿puede abrirse la sesión?

Las cabezas se inclinaron en señal de asentimiento.

—Hermanos,—prosiguió el mismo orador;—no olvidemos que, lo mismo que en el Congreso cada ministro representa á un rey, aquí también cada uno de nosotros representa á un pueblo. Vigilante: llama por nombres.

El vigilante pronunció, unos tras de otros, los nombres siguientes: —Baden, Nassau, Hesse, Wurtemberg, West-

falia, Austria, Italia, Hungría, Bohemia, España, Tirol, Sajonia, Luxemburgo, Hannóver, Holstein, Mecklemburgo, Baviera.

A la llamada de cada nombre, excepto el de Hannóver, se respondió: «Presente.» El representante de Hannóver era el que estaba de centinela fuera.

—Sacad uno de esos nombres de la urna, —prosiguió el hombre que había hablado ya,— y el hermano cuyo nombre designe será nuestro presidente.

El vigilante hundió la mano en la urna y sacó una tablita de madera. —Hesse,—dijo.

—Soy yo,—respondió uno de los afiliados.

Y mientras el hermano que había tenido la palabra hasta entonces bajaba los tres peldaños del estrado, el presidente que acababa de designar la suerte subía á él, sentándose ante la mesa de mármol.

—Hermanos,—dijo,—sentaos.

Los afiliados se sentaron; uno de los asientos permaneció vacío: era el del representante de Hannóver.

—Hermanos,—dijo el presidente,—se trata de recibir á un nuevo afiliado, y de echar suertes para designar quién de nosotros será el vengador. Procedamos desde luego á la recepción, y en seguida echaremos suertes. ¿Quién es el padrino del nuevo afiliado?

—Yo,—dijo Schlick, levantándose.

—¿Quién eres tú?

—Baden.

—Está bien; levántense los dos hermanos más jóvenes y vayan á buscar al recipiendario.

Cada afiliado dijo en alta voz su edad; luego los más jóvenes, que eran los representantes de Baviera y del Tirol, el uno de los cuales tenía veinte años y el otro veintiuno, se levantaron y fueron á buscar al neófito, que apareció un instante después en la reja, donde le esperaba su padrino.

Tenía los ojos vendados.

Los que le guiaban le hicieron dar cuatro ó cinco pasos por la sala, separándose en seguida para ir á ocupar sus sitios. Sólo quedó á su lado el padrino del recipiendario.

Hízose profundo silencio; todos los ojos estaban vueltos hacia el neófito; luego, en medio del silencio, se oyó la voz del presidente, que preguntaba en tono imperioso:

—Hermano, ¿qué hora es?

—La hora en que el amo vela y el esclavo duerme,— respondió el recipiendario.

—Contadla.

—No la oigo desde que suena para el amo.

—¿Cuándo la oiréis?

—Cuando haya despertado al esclavo.

—¿Dónde está el amo?

—A la mesa.

—¿Dónde el esclavo?

—En tierra.

—¿Qué bebe el maestro?

—Sangre.

—¿Qué bebe el esclavo?

—Sus lágrimas.

—¿Qué queréis hacer de los dos?

—Quiero sentar al esclavo á la mesa, y derribar el amo á tierra.

—¿Sois amo, ó sois esclavo?

—Ni uno, ni otro.

—¿Qué sois, pues?

—No soy nada todavía; pero aspiro á ser algo.

—¿Qué?

—Vidente.

—¿Sabéis sus funciones?

—Las estoy aprendiendo.

—¿Quién os las enseña?

—Dios.

—¿Tenéis armas?

—Tengo esta cuerda y este puñal.

—¿Qué significa esta cuerda?

—El símbolo de nuestra fuerza y de nuestra unión.

—¿Qué sois vos, según el símbolo?

—Soy uno de los hilos de este cáñamo, que ha aproximado la unión, y que la fuerza ha retorcido.

—¿Por qué habéis tomado esta cuerda?

—Para atar y para estrechar.

—¿Y el puñal?

—Para cortar y para desunir.

—¿Estáis dispuesto á jurar que haréis uso de esta cuerda y de este puñal contra todo condenado cuyo nombre esté inscrito en el libro de sangre?

—Sí.

—Juradlo.

—¡Lo juro!

—¿Queréis que la cuerda y el puñal se revuelvan contra vos, si llegareis á hacer traición al juramento que acabáis de hacer sobre la espada y sobre la cruz?

—¡Sí, lo quiero! (1)

—Está bien: sois recibido en nombre de los amigos de la Unión de Virtud. Y, ahora, sois libre, según vuestra confianza ó desconfianza, de permanecer con antifaz.

El joven, sin vacilar, se quitó de una sola vez la venda y la máscara; y al mismo tiempo dejó caer su capa.

—Quien nada teme, puede mirar y ser visto á cara descubierta.

Entonces vieron á un apuesto joven de veinticinco á veintiséis años, de aspecto militar, de ojos azules, pelo y bigote castaño obscuro, vestido con un traje completo de estudiante, aun cuando, según todas las apariencias, hacía muchos años había abandonado los bancos de la universidad.

Pero, en el momento en que todas las miradas se concentraban en él, la puerta de bronce, que cerraba la entrada abierta en el pilar central, se abrió bruscamente, y el décimoséptimo afiliado, que representaba el Hannover, y que montaba la guardia fuera, entró desalado.

—¡Hermanos,—dijo,—estamos perdidos!

—¿Que ocurre?—preguntó el presidente.

—Ocurre que más de cien personas han entrado en las ruinas, dándome el santo y seña, tomándolos, de consiguiente, por hermanos, y que son, probablemente, enemigos dispuestos á envolvernos.

—¿Qué es lo que os lo hace temer?

—En primer lugar, que aquí sólo sois diez y seis.

—¿Después...?

—Después, relevado de mi facción, he entrado, á mi vez, en las ruinas; pero en lugar de bajar, sospechando alguna traición, me he ocultado detrás de un lienzo de muralla, espionando al que me sucedía, que no es uno de los nuestros. Al cabo de pocos instantes, una compañía de unos cincuenta hombres, perfectamente armados, se acercó á él: el jefe de la fuerza ha avanzado para dar el santo y seña, y el centinela ha dejado pasar la compañía y su jefe, que se han dispersado por entre las ruinas. Entonces me he lanzado para preveniros, y esperó llegar á tiempo, si no para

(1) Reproducimos la fórmula exacta de la filiación.

salvarnos, para morir con vosotros... ¡A las armas, hermanos! ¡A las armas!

Hubo un momento de terrible confusión, durante el que todos corrieron al arsenal á proveerse de armas. En medio del desorden, Schlick, acercándose al recipiendario, le dijo rápidamente: —Poneos la máscara y procuremos escapar; la sala tiene varias comunicaciones.

—Me pondré la máscara, pero no huiré,—respondió el joven.

—Entonces, armas y combatid.

El joven se lanzó hacia el montón de armas; pero durante su conversación con Schlick, aun cuando fué breve, sus compañeros se habían apoderado de los fusiles y las pistolas; de manera que sólo le quedaba una espada.

Además, durante aquel tiempo, se había oído, del lado del pilar, como ruido de armas, y de pronto, por la puerta de bronce, que en su precipitación dejó mal cerrada el representante de Hannover, se vió aparecer la amenazadora punta de las bayonetas. —¡Fuego!—gritó el presidente.

Diez afiliados obedecieron; pero sólo se oyó el golpe seco del pedernal, y no se vió más que las chispas que se desprendieron del choque. —¡Traición!—gritaron los estudiantes.—Estos fusiles han sido descargados. ¡A las puertas secretas, hermanos! ¡A las puertas secretas!

Y los afiliados, como gente que ha previsto el peligro, se lanzaron hacia diversos puntos de la tapicería. Pero ésta se desgarró por cinco ó seis partes, y por cada desgarrón se vieron brillar armas.

Los estudiantes se detuvieron, mirando á su alrededor: estaban encerrados en un círculo de bayonetas; ciento cincuenta soldados, vestidos con el uniforme bávaro, les rodeaban. —Hermanos,—dijo el presidente:—¡no nos queda más que morir!

Luego, en voz baja:

—¡Fuego á los barriles de pólvora!—mandó.

La orden circuló por las filas, y, como si hubiesen cedido ante las bayonetas, los conspiradores, con una maniobra tan hábilmente combinada como las demás, retrocedieron de la circunferencia al centro, seguidos y acosados por los soldados bávaros, que les oprimían más y más.

Al llegar al centro, los estudiantes se armaron de mechas de artillería, preparadas de antemano para aquel caso extremo; cada cual encendió la suya y se lanzó hacia el tonel que le servía de asiento.

Dejóse oír un grito de rabia: la mecha, azufrada y cubierta de pólvora, había sido substituída por una cuerda ordinaria que no ardía. —¡Traición! ¡Nos han vendido!— gritaron los estudiantes, tirando las armas.

—¡Diablo!—murmuró Schlick al oído de su compañero. —¡Me parece que la cosa va mal!... Menos mal,—añadió, bajando aún más la voz,—que nos salvaremos siempre declarando quiénes somos, pues los bávaros son aliados de vuestro emperador.

El joven recorrió el círculo de soldados con una mirada que chispeaba á través de su máscara, y, rompiendo su espada, en lugar de entregarla: —Es igual,—dijo; —hubiera deseado batirme, aunque fuera contra aliados.

Y se confundió con el grupo de estudiantes.

En aquel momento, el círculo de soldados bávaros se había estrechado tanto, que sólo debían adelantar cinco ó seis pasos para que las bayonetas tocasen los pechos de los diez y siete conspiradores.

—Señores,—dijo el capitán que mandaba la tropa,—en nombre del rey Maximiliano de Baviera, daos presos!

—Es posible,—dijo el presidente,—porque estamos bajo un régimen de fuerza; somos prisioneros, más no nos rendimos.

—Poco me importa,—respondió el oficial;—no he venido aquí para hacer juegos de palabras: he venido para cumplir mi deber, realizando las órdenes que he recibido.

—Amigos,—gritó el presidente,—prisioneros del rey de Baviera, en manos del rey de Baviera, prontos á morir á los golpes del rey de Baviera, ¿qué juicio os merece?

—¡El rey de Baviera,—dijo una voz,—es un traidor!

—¡Que quede excluído de la gran familia germánica!—dijo otro.

—¡Que deje de titularse príncipe alemán, y que firme: *Aliado de los franceses!*

—¡Que todo miembro de cualquiera de nuestras sociedades secretas tenga derecho de herirle con su puñal!

—¡Que todo miembro de la sociedad humana tenga derecho de cruzarle el rostro!

—¡Silencio!—dijo el oficial con voz terrible.

—¡Viva Alemania!—gritaron todos los estudiantes á una sola voz.

—¡Silencio,—repitió el oficial,—y pónganse en fila, sin resistencia!

—¡Sea,—dijo el presidente,—si es para fusilarnos! ¡Verdaderos soldados de Alemania, en fila!

Todos se alinearon con la cabeza erguida y la mirada amenazadora.

El capitán sacó un papel del bolsillo y leyó:

«El capitán Ernesto de Mühlendorf tomará ciento cincuenta hombres, rodeará é inspeccionará las ruinas del castillo de Abensberg, que sirve de receptáculo á una banda de conspiradores; detendrá á todos los que encuentre en la sala llamada del Consejo, que es la antigua sala del Tribunal secreto; los hará colocar en fila; si son diez, fusilará uno; si son veinte, fusilará dos, y así sucesivamente. Cumplida la ejecución, los demás serán puestos en libertad —Munich, 16 de abril de 1809.—*Maximiliano.*»

—¡Viva la Alemania!—gritaron por toda respuesta los prisioneros.

—¡Eh, cuidado!—dijo Schlick en voz baja á su compañero.—Procurad cambiar de sitio, teniente; me parece que sois precisamente el décimo.

Pero, aquel á quien se dirigía, ni respondió ni se movió.

—Señores,—prosiguió el capitán,—no sé lo que sois; pero yo soy soldado, y un soldado sólo obedece á su consigna. La justicia militar es expeditiva, y tengo el encargo de hacer justicia.

—¡Cumplid!—respondió una voz.

—¡Cumplid!—respondieron en coro las demás voces.

El capitán contó de derecha á izquierda hasta diez.

Tal como había dicho Schlick, su compañero, el nuevo vidente, era el décimo. —Salid de la fila,—dijo el capitán.

El joven obedeció. —Vos sois quien pagaréis el diezmo de sangre, caballero,—dijo el capitán.

—Está bien, capitán,—respondió el recipiendario con voz tranquila.

—¿Estáis dispueto?

—Lo estoy.

—¿Tenéis alguna disposición que hacer?

—Ninguna.

—¿No tenéis parientes... amigos... familia?

—Tengo un hermano. El hombre que me ha servido de padrino, y que, según la orden que habéis leído, debe quedar en libertad cuando yo haya pagado por todos, este hombre conoce á mi hermano y le dirá cómo he muerto.

—¿Sois católico ó protestante?

—Católico.

—¿Deseáis, acaso, un sacerdote?

—Todos los días arriesgo la vida, y Dios, que lee en mi corazón, sabe que nada tengo que reprocharme.

—¿No pedís gracia ni dilación?

—He sido preso con las armas en la mano, conspirando contra el aliado del rey de Baviera, y, por consiguiente, contra el mismo rey de Baviera: haced de mí lo que os guste.

—Entonces, preparaos á morir.

—Ya os he dicho que estoy pronto.

—Sois libre de guardar vuestro antifaz ó de quitároslo; si lo guardáis, seréis enterrado con él, y nadie sabrá quién sois.

—Pero si lo conservo, alguien podrá creer que es por cubrir mi palidez; me lo quitó.

Y el joven, arrancando la máscara, mostró su cara sonriente.

Entre los afiliados hubo un murmullo de admiración.

Un soldado bávaro se adelantó llevando en la mano un pañuelo á guisa de venda. El prisionero rechazó con la mano hombre y pañuelo. —Me habéis preguntado, hace un momento, si tenía que pedir alguna gracia, —prosiguió el joven, con la misma firmeza de voz, la misma digna mirada; —he de pedirós una.

—¿Cuál? —preguntó el capitán.

—Yo soy soldado como vos, caballero, oficial como vos; pido que no se me venden los ojos y mandar el fuego.

—¡Concedido!

—Pues bien: entonces, —dijo el joven, —soy yo quien os espero.

Uno de los afiliados salió de la fila, y, tendiéndole la mano: —Hermano, —dijo, —en nombre de Baviera, te saludo, mártir!

Los otros diez y siete hicieron lo mismo, cada uno en nombre de su pueblo.

El capitán les dejó hacer, vencido, sin duda, por el dominio que el valor ejerce en el corazón del soldado.

El prisionero se dirigió por sí mismo á colocarse contra la pared. —¿Estoy bien aquí, capitán? —preguntó.

El capitán hizo un signo afirmativo.

—Ocho hombres, —dijo éste.

Adelantáronse ocho hombres. —Colocaos á ocho pasos del condenado, en dos filas, y obedeced á su mandato.

Los ocho hombres fueron á colocarse á diez pasos.

—¿Están cargadas las armas? —preguntó el condenado.

—Sí, —respondió el capitán.

—Esto abrevia mi oficio, —dijo sonriendo el joven oficial.

Luego, en voz alta: —¡Atención, camaradas! —dijo. Las miradas de los ocho hombres se fijaron en él.

—¡Firmes!... ¡ar!

Los soldados obedecieron el mandato.

—¡Preparen!... ¡ar!

El movimiento fué ejecutado con precisión militar.

—¡Apunten!... —prosiguió el condenado.

Los cañones de los ocho fusiles se bajaron en su dirección. —Padrino, —dijo interrumpiéndose, con una sonrisa, —acercad una luz á mi semblante, para que podáis asegurarnos de que vuestro ahijado os hace honor.

—Es inútil, —dijo el capitán; — todos reconocemos que sois un valiente.

—En este caso, ¡fuego!

Los ocho tiros se dispararon formando una sola detonación; pero, con gran sorpresa suya, el condenado, no sólo quedó de pie, sino que ni siquiera percibió el más mínimo dolor.

—¡Viva la Alemania! —gritaron á una voz estudiantes y soldados.

—¿Qué ocurre? —preguntó el condenado, tanteándose y dudando de que viviese aún.

—Hay, —dijo Schlick, —que esto era una prueba de la que habéis salido gloriosamente.

—¡Viva la Alemania! —repitieron las voces.

—Ahora, —dijo al ahijado de Schlick el mismo joven que había sido el primero en estrecharle la mano saludándole como á mártir; —ahora, hermano, te es lícito palidecer, te es lícito temblar.

El joven oficial se separó del muro, y, encaminándose al que le dirigía la palabra, le tomó la mano y, por toda respuesta, la aplicó contra su corazón. —Me inclino ante tí, —dijo el joven, —porque mi corazón late más rápidamente que el tuyo.

—Y ahora, hermanos, —preguntó el prisionero devuelto á la libertad, el condenado restituido á la vida, —¿no tenemos una misión que cumplir?

—Hermanos, —dijo el presidente al capitán y á sus soldados, —retiraos, dejadnos solos y velad por nosotros.

El capitán y sus soldados obedecieron.

Durante ese tiempo, Schlick se aproximó á su ahijado y, en voz baja: —¡Rayos y truenos! —le dijo. —Tenéis un

valor á toda prueba, y opino que desde hoy tenéis el derecho de llamaros Ricardo *Corazón de león*.

El presidente siguió con la mirada á los hermanos de orden inferior, que habían representado el papel de oficial y soldados bávaros, hasta que hubo desaparecido el último.

Entonces, volviéndose hacia los videntes:

—Hermanos,—dijo,—ocupemos nuestros sitios.

Y se sentó en el sillón, en tanto los demás miembros de la asociación ocupaban sus asientos, dejados para hacer frente al peligro. —¡Silencio!—dijo el presidente.

Desvaneciéndose todo rumor, y pareció que todas las vidas se extinguían, hasta los latidos de los corazones.

—Vengadores,—dijo el presidente,—¿qué hora es?

Uno de los asistentes se levantó. —¿Quién es el que se levanta?—preguntó Ricardo *Corazón de león* á su padrino.

—El acusador, respondió Schlick.

El acusador respondió á la pregunta del presidente:

—Es la hora de la resolución.

—Vengadores, ¿qué tiempo hace?

—La tempestad ruge.

—Vengadores, ¿en qué manos está el rayo?

—En las manos de Dios y las nuestras

—Vengadores, ¿en dónde está la Santa Vehme?

—Muerta en Westfalia, resucitada en Baviera.

—¿Qué prueba tenéis de ello?

—Nuestra misma reunión.

—Hermano, te concedo la palabra para acusar. Acusa: nosotros juzgaremos.

—Acuso al emperador Napoleón de intentar el crimen más grande que existe á los ojos de un alemán, esto es, de querer destruir la nacionalidad de Alemania. Para destruir la nacionalidad de Alemania ha nombrado á su cuñado Murat gran duque de Berg; para destruir la nacionalidad de Alemania ha nombrado á su hermano Jerónimo rey de Westfalia; para destruir la nacionalidad de Alemania quiere destronar al emperador Francisco II y poner en su lugar á su hermano José, que no quieren los españoles; en fin, para destruir la nacionalidad alemana hace batir la Baviera contra el Austria, la Confederación del Rin contra el Imperio, amigos contra amigos, alemanes contra alemanes, hermanos contra hermanos.

—Hermanos,—dijo el presidente,—¿estáis con el acusador? ¿Estáis contra él?

—Estamos con él, acusamos como él. ¡Viva Alemania!

— El emperador Napoleón ¿es, pues, culpable á vuestros ojos?

— Sí,—respondieron en coro los afiliados.

—Y ¿qué castigo merece?

—¡La muerte!

—Y ¿quién se la dará?

—Nosotros.

—¿Y entre vosotros...?

—El elegido por la suerte.

—Vigilante, trae la urna.

El vigilante obedeció. —Hermanos,—dijo el presidente,—pondremos en la urna tantas bolas blancas cuantas son las provincias reunidas aquí por sus representantes, y, además, una bola negra; si la bola negra queda en el fondo de la urna, es que Dios desaprueba nuestro proyecto y se encarga de la venganza, pues la última bola será la de Dios. ¿Aceptáis lo que os propongo?

—Sí,—respondieron todas las voces.

—El que tome la bola negra ¿consagrará su vida al cumplimiento de la obra santa?

—¡Sí!—respondieron todas las voces.

—¿Jura morir sin denunciar á sus hermanos, morir como si su acto fuese aislado, morir como nuestro nuevo hermano iba á morir ha poco, sin una queja, sin un suspiro?

—¡Sí!—respondieron todas las voces.

—Entonces, vengan las bolas blancas y la bola negra.

El vigilante vertió la urna: diez y siete bolas blancas y una negra rodaron sobre la mesa. El presidente contó las diez y siete bolas blancas, y, mientras las contaba, las echaba en la urna; en seguida echó la bola negra, y, sin tocarla con la mano, mezcló todas las bolas sacudiendo la urna.

Terminada la operación: —Ahora,—dijo,—los diputados de las provincias van á sacar por orden alfabético. ¿Qué provincia representa nuestro nuevo hermano?

—Alsacia,—respondió el ahijado de Schlick.

—¡Alsacia!—exclamaron todos los afiliados.—Entonces ¿eres francés?

—Francés ó alemán, como queráis.

—Tienes razón,—exclamaron dos ó tres voces:—los alsacianos son alemanes, los alsacianos pertenecen á la gran familia germánica. ¡Viva la Alemania!

—Hermanos,—dijo el presidente,—¿qué decidís respecto á nuestro nuevo hermano?

—Que ha sido recibido, que ha sido afiliado, que ha

soportado la prueba, y que, puesto que Holanda, España é Italia están representadas aquí, no veo razón para que no lo esté Francia.

—Está bien,—dijo el presidente.—Los que opinan que el nombre de Alsacia deba entrar en la urna como los demás, que levanten la mano.

Todas las manos se levantaron.

—Hermano,—dijo el presidente,—la Alsacia es alemana.

Y echó en la urna una décimoctava bola blanca, que le presentaba el vigilante. —Y ahora,—prosiguió,—procedamos por orden alfabético.

Y, llamando, —¡Alsacia!—dijo.

El joven se adelantó hacia la urna y, en el momento en que hundió su mano, hubiera podido verse en su semblante una vacilación, de la que ni sombra había mostrado al dar la voz de: «Fuego!» Sacó una bola blanca.

—¡Blanca!—exclamó, mal ocultando su alegría.

—¡Blanca!—repitieron todas las voces.

—¡Baden!—llamó el presidente.

Schlick metió resueltamente la mano en la urna y sacó una bola blanca. —¡Blanca!—dijeron todas las voces.

—¡Baviera!—prosiguió el presidente.

El diputado de Baviera se adelantó, hundió la mano en la urna y sacó la bola negra.

—¡Negra!—dijo, con voz tranquila y casi gozosa.

—¡Negra!—repitieron todas las voces.

—Está bien,—dijo el diputado de Baviera.—Dentro de tres meses estará muerto Napoleón ó yo seré fusilado.

—¡Viva la Alemania!—repitieron en coro todas las voces.

Y como el objeto de la sesión estaba cumplido, los Amigos de la Virtud se separaron.

VI

*Seis pulgadas más abajo,
el rey de Francia se hubiera llamado Luis XVIII.*

Una noche, en un rincón del palacio imperial de Schönbrunn, el joven duque de Reichstadt conversaba con los hijos del príncipe Carlos; y, hablando entre ellos, los niños se reían tan fuerte, que el príncipe, que al otro lado conversaba gravemente con el emperador, los archiduques y las archiduquesas, temiendo que Altezas y Majestades se sin-

tieran molestados por las risas de los augustos niños, creyó necesario intervenir, y de un extremo al otro del salón preguntó á los niños qué causaba su alegría y á propósito de qué se reían de aquella manera.

—¡Oh papá!—respondió el mayor de los hijos del archiduque.—No hagáis caso; es Reichstadt, que nos cuenta cómo su padre os batía siempre, y esto nos divierte.

El archiduque Carlos, que era un buen hombre, se río de mejor gana aún que los niños; lo que, visto por el emperador, los archiduques y las archiduquesas, se echaron á reír con tanto ó más gusto que el archiduque Carlos.

Es cierto que, en la época en que tan francamente se reían en Viena de las derrotas del ilustre archiduque, el vencedor de Tengen, de Abensberg, de Landshut, de Eckmühl y de Ratisbona había muerto.

La anécdota es auténtica; me ha sido contada por la reina Hortensia, durante los ocho días de hospitalidad que quiso concederme, en 1832, en el castillo de Arenenberg, poco tiempo después de la muerte del rey de Roma.

Consagremos un capítulo al relato de aquella campaña de 1809, una de las más maravillosas de Napoleón.

El 17 de abril dejamos al emperador en Donauwörth, pronto á transmitir sus órdenes á sus mariscales y á sus tenientes. Aquel á quien más le importaba que llegaran, puesto que era el más lejano y, por consiguiente, debía recibirlas con más dilación, era el mariscal Davoust, que, según sabemos, ocupaba Ratisbona. Así es que el primer oficial que mandó á llamar Napoleón para entregarle los despachos que acababa de dictar, fué el teniente Pablo Richard; pero el príncipe de Neuchâtel, royéndose las uñas y con visible embarazo, participó al emperador que había dispuesto de aquel oficial para una misión particular.

Es verdad que, en su lugar, ofrecía, en el caso que el emperador se empeñara absolutamente en que su despacho fuera llevado por un oficial de nombre Richard; es verdad, decimos, que el príncipe de Neuchâtel ofrecía al teniente Luis Richard, que había llegado de Italia.

Pero el emperador declaró que, del momento que no se devolvía al mariscal Davoust el mismo hombre que el mariscal le había enviado, poco le importaba el nombre de su correo, con tal de que fuera activo, animoso é inteligente.

Presentóse un oficial. El emperador le entregó el despacho dirigido al mariscal Davoust.

Por otra parte, Berthier hizo tomar dos copias de

soportado la prueba, y que, puesto que Holanda, España é Italia están representadas aquí, no veo razón para que no lo esté Francia.

—Está bien,—dijo el presidente.—Los que opinan que el nombre de Alsacia deba entrar en la urna como los demás, que levanten la mano.

Todas las manos se levantaron.

—Hermano,—dijo el presidente,—la Alsacia es alemana.

Y echó en la urna una décimoctava bola blanca, que le presentaba el vigilante. —Y ahora,—prosiguió,—procedamos por orden alfabético.

Y, llamando, —¡Alsacia!—dijo.

El joven se adelantó hacia la urna y, en el momento en que hundió su mano, hubiera podido verse en su semblante una vacilación, de la que ni sombra había mostrado al dar la voz de: «Fuego!» Sacó una bola blanca.

—¡Blanca!—exclamó, mal ocultando su alegría.

—¡Blanca!—repitieron todas las voces.

—¡Baden!—llamó el presidente.

Schlick metió resueltamente la mano en la urna y sacó una bola blanca. —¡Blanca!—dijeron todas las voces.

—¡Baviera!—prosiguió el presidente.

El diputado de Baviera se adelantó, hundió la mano en la urna y sacó la bola negra.

—¡Negra!—dijo, con voz tranquila y casi gozosa.

—¡Negra!—repitieron todas las voces.

—Está bien,—dijo el diputado de Baviera.—Dentro de tres meses estará muerto Napoleón ó yo seré fusilado.

—¡Viva la Alemania!—repitieron en coro todas las voces.

Y como el objeto de la sesión estaba cumplido, los Amigos de la Virtud se separaron.

VI

*Seis pulgadas más abajo,
el rey de Francia se hubiera llamado Luis XVIII.*

Una noche, en un rincón del palacio imperial de Schönbrunn, el joven duque de Reichstadt conversaba con los hijos del príncipe Carlos; y, hablando entre ellos, los niños se reían tan fuerte, que el príncipe, que al otro lado conversaba gravemente con el emperador, los archiduques y las archiduquesas, temiendo que Altezas y Majestades se sin-

tieran molestados por las risas de los augustos niños, creyó necesario intervenir, y de un extremo al otro del salón preguntó á los niños qué causaba su alegría y á propósito de qué se reían de aquella manera.

—¡Oh papá!—respondió el mayor de los hijos del archiduque.—No hagáis caso; es Reichstadt, que nos cuenta cómo su padre os batía siempre, y esto nos divierte.

El archiduque Carlos, que era un buen hombre, se río de mejor gana aún que los niños; lo que, visto por el emperador, los archiduques y las archiduquesas, se echaron á reír con tanto ó más gusto que el archiduque Carlos.

Es cierto que, en la época en que tan francamente se reían en Viena de las derrotas del ilustre archiduque, el vencedor de Tengen, de Abensberg, de Landshut, de Eckmühl y de Ratisbona había muerto.

La anécdota es auténtica; me ha sido contada por la reina Hortensia, durante los ocho días de hospitalidad que quiso concederme, en 1832, en el castillo de Arenenberg, poco tiempo después de la muerte del rey de Roma.

Consagremos un capítulo al relato de aquella campaña de 1809, una de las más maravillosas de Napoleón.

El 17 de abril dejamos al emperador en Donauwörth, pronto á transmitir sus órdenes á sus mariscales y á sus tenientes. Aquel á quien más le importaba que llegaran, puesto que era el más lejano y, por consiguiente, debía recibirlas con más dilación, era el mariscal Davoust, que, según sabemos, ocupaba Ratisbona. Así es que el primer oficial que mandó á llamar Napoleón para entregarle los despachos que acababa de dictar, fué el teniente Pablo Richard; pero el príncipe de Neuchâtel, royéndose las uñas y con visible embarazo, participó al emperador que había dispuesto de aquel oficial para una misión particular.

Es verdad que, en su lugar, ofrecía, en el caso que el emperador se empeñara absolutamente en que su despacho fuera llevado por un oficial de nombre Richard; es verdad, decimos, que el príncipe de Neuchâtel ofrecía al teniente Luis Richard, que había llegado de Italia.

Pero el emperador declaró que, del momento que no se devolvía al mariscal Davoust el mismo hombre que el mariscal le había enviado, poco le importaba el nombre de su correo, con tal de que fuera activo, animoso é inteligente.

Presentóse un oficial. El emperador le entregó el despacho dirigido al mariscal Davoust.

Por otra parte, Berthier hizo tomar dos copias de

aquel despacho, y las expidió por medio de otros dos hombres y por diferentes caminos. ¡Hubiera sido mucha desgracia que de tres correos no llegara uno!

He aquí las órdenes del emperador á su lugarteniente:

«Salir inmediatamente de Ratisbona, dejando, no obstante, un batallón para guardar la ciudad;

»Remontar el Danubio, andando con prudencia, pero con resolución, entre el río y la masa de los austriacos;

»Reunirse, en fin, con él, Napoleón, por Abach y Ober-Saal, en los alrededores de Abensberg, hacia el lado en que se vierte en el Danubio.»

Expedidas estas órdenes á Davoust, precisaba avisar á Massena. Halláronse otros tres mensajeros, y se le expidió la siguiente orden triplicada:

«El emperador ordena al mariscal Massena que deje Augsburgo el 18 por la mañana, para bajar, por la vía de Pfaffenhofen, sobre el Abens, en el flanco izquierdo de los austriacos, reservándose en seguida el emperador dirigir la marcha del mariscal hacia el Danubio, hacia el Isar, hacia Neustad ó hacia Landshut.

»El mariscal partirá sembrando el rumor de una marcha hacia el Tirol, y dejando en Augsburgo un buen comandante, dos regimientos alemanes, todos los hombres enfermizos ó cansados, víveres, municiones y, en fin, con qué sostenerse quince días.

»El emperador recomienda al mariscal que baje hacia el Danubio á toda prisa, pues jamás tuvo tanta necesidad de su adhesión.»

El despacho terminaba con estas tres palabras y con esta tercera parte de firma, escritos de propia mano del emperador:

«¡ACTIVIDAD Y VELOCIDAD!—NAP.»

Después de expedir esos dos despachos, Napoleón preguntó por el teniente Luis Richard, si Berthier, no obstante, no le había enviado en comisión como á su hermano.

El joven se presentó muy contento por haber visto á su querido Pablo, vigorizado por dos horas de descanso y pronto á ponerse otra vez en camino.

El emperador le entregó, para el príncipe Eugenio, una carta concebida en estos términos:

«Señor: Habéis perdido, dejándoos derrotar en Pordenone, la fortuna de entrar con nosotros en Viena, donde estaremos, probablemente, hacia el 15 del mes próximo.

Reuníos con nosotros tan pronto como podáis y dirigíos directamente á la capital de Austria: ningún cambio han sufrido las órdenes que os remití.

»Sin más, señor príncipe, no teniendo más objeto la presente, ruego á Dios que os tenga en su santa y digna custodia.—Napoleón.

»P. S.—Mando orden al general Macdonald que se una al ejército de Italia, con órdenes particulares que no comunicará más que á vos.»

El joven oficial recibió la carta de propias manos del emperador, se inclinó, salió, saltó á caballo y desapareció.

Un instante después, el emperador dejó Donauwoerth y partió para Ingolstadt.

Ingolstadt le colocaba entre Ratisbona y Augsburgo, es decir, en el centro del movimiento.

En Donauwoerth, el emperador estaba á veintidós leguas de Ratisbona, y sólo á ocho ó nueve leguas de Augsburgo.

El resultado fué que Massena recibió sus órdenes hacia las cinco y pudo hacer inmediatamente sus preparativos de marcha para el siguiente día 18, al apuntar el alba, mientras que Davoust sólo hasta muy entrada la noche no recibió las órdenes que le concernían.

El mariscal necesitó todo el día 18, en primer lugar para reunir sus 50,000 hombres; luego para organizar la división Friant —que durante el trayecto que acababa de recorrer de Bayreuth á Amberg había escaramuceado por un instante con el cuerpo de ejército austriaco del general Bellegarde, y que, por su buena conducta, había cubierto la marcha del cuerpo á que pertenecía—, y, en fin, para llevar la totalidad de sus tropas desde la orilla derecha á la izquierda del Danubio, mientras que la división Morand permanecía en orden de batalla bajo los muros de Ratisbona.

Aquel ejército de Bellegarde, compuesto de 50,000 hombres, al que hubo que contener para que no tomara parte en el combate que iba á entablarse, era el ejército de Bohemia, que, en su sistema de concentración, había llamado el archiduque Carlos.

El día 18, pues, lo empleó el mariscal Davoust en hacer pasar de la orilla derecha á la izquierda las divisiones Saint-Hilaire y Gudin, y la caballería pesada del general Saint-Sulpice, mientras que la caballería ligera del general Montbrun, extendiéndose en forma de abanico por

Straubing, por Eckmühl y por Abach, practicaba reconocimientos con objeto de asegurarse de la verdadera posición del archiduque; pues el mariscal Davoust, como si le faltara aire para él y sus 50,000 hombres, se sentía instintivamente preso entre el ejército de Hungría, que acababa de rechazar la división Friant, y la masa del ejército austriaco, que llegaba por la vía de Landshut.

El punto de reunión general, como hemos visto, era la meseta del Abens en Abensberg.

Por la mañana del 18, el mariscal Davoust se puso en marcha.

Nosotros no hacemos la historia de aquella célebre campaña, y, por consiguiente, no seguiremos la hermosa, prudente y sabia marcha del mariscal por la orilla izquierda del gran río, en medio de sus terribles enemigos; nos contentaremos con seguir el hilo sombrío de una conspiración que tenía por objeto realizar, con el puñal, lo que la fortuna se resistía á hacer con la espada, el fusil ó el cañón.

En medio de aquel gigantesco movimiento, vamos á seguir los pasos de Napoleón, puesto que él es el que está particularmente amenazado por los acontecimientos que nos ha dado á conocer el precedente capítulo.

En la noche del 19 al 20 descendió de Ingolstadt á Vohburgo; allí supo que, después de una ligera escaramuza, los austriacos que habían avanzado hasta Abensberg — lugar que había designado por punto de reunión —, habían sido rechazados, y que la meseta á donde debían desembocar las tropas del mariscal Davoust estaba libre.

Durante todo el día 19 habíase oído el cañoneo.

El 20, á las nueve de la mañana, una cabalgata, compuesta del emperador y de todo el Estado Mayor del príncipe de Neuchâtel, precedida por los guías, llegó á la meseta de Abensberg, y se detuvo en el punto más elevado del castillo, á cien pasos, poco más ó menos, de la casa del pastor Stiller.

Habíase ofrecido á Napoleón que subiera á una casa; pero prefirió permanecer al aire libre, en un sitio escarpado, desde donde dominaba todo el país, á su derecha hasta Birwang, á su izquierda hasta Thann.

Por lo demás, á consecuencia de una conversación con su espía Schlick, el príncipe de Neuchâtel había tomado algunas precauciones para proteger la persona del emperador. Desde la víspera, todo el regimiento que ocupaba Abensberg, había recibido orden de alojarse en las casas

que rodeaban la meseta y de acampar entre los intervalos de las casas y en las ruinas del viejo castillo.

Napoleón, sin que se apercibiera, y sobre todo sin que su preocupación le permitiera apercibirse, estaba, pues, rodeado de soldados que velaban por él. Además, el emperador no se ocupaba jamás en precauciones de ese género; esto atañía á su séquito; sea que creyese en la Providencia como un cristiano, en la fatalidad como un musulmán, ó en el destino como un romano, ofreciase á la bala del enemigo lo mismo que al puñal de los fanáticos; su vida correspondía á Dios, que tenía sus designios acerca de él.

Allí, según costumbre, instalóronle una mesa, desplegaronle mapas y se le dieron informes.

He aquí lo que había ocurrido la víspera:

El mariscal Davoust había partido de Ratisbona al apuntar el día, en cuatro columnas: la vanguardia avanzando, á la izquierda, por la gran carretera de Ratisbona á Landshut, pasando por Eckmühl; dos columnas andando por el centro por caminos vecinales; y, por fin, la extrema derecha, compuesta de los bagajes, y siguiendo la carretera que se extiende á lo largo del Danubio de Ratisbona á Mainbourg.

El mismo día, el archiduque Carlos, que se hallaba en Rohr, es decir, en una meseta semejante á la de Abensberg, y dominando á la vez el valle del Danubio y el del gran Laber, río que, siguiendo un curso opuesto al del Abens, va á verterse en el Danubio á quince leguas más arriba de Ratisbona, mientras que el Abens se vierte en el mismo río á quince leguas más abajo; el mismo día, 19 de abril, decimos, al mismo tiempo que el mariscal Davoust, recibía y ejecutaba la orden de marchar sobre Abensberg, el príncipe Carlos, creyendo hallar al mariscal en Ratisbona, tomaba la resolución de marchar contra él, y de aplastarle entre los 80,000 hombres de tropas que conducía y los 50,000 hombres del ejército de Bellegarde, que debían llegar por la Bohemia, y que, según hemos visto, llegaban efectivamente, puesto que habían chocado con la división Friant.

Resultaba de esos dos movimientos, que Napoleón debía hallar á Abensberg libre, y el príncipe Carlos, salvo el regimiento que había dejado el mariscal Davoust, evacuada Ratisbona; pero también, en un

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

línea diagonal que recorrían, las extremas izquierdas de ambos ejércitos debían chocar inevitablemente.

El príncipe Carlos seguía la vertiente oriental de la cadena de colinas que separa el valle del Danubio del valle del gran Laber; el mariscal Davoust seguía la vertiente occidental.

A las nueve de la mañana, dos de nuestras cabezas de columna habían franqueado la cresta de las colinas, y de la vertiente occidental pasaron á la oriental.

La división Gudin, que formaba nuestra extrema izquierda, había enviado lejos á los tiradores del 7.º ligero; esos tiradores se encontraron con los del príncipe de Rosenberg, cambiando con ellos un cierto número de disparos; pero el mariscal Davoust, reconociendo que el choque no era nada serio, puso su caballo al galope, dando personalmente la orden á las dos columnas de continuar su marcha, y á los tiradores que siguieran á las columnas fingiendo ceder terreno.

Los tiradores austriacos se apoderaron, pues, de la aldea de Schneidart, evacuada por el 7.º ligero, y el cuerpo del general Rosenberg, al que pertenecían, se había encaminado hacia Dinzing, mientras que el cuerpo del general Hohenzollern entraba en Hansen, que evacuaban las últimas compañías del 7.º ligero, y ocupaba una masa de bosque, formando frente á frente de la aldea de Tengen, una inmensa herradura.

Allí era donde verdaderamente debían chocar las dos extremas izquierdas, francesa y austriaca; y allí, en efecto, chocaron.—Eran las noticias de ese choque las que llevaban á Napoleón.

¡Había sido terrible!

Se había combatido en Dinzing: los combatientes, en aquel punto, eran Montbrun contra Rosenberg.

Habíase combatido en Tengen: los combatientes en ese punto, eran Saint-Hilaire y Friant contra Hohenzollern y los príncipes Luis y Mauricio de Liechtenstein.

Hubo, además, otros combates entre todos los puestos intermediarios que unían las dos extremas izquierdas.

Únicamente que el archiduque Carlos se había equivocado; tomó nuestra extrema izquierda por nuestra extrema derecha; creyó tener enfrente á Napoleón y todo el grueso del ejército francés, mientras que el grueso del ejército francés se hallaba, al contrario, entre el Danubio y el grueso de su propio ejército.

Resultado de su error fué, que el príncipe Carlos permaneció en las alturas del Grub, inmóvil espectador del combate, con doce batallones de granaderos, sin querer arriesgar una batalla definitiva antes de que se le reuniera el cuerpo de ejército del archiduque Luis.

En su consecuencia, envió sus órdenes al archiduque Luis, y permaneció en el sitio, preparándose con la prudente lentitud de los príncipes de Austria, á atacar tan sólo al día siguiente.

Véanse ahora los detalles que recogía Napoleón sobre el combate de la víspera:

La vanguardia del general Montbrun había perdido 200 hombres; la división Friant, 300; la división Saint-Hilaire, 1,700; la división Morand, 25; los bávaros, 100 ó 150 caballeros.—En junto, 2,500 hombres, aproximadamente.

Por su parte, el enemigo había perdido: en Dinzing, 500 hombres; en Tengen, 4,500; en Buch y en Arnhofen, 7 ú 800.—Total, cerca de 6,000 hombres.

Napoleón vió lo que no había visto el archiduque Carlos; como el águila de la que hizo su escudo de armas, era uno de sus privilegios volar por encima de los acontecimientos con las alas de su genio. Casi al mismo tiempo que llegaba á Abensberg, el mariscal Davoust llegaba también por Tengen y Burtdorff, el mariscal Lannes aparecía por la parte de Neustadt, y la división de Wrede, establecida de Biburgo á Siegenburgo, se hallaba pronta para pasar el Abens.

Napoleón decidió que el ejército fuese á concentrar su esfuerzo en Tengen, forzar los puestos del centro del ejército austriaco, cortar en dos la línea de operación del archiduque Carlos, echar toda su retaguardia al Danubio y á Landshut; hecho lo cual, se revolvería, y si el príncipe Carlos no se hallaba en la parte de ejército destruida ó dispersa, volvería, con todas sus fuerzas, á tomar al archiduque y su ejército entre dos fuegos.

De consiguiente, ordenó al mariscal Davoust que se mantuviese firme con 24,000 hombres en Tengen; ordenó á Lannes que le precediese con 25,000 hombres y se apoderase de Rohr á toda costa; ordenó al mariscal Lefebvre, que mandaba 40,000 wurtembergueses y bávaros, que tomara Arnhofen y Offenstetten; en fin, previendo que, al día siguiente, la retaguardia austriaca derrotada intentaría repasar el Danubio en Landshut, ordenó al mariscal Mas-

sena, á quien no necesitaba del momento que disponía de una masa de 90,000 hombres, que se dirigiera directamente á Landshut, por Freising y Moosburgo.

Después vió desfilar ante él á los bávaros y wurtembergueses, que iban á ponerse en línea, enemigos convertidos en aliados, arengándolos á medida que iban pasando, y dejando, después de cada período, el tiempo necesario para que los oficiales tradujeran sus palabras en alemán.

Decíales:

«Pueblos de la gran familia germánica, no es por mí que os hago combatir hoy, sino por vosotros; defendiendo vuestra nacionalidad contra la ambición de la casa de Austria, desesperada al ver que no os tiene bajo su yugo.

«Esta vez, yo os devolveré muy pronto, y para siempre, la paz, con tal acrecentamiento de poderío, que en adelante os podréis defender vosotros mismos contra las pretensiones de vuestros antiguos dominadores.

«Por lo demás,—añadió, montando á caballo y tomando sitio en sus filas,—hoy voy á combatir con vosotros, y entrego la fortuna de Francia y mi vida á vuestra lealtad.»

Apenas hubo pronunciado estas palabras, se oyó un tiro, y su sombrero, saltándole de la cabeza, cayó á los pies del caballo.

Decimos mal que se oyó un tiro; apenas si el tiro se oyó en medio del tumulto, y la caída del sombrero fué atribuida al movimiento algo brusco que acababa de hacer su caballo.

Un oficial bávaro salió de las filas, recogió el sombrero y lo presentó á Napoleón.

Napoleón lo inspeccionó con rápida ojeada, sonrió y se lo puso otra vez en la cabeza.

Hecho esto, la masa se movió, bajando de la meseta y dirigiéndose á Arnhofen.

Llegado al pie de la meseta, Berthier se acercó al emperador para recibir sus últimas órdenes; Napoleón se las dió; luego, tomando su sombrero y enseñando al generalísimo el agujero de una bala:

—Seis pulgadas más abajo,—le dijo con tranquilidad,—y el rey de Francia se llamaría Luis XVIII.

Berthier palideció al ver el peligro de que había escapado el emperador, é inclinándose hacia un ayudante, dijo:

—Que se llame en seguida al teniente Pablo Richard.

VII

Cinco victorias en cinco días

Lo que había previsto Napoleón, sucedió.

Lannes, que ocupaba la izquierda con 20,000 peones, 1,500 cazadores y 3,500 coraceros, avanzó sobre Rhor, que, según recordaremos, debía tomar á toda costa, por Offenstetten y Bachel.

Atravesaba un país sembrado de bosque y cortado por numerosos desfiladeros; de modo que, la cabeza de su columna chocó de pronto, y por el flanco, con el general austriaco Thierry y su infantería; la caballería —que estaba realizando el movimiento ordenado por el archiduque sobre Ratisbona—, la caballería, andando con más velocidad que la infantería, había pasado ya.

Lannes hizo cargar aquella infantería por sus 1,500 hombres á caballo, que cayeron sobre ella á brida suelta.

En lugar de formar el cuadrado y esperar la carga, la infantería, que ignoraba el escaso número de caballeros con quienes tenía que habérselas, procuró ponerse al abrigo de los bosques; pero antes de que pudiera llegar fué acuchillada.

El general Thierry se retiró en desorden hacia Rohr, en donde encontró al general Schusteck.

Ambos generales reunieron sus fuerzas.

Pero Lannes recordaba la orden recibida, de tomar Rohr á toda costa, y sus cazadores perseguían á los fugitivos con la punta de los sables en los ijares.

Los generales austriacos tenían 3,000 húsares que lanzaron contra los cazadores; Lannes, al ver el movimiento, lanzó, por su parte, un regimiento de coraceros que atravesó de parte á parte la división de húsares y la obligó á refugiarse en la aldea de Rohr.

En aquel momento llegaban nuestros 20,000 peones.

El 30° regimiento, sostenido por los coraceros, atacó la aldea de frente, mientras que el 23° y el 17° se destacaban á derecha é izquierda para envolverla.

Los dos generales austriacos no permanecieron en la aldea más que el tiempo de ponerse en retirada: al cabo de media hora de combate, sus columnas se replegaron de Rohr hacia Rothenburgo.

Lannes destacó un mensajero que partió á galope, para

sena, á quien no necesitaba del momento que disponía de una masa de 90,000 hombres, que se dirigiera directamente á Landshut, por Freising y Moosburgo.

Después vió desfilar ante él á los bávaros y wurtembergueses, que iban á ponerse en línea, enemigos convertidos en aliados, arengándolos á medida que iban pasando, y dejando, después de cada período, el tiempo necesario para que los oficiales tradujeran sus palabras en alemán.

Decíales:

«Pueblos de la gran familia germánica, no es por mí que os hago combatir hoy, sino por vosotros; defendiendo vuestra nacionalidad contra la ambición de la casa de Austria, desesperada al ver que no os tiene bajo su yugo.

«Esta vez, yo os devolveré muy pronto, y para siempre, la paz, con tal acrecentamiento de poderío, que en adelante os podréis defender vosotros mismos contra las pretensiones de vuestros antiguos dominadores.

«Por lo demás,—añadió, montando á caballo y tomando sitio en sus filas,—hoy voy á combatir con vosotros, y entrego la fortuna de Francia y mi vida á vuestra lealtad.»

Apenas hubo pronunciado estas palabras, se oyó un tiro, y su sombrero, saltándole de la cabeza, cayó á los pies del caballo.

Decimos mal que se oyó un tiro; apenas si el tiro se oyó en medio del tumulto, y la caída del sombrero fué atribuida al movimiento algo brusco que acababa de hacer su caballo.

Un oficial bávaro salió de las filas, recogió el sombrero y lo presentó á Napoleón.

Napoleón lo inspeccionó con rápida ojeada, sonrió y se lo puso otra vez en la cabeza.

Hecho esto, la masa se movió, bajando de la meseta y dirigiéndose á Arnhofen.

Llegado al pie de la meseta, Berthier se acercó al emperador para recibir sus últimas órdenes; Napoleón se las dió; luego, tomando su sombrero y enseñando al generalísimo el agujero de una bala:

—Seis pulgadas más abajo,—le dijo con tranquilidad,—y el rey de Francia se llamaría Luis XVIII.

Berthier palideció al ver el peligro de que había escapado el emperador, é inclinándose hacia un ayudante, dijo:

—Que se llame en seguida al teniente Pablo Richard.

VII

Cinco victorias en cinco días

Lo que había previsto Napoleón, sucedió.

Lannes, que ocupaba la izquierda con 20,000 peones, 1,500 cazadores y 3,500 coraceros, avanzó sobre Rhor, que, según recordaremos, debía tomar á toda costa, por Offenstetten y Bachel.

Atravesaba un país sembrado de bosque y cortado por numerosos desfiladeros; de modo que, la cabeza de su columna chocó de pronto, y por el flanco, con el general austriaco Thierry y su infantería; la caballería —que estaba realizando el movimiento ordenado por el archiduque sobre Ratisbona—, la caballería, andando con más velocidad que la infantería, había pasado ya.

Lannes hizo cargar aquella infantería por sus 1,500 hombres á caballo, que cayeron sobre ella á brida suelta.

En lugar de formar el cuadrado y esperar la carga, la infantería, que ignoraba el escaso número de caballeros con quienes tenía que habérselas, procuró ponerse al abrigo de los bosques; pero antes de que pudiera llegar fué acuchillada.

El general Thierry se retiró en desorden hacia Rohr, en donde encontró al general Schusteck.

Ambos generales reunieron sus fuerzas.

Pero Lannes recordaba la orden recibida, de tomar Rohr á toda costa, y sus cazadores perseguían á los fugitivos con la punta de los sables en los ijares.

Los generales austriacos tenían 3,000 húsares que lanzaron contra los cazadores; Lannes, al ver el movimiento, lanzó, por su parte, un regimiento de coraceros que atravesó de parte á parte la división de húsares y la obligó á refugiarse en la aldea de Rohr.

En aquel momento llegaban nuestros 20,000 peones.

El 30° regimiento, sostenido por los coraceros, atacó la aldea de frente, mientras que el 23° y el 17° se destacaban á derecha é izquierda para envolverla.

Los dos generales austriacos no permanecieron en la aldea más que el tiempo de ponerse en retirada: al cabo de media hora de combate, sus columnas se replegaron de Rohr hacia Rothenburgo.

Lannes destacó un mensajero que partió á galope, para

llevar al emperador la noticia de que Rohr estaba tomada y ejecutada su orden; anunciaba, además, que empujaría á los austriacos ante sí en tanto hubiera claridad suficiente para disparar un tiro.

La noticia llegó á Napoleón en el momento en que sus wurtembergueses y sus bávaros repelían al archiduque Luis hacia la calzada de Neustadt en Landshut, cuya persecución duró todo el día, no dejando descansar al archiduque hasta Pfaffenhausen.

Napoleón, al saber la toma de Rohr, se lanzó por las huellas de Lannes y llegó por la noche á Rothenburgo. Allí se había detenido su lugarteniente, según había prometido, por haber cerrado la noche.

La jornada había sido espléndida.

Lannes había perdido apenas 200 hombres y había muerto ó hecho prisioneros á 4,000 hombres del enemigo. El general Thierry estaba en el número de los prisioneros.

Los bávaros y wurtembergueses de Lefebvre habían perdido 1,000 hombres y habían muerto 3,000 al enemigo, y le habían repelido en el Isar.

Pero la importancia de la jornada no consistía en el número de hombres fuera de combate, aunque esto era ya algo; la importancia estaba en la separación del archiduque Carlos de su izquierda. El ejército austriaco quedaba cortado en dos por Napoleón, operando á la cabeza de una masa de unos 100,000 hombres; iba á dar, pues, fácil cuenta de los dos trozos de serpiente mutilados, atacándolos uno después de otro.

Pero el caso era que Napoleón ignoraba la verdadera posición del archiduque Carlos. Lo creyó acorralado en el Isar, y resolvió precipitarse sobre él al día siguiente con todas sus fuerzas, para sorprenderle en Landshut, es decir, en el paso de este río, que se vierte en el Danubio á ocho ó diez leguas de Landshut.

Si Massena no ha encontrado ningún obstáculo en su camino y llega á tiempo, todo el ejército austriaco que hay entre Napoleón y el Isar será muerto, hecho prisionero ó ahogado.

En consecuencia, manda orden á Davoust, que no se ha movido de Tingen, en donde ha servido de eje á todo el ejército, que deje allí las pocas tropas que tiene enfrente, y que siga el movimiento del ejército hacia el Isar, libre de volverse en seguida á Ratisbona, para aplastar

á Bellegarde, cuando se haya desembarazado del archiduque Carlos.

Napoleón ha acabado por creer que perseguía al mismo príncipe; está seguro de que aquellas *pocas tropas* que Davoust tiene á raya son la masa del ejército austriaco. Y en verdad, ¿cómo suponer que en treinta y seis horas, el archiduque Carlos, á la cabeza de unos 60,000 hombres, no haya dado fe de vida?

Es que, durante toda la jornada del 20, ignorando que el ejército francés se hubiese deslizado entre él y el Danubio, el príncipe Carlos espera que Napoleón le ataque de frente, no queriendo atacar él mientras no se haya unido con los 50,000 hombres del archiduque Luis. No hay que decir que les espera en vano: son los 50,000 hombres que Napoleón repele hacia el Isar, aprestándose á echarlos al río.

Empero, por el ruido del cañoneo, el archiduque Carlos comprendió que algo ocurría detrás de él; dió media vuelta, y adosándose en Ratisbona, donde debía encontrar el ejército de Bohemia, se estableció á través de la carretera de Ratisbona á Landshut, teniendo Eckmühl enfrente.

Napoleón no se desnudó, tanta prisa tenía de alcanzar á los austriacos al día siguiente; pero los austriacos tenían aún más prisa de huir que él de perseguir. Así es que llegaron por la noche á Landshut por las dos carreteras de Rothenburgo y Pfaffenhausen.

Sin embargo, Napoleón reflexionó: los austriacos habían abandonado el terreno con excesiva facilidad; ¿era la masa entera ó una parte ínfima la que iba echando por delante, como el viento de otoño impele las amarillentas hojas? Davoust, á quien dejaba tras sí, ¿no quedaba expuesto á ser arrebatado con sus 24,000 hombres, por uno de esos atrevidos golpes de mano cuyo secreto podían haberle robado los enemigos?

Uno de los frecuentes relámpagos del genio de Napoleón acababa de iluminarle en medio de aquella gloriosa noche que separaba dos días de victoria.

Destacó la división del general Demont, los coraceros del general Nansouty, las divisiones ávaras del general Dercy y del príncipe real, y lo envió todo á Davoust, mientras que él, con los 25,000 hombres de Lannes y los bávaros del general de Wrède, seguiría empujando á los austriacos hacia Landshut, donde, por otra parte, contaba encontrar á Massena con unos 30,000 hombres.

Hacia las nueve de la mañana, el emperador estaba en Altford con la infantería del general Morand, los coraceros y la caballería ligera. A lo largo del camino fué recogiendo fugitivos, heridos, artillería, bagajes; la retirada se trocaba definitivamente en derrota.

Allí, al límite del bosque, en una especie de meseta desde donde dominaba la fértil llanura del Isar, con la ciudad de Landshut en perspectiva, se detuvo.

¡Hermoso espectáculo para un vencedor!

El ejército enemigo huía como á la desbandada; caballería, infantería, artillería y bagajes arremolinábanse en tropel á la entrada de los puentes; era un tumulto espantoso, una confusión indecible.

No quedaba que hacer más que matar.

Pero en su precipitación de llegar y ver, Napoleón se había adelantado al grueso de su cuerpo de ejército; desembocaba en la meseta nada más que con ocho ó diez mil hombres; el resto seguía.

Bessières, á la cabeza de los coraceros; Lannes, al frente de los cazadores y del 13.º ligero de la división Morand, cargando ambos como simples coroneles de vanguardia, cayeron sobre aquella masa ocho veces más numerosa que la suya.

La caballería austriaca salió entonces de en medio de aquella confusión, y trató de detenernos y de defender el paso; pero coraceros, cazadores é infantería sentían la fortuna del emperador en ellos y con ellos, y arrollaron á la caballería.

Los austriacos hicieron un supremo esfuerzo y reunieron su infantería; pero la división Morand llegó completa, y la infantería austriaca, vencida á su vez, tuvo que replegarse en los puentes.

Desgraciadamente, nuestra artillería no había podido seguir; á no ser así, se hubieran emplazado una decena de piezas en batería, y se hubiera diezclado á metrallazos á aquellas masas que había que abrir á sablazos, que agujerear con las puntas de las bayonetas. El arma blanca, mata, pero lentamente: el cañón trabaja más de prisa.

Durante aquel tiempo, en cambio, se cogía á los fugitivos esparcidos por la llanura, los que ya no esperaban pasar los puentes, y que se rendían no atreviéndose á echarse al Isar; recogíanse los cañones, los bagajes, y hasta un soberbio tren de pontones conducido en carretas, y con el cual no sólo se proponían franquear el Danubio, sino también el Rhin.

¡Era el látigo que Jerjes había llevado para castigar á los griegos, y con el que sólo pudo pegar al mar!

A medida que el ejército enemigo pasaba los puentes, una parte se retiraba hacia Neumarkt en Mühlendorf, mientras que los menos acosados por el miedo tomaban posición en la ciudad de Landshut y en el suburbio de Seligenthal; pero, además de la división Morand, que, según hemos dicho, había llegado completa, aparecían por Moosburgo las avanzadas de la columna Massena; llegaban demasiado tarde para cortar la retirada á los austriacos y demasiado pronto para precipitarla.

De pronto vióse en la dirección del puente principal cómo se elevaba una grande humareda: eran los austriacos que acababan de incendiar aquel puente para poner á la vez el fuego y el agua entre ellos y los franceses.

Napoleón se volvió á uno de sus ayudantes:

—¡Ea, Mouton!—dijo.

El general comprendió, se apoderó del mando del 17.º, y sin más arenga que estas palabras: «El emperador os contempla; ¡seguidme!», les condujo directamente al puente incendiado.

Atravesaron el puente bajo la amenaza de tres clases de muerte: el agua, el fuego y el plomo; luego se lanzaron por las escarpadas calles de Landshut.

Desde las alturas de la ciudad, los austriacos podían ver las columnas francesas desembocar por todos lados; Napoleón con 25,000 hombres, de Wrède con 20,000, y Massena con otros 20,000.

No había medio de resistir: el enemigo huyó.

Pocos fueron los muertos, 2 ó 3,000 hombres tal vez: había faltado el cañón. Pero se hicieron 7 ú 8,000 prisioneros, se tomaron bagajes, material, artillería; luego quedó rota —lo cual era mucho más importante— la línea de operación del archiduque, de manera que ya no era posible rehacerla.

En el momento en que la fusilería empezaba á extinguirse, Napoleón se detuvo y prestó oído.

Oíase cañoneo detrás de sí, entre el pequeño y gran Laber.

Napoleón, con el oído ejercitado de un artillero, comprendió que se batían á ocho ó nueve leguas de allí. Sin duda Davoust había llegado á las manos con el enemigo.

Pero ¿con qué enemigo?

¿Era el ejército de Bellegarde que llegaba de Bohemia?

¿Era el ejército austriaco mandado por el príncipe Carlos? —porque el emperador empezaba á temer que se había dejado atrás al archiduque—. ¿Eran ambos á dos, esto es, una masa de 110,000 hombres aproximadamente?

Uno solo de dichos ejércitos hubiera sido ya mucho más de lo que convenía á los 40,000 hombres de Davoust.

Sin embargo, Napoleón no podía abandonar su posición, y retrocediendo ante el ejército vencido, permitirle que se rehiciera para atacarle por retaguardia.

Esperó, fiando en el valor y la prudencia del mariscal Davoust; pero esperó lleno de ansiedad.

El cañón seguía rugiendo con la misma rabia y remonataba hacia Eckmühl. Sólo terminó á las ocho de la noche.

La noche anterior, Napoleón se había echado vestido en la cama; esta vez, no se acostó siquiera.

A las once le anunciaron al general Piré, de parte del mariscal Davoust.

El emperador exhaló un grito de alegría, y se lanzó á presencia del general. —¿Qué hay?—le preguntó, antes de que aquél tuviera tiempo de despegar los labios.

—¡Todo va bien, señor!—se apresuró á contestar el general.

—¡Bien! ¿Sois vos, Piré? ¡Tanto mejor! ¿Qué ha ocurrido? ¡Explicádmelo!

Entonces, Piré relató á aquel hombre de bronce que se batía de día y que velaba de noche, lo que había ocurrido durante el día.

Davoust, al realizar su movimiento, apoyando la izquierda, había encontrado el cuerpo de ejército de Hohenzollern y de Rosenberg; les había atacado, y para despejar el camino, les repelió hacia Eckmühl.

Durante la retirada de los austriacos, se tomaron valientemente á la bayoneta las dos aldeas de Paring y de Schierling. Así estaba la lucha, que hacía tres horas ya que duraba, cuando vieron aparecer el refuerzo enviado por Napoleón.

Entonces, Davoust comprendió que, puesto que el emperador se desprendía de 20,000 hombres, es que ya no le necesitaba más que para tener á raya al enemigo.

El enemigo se había fortificado en Eckmühl, y parecía dispuesto á defenderse; Davoust se contentó con cañonearlo;—servía, por otra parte, para dar sus noticias al emperador por medio de la voz más familiar á su oído: la del cañón.

Napoleón había oído aquella voz; el general Piré acababa de traducírsela.

Davoust había perdido 1,400 hombres y había muerto 3,000 austriacos.—Napoleón, por su parte, había perdido 300 hombres en Landshut, matando ó haciendo prisioneros, según hemos dicho, á 7,000 enemigos. Total de la jornada: 10,000 austriacos fuera de combate.

Estaba aún allí el general Piré, cuando anunciaron á un correo llegado de Ratisbona; había pasado por Abensberg, Pfaffenhausen y Altdorf, habiendo seguido el mismo camino que Napoleón.

He aquí las noticias que traía.

El emperador, según recordaremos, había dado orden á Davoust de dejar un regimiento en Ratisbona. ¡Poca cosa era!; pero, teniendo necesidad de todas sus fuerzas, Napoleón no pudo dejar más.

Davoust había escogido el regimiento 65.º, mandado por el coronel Coutard; estaba seguro del regimiento y seguro del coronel.

El coronel debía parapetar las puertas, obstruir las calles y defenderse á toda costa.

El 19, día de la batalla de Abensberg, el ejército de Bohemia, fuerte de 50,000 hombres, se presentó á las puertas de Ratisbona.

El regimiento entabló combate contra el ejército, y á tiros de fusil le mató 800 hombres; pero al día siguiente, en la orilla izquierda del Danubio, apareció el ejército del archiduque Carlos, que venía de Landshut.

El regimiento disparó contra aquel nuevo ejército sus últimos cartuchos; luego, en la imposibilidad de defender una ciudad como Ratisbona con 2,000 bayonetas contra más de 100,000 hombres, el coronel Coutard procuró ganar tiempo, pasando una parte de la mañana en parlamentar; y, por fin, hacia las cinco de la tarde, se rindió, exigiendo que se concediera libre paso á su mensajero.

Su mensajero partió al galope inmediatamente; corrió unas veinte leguas en diez horas, y á la una de la madrugada encontró al emperador en Landshut.—La noticia que traía era importantísima: el coronel Coutard y su regimiento habían sido hechos prisioneros; pero Napoleón sabía detalles sobre la posición del enemigo.

El ejército de Bohemia y el ejército austriaco se habían unido, y el archiduque Carlos era dueño del país desde Eckmühl hasta Ratisbona.

¡De modo, que el enemigo que Davoust tenía á raya, era el cuerpo de ejército del príncipe Carlos! El emperador no tenía que hacer más que volverse hacia Eckmühl, y aplastarle entre los 40,000 hombres de Davoust y sus propios 80,000 hombres; empero, no había tiempo que perder.

El general Piré volvió á montar á caballo y regresó á Eckmühl. Debía anunciar al mariscal Davoust que el emperador, con todas sus fuerzas, llegaría entre las doce y la una de la tarde; su presencia se señalaría con un trueno: cincuenta piezas de artillería estallarían al mismo tiempo. Para Davoust ésta sería la señal de ataque.

Apenas hubo partido el mensajero, el emperador lanzó al otro lado del Isar, en persecución de los 40,000 hombres del archiduque Luis — ¡en tres días éste había perdido 25,000! — la caballería ligera del general Merulaz, una porción de la caballería alemana, la división bávara del general de Wrède, y la división Molitor.

En seguida escalonó otros 20,000 hombres entre el Danubio y el Isar, de Neustadt á Landshut.

Luego expidió — por la carretera de Landshut á Ratisbona, y por el valle del gran Laber — al general Saint-Sulpice con sus cuatro regimientos de coraceros, al general Vandamme con sus wurtembergueses, y al general Lannes con los seis regimientos de coraceros del general Nansouty, y las dos divisiones Morand y Gudin.

La orden era andar toda la noche, llegar delante de Eckmühl á mediodía, descansar una hora y atacar.

Finalmente, partió él mismo con las tres divisiones de Massena y la división de coraceros del general Espagne.

Así, pues, Davoust tenía poco más ó menos unos 35,000 hombres; los generales Vandamme y Saint-Sulpice le llevaban 13 ó 14 mil; Lannes, 25,000 y Napoleón 15 ó 16 mil; lo cual representaba una masa de unos 90,000 hombres con la que debía entenderse el archiduque Carlos.

En aquel momento, el archiduque, después de haber vacilado dos días, tomaba una decisión final: la de intentar contra la línea de operación francesa, la misma maniobra que Napoleón acababa de ejecutar contra la suya.

Y resolvió iniciar un ataque contra Abach.

Como los coraceros del general Montbrun — que, según hemos visto, el 10 habían combatido en Dinzing —, se habían quedado en Abach, y seguían escaramuceando con las tropas ligeras austriacas, el archiduque creyó tener delante

de sí una fuerza seria, cuando en realidad no era más que el eje del ejército, que después de haber constituido nuestra extrema derecha, se había convertido en nuestra extrema izquierda; y que habiendo formado nuestra retaguardia mientras Napoleón estuvo andando de Abensberg á Landshut, resultaba nuestra vanguardia cuando, al volverse contra Ratisbona, el emperador marchaba de Landshut á Eckmühl.

Para dar al general Kollowrath, destacado del ejército de Bohemia, el tiempo de pasar á la orilla izquierda del Danubio, el príncipe Carlos decidió que el ataque tuviese lugar entre las doce y una de la tarde. — Según hemos dicho, era el momento escogido por Napoleón para forzar el paso de Eckmühl.

Dos columnas debían encargarse de este movimiento: una de 24,000 hombres, que debía marchar de Burg-Weinting contra Abach, y una de 12,000 hombres que de Weillhoe marcharía contra Peining, mientras que la tercera — fuerte de 40,000 hombres, y compuesta del cuerpo de Rosenberg, situada enfrente del mariscal Davoust, en las aldeas de Ober y Unter-Leuchling, del cuerpo de Hohenzollern, que obstruía la calzada de Eckmühl, de los granaderos de la reserva, y de los coraceros que debían guardar, hacia Egglofsheim, la llanura de Ratisbona — tenía orden de permanecer inactiva en tanto operarían las otras dos columnas.

La noche transcurrió en estas disposiciones.

El día amaneció brumoso; una espesa niebla cubría la llanura, no desapareciendo hasta las nueve de la mañana.

Hemos dicho ya que el general Kollowrath necesitaba tiempo para pasar el Danubio; esta operación no terminó hasta mediodía.

Hasta entonces no se había disparado un solo tiro.

Los dos cuerpos de ejército iban á ponerse en marcha, el uno contra Abach, el otro contra Peising, cuando, de pronto, resonó un espantoso cañoneo hacia la parte de Buchhausen.

Era todo el ejército francés, mandado por Napoleón, que desembocaba por delante de Eckmühl.

El emperador no tuvo necesidad de dar la señal convenida; al verle aparecer, los austriacos le habían saludado con un fuego graneado de metralla.

Los wurtembergueses, que iban á la cabeza de la columna, se replégaron bajo aquel terrible fuego, sostenido

por las cargas de caballería ligera del general Wukassovitch; pero Vandammes los condujo adelante, y apoyado por las divisiones Morand y Gudín, se apoderó á la carrera de la aldea de Lintach, y luego se unió por su izquierda con la división Demont y los bávaros, que la providencia de Napoleón había enviado allí la víspera, según recordaremos.

Al ruido del cañoneo, Davoust soltó sus divisiones, que hacia una hora esperaban la señal con impaciencia.

Su artillería empezó por barrer el camino arrojando sobre el frente del enemigo una granizada de metralla.

Ante aquel fuego terrible, los austriacos abandonaron la primera línea, y fortificándose en las dos aldeas de Ober-Leuchling y de Unter-Leuchling, acogían, á su vez, á la división Saint-Hilaire, que iba en su persecución, con una espantosa fusilería; ¡pero tenían que habérselas con hombres acostumbrados al fuego!

La aldea de Ober-Leuchling fué tomada en seguida á la bayoneta. La de Unter-Leuchling, más escarpada y mejor fortificada, fué defendida con más ahínco; bajo el doble fuego de la aldea y de la meseta que la dominaba, el 10.º ligero perdió 500 hombres durante los cinco minutos que empleó en ganar la pendiente. Pero la aldea era asaltada, y, una vez asaltada, la aldea era nuestra.

El 10.º ligero entró, acuchilló á cuantos se resistían é hizo 300 prisioneros.

Los defensores de ambas aldeas se retiraron entonces á la meseta: el 10.º ligero les persiguió allí en medio de una tremenda fusilería.

El general Friant lanzó inmediatamente su división contra los bosques que se extendían entre las dos aldeas.

El general Barbanègre se puso en persona á la cabeza del 48.º y del 111.º, y avanzando á la bayoneta á través de los claros, rechazó hasta más allá de las dos aldeas á los tres regimientos archiduque Luis, Chasteler y Coburgo, acorralándolos contra la calzada de Eckmühl.

Entonces la refriega se hizo general.

El cuerpo del general Rosenberg, rechazado, según acabamos de decir, contra la calzada de Eckmühl, procuraba mantenerse allí, á pesar de las cargas del 48.º y del 111.º —la caballería bávara, apoyada por nuestros coraceros, cargaba en la llanura á la caballería austriaca—; los peones wurtembergueses intentaban tomar el pueblo de Eckmühl á la infantería de Wukassovitch, y habiéndolo conquistado

á la segunda carga, obligaban á toda aquella infantería á remontar las pendientes superiores.

Lo único que faltaba hacer á Napoleón era diezmar las masas que ocupaban la calzada, y precipitar de las alturas en donde se habían refugiado á los regimientos del archiduque Luis, de Chasteler y de Coburgo, toda la infantería de Wukassovitch y una parte de la brigada Biber.

Lannes tomó la división Gudín, pasó el gran Laber, ascendió verticalmente á las alturas de Rocking, atravesó la derecha austriaca y, revolviéndose contra ella, la fué echando de meseta en meseta.

Durante aquel tiempo, Napoleón lanzaba su caballería sobre una rápida eminencia, donde se amontonaban los austriacos en retirada.

Al ver aquel movimiento, los austriacos se detuvieron, haciendo caer sobre los caballeros bávaros y wurtembergueses á su caballería ligera, que, cargando á fondo, impelida por la inclinación del terreno, deshizo á nuestros aliados; pero los caballeros enemigos se encontraron con una muralla de hierro: nuestros coraceros.

El muro de hierro se lanzó al galope, pasó por encima del cuerpo de la caballería austriaca, agujereó toda aquella masa enemiga, y llegó á la cumbre de la calzada en el mismo instante en que, por el lado opuesto, aparecía en la altura la infantería del general Gudín, dueña de Rocking.

Los infantes vieron aquella hermosa carga, aquellos espléndidos caballeros que cargaban subiendo con el mismo ímpetu que sus enemigos bajando, y la división entera batió palmas gritando: —¡Viva los coraceros!

Al mismo tiempo, el general Saint-Hilaire, apoderándose del bosque que dominaba Unter-Leuchling, rechazaba al enemigo de pendiente en pendiente, y á pesar de las cargas de la caballería ligera de Vincent y de los húsares de Stipsicz, le arrojaba en desorden hacia aquella calzada donde reinaba tan horrible confusión.

El obstáculo estaba forzado: los austriacos, en fuga, buscaban abrigo detrás de sus coraceros, alineados en orden de batalla en Egglofsheim; esto es, á cerca de dos leguas de Eckmühl. Entonces, las masas francesas desembocaron, á su vez, en la llanura, llevando la caballería al centro y en las alas la infantería.

La caballería componíase de los regimientos bávaros y wurtembergueses, y de los diez regimientos de coraceros de los generales Nansouty y Saint-Sulpice.

¡Un terremoto no hubiera removido tanto el suelo como la carrera de aquellos 15,000 caballos!

Las divisiones Friant y Saint-Hilaire, excitadas por la victoria, corrían en las alas con paso casi tan rápido como los caballeros.

El choque de aquella masa fué terrible.

Al verla venir, la caballería austriaca se puso también en movimiento, colocándose ante aquélla.

Eran las siete de la tarde: en abril, es la hora del ocaso.

La batalla fué espantosa, encarnizada, inaudita, renovándose á cada instante los adversarios; húsares, caballería ligera, coraceros, bávaros, austriacos, franceses, golpeando de noche al acaso, alumbraron durante una hora la creciente obscuridad con las chispas que brotaban de los sables y las corazas.

De pronto, como un lago al romperse el dique, toda aquella oleada se escurrió por la parte de Ratisbona.

La última barrera quedaba rota, la última resistencia destruída. Una vez en fuga, los coraceros austriacos, que sólo llevan coraza por delante —como si nunca tuvieran que mostrar la espalda al enemigo—, estuvieron perdidos. Dos mil cubrieron el camino con sus cadáveres, todos heridos por la espalda, todos muertos como si lo hubieran sido á puñaladas.

Napoleón dió orden de terminar el combate: podía encontrarse el segundo ejército del archiduque, fresco y en buen orden, y se corría riesgo de perder lo ganado.

Si el archiduque espera delante de Ratisbona, se entablará la quinta batalla; si pasa el Danubio, se le perseguirá.

Ya es hora de vivaquear: los soldados están muertos de cansancio; los que proceden de Landshut han andado desde el amanecer hasta mediodía y se han batido desde el mediodía á las ocho de la noche.

Las tres divisiones de Massena han llegado á las tres de la tarde y no han tenido tiempo de conversar.

¡La jornada ha sido dura! ¡La victoria ha costado cara! Nosotros hemos tenido 2,500 hombres fuera de combate. Los austriacos han tenido 6,000 muertos ó heridos y 3,000 prisioneros; y han perdido 25 ó 26 piezas de artillería.

Davoust se ha ganado el título de príncipe de Eckmühl, —y Napoleón el derecho de dormir algunas horas.

Por lo demás, según todas las probabilidades, el archiduque Carlos no se atreverá á presentar batalla al día siguiente: procurará pasar el Danubio.

En efecto, según había previsto Napoleón, el archiduque toma sus disposiciones durante la noche.

Sorprendido en su movimiento hacia Peising, ha llegado á tiempo para ver tomar el pueblo de Eckmühl y no lo bastante pronto para detener el movimiento retrógrado de su tropa; su ejército se halla desmoralizado con exceso para que arriesgue una batalla en aquel momento, sobre todo teniendo á su espalda el Danubio; y por fin, cuenta con demasiado poca caballería para que ésta pueda defender la llanura que se extiende de Egglofsheim á Ratisbona.

El archiduque repasará, pues, el Danubio, mitad por el puente de piedra de Ratisbona, mitad por el puente de barcas que el ejército de Bohemia ha traído con él. El cuerpo de ejército del general Kollowrath, que no ha sufrido otra fatiga que la de ir y volver de Abach, cubrirá la retirada.

Desde las tres de la madrugada, empezó á desfilar el ejército del archiduque, se encaminó hacia los dos puentes, dejando todo el cuerpo de ejército de Kollowrath delante de la ciudad para disimular y proteger el movimiento, y delante del ejército de Kollowrath, toda su caballería.

Los austriacos esperaban ser atacados desde el amanecer y no se engañaban; á las cuatro, Napoleón estaba ya á caballo.

Apenas pudo distinguir ya los objetos, nuestra caballería ligera avanzó; llevaba la misión de reconocer si había que librar una batalla, ó perseguir una retirada.

La caballería austriaca no le dió tiempo para observar: se echó sobre la caballería francesa con la rabia de valientes soldados que desean vengar la derrota de la víspera.

Entonces empezó una refriega parecida á la que interrumpió la noche. Al tiempo que combatían, los caballeros austriacos se retiraban hacia la ciudad, llamando sobre ellos la atención de los franceses, con objeto de que los granaderos y el resto de la infantería tuviesen tiempo de ganar la otra orilla por el puente de barcas.

Algunos húsares se apercibieron, por fin, de lo que ocurría, y corrieron á mostrar al general Lannes el grueso del ejército que franqueaba el río por debajo de Ratisbona.

Lannes llamó á toda la artillería de que pudo disponer, estableció una batería, é hizo llover una granizada de balas y de obuses sobre el puente de barcas.

Al cabo de una hora, el puente estaba roto, un millar

de hombres quedaban muertos ó anegados, y las barcas, sueltas é incendiadas, seguían la corriente del Danubio á llevar á Viena la nueva de la derrota del archiduque.

Por otra parte, Kollowrath, para dar tiempo de desfilarse al ejército del príncipe Carlos, se encerró en la ciudad, y cerró las puertas ante las bayonetas de nuestras guerrillas.

La ciudad sólo tenía una muralla con algunas torres de distancia en distancia, y un ancho foso.

Napoleón mandó escalar la muralla: no quería dar tiempo al archiduque de que hiciera saltar el puente de piedra, del que tenía necesidad para continuar la persecución.

En menos de un cuarto de hora instaláronse 40 piezas de artillería, y empezaron á sacudir la muralla á balazos y á incendiar la ciudad con los obuses.

Napoleón se adelantó hasta medio tiro de fusil de la muralla, cubierta de tiradores austriacos. Inútilmente sus más afectos le suplicaron que se retirara: no quiso dar un solo paso atrás.

De pronto, con la misma sangre fría que un maestro de armas acusa un botonazo de florete en un asalto:

—¡Me han tocado!—dijo.

Bertier, que no le dejaba, haciéndole rodear cuanto podía, se precipitó hacia él con el semblante pálido.

—¡Ya os lo había dicho, señor!—exclamó.—Es la repetición de Abensberg.

—Sí,—dijo Napoleón;—únicamente que en Abensberg apuntó demasiado alto, y en Ratisbona apuntó demasiado bajo.

El 13 de mayo siguiente, Napoleón entraba en Viena, y el tambor mayor del 1.º regimiento de la guardia decía, retorciéndose los bigotes, y contemplando el palacio del emperador Francisco II:

De modo que ¡ésta es la vieja casa de Austria de que tantas veces nos ha hablado el emperador!

VIII

El estudiante y el plenipotenciario

El martes, 11 de octubre de 1809, esto es, cinco meses, día por día, después de la segunda ocupación de Viena por el ejército francés, un oficial de unos cuarenta años, con el



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Calle 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN

de hombres quedaban muertos ó anegados, y las barcas, sueltas é incendiadas, seguían la corriente del Danubio á llevar á Viena la nueva de la derrota del archiduque.

Por otra parte, Kollowrath, para dar tiempo de desfilarse al ejército del príncipe Carlos, se encerró en la ciudad, y cerró las puertas ante las bayonetas de nuestras guerrillas.

La ciudad sólo tenía una muralla con algunas torres de distancia en distancia, y un ancho foso.

Napoleón mandó escalar la muralla: no quería dar tiempo al archiduque de que hiciera saltar el puente de piedra, del que tenía necesidad para continuar la persecución.

En menos de un cuarto de hora instaláronse 40 piezas de artillería, y empezaron á sacudir la muralla á balazos y á incendiar la ciudad con los obuses.

Napoleón se adelantó hasta medio tiro de fusil de la muralla, cubierta de tiradores austriacos. Inútilmente sus más afectos le suplicaron que se retirara: no quiso dar un solo paso atrás.

De pronto, con la misma sangre fría que un maestro de armas acusa un botonazo de florete en un asalto:

—¡Me han tocado!—dijo.

Bertier, que no le dejaba, haciéndole rodear cuanto podía, se precipitó hacia él con el semblante pálido.

—¡Ya os lo había dicho, señor!—exclamó.—Es la repetición de Abensberg.

—Sí,—dijo Napoleón;—únicamente que en Abensberg apuntó demasiado alto, y en Ratisbona apuntó demasiado bajo.

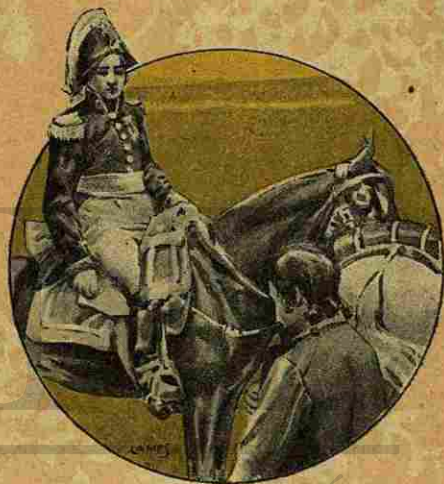
El 13 de mayo siguiente, Napoleón entraba en Viena, y el tambor mayor del 1.º regimiento de la guardia decía, retorciéndose los bigotes, y contemplando el palacio del emperador Francisco II:

De modo que ¡ésta es la vieja casa de Austria de que tantas veces nos ha hablado el emperador!

VIII

El estudiante y el plenipotenciario

El martes, 11 de octubre de 1809, esto es, cinco meses, día por día, después de la segunda ocupación de Viena por el ejército francés, un oficial de unos cuarenta años, con el



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Calle 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN

uniforme de general austriaco, acompañado de dos ayudantes y de un doméstico con un caballo de la brida, seguía la carretera de Altenburgo á Viena.

La franqueza de su fisonomía, la limpidez de su mirada, no impedían que su semblante estuviese cubierto por una especie de velo sombrío que evidentemente no era más que el reflejo de su pensamiento.

Los dos ayudantes, dejando al general ensimismado en su preocupación, en lugar de seguir escoltándolo á derecha é izquierda, después de haber cambiado un signo con la mirada, se quedaron algo atrás, y seguían, conversando de cosas indiferentes, al principal personaje de aquella pequeña cabalgata, seguidos, á su vez, á igual distancia, por el criado que llevaba el caballo de la brida.

Serían como las cuatro de la tarde, y la noche iba á caer.

Al ver venir de lejos á los caballeros, un joven que, sin duda, descansaba al otro lado del camino, se levantó, atravesó la cuneta y se acercó á la línea por donde debían pasar el general y su séquito.

Era un joven de mediana estatura, de cabellera rubia que caía sobre sus hombros, de hermosos ojos azules oscurecidos por un fruncimiento de cejas que parecía serle habitual, y bigote rubio que, naciente apenas, tenía la flexible virginidad del primer bozo.

Vestía la gorra á tres hojas de encina, la levita corta, el pantalón gris ajustado, las botas hasta la rodilla, que constituyen, si no el uniforme, al menos el traje habitual del estudiante alemán.

El movimiento que acababa de hacer al divisar la cabalgata, parecía indicar que tenía que pedir alguna gracia, ó, cuando menos, alguna información al que parecía el jefe.

En efecto, después de echar una rápida ojeada al oficial que marchaba á la cabeza: —Señor conde,—dijo el joven. —¿Vuestra Excelencia tendría la bondad de decirme si estoy aún lejos de Viena?

Estaba tan preocupado el oficial, que había oído el sonido de la voz, pero sin comprender el sentido de las palabras.

Bajó su mirada bondadosa hasta el joven, el cual renovó la pregunta. —Tres leguas, mi joven amigo,—respondió el general.

—Señor conde,—prosiguió entonces el joven con voz



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

firme, y como si pidiera una cosa tan simple que ni siquiera corriera el peligro de una negativa,—después de un largo viaje, estoy muy cansado y con precisión de llegar esta noche á Viena: ¿seréis tan bondadoso que me permitáis montar el caballo que vuestro doméstico conduce por la brida?

El oficial miró al joven con más atención que la primera vez, y reconociendo en él los rasgos de una educación distinguida: —Con mucho gusto, caballero,—le dijo.

Y, volviéndose al doméstico:

—Juan, dad el caballo á... ¿Vuestro nombre, caballero?

—A un viajero cansado, señor conde,—respondió el joven.

—A un viajero cansado,—repitió el general con una sonrisa, indicando que respetaba el incógnito con que quería cubrirse, al parecer, su compañero de camino.

Juan obedeció, y el joven, bajo la mirada casi burlona de los dos ayudantes, montó á caballo con una soltura que probaba que no desconocía, si no el arte, al menos los primeros principios de la equitación.

Luego, como si su puesto no fuera ir al lado de un doméstico, apresuró el paso de su cabalgadura hasta ponerse en la misma línea que los ayudantes.

El general no había perdido un detalle de esas diferentes maniobras. —¡Señor estudiante!—dijo, después de un instante de silencio.

—¡Señor conde!—respondió el joven.

—Vuestro deseo de guardar el incógnito ¿llega hasta el punto de no querer andar á mi lado?

—No, señor,—dijo el joven;—pero, en primer lugar, ningún derecho tengo á esta familiaridad; luego, atreviéndome, hubiera temido distraer á Vuestra Excelencia de los graves pensamientos que naturalmente deben preocuparle.

El oficial miró al joven con mayor curiosidad de lo que había hecho hasta entonces. —De modo que,—dijo,—me llamáis *señor conde*; ¿sabéis, pues, mi nombre?

—Yo creo,—respondió el estudiante,—tener el honor de ir al lado del señor general conde de Bubna.

El general hizo un movimiento de cabeza que indicaba que el joven no se equivocaba.

Luego, prosiguió: —Habéis hablado de los graves pensamientos que deben preocuparme; ¿sabéis, pues, qué objeto me conduce á Viena?

—¿Vuestra Excelencia no va á Viena para tratar directamente de la paz con el emperador de los franceses?

—Perdonad, querido señor,—dijo el conde de Bubna riendo;—ya habéis podido apreciar mi discreción cuando se ha tratado del incógnito que deseáis conservar; pero convendréis conmigo que no nos hallamos bajo un pie de igualdad del momento en que ni sé quién sois ni lo que vais á hacer á Viena, mientras que vos sabéis, no sólo quién soy yo, sino también cuál es mi misión.

—En cuanto á mi igualdad con vos, señor conde, Vuestra Excelencia no necesita más que ver mi traje, y recordar el favor que acabo de pedirle, para creer en mi profunda humildad á su presencia.

—Sin embargo,—insistió el conde de Bubna,—¿me conocéis?... ¿sabéis lo que voy á hacer á Viena?

—Conozco á Vuestra Excelencia, porque le he visto en medio del combate, en donde yo estaba como aficionado: primero en Abensberg, luego en Ratisbona; y sé lo que Vuestra Excelencia va á hacer en Viena, porque vengo de Altenburgo, en donde se verifican las conferencias entre los plenipotenciarios austriacos y franceses, y ha corrido el rumor de que, cansado de ver que nada se adelanta en manos de Metternich y de Nugent, el emperador Francisco II os ha mandado ir al castillo de Dotis, donde vive desde la batalla de Wagram, para entregáros plenos poderes.

—Debo convenir en que estáis perfectamente instruido, señor estudiante, tanto de mis cualidades como de mi misión; pero permitidme que, á mi vez, apele á mi perspicacia, en defecto de vuestra confianza. Desde luego adivino, por vuestro acento, que sois bávaro.

—Sí, señor conde: soy de Eckmühl.

—¿Entonces somos enemigos?

—¿Enemigos?—exclamó el joven, mirando al conde de Bubna.—¿Cómo lo comprende Vuestra Excelencia?

—¡Diantre! Enemigos, puesto que acabamos de batirnos unos contra otros, los bávaros y austriacos.

—Cuando os vi en Abensberg y en Ratisbona, señor conde,—dijo el estudiante,—no me batía contra vos, y si alguna vez somos enemigos, no será en tanto hagáis la guerra; será más bien cuando hayáis hecho la paz.

El conde miró al joven con toda la fijeza y profundidad de que era susceptible su mirada. —Señor estudiante,—le dijo al cabo de un instante,—ya lo sabéis: en este mundo no hay más que dichas ó desdichas; la casualidad ha

hecho que me encontrarais; la casualidad ha hecho que mi criado llevara un caballo de refresco; la casualidad ha hecho que, sintiéndolos fatigados, me hayáis pedido que os dejara montar el caballo; y la casualidad, en fin, ha hecho que lo que os hubiera rehusado otro por ser desconocido, yo os lo concediera como un amigo.

El estudiante se inclinó. —Me parece que estáis triste, que sois desgraciado; ¿vuestra tristeza es de las que pueden consolarse? ¿Puede aminorarse vuestra desdicha?

—Ya veis,—respondió el joven con acento de profunda melancolía,—que ninguna ventaja tengo sobre vos, y que me conocéis tan bien cuanto os conozco. Ya nada me preguntaréis ahora: conocéis mi país, conocéis mi opinión, y conocéis mi corazón.

—Al contrario: os pediré aún otra cosa, porque os repetiré mi pregunta. ¿Puedo consolar vuestra tristeza? ¿Puedo mitigar vuestra desdicha?

El joven meneó la cabeza.

—Mi tristeza no puede ser consolada, señor conde,—respondió;—¡mi desdicha es irreparable!

—¡Ah, joven, joven!—dijo el conde de Bubna.—¡Aquí se esconde el amor!

—Sí, si bien el amor no sea mi única preocupación.

—Es posible; pero yo respondí que es vuestra mayor desdicha.

—Lo habéis acertado, señor conde.

—¿Os es infiel vuestra amada?

—No.

—¿Ha muerto?

—¡Ojalá!

—¿Cómo?

—Ha sido deshonrada por un oficial francés!

—¡Ah! ¡Pobre muchacho!—dijo el conde de Bubna tendiendo la mano á su joven compañero de viaje, en testimonio del doble interés que sentía por él y por la niña cuya desgracia acababa de saber.

—¿De manera...?—prosiguió interrogándole, evidentemente más por simpatía que por curiosidad.

—De manera,—siguió diciendo el joven,—que acabo de acompañar al padre y á las dos hermanas—hay una hermanita de nueve años—al país de Baden, donde, ocultando su nombre, el pobre padre podrá ocultar su vergüenza, y después de acompañarles me he venido aquí.

—¿A pie?

—Sí... ¿Ya no os sorprendéis de que esté cansado y de que, necesitando llegar irremisiblemente á Viena esta noche, haya recurrido á vuestra galantería?

—Comprendo,—dijo el conde;—el hombre que ha deshonrado á vuestra amante ¿está en Viena?

—¡Y también el que ha deshonrado á mi patria!—murmuró el joven, aunque tan bajo que el señor de Bubna no le oyó.

—En mis tiempos esgrimíamos muy bien la espada en la Universidad de Göttingue,—dijo el conde, aludiendo al propósito que, según él, conducía al joven á Viena.

Pero el estudiante no respondió. —Veamos,—prosiguió el conde.—Habláis á un soldado, ¡qué diablo!, á un hombre que sabe que toda afrenta exige reparación y que no se ultraja impunemente á un hombre como vos.

—¿Así, pues...?—preguntó el joven.

—Así, pues, confesad que vais á Viena para matar al hombre que ha deshonrado á vuestra amante.

—¿Para matar...?

—Lealmente, se entiende,—añadió el conde;—con la espada ó la pistola en la mano.

—No conozco á ese hombre; jamás le he visto ni sé su nombre.

—¡Ah!—exclamó el conde.—¿Entonces no vais por él?

—Creo haberos dicho que el amor no era mi única preocupación.

—No os pregunto cuál es la otra.

—Y hacéis bien, porque no os la diría.

—De modo que ¿no queréis enterarme de nada más?

—¿Respecto á qué?

—Respecto á vos, á vuestros proyectos, á vuestras esperanzas.

—¿Esperanzas? ¡No tengo ninguna! Mis proyectos, son los vuestros; únicamente que vos queréis la paz del Austria, y yo quiero la paz del mundo; yo soy un pobre estudiante, débil, ignorado, cuyo nombre nada os revelaría, aunque tal vez esté destinado á ser célebre un día.

—Y ¿no queréis decirme ese nombre?

—Señor conde, tengo prisa por llegar á Viena: ¿me permitís que, aprovechando el caballo que os habéis dignado prestarme, os preceda? En este caso, decidme á qué albergue pensáis apearnos, y el hombre que os devolverá el caballo, llevará el encargo, al mismo tiempo, de daros las gracias y de revelaros mi nombre.

—El caballo que montáis os pertenece, señor estudiante; en cuanto á mí, me apearé en el albergue de Prusia; si algo queréis decirme, allí me encontraréis.

—Entonces, ¡Dios os guarde, señor conde!—dijo el joven.

Y, poniendo su caballo al galope, descubrió bien pronto el arsenal, luego el paseo de Graben, después los antiguos glacis de la ciudad, bombardeados cuando la resistencia del archiduque Maximiliano, y, por fin, el palacio imperial.

Al llegar á este punto de su carrera, el joven torció á la izquierda, se detuvo ante una puerta del suburbio de Mariahilf, dió tres golpes á intervalos iguales con el llamador de cobre que brillaba en la puerta, y fué introducido con su caballo en un patio.

La puerta se cerró detrás de él.

Pero, en el momento en que, á su vez, el conde de Bubna alcanzaba las fortificaciones de la ciudad y se encaminaba hacia el albergue de Prusia seguido por sus dos ayudantes y su doméstico, la puertecita del suburbio de Mariahilf se abría otra vez, el joven que vimos entrar á caballo salía á pie, y, siguiendo arrimado á las casas —en las que echaba, á su paso, curiosas miradas—, entró al poco rato en un almacén de ferretería.

Allí, después de haberse hecho enseñar cuchillos de varias formas, escogió un cuchillo de hoja larga y mango negro, comprándolo por un zwanziger.

Al salir del almacén, regresó á la casita del arrabal de Mariahilf, y mientras un criado limpiaba el caballo del conde de Bubna, el joven afilaba con cuidado el cuchillo en una piedra de amolar, y para asegurarse, sin duda, de que la punta era suficientemente aguda y el filo cortante, hizo punta á un lápiz, y, arrancando una hoja de su libro de memorias, escribió:

«A S. E. el general conde de Bubna, en el albergue de Prusia.

»Su reconocido y afectísimo servidor,

»*Federico Staps.*»

Diez minutos después, el caballo estaba en las cuadras del albergue de Prusia, y el billete en manos del conde de Bubna.

IX

El palacio de Schœnbrunn

A tres kilómetros de Viena, más allá del arrabal de Mariahilf, y algo hacia la izquierda, se levanta el palacio imperial de Schœnbrunn, empezado por José I y terminado por María Teresa.

Es el cuartel general ordinario de Napoleón cada vez que torna á Viena: allí se alojó en 1805, después de la batalla de Austerlitz; allí se aloja en 1809, después de la batalla de Wagram; y allí también se alojara su hijo en 1815, después de la batalla de Waterloo.

Con la sola diferencia de los muros de ladrillo y los techos agudos, Schœnbrunn está construído, poco más ó menos, según los planos de Fontainebleau; es un gran cuerpo de edificio con dos alas formando ángulo, una doble escalera terminada por una meseta, que corona el peristilo, y desde la cual se accede al primer piso. Paralelamente al cuerpo principal, algunas construcciones bajas, que sirven de cuadras y otros servicios, se enlazan con las extremidades de las alas, y dejando únicamente en el eje del peristilo una abertura de unos diez metros flanqueada por dos obeliscos, acaban de dibujar y circuir el patio.

Se llega á aquel ingreso merced á un puente, bajo el que discurre uno de esos mil riachuelos que van á verterse en el Danubio, sin haber adquirido suficiente importancia para que la geografía se tome el trabajo de designarlos.

Detrás del castillo se extiende el jardín, dispuesto en anfiteatro, y coronado por un mirador sito en la extremidad de un inmenso prado, circuído á ambos lados por un agradable bosque lleno de sombra y de frescura.

En aquel mirador, el 12 de octubre del mismo año, 1809, se paseaba con impaciencia, casi con inquietud, el vencedor de Wagram.

¿Por qué está inquieto?

Es que su genio, una vez más, ha vencido; es que su fortuna, una vez más, le ha sido fiel; pero, no obstante, ha percibido en su destino un principio de resistencia; es que, después de haber luchado contra los hombres, ha debido luchar contra las fuerzas de la Naturaleza, y comprende que, si se atreviese de nuevo á tentar á Dios, la Naturaleza,

—El caballo que montáis os pertenece, señor estudiante; en cuanto á mí, me apearé en el albergue de Prusia; si algo queréis decirme, allí me encontraréis.

—Entonces, ¡Dios os guarde, señor conde!—dijo el joven.

Y, poniendo su caballo al galope, descubrió bien pronto el arsenal, luego el paseo de Graben, después los antiguos glacis de la ciudad, bombardeados cuando la resistencia del archiduque Maximiliano, y, por fin, el palacio imperial.

Al llegar á este punto de su carrera, el joven torció á la izquierda, se detuvo ante una puerta del suburbio de Mariahilf, dió tres golpes á intervalos iguales con el llamador de cobre que brillaba en la puerta, y fué introducido con su caballo en un patio.

La puerta se cerró detrás de él.

Pero, en el momento en que, á su vez, el conde de Bubna alcanzaba las fortificaciones de la ciudad y se encaminaba hacia el albergue de Prusia seguido por sus dos ayudantes y su doméstico, la puertecita del suburbio de Mariahilf se abría otra vez, el joven que vimos entrar á caballo salía á pie, y, siguiendo arrimado á las casas —en las que echaba, á su paso, curiosas miradas—, entró al poco rato en un almacén de ferretería.

Allí, después de haberse hecho enseñar cuchillos de varias formas, escogió un cuchillo de hoja larga y mango negro, comprándolo por un zwanziger.

Al salir del almacén, regresó á la casita del arrabal de Mariahilf, y mientras un criado limpiaba el caballo del conde de Bubna, el joven afilaba con cuidado el cuchillo en una piedra de amolar, y para asegurarse, sin duda, de que la punta era suficientemente aguda y el filo cortante, hizo punta á un lápiz, y, arrancando una hoja de su libro de memorias, escribió:

«A S. E. el general conde de Bubna, en el albergue de Prusia.

»Su reconocido y afectísimo servidor,

»*Federico Staps.*»

Diez minutos después, el caballo estaba en las cuadras del albergue de Prusia, y el billete en manos del conde de Bubna.

IX

El palacio de Schœnbrunn

A tres kilómetros de Viena, más allá del arrabal de Mariahilf, y algo hacia la izquierda, se levanta el palacio imperial de Schœnbrunn, empezado por José I y terminado por María Teresa.

Es el cuartel general ordinario de Napoleón cada vez que torna á Viena: allí se alojó en 1805, después de la batalla de Austerlitz; allí se aloja en 1809, después de la batalla de Wagram; y allí también se alojara su hijo en 1815, después de la batalla de Waterloo.

Con la sola diferencia de los muros de ladrillo y los techos agudos, Schœnbrunn está construído, poco más ó menos, según los planos de Fontainebleau; es un gran cuerpo de edificio con dos alas formando ángulo, una doble escalera terminada por una meseta, que corona el peristilo, y desde la cual se accede al primer piso. Paralelamente al cuerpo principal, algunas construcciones bajas, que sirven de cuadras y otros servicios, se enlazan con las extremidades de las alas, y dejando únicamente en el eje del peristilo una abertura de unos diez metros flanqueada por dos obeliscos, acaban de dibujar y circuir el patio.

Se llega á aquel ingreso merced á un puente, bajo el que discurre uno de esos mil riachuelos que van á verterse en el Danubio, sin haber adquirido suficiente importancia para que la geografía se tome el trabajo de designarlos.

Detrás del castillo se extiende el jardín, dispuesto en anfiteatro, y coronado por un mirador sito en la extremidad de un inmenso prado, circuído á ambos lados por un agradable bosque lleno de sombra y de frescura.

En aquel mirador, el 12 de octubre del mismo año, 1809, se paseaba con impaciencia, casi con inquietud, el vencedor de Wagram.

¿Por qué está inquieto?

Es que su genio, una vez más, ha vencido; es que su fortuna, una vez más, le ha sido fiel; pero, no obstante, ha percibido en su destino un principio de resistencia; es que, después de haber luchado contra los hombres, ha debido luchar contra las fuerzas de la Naturaleza, y comprende que, si se atreviese de nuevo á tentar á Dios, la Naturaleza,

que le ha dado el terrible aviso de la crecida del Danubio, podría no dejarse vencer al fin.

¿Por qué está impaciente?

Es que, á pesar de siete derrotas sucesivas, el Austria prisionera ¡no se rinde!

Por un instante tuvo Napoleón la esperanza de borrar la casa de Hapsburgo del número de las familias reinantes, como había borrado la casa de Braganza en Portugal, y la casa Borbón en España; pero ha visto que las garras del águila de dos cabezas estaban más fuertemente clavadas en el Imperio de lo que creía. ¡Hubiera sido, ciertamente, hermoso apoderarse de las tres coronas de Austria, Bohemia y Hungría, y dispersarlas en cabezas austriacas ó alemanas! Pero ha reconocido que este orgulloso sueño era imposible, y que no sin grandes dificultades obtendrá los cuatro ó cinco millones de almas y las seis ó siete provincias que reclama.

Las primeras entrevistas, en efecto, han tenido lugar á fines de agosto, entre los señores Metternich, de Nugent y de Champagny, y estamos á 12 de octubre sin haber podido obtener de los dos diplomáticos austriacos una respuesta definitiva.

Es que también las condiciones impuestas por el negociador francés eran duras para el Austria.

El emperador Napoleón exigía á su hermano, el emperador austriaco, un equivalente del territorio ocupado por las armas francesas, lo que ascendía á nueve millones de habitantes, y doce ó quince mil leguas cuadradas; esto es, poco más de la tercera parte de los súbditos del emperador de Austria y algo más de la cuarta parte de sus Estados.

No obstante, poco á poco, Napoleón había llegado á contentarse con cuatro ó cinco millones de almas y seis ó siete mil leguas cuadradas de territorio.

A Francisco II le pareció esto excesivo aún.

Así es que, sabiendo con qué facilidad se obtenían concesiones de aquel terrible vencedor cuando se explotaban directamente ciertas cualidades de su carácter, decidió, en lugar de dejar por más tiempo la cosa en manos de los diplomáticos, enviar á Napoleón al general conde de Bubna, su ayudante, militar, hombre de mundo y hombre de ingenio en una pieza.

A ese negociador esperaba Napoleón —no menos impaciente de regresar á Francia que el emperador de Austria de verle salir— con tanta impaciencia, que cada cinco

minutos, interrumpiendo su silencioso paseo, volvía á pegar su cabeza, modelada como un busto antiguo, contra la vidriera que daba enfrente del castillo.

El general diplomático apareció por fin, subiendo la pendiente de verdura que conducía del castillo al mirador.

Napoleón era tan poco dueño de su impaciencia, que contrariamente á las leyes de la etiqueta, que imponían que el conde de Bubna fuese introducido á su presencia de cierto modo y con ciertas formalidades, abrió la puerta él mismo. —¡Venid, venid, señor de Bubna!—le dijo al verle.—Mi hermano el emperador de Austria tiene razón de quejarse de sus negociadores: ¡todos esos diablos de diplomáticos son verdaderos mercaderes de palabras! ¡Vivan los militares para tratar de la paz! Vamos á conducir esto como una batalla, señor de Bubna.

—En este caso, señor, me doy por vencido de antemano,—respondió el conde.—Imponed condiciones; os rindo mi espada.

—Antes tenéis que discutir las esas condiciones. Oid; voy á hablar con una franqueza que sería impudencia si no conociese mi fuerza, y si no me hallara en situación de hacer inútiles todos los disimulos diplomáticos. Veamos: ya sabéis lo que pido; ¿qué es lo que lleváis encargo de concederme?

—V. M. quiere engrandecer la Sajonia, reforzar la Baviera, apropiarse nuestros puertos en el Adriático. ¿No valdría más acrecentar la Polonia?

Napoleón detuvo á Bubna con un ademán y una sonrisa. —Esto es, ¿reñir con Rusia?—dijo.—Sí, sin duda, esto sería mejor para el Austria, aun cuando Rusia acaba de probarme que no era una aliada muy adicta, dejando que me batiera solo contra el Austria, su verdadera enemiga.

—Señor, V. M. es dueño de llevar la discusión al terreno que le convenga; pero permitame decir...

—¿Que nos alejamos del verdadero objeto de la discusión?—interrumpió el emperador.—Es posible. Señor de Bubna, nosotros podemos terminarlo todo en un día, en una hora, si queréis hablarme con tanta franqueza en nombre de vuestro soberano, como voy á hacer yo en el mío propio. Tenéis razón: ningún interés tengo en proporcionar algunos millones de habitantes más á Sajonia y á Baviera; mi interés, mi verdadero interés, es seguir la política de mis predecesores; acabar la obra empezada por En-

rique IV, Richelieu y Luis XIV; destruir, en fin, la monarquía austriaca separando las tres coronas de Austria, Bohemia y Hungría. Para separar esas tres coronas, tendríamos que batirnos aún, y, aunque es probable que acabásemos por ello, os doy mi palabra de honor de que no lo deseo.

—Pues bien, señor: ¿no sería mejor uniros al Austria por medio de una alianza íntima?

—Y ¿cómo llegar á ella?

—Señor, hay dos maneras de concebir la paz.

—Decidlas.

—La una, amplia, generosa, digna de V. M.: devolver al Austria todas las provincias que le habéis quitado, reconstituir su poderío tal como era antes de la guerra, y, entonces, confiar en su lealtad y en su reconocimiento; la otra — permitidme que os lo diga —, la otra, mezquina, peligrosa, ofensiva, cruel, poco provechosa á la potencia despojada, pero menos aprovechable aún para la potencia que la despoje...

—Dispensad, señor de Bubna, —dijo Napoleón, —si os interrumpo. El primer sistema de paz lo ensayé después de Austerlitz, cuando S. M. mi hermano fué á verme en mi campamento. Bajo palabra de que no volvería á declarar la guerra, le restituía todos sus Estados, salvo algunos pequeños recuerdos que deseaba guardar de aquella campaña. Después de conducirme así, yo podía, al menos así me parece, contar con una paz duradera; y apenas me vi comprometido contra los españoles y los ingleses ¡vi olvidadas todas las promesas, rotos todos los juramentos! Yo ya no puedo descansar en la palabra de vuestro emperador. ¿Queréis una prueba de que no hago la guerra al Austria personalmente, y de que sólo desconfío de vuestro emperador? Francisco II habla sin cesar de su aversión al trono, de su deseo de abdicar; pues bien: que abdique en favor de su hermano el gran duque de Wurtzburgo, á quien quiero y de quien soy querido, que tiene voluntad propia y no se dejará llevar por los ingleses; que abdique, y salgo de Viena, y devuelvo á su sucesor todas las provincias que le he tomado, y, lejos de exigir los ciento cincuenta millones que restan á percibir de los doscientos que he impuesto al Austria, le devuelvo los cincuenta millones recibidos, le presto otro ciento bajo su simple palabra, si los necesita, y tal vez... sí, aun más: ¡le restituyo el Tirol!

—Señor, —respondió Bubna bastante confuso, —no dudo que el emperador, mi amo, al conocer las extremas condiciones que exige V. M. para la paz, se decidirá á abdicar, prefiriendo asegurar la integridad del imperio en manos de su sucesor á poner sobre su cabeza una corona tan mutilada.

—Entendedlo bien, —prosiguió Napoleón; —no son ésas mis condiciones supremas ó extremas, como decís: es una suposición; las consideraciones debidas entre soberanos me impiden que imponga tales cosas; digo solamente que, si el emperador sintiera deseos de retirarse, sería una suerte para el Austria. Pero, en fin, como no creo en este resultado, como no quiero confiar en la generosidad de Austria, me veo obligado á volver á mis primeras proposiciones.

—¡Mitigándolas, señor, si es posible!

—Mitigándolas, sea. Renuncio al *uti possidetis*. Dadme lo que os pediré en el Adriático y en la Iliria, y por todo lo demás me hallaréis bien dispuesto. Pero, entendedlo bien, señor de Bubna, es mi *ultimatum*; así que salgáis de aquí, envío mis órdenes para la ruptura de las hostilidades. Desde Wagram, mi ejército ha aumentado cada día; mi infantería está completa, descansada, más firme que nunca; toda mi caballería se ha remontado en Alemania; tengo quinientos cañones de campo, y trescientos prontos á hacer fuego bajo las murallas de las ciudades que ocupo; Junot, Massena y Lefebvre tienen ochenta mil hombres en Sajonia y en Bohemia; Davoust, Oudinot y mi guardia forman una masa de ciento cincuenta mil hombres; con esta masa desembocaré por Presburgo, y en quince días iré á llevar hasta el confín de Hungría los últimos golpes á la monarquía austriaca.

—Señor, —interrumpió Bubna, —V. M. me ha dado el ejemplo de la franqueza. Nosotros tampoco queremos una guerra que nos lo pueda arrebatar todo; sin embargo, la preferimos á una paz casi tan desastrosa como la guerra. V. M. habla de doscientos treinta mil soldados: nosotros tenemos trescientos mil; pero á esos trescientos mil les falta un general que pueda rivalizar con V. M. Dad oídos, pues, al llamamiento que hacemos á vuestra generosidad, y dadnos vuestra última palabra.

—Tomad una pluma, señor de Bubna, y escribid, —dijo Napoleón.

El conde de Bubna se sentó, tomó una pluma y, bajo el

dictado del emperador, escribió el siguiente *ultimátum*:

«Por la parte de Italia:

»El círculo de Willach sin el de Clagenfurt; esto es, la abertura de los Alpes Nórdicos; luego Laybach y la orilla derecha del Save hasta la Bosnia.

»Por la parte de Baviera:

»Una línea comprendida entre Passau y Lintz, partiendo del Danubio en los alrededores de Efferding, que vaya á caer en Schwanstadt, abandonando por aquella parte el territorio de Gmünd, y uniéndose al país de Salzburgo por el lado de Kammer-Sée.

»Por el lado de Bohemia:

»Algunos territorios sin importancia que designaré, y que no excederán de cincuenta mil almas de población.

»Por el lado de Galitzia:

»La nueva Galitzia, del Vístula al Silica á la izquierda, y del Vístula al Bug á la derecha: el círculo de Zamose, con alguna menos tierra por la parte de Cracovia, pero añadiendo las salinas de Wielieszk »

—Ya veis,—prosiguió Napoleón,—que en lugar de un millón seiscientos mil súbditos en Italia y Austria, me contento con un millón cuatrocientos mil, y en lugar de tres millones de súbditos en Galitzia, dos millones solamente.

—¿Y V. M. abandona sus demás pretensiones?—preguntó vivamente Bubna.

—¡Oh, no!—dijo Napoleón.—Quedan dos puntos importantes que solventar.

El señor de Bubna se aprestó á escribir.

—Esperad; no escribáis,—dijo el emperador.—Esos dos puntos importantes serán objeto de una carta particular entre vuestro señor y yo; por otra parte, lo que tengo que pedir os es tan poco complicado que os bastará la memoria. Quiero —¿entendéis bien? no es *deseo* lo que digo, sino *quiero*—; quiero que el Austria reduzca su ejército á ciento cincuenta mil hombres, y que me abone cien millones á complemento de la contribución de guerra, de la que sólo he percibido cincuenta.

—¡Señor, es muy duro!—dijo Bubna.

—No hay más,—respondió el emperador.

—No obstante, hay que establecer un término á este vasallaje.

—¡Ea! Quiero hacer un buen servicio á vuestro emperador. El término de ese *vasallaje*, puesto que lo llamáis así, será el de la guerra marítima. Si Inglaterra nos con-

cede la paz, una paz cierta, duradera, yo os autorizo á que arméis los quinientos mil hombres que tenáis al principiar la campaña.

—Señor,—preguntó Bubna, levantándose,—¿cuándo debo volver?

—Señor de Bubna,—dijo Napoleón tomando una súbita resolución,—es inútil que volváis, porque no me encontraríais aquí.

—¿V. M. parte?

—Sí; para la Styria.

—¿Cuándo?

—Mañana... Ya tenéis mi *ultimátum*; el señor de Champigny tiene mis plenos poderes. Si hay que batirse, volveré; pero os lo prevengo, señor de Bubna: ¡ay de los que me hagan volver!

—¿V. M. parte?—repitió Bubna estupefacto.

—¡Sin duda alguna, sí! Venid conmigo, señor de Bubna; voy á pasar en el patio del castillo mi revista de despedida.

El conde de Bubna comprendió que esta vez Napoleón había dicho su última palabra.

Se levantó, metió en el bolsillo la nota que acababa de escribir, y siguió al emperador.

Ambos descendieron las herbosas pendientes, atravesaron el castillo y aparecieron en el peristilo de la parte del patio.

Este estaba lleno de curiosos.

El emperador se aproximó al balcón que formaba la meseta de reunión de las dos escaleras. A su derecha tenía al señor de Bubna, á la izquierda al príncipe de Neuchâtel.

Rapp, su ayudante, permanecía algo más abajo, en el tercer escalón descendente de la meseta.

Los soldados desfilaron por debajo del balcón al grito de «¡Viva el emperador!» y se formaron en cuadro en el patio.

El emperador hizo signo al señor de Bubna de que le siguiera, y bajó del balcón para ir á situarse en medio del cuadrado.

Rapp siguió andando delante, como si hubiese estado prevenido de que el emperador tuviese algo que temer.

Por lo demás, desde hacía cuatro ó cinco meses sucedía así, y la mirada vigilante de Berthier buscaba por todas partes al asesino prometido en la reunión de las ruinas de Abensberg.

De pronto, en el momento en que la multitud abría paso á Napoleón, un joven, en lugar de apartarse como los demás, se adelantó.

Rapp vió brillar como un relámpago, extendió el brazo y agarró por la muñeca una mano armada con un cuchillo. —¡Staps!— exclamó el conde de Bubna. —¡Oh! ¡Señor, señor...!

—¿Qué hay?— preguntó el emperador, sonriendo.

—Ese joven quería asesinaros. ¿No lo habéis visto?

—Yo jamás veo esas cosas. O soy necesario á Francia, y en este caso estoy acorazado por mi misión, ó le soy inútil, y en este caso ¡que Dios disponga de mí!

Luego, sin preocuparse más del asesino, que Rapp entregaba á los gendarmes, penetró en el cuadrado, tan tranquilo como el día que, en Abensberg una bala agujereaba su sombrero, como el día que en Ratisbona una bala le hirió el pie.

Pero, en voz baja, dijo á Berthier:

—El señor Bubna conoce á ese joven.

—¿Cómo lo sabéis, señor?

—Al verle ha pronunciado su nombre.

—Y ¿cómo se llama ese joven?

—Staps.

X

El vidente

Dos horas después de la revista y de la marcha del conde de Bubna, Napoleón se hallaba en el mismo pabellón donde le hemos visto por la mañana.

Esta vez no estaba solo; paseábase al lado de un hombre de unos cincuenta años, de mirada rápida é inteligente, completamente vestido de negro, con el que conversaba familiarmente.

Aquel hombre era Corvisart, su médico. —¡No sabéis cuánto me he asustado al recibir vuestro aviso!— decía el ilustre doctor. —Corría el rumor de un atentado contra vuestra persona, y he temido que estuviérais herido.

—Gracias por vuestra solicitud en acudir, mi querido doctor; nada ha ocurrido, como veis, y si os he enviado á buscar, no es por mí.

—¿Pues por quién?

—Por mi asesino.

—¿Acaso ha recibido alguna lesión al ser detenido, ó ha intentado suicidarse?

—En cuanto á lesiones, tengo la certidumbre de que se ha procurado, por el contrario, que no recibiera ni un rasguño, y tampoco he oído decir que haya atentado contra sí mismo.

—Entonces ¿por qué me habéis llamado?

—Porque el señor de Bubna, que por casualidad viajó ayer con ese joven, á quien hasta prestó un caballo para hacer la última etapa, me ha contado ciertas cosas que me han interesado por él.

—¿Por vuestro asesino?

—¿Por qué no? Yo aprecio la persistencia, mi querido Corvisart, y tengo motivos para creer que es una virtud de que está dotado el señor Federico Staps. Yo quisiera averiguar si esa persistencia constituye en él una virtud ó una monomanía; si es un patriota ó un loco. ¿Os encargáis de descifrarlo?

—Lo probaré, señor.

—Mézclase en el asunto una cuestión de faldas muy interesante, según he podido comprender, pero que no nos importa.

—En suma,—dijo Corvisart,—¿V. M. busca un pretexto para salvarle?

—Tal vez.

—Pues bien; veamos, señor: hacédle venir y le examinaremos.

Napoleón llamó á Rapp y le preguntó si sus órdenes se habían ejecutado. —Sí, señor,—respondió el general.

—Entonces, hacéd entrar al preso.

Rapp salió; un instante después, apareció el joven entre dos gendarmes, con las muñecas sujetas por esposas.

Rapp seguía detrás. —Desatad las manos de este muchacho,—dijo Napoleón.

Luego, volviéndose á Rapp:

—Dejadle solo conmigo y Corvisart.

El general vaciló; Napoleón frunció las cejas como Júpiter Olímpico.

Rapp hizo salir á los dos gendarmes, echó una postrera mirada á los tres personajes que dejaba reunidos y salió, prometiéndose permanecer con la mano en la empuñadura de su sable y el oído pegado á la puerta.

De pronto, en el momento en que la multitud abría paso á Napoleón, un joven, en lugar de apartarse como los demás, se adelantó.

Rapp vió brillar como un relámpago, extendió el brazo y agarró por la muñeca una mano armada con un cuchillo. —¡Staps!— exclamó el conde de Bubna. —¡Oh! ¡Señor, señor...!

—¿Qué hay?— preguntó el emperador, sonriendo.

—Ese joven quería asesinaros. ¿No lo habéis visto?

—Yo jamás veo esas cosas. O soy necesario á Francia, y en este caso estoy acorazado por mi misión, ó le soy inútil, y en este caso ¡que Dios disponga de mí!

Luego, sin preocuparse más del asesino, que Rapp entregaba á los gendarmes, penetró en el cuadrado, tan tranquilo como el día que, en Abensberg una bala agujereaba su sombrero, como el día que en Ratisbona una bala le hirió el pie.

Pero, en voz baja, dijo á Berthier:

—El señor Bubna conoce á ese joven.

—¿Cómo lo sabéis, señor?

—Al verle ha pronunciado su nombre.

—Y ¿cómo se llama ese joven?

—Staps.

X

El vidente

Dos horas después de la revista y de la marcha del conde de Bubna, Napoleón se hallaba en el mismo pabellón donde le hemos visto por la mañana.

Esta vez no estaba solo; paseábase al lado de un hombre de unos cincuenta años, de mirada rápida é inteligente, completamente vestido de negro, con el que conversaba familiarmente.

Aquel hombre era Corvisart, su médico. —¡No sabéis cuánto me he asustado al recibir vuestro aviso!— decía el ilustre doctor. —Corría el rumor de un atentado contra vuestra persona, y he temido que estuviérais herido.

—Gracias por vuestra solicitud en acudir, mi querido doctor; nada ha ocurrido, como veis, y si os he enviado á buscar, no es por mí.

—¿Pues por quién?

—Por mi asesino.

—¿Acaso ha recibido alguna lesión al ser detenido, ó ha intentado suicidarse?

—En cuanto á lesiones, tengo la certidumbre de que se ha procurado, por el contrario, que no recibiera ni un rasguño, y tampoco he oído decir que haya atentado contra sí mismo.

—Entonces ¿por qué me habéis llamado?

—Porque el señor de Bubna, que por casualidad viajó ayer con ese joven, á quien hasta prestó un caballo para hacer la última etapa, me ha contado ciertas cosas que me han interesado por él.

—¿Por vuestro asesino?

—¿Por qué no? Yo aprecio la persistencia, mi querido Corvisart, y tengo motivos para creer que es una virtud de que está dotado el señor Federico Staps. Yo quisiera averiguar si esa persistencia constituye en él una virtud ó una monomanía; si es un patriota ó un loco. ¿Os encargáis de descifrarlo?

—Lo probaré, señor.

—Mézclase en el asunto una cuestión de faldas muy interesante, según he podido comprender, pero que no nos importa.

—En suma,—dijo Corvisart,—¿V. M. busca un pretexto para salvarle?

—Tal vez.

—Pues bien; veamos, señor: hacedle venir y le examinaremos.

Napoleón llamó á Rapp y le preguntó si sus órdenes se habían ejecutado. —Sí, señor,—respondió el general.

—Entonces, haced entrar al preso.

Rapp salió; un instante después, apareció el joven entre dos gendarmes, con las muñecas sujetas por esposas.

Rapp seguía detrás. —Desatad las manos de este muchacho,—dijo Napoleón.

Luego, volviéndose á Rapp:

—Dejadle solo conmigo y Corvisart.

El general vaciló; Napoleón frunció las cejas como Júpiter Olímpico.

Rapp hizo salir á los dos gendarmes, echó una postrera mirada á los tres personajes que dejaba reunidos y salió, prometiéndose permanecer con la mano en la empuñadura de su sable y el oído pegado á la puerta.

El emperador estaba sentado á la extremidad de una mesa ovalada; Corvisart se mantenía en pie á su lado.

—¿Habláis francés?—preguntó el emperador á Staps.

—Un poco,—dijo éste

—¿Queréis contestar por medio de intérprete, ó probar de responder directamente?

—Prefiero responder directamente.

—Vuestro nombre ¿es verdaderamente Federico Staps?

—Sí.

—¿De dónde sois?

—De Erfurth.

—¿Desde cuándo os halláis en Viena?

—Desde ayer.

—¿Con qué objeto habéis venido?

—Con objeto de pedir os la paz y probaros que era necesaria.

—¿Creéis que yo hubiera escuchado á un hombre sin venir encargado de una misión?

—¡Mi misión es mucho más santa que la del señor de Bubna!

—El señor de Bubna se me ha presentado de parte del emperador.

—¡Yo vengo de parte de Dios!

Napoleón miró á Corvisart interrogándole con la mirada; éste hizo un signo que quería decir: «Continuad.»

—Y si yo no os hubiera escuchado, ¿qué intención teníais?—preguntó el emperador, volviéndose á Staps.

—Mataros.

—¿Qué mal os he hecho?

—Oprimís á mi país.

—Vuestro país se ha sublevado contra mí y le he vencido; ¡son azares de la guerra! Alejandro venció y oprimió á los persas, César venció y oprimió á los galos, Carlomagno venció y oprimió á los sajones.

—¡Si hubiese sido persa, yo hubiera asesinado á Alejandro! ¡si galo, á César! ¡si sajón, á Carlomagno!

—¿Os ha determinado el fanatismo religioso?

—No; es el patriotismo nacional.

—¿Tenéis cómplices?

—Mi mismo padre ignora mi proyecto.

—¿Me habíais visto ya?

—Tres veces antes que ésta, que es la cuarta: la primera en Abensberg, la segunda en Ratisbona, la tercera en el patio del palacio de Schœnbrün.

—¿Sois francmasón?

—No.

—¿Iluminado?

—No.

—¿Perteneceís á alguna sociedad secreta de Alemania?

—Ya os he dicho que no tenía cómplices.

—¿Conocéis al comandante Schill?

—No.

—¿Conocéis á Bruto?

—¿Cuál? Hay dos.

—Sí,—dijo Napoleón con expresiva sonrisa;—hay el que mató á su padre, y el que mató á sus hijos... ¿Habéis tenido conocimiento de las conspiraciones de Moreau y de Pichegru?

—Sólo sé lo que han relatado los diarios.

—¿Qué opináis de aquellos hombres?

—Que sólo trabajaban para ellos, y temían la muerte.

—Se os ha encontrado encima un retrato de mujer.

—Yo rogué que me lo dejaran, y accedieron á mi ruego.

—¿Quién es esa mujer?

—¿A quién importa eso?

—Deseo saber quién es.

—Es una muchacha con quien debía casarme.

—¡Amáis! ¡Tenéis padre, novia, y os habéis hecho asesino!

—He cedido á una voz que me decía: «¡Mata!»

—Y si hubieseis logrado matar, ¿pensabais escaparos?

—Nunca tuve tal intención.

—¿De qué proviene ese odio que tenéis á la vida?

—De que la fatalidad me ha hecho la vida imposible.

—Si yo os perdonase, ¿qué uso haríais de vuestra libertad?

—Convencido como estoy de que deseáis la pérdida de Alemania, esperaríais otra ocasión, escogeríais mejor el tiempo, ¡y tal vez lograríais mi objeto!

El emperador levantó los hombros. —A vos, Corvisart,—dijo,—os incumbe el resto; examinadle y decidme lo que pensáis de él.

Corvisart pulsó al joven, apoyó el oído á su pecho y hundió la mirada en sus ojos. —Es un fanático de la familia de los Casio y los Jaime Clément,—dijo.

—¿Nada de locura?—preguntó Napoleón.

—Nada.

- ¿Ni fiebre?
 —Cuatro pulsaciones más que el pulso normal.
 —Entonces ¿está tranquilo?
 —Perfectamente tranquilo...

El emperador se encaminó directamente hacia el joven, y, clavando en él su profunda mirada:

- Veamos,—le dijo,—¿quieres vivir?
 —¿Para qué?
 —Para ser dichoso.
 —Yo ya no puedo serlo.

—Prométeme volverte al lado de tu padre, de tu novia, de permanecer tranquilo é inofensivo, y te concedo la gracia.

El joven miró á Napoleón con semblante sorprendido. Luego, después de una pausa:

- Os haría una promesa vana,—dijo.
 —¿Qué quieres decir?
 —Que no la cumpliría.

—¿Sabes que vas á ser juzgado por un consejo de guerra, y que, por consiguiente, dentro de tres días todo estará terminado?

- Estoy dispuesto á morir.
 —Oye: yo parto mañana: vas á ser juzgado y fusilado en ausencia mía...

—¿Seré fusilado?—preguntó Staps con cierta alegría.
 —Sí... á menos que empeñes tu palabra, según te he dicho.

—Es un compromiso contraído con Dios,—dijo el joven, meneando la cabeza.

—Tal vez al dejar la vida, la deseas.

—No lo creo.

—Sin embargo, es posible.

—Sin duda; el hombre es débil.

—Pues bien: si te acosara, no la debilidad, sino el arrepentimiento...

—¿Qué debo hacer?

—Deberás hacer la promesa que te pido.

—¿A quién?

—A Dios.

—Y después...

—Y después enseñarás este papel al presidente del tribunal militar.

Y Napoleón, después de escribir algunas palabras en

un papel, lo dobló y lo entregó á Staps; éste lo tomó, sin leerlo siquiera, y lo puso en el bolsillo de su chaleco.

—Por última vez, Corvisart,—preguntó Napoleón,—¿estáis seguro de que este hombre no está loco?

—No lo está, señor.

—¿Rapp?

Rapp se presentó. —Volved al acusado al calabozo,—dijo el emperador;—que se reuna un juzgado militar, para que conozca de su crimen.

Y volviéndose á Corvisart: —Doctor,—prosiguió, como si su pensamiento no conservara algún recuerdo de lo que acababa de pasar,—decidme una cosa.

—¿Cuál, señor?

—Un hombre de cuarenta años ¿puede tener hijos?

—¿Por qué no?—respondió Corvisart.

—¿Y un hombre de cincuenta años?

—También.

—¿Y un hombre de sesenta?

—Alguna vez.

—¿Y un hombre de setenta?

—Siempre.

El emperador se sonrió. —¡Necesito un hijo! ¡Necesito un hijo!—dijo Napoleón.—Si este loco me hubiese matado, ¿en quién recaía el trono de Francia?

Luego, dejando caer la cabeza sobre el pecho:

—Hay una cosa que me espanta,—murmuró;—y es que ya no se odia y persigue á la revolución francesa, sino á mí, como autor del mal universal, como agente de esta turbación incesante que conmueve al mundo; y, sin embargo, ¡Dios es testigo de que no soy yo quien desea la guerra! ¿Qué tienen más que yo todos esos reyes que encuentran fanáticos para adorarlos y asesinos para defenderlos?... ¿Qué tienen de más?—añadió.—Que han nacido en el trono... ¡Ah! ¡Si yo fuese solamente mi nieto!

Y, volviendo á caer en el sillón, permaneció algunos minutos pensativo, con la frente apoyada en la mano.

¿Qué ocurrió durante aquellos pocos minutos en aquel profundo cerebro, y qué oleada de ideas asaltó aquel espíritu inquebrantable como una roca?

Es un secreto que sólo guardaron él y Dios.

Al fin, acercó lentamente una hoja de papel, tomó una pluma, la mojó en tinta, la volvió y revolvió varias veces entre sus dedos, y escribió:

«AL MINISTRO DE POLICÍA

»Schönbrün, 12 de octubre de 1809.

»Un joven de diez y siete años (1), hijo de un ministro luterano de Erfurth, ha intentado, en la parada de hoy, acercarse á mí; ha sido detenido por los oficiales, y, observando cierta turbación en el muchacho, se han concebido sospechas: se le registró, encontrándosele un puñal.

»Le he hecho comparecer, y el pequeño miserable, que me ha parecido bastante instruido, me ha dicho que quería asesinarme para librar al Austria de la presencia de los franceses. No he descubierto en él ni fanatismo religioso, ni fanatismo político; me ha parecido que no sabía bien quién fué Bruto. Su fiebre de exaltación ha impedido saber más. Se le interrogará cuando esté más tranquilo y en ayunas. Será posible que la cosa no sea nada.

»He querido informaros de este acontecimiento para que no se abulte más de lo que parece. Espero que no tendrá eco; si lo tuviera, sería necesario hacer pasar á ese individuo por loco. Guardad la noticia secreta para vos; el hecho no ha producido en la parada ningún escándalo; ni yo mismo me he apercibido.

»NAPOLEÓN.

»P. S.—Os vuelvo á repetir, y comprenderéis perfectamente, que no hay que mentar para nada este hecho.»

Luego, tocando el timbre:

—Llamad á Rapp,—dijo al ujier.

—El general está allí.

—¡Pues que entrel!

Rapp entró. —Rapp,—dijo Napoleón,—haced marchar un correo seguro, y que entregue esta carta al señor Fouché.

Rapp, con prontitud militar y obediencia pasiva, tomó la carta y se volvió sobre los talones.

—¡A él solo, á él en persona!—gritó el emperador.

(1) La carta existe autógrafa. ¿Fué con intención, y para hacer creer, no en la acción de un hombre, sino en la de un niño, que Napoleón quitó tres años á su asesino?

XI

La ejecución

Al día siguiente del en que, según el programa que había anunciado al señor de Bubna, Napoleón se había marchado de Viena, se extendió el rumor, hacia la tarde, de que el consejo de guerra, convocado por orden del general Berthier, acababa de condenar á Federico Staps á la pena de muerte.

El acusado lo confesó todo, sin tratar de rechazar la acusación, y, después de oír su sentencia, no pidió gracia ni apelación.

Sólo, vuelto al calabozo, pidió que rogaran al teniente relator, que era un joven oficial de cazadores, llamado Pablo Richard, que fuese á verle al día siguiente, pocos momentos antes de la ejecución.

Después oró, pidió que le despertaran temprano, y dió al carcelero, en recompensa de sus cuidados, cuatro federicos de oro que llevaba consigo y que componían toda su fortuna. Hecho lo cual, se acostó, sacó un medallón de su pecho, besándolo repetidamente con ternura, y se quedó dormido, por fin, con el medallón apoyado contra su corazón.

A las seis de la madrugada, el carcelero entró en su cuarto, despertándole.

Entonces Staps abrió los ojos sonriendo, dió las gracias al que, por tan breve tiempo, le devolvía al sentimiento de su existencia, hizo su tocado con una especie de meticulosidad, peinó sus cabellos con particular coquetería, y cuando le preguntaron qué deseaba para almorzar, respondió: —Creo que me bastará una taza de leche.

Acababa de vaciar la taza, cuando el joven oficial de quien la víspera había solicitado una entrevista *in extremis*, apareció en el umbral de la puerta.

Era evidente que el joven teniente de cazadores, aun cuando no dejaba asomar la menor turbación, hubiera preferido que la elección del condenado recayera sobre otro.

—Os agradezco, señor teniente,—dijo Staps,—que hayáis aceptado mi invitación. He de pedir os un servicio.

—Y aquí estoy dispuesto á cumplirlo, caballero,—respondió el oficial.

«AL MINISTRO DE POLICÍA

»Schönbrün, 12 de octubre de 1809.

»Un joven de diez y siete años (1), hijo de un ministro luterano de Erfurth, ha intentado, en la parada de hoy, acercarse á mí; ha sido detenido por los oficiales, y, observando cierta turbación en el muchacho, se han concebido sospechas: se le registró, encontrándosele un puñal.

»Le he hecho comparecer, y el pequeño miserable, que me ha parecido bastante instruido, me ha dicho que quería asesinarme para librar al Austria de la presencia de los franceses. No he descubierto en él ni fanatismo religioso, ni fanatismo político; me ha parecido que no sabía bien quién fué Bruto. Su fiebre de exaltación ha impedido saber más. Se le interrogará cuando esté más tranquilo y en ayunas. Será posible que la cosa no sea nada.

»He querido informaros de este acontecimiento para que no se abulte más de lo que parece. Espero que no tendrá eco; si lo tuviera, sería necesario hacer pasar á ese individuo por loco. Guardad la noticia secreta para vos; el hecho no ha producido en la parada ningún escándalo; ni yo mismo me he apercibido.

»NAPOLEÓN.

»P. S.—Os vuelvo á repetir, y comprenderéis perfectamente, que no hay que mentar para nada este hecho.»

Luego, tocando el timbre:

—Llamad á Rapp,—dijo al ujier.

—El general está allí.

—¡Pues que entrel!

Rapp entró. —Rapp,—dijo Napoleón,—haced marchar un correo seguro, y que entregue esta carta al señor Fouché.

Rapp, con prontitud militar y obediencia pasiva, tomó la carta y se volvió sobre los talones.

—¡A él solo, á él en persona!—gritó el emperador.

(1) La carta existe autógrafa. ¿Fué con intención, y para hacer creer, no en la acción de un hombre, sino en la de un niño, que Napoleón quitó tres años á su asesino?

XI

La ejecución

Al día siguiente del en que, según el programa que había anunciado al señor de Bubna, Napoleón se había marchado de Viena, se extendió el rumor, hacia la tarde, de que el consejo de guerra, convocado por orden del general Berthier, acababa de condenar á Federico Staps á la pena de muerte.

El acusado lo confesó todo, sin tratar de rechazar la acusación, y, después de oír su sentencia, no pidió gracia ni apelación.

Sólo, vuelto al calabozo, pidió que rogaran al teniente relator, que era un joven oficial de cazadores, llamado Pablo Richard, que fuese á verle al día siguiente, pocos momentos antes de la ejecución.

Después oró, pidió que le despertaran temprano, y dió al carcelero, en recompensa de sus cuidados, cuatro fedéricos de oro que llevaba consigo y que componían toda su fortuna. Hecho lo cual, se acostó, sacó un medallón de su pecho, besándolo repetidamente con ternura, y se quedó dormido, por fin, con el medallón apoyado contra su corazón.

A las seis de la madrugada, el carcelero entró en su cuarto, despertándole.

Entonces Staps abrió los ojos sonriendo, dió las gracias al que, por tan breve tiempo, le devolvía al sentimiento de su existencia, hizo su tocado con una especie de meticulosidad, peinó sus cabellos con particular coquetería, y cuando le preguntaron qué deseaba para almorzar, respondió: —Creo que me bastará una taza de leche.

Acababa de vaciar la taza, cuando el joven oficial de quien la víspera había solicitado una entrevista *in extremis*, apareció en el umbral de la puerta.

Era evidente que el joven teniente de cazadores, aun cuando no dejaba asomar la menor turbación, hubiera preferido que la elección del condenado recayera sobre otro.

—Os agradezco, señor teniente,—dijo Staps,—que hayáis aceptado mi invitación. He de pedir os un servicio.

—Y aquí estoy dispuesto á cumplirlo, caballero,—respondió el oficial.

—No es la primera vez que nos vemos, señor teniente.
—¡Ah, no, señor, y deploro que la suerte me haya escogido para relator en vuestro asunto!

—¡Oh! No aludía á las tres sesiones del consejo de guerra en que he comparecido, caballero; nosotros nos hemos visto antes.

—Puede ser; pero he olvidado completamente dónde y cuándo tuvo lugar nuestra entrevista.

—Nada más natural: yo estaba enmascarado y vos no.

—¡Ah!—exclamó Pablo Richard, inmutándose.—¿Fué en las ruinas de Abensberg?

—Allí, sí, señor; y por un instante pudisteis creer que ibais á ser fusilado también.

—Por desgracia, lo que fué un juego conmigo, ¡es una realidad para vos!

—Sea; pero vos ignorabais que se trataba de un juego, y marchasteis con decisión hasta el fin. Teniente Richard, sois un valiente, y razón hubo de que os bautizaran aquella noche con el nombre de Ricardo *Corazón de León*.

El oficial palideció.

—¿Sabéis por qué estaba allí, caballero?—dijo.

—No, teniente; pero sé que un soldado es esclavo de su consigna, como un hombre honrado es esclavo de su palabra... Pues bien: ¡poco me importa lo demás! Reconocí vuestro semblante, y me dije: «Todos los corazones fuertes son hermanos; tú tienes en él un hermano, Staps, y puedes pedirle sin rebozo un servicio.»

—Y no os habéis engañado: todo lo que sea humanamente posible hacer por vos, en los límites de mi deber, lo haré.

—¡Oh! Estad tranquilo,—respondió el primero;—nada he de pedirós que pueda comprometeros.

—Hablad,—dijo el joven.

—Yo amaba á una niña, prosiguió Staps;—sin los acontecimientos que acaban de ocurrir, hubiera sido mi esposa; su padre y mi padre son amigos; nuestro casamiento estaba resuelto...

—Sí,—dijo el oficial;—pero ¿fué entonces, cuando entrasteis en la asociación del *Tugendbund*, entonces que la suerte os designó para matar al emperador, entonces que quedaron dispersas vuestras esperanzas de amor?

—No, señor,—respondió Staps con melancolía.

—Continuad,—dijo el oficial.

—En efecto, tengo los minutos contados... No os impacientéis, que no me haré esperar.

El teniente inclinó la cabeza en signo de afirmación.

—Ya sabéis que se me ha encontrado encima un retrato de mujer.

—Sí, señor.

—Yo pedí que me dejaran ese retrato hasta la hora de la muerte.

—Y ha sido satisfecha la petición sin vacilar

—Pues bien, caballero: cuando yo muera, ese retrato estará aquí, sobre mi corazón.

Y el prisionero apoyó la mano sobre el pecho.

—¿Deseáis ser enterrado con este retrato?

—No; deseo que, después de mi muerte, un amigo lo tome y me haga la gracia de entregarlo un día ú otro á mi prometida, á quien dirá de qué manera he muerto, y sobre todo que he muerto pensando en ella.

—¿Vive en Baviera?

—No, señor; á consecuencia de una terrible catástrofe, su padre y ella se marcharon de Baviera, estableciéndose en Wolfach, pequeña ciudad del ducado de Baden; allí la encontraréis.

—Está bien; en el momento de morir me entregaréis su retrato.

—Ya os he dicho que deseaba morir apretándolo contra mi corazón: vos lo tomaréis de mi cadáver, después de muerto.

—¿El nombre de la joven?

—Está escrito detrás del retrato.

—¿Y eso es todo, caballero?

—No; un último servicio. Me importa mucho, caballero, que no se me confunda con un vulgar asesino. Después de haberme quitado el retrato del pecho, abriréis mi mano derecha; en ella habrá un papel, que me haréis el favor de leer á los oficiales que forman el consejo de guerra, ante el cual he comparecido, y al coronel que lo presidía.

—Será hecho como deseáis. ¿Nada más?

—Nada más.

—Entonces, sólo me queda que estrecharos la mano, caballero, y deseáros valor.

—Acepto la mano y el deseo, caballero, aun cuando el deseo, según podéis ver, sea, por lo menos, inútil. ¿Dónde os volveré á ver?

—En el lugar de la ejecución.

—¿En la explanada, pues?

—En la explanada.

El oficial y el prisionero se estrecharon las manos por última vez, y aquél salió.

La prisión militar en que habían encerrado á Staps, estaba situada en la misma explanada. La ejecución debía tener lugar á las ocho; eran los ocho menos cuarto; la explanada estaba ya invadida por una multitud.

Aquella muchedumbre pertenecía en parte al ejército francés, en parte á la población vienesa.

Cuando vieron salir á Pablo Richard de la prisión, le rodearon pidiéndole noticias del prisionero.

Pablo respondió que el prisionero; habiéndole reconocido por haberle encontrado en Abensberg, le había hecho llamar, como la única persona á quien podía confiar sus últimas voluntades. —¿Le ejecutan decididamente esta mañana?—preguntó un capitán que había formado parte del consejo de guerra.

—Sí,—le dijo Pablo;—¿no sabéis, capitán, que las sentencias de la justicia militar son ejecutivas sin remisión?

—Cierto; pero sé también que el coronel ha hecho decir al preso, que se podía apelar por ante el mariscal Berthier, y el coronel me ha dicho, después de la lectura del juicio, que en caso de una demanda de aquel género, el príncipe de Neuchâtel había recibido plenos poderes del emperador.

—Pues bien,—contestó Pablo;—el condenado no se ha querido aprovechar del aviso del coronel.

—¿Y no se aprovechará?—preguntaron varias voces.

—No. Yo creo que el desdichado, para desear la muerte, tiene alguna razón, que sólo conocen él y Dios.

En aquel momento dieron las ocho.

La puerta de la prisión se abrió. Pasó primero un sargento seguido de cuatro hombres.

Detrás de los cuatro hombres venía el condenado.

Había dejado la levita y el chaleco en su calabozo, y sólo iba vestido con la camisa, el pantalón ajustado y las botas.

Su rostro estaba pálido, pero tranquilo, sin expresión de orgullo ni de debilidad. Veíase claramente que estaba fríamente preparado para la muerte.

Aquel hombre sabía á dónde iba; aun cuando sacrificaba su vida á los veinte años, el entusiasmo no le exaltaba; y si éste era el sentimiento que le había hecho cometer su

crimen, al ver cara á cara la muerte, aquel sentimiento ficticio y febril había cedido su lugar á una resolución inquebrantable, que podía leerse en el ligero fruncido de sus cejas y en los pliegues de la barba y los labios, que daban á su boca la apariencia de una sonrisa.

Detrás del condenado seguía el resto del pelotón; esto es, seis hombres.

Apenas hubo dado tres pasos fuera de la muralla, miró alrededor de sí, como buscando á alguien.

Sus ojos tropezaron con los del teniente Richard, que parecía decirle: «Aquí estoy; ya veis que mantengo mi palabra.»

Entonces saludó con la cabeza, y las ligeras huellas de inquietud que habían sombreado su rostro por un momento, desaparecieron.

La comitiva siguió avanzando hacia el lugar de la ejecución.

De pronto sonó un cañonazo.

—¿Qué es esto?—preguntó Staps.

—Es la paz, firmada esta noche, y que el estampido del cañón anuncia á Alemania.

—¿La paz?—repitió el prisionero.—¿Es cierto lo que me decís?

—Sin duda,—le respondieron.

—Entonces, dejad que dé gracias á Dios.

—¿De qué?

—De que haya devuelto la tranquilidad á Alemania.

Y el joven, hincando una rodilla en tierra, entre las dos filas de soldados, murmuró una plegaria.

Al levantarse, se le acercó Richard y le dijo: —¿Este hecho motiva algún cambio en vuestras disposiciones?

—¿A propósito de qué me hacéis esta pregunta, caballero?

—Es que si pidierais la gracia, es posible...

El condenado le detuvo.

—¿Sabéis qué servicio espero de vos, teniente?

—Sin duda.

—Pues bien; dadme entonces la mano.

Richard le tendió la mano.

Staps pasó de su diestra á su izquierda un objeto que Richard no pudo ver; hecho lo cual, apretó cordialmente la mano del oficial.

Después el cortejo siguió su camino.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

“ALFONSO REYES”

Edo. 2625 MONTERREY, MEXICO

Había que andar unos trescientos pasos desde la cárcel al sitio donde debía tener lugar la ejecución.

No transcurrieron menos de diez minutos en recorrer aquel trayecto.

Durante los diez minutos, el cañón retumbó con regularidad de minuto en minuto; Staps pudo entonces convenirse de que no le habían engañado, y persuadirse, por la regularidad de los disparos, de que se trataba de una grande solemnidad.

Al llegar á los glacis, el destacamento hizo alto.

—¿Es aquí?—preguntó Staps.

—Sí, señor,—respondió el sargento.

—¿Puedo escoger el sitio hacia donde deseo volverme al morir?

El sargento no le entendió.

Richard volvió á acercarse.

Staps repitió su pregunta, que Richard explicó al sargento; el condenado deseaba morir de cara á occidente, esto es, mirando hacia Abensberg.

Fuéle concedida la petición.

—Caballero,—dijo Staps á Richard,—ya sé que soy muy exigente; pero como no tengo la pretensión de mandar el fuego por mí mismo, no siendo militar, desearía que fuese mandado por la voz de un amigo que tengo entre los que han venido á verme morir.

Richard miró al sargento.

—Mandad, teniente,—dijo éste.

Richard respondió á Staps con un movimiento de cabeza que significaba que su deseo quedaría satisfecho.

—Entonces estoy dispuesto,—dijo el condenado.

Un soldado se aproximó con un pañuelo.

—¡Oh, teniente!—dijo Staps.—¿Creéis que haya necesidad de esto?

El teniente Richard hizo un signo, y el soldado se alejó con el pañuelo.

Entonces, con voz menos firme que la que empleó para sí en las ruinas de Abensberg:

—¡Atención!—profirió el teniente.

En medio del profundo silencio que reinaba en los glacis, se oyó el retintín de los fusiles. —¡Preparen... ar!

El estampido de un cañonazo llenó el espacio.

—¡Apunten... ar!

Luego, cómo el teniente vacilara en pronunciar la última palabra: —¡Fuego!—exclamó Staps con voz firme.



Los soldados no pusieron atención en sí la orden la daba el teniente ó el condenado, y obedecieron.

Estallaron los fusiles, y Federico Staps cayó traspasado por ocho balas.

El teniente Richard había vuelto los ojos á otro lado. Cuando los dirigió al condenado, vivo un minuto antes, y que ya sólo era un cadáver, vió que el joven había muerto con la mano izquierda sobre el pecho, y la mano derecha cerrada.

Se acercó al cadáver. —Amigos,—dijo,—este desdichado me dejó sus últimas instrucciones. Hay en su pecho un retrato de mujer, y en su mano un billete.

Los soldados se apartaron con respeto.

Entonces Richard puso una rodilla en tierra, levantó el cuerpo de Staps, desabrochó el botón de la camisa, vió una cadenita de cabello delgada como un hilo, y la tiró fuera del pecho del joven.

De la cadena pendía un medallón.

El teniente, no sin vacilar, buscó con los ojos el retrato, y, al verlo, profirió un grito.

—¡Margarita Stiller!—dijo.—¡Oh! ¡Lo sospechaba! Luego, precipitándose hacia la mano derecha del cadáver, que abrió con algún esfuerzo, arrancó un papel y lo desplegó.

El papel sólo contenía estas palabras:

«Concedo la gracia.—NAPOLEÓN.»

—¡Oh! ¡Desdichado!—exclamó Pablo Richard.—¡Ha querido morir!

Después añadió con voz sombría, apretando con mano convulsiva el medallón y el papel;

—¡Yo soy el causante de su muerte! ..

XII

La retirada

El 14 de septiembre de 1812, desde lo alto del monte de la Salud, Napoleón, bajo los rayos de un sol de verano, había visto brillar las cúpulas doradas de la ciudad santa; y todo el ejército, disminuido en una cuarta parte por la batalla de Moscou, pero fuerte todavía de noventa mil hombres, había batido palmas á aquella vista, exclamando: «¡Moscou! ¡Moscou!», como catorce años antes, pe-

Los soldados no pusieron atención en sí la orden la daba el teniente ó el condenado, y obedecieron.

Estallaron los fusiles, y Federico Staps cayó traspasado por ocho balas.

El teniente Richard había vuelto los ojos á otro lado. Cuando los dirigió al condenado, vivo un minuto antes, y que ya sólo era un cadáver, vió que el joven había muerto con la mano izquierda sobre el pecho, y la mano derecha cerrada.

Se acercó al cadáver. —Amigos,—dijo,—este desdichado me dejó sus últimas instrucciones. Hay en su pecho un retrato de mujer, y en su mano un billete.

Los soldados se apartaron con respeto.

Entonces Richard puso una rodilla en tierra, levantó el cuerpo de Staps, desabrochó el botón de la camisa, vió una cadenita de cabello delgada como un hilo, y la tiró fuera del pecho del joven.

De la cadena pendía un medallón.

El teniente, no sin vacilar, buscó con los ojos el retrato, y, al verlo, profirió un grito.

—¡Margarita Stiller!—dijo.—¡Oh! ¡Lo sospechaba! Luego, precipitándose hacia la mano derecha del cadáver, que abrió con algún esfuerzo, arrancó un papel y lo desplegó.

El papel sólo contenía estas palabras:

«Concedo la gracia.—NAPOLEÓN.»

—¡Oh! ¡Desdichado!—exclamó Pablo Richard.—¡Ha querido morir!

Después añadió con voz sombría, apretando con mano convulsiva el medallón y el papel;

—¡Yo soy el causante de su muerte! ..

XII

La retirada

El 14 de septiembre de 1812, desde lo alto del monte de la Salud, Napoleón, bajo los rayos de un sol de verano, había visto brillar las cúpulas doradas de la ciudad santa; y todo el ejército, disminuido en una cuarta parte por la batalla de Moscou, pero fuerte todavía de noventa mil hombres, había batido palmas á aquella vista, exclamando: «¡Moscou! ¡Moscou!», como catorce años antes, pe-

netrando en Oriente por la parte opuesta, había gritado: «¡Las Pirámides! ¡Las Pirámides!»

Aquella misma tarde, Napoleón entró en la ciudad desierta. Los galos, al menos, al tomar el Capitolio —á donde les guió aquel desconocido brenn, de cuyo título los historiadores latinos hicieron un hombre llamándole Brenno—; los galos, decíamos, al tomar el Capitolio, hallaron, al menos, á los senadores sentados en sus sillas curules: algo había que matar.

No ocurrió así en Moscou: sólo hallaron á los comerciantes franceses, que venían con espanto á darnos esta extraña noticia: «Moscou está desierta».

Después, por la noche, sorprendió á Napoleón el grito de: «¡Fuego!»

Á aquel grito, se asomó á una de las ventanas del Kremlin que dominaba la ciudad: ¡el palacio del Comercio ardía!

Al principio atribuyó el fuego á una imprudencia; acusó á Mortier de haber llenado mal las funciones de vigilancia del ejército; acusó á un soldado borracho de haber dado fuego; ordenó que se buscara á aquel soldado para castigarle, fusilarle. Pero manifestáronle que la cosa no había ocurrido así: que entre las doce y la una de la noche, un globo de fuego había cruzado los aires, cayendo en el palacio, y que, no sólo había dado origen al incendio, sino que era además la señal incendiaria.

Efectivamente, es una señal; porque, al propio tiempo, el fuego aparece, se eleva, se difunde por otros tres puntos de la ciudad.

Napoleón duda todavía; pero los informes se suceden: el incendio acaba de estallar en la Bolsa, y se ha visto á hombres de la policía atizarlo con largas perchas alquitranadas. En veinte, treinta, cien casas diferentes, algunos obuses escondidos en el fondo de los hogares han hecho explosión al encender en ellos lumbre, y han muerto ó herido á los soldados franceses, é incendiado las casas. Más todavía: grupos de bandidos recorren las calles de la ciudad, antorcha en mano, y propagan el fuego con la tenacidad de la borrachera, ó tal vez con la borrachera del patriotismo; la vista de los franceses les exalta más y más; las amenazas les excitan á proseguir su obra de destrucción; no hay medio de arrancarles las antorchas de las manos, y hay que derribar á sablazos á un tiempo las manos y las antorchas.

Napoleón oye todos esos relatos con profunda sorpresa; no se decide á creerlos, se obstina contra la evidencia, y se contenta con murmurar: —¡Oh! ¡Los miserables!... ¡los bárbaros!... ¡los escitas!

Y viene el día, menos brillante que la noche: la noche estaba iluminada por las llamas; el día estaba obscurecido por el humo.

No podía distraerse á Napoleón de aquel espectáculo; iba de una en otra ventana, gritando:

—¡Apagad este fuego! ¡Apagadlo!

Y por segunda vez, su voz, tan poderosa sobre los hombres, era impotente contra los elementos.

En Viena había proferido un grito semejante, el día de la batalla de Essling, cuando el Danubio le había arrancado y arrebatado los puentes; ¡pero al fin había vencido al Danubio!

¿Domaria el fuego como había domado el agua?

No; como alimentado por una fuerza invisible, el incendio extendía su círculo inmenso, acercándose constantemente. Napoleón está literalmente rodeado por un mar de llamas; cada casa es una ola que se encrespa, y la terrible marea gana incesantemente y empieza á atacar las murallas del Kremlin.

El día se desliza así, en la terrible contemplación. Todos rodean al emperador, conjurándole á que abandone el Kremlin; pero él, como temiendo que quieren llevárselo á la fuerza, se agarra á las rejas de las ventanas. Llega la noche, y el incendio está ya tan próximo, que la reverberación de las llamas flota en el semblante iracundo de aquel nuevo Júpiter sitiado por los Titanes.

Todos los que creían ejercer influencia sobre él han acudido: su confidente íntimo el príncipe de Neuchâtel, su cuñado Murat, su entenado el príncipe Eugenio; en vano porfían, en vano le suplican: ¡parece sordo, insensible, mudo! Todas sus facultades están concentradas en un solo sentido: ¡el de la vista! Con los brazos cruzados, la cabeza desnuda, el semblante dorado por un reflejo color de cobre, contempla...

De pronto, un murmurio corre de boca en boca; cada uno lo transmite rápidamente á su inmediato, y le empuja para que llegue de este modo hasta el emperador.

—¡El fuego está en el Kremlin!

Mas esto aun no basta.

—¡Que se apague!

Obedécenle: el fuego es apagado.

Diez minutos después, el mismo murmurio se renueva más amenazador. —¡Apagadlo, apagadlo!

Pero por tercera vez alumbra el incendio y estalla en el patio del Arsenal. Esta vez ha sido preso el incendiario: es un soldado de la policía.

Condúcenle ante Napoleón, que le interroga.

El hombre obedece una orden que ha recibido. Y ¿de quién la ha recibido? De su jefe. Y ¿de quién la recibió su jefe? Del suyo.

La orden, pues, viene de arriba; no es el fanatismo individual de algunos miserables el que incendia la capital de Rusia: es la ejecución de una orden superior; es el cumplimiento de un plan propuesto.

Napoleón levanta los hombros, y con un ademán de asco, hace signo que alejen de su vista al incendiario. Este es conducido al patio y traspasado á bayonetazos; pero muere sonriendo y pronunciando, en ruso, palabras de amenaza.

Un polaco las oye, y sube atanso los escalones del palacio hasta el cuarto en que se obstina en permanecer Napoleón. —¡El Kremlin está minado!—dice.—¡Los rusos esperan hacer saltar al emperador y á todo su estado mayor!

—Señor,—dijo Eugenio,—contra los hombres se lucha como César y como Alejandro; contra los dioses se lucha como Diomedes y como Aquiles; ¡pero no se lucha contra el fuego!

—¡Vamos!—dijo Napoleón, decidiéndose.—¿Dónde está la escalera del Norte?

Las puertas se abren rápidamente; algunos guías se lanzan para indicar el camino, ansiosos á su vez de escapar al peligro, y bajan la escalera del Norte, inmortalizada por la matanza de los strelitz. —¿Dónde quiere llevar el cuartel general el emperador?—preguntó Berthier.

—A la carretera de San Petersburgo,—dijo Napoleón; —en el castillo imperial de Petrovsky.

Así, pues, á pesar del incendio, de las llamas, de la amenazadora mina; á pesar del volcán abierto bajo sus plantas, no se declara en retirada, no retrocede hacia Francia; al contrario: andará una legua más hacia San Petersburgo.

Empero ¿llegará á Petrovsky? ¿Se había resuelto tarde!

Poco antes sólo estaba sitiado por el incendio; ahora está bloqueado por el fuego.

Gracias á una especie de corredor abierto á través de los muros, ganan una poterna y salen finalmente del Kremlin.

Pero una vez fuera, están aún más cerca de las llamas; hállanse en el centro de un inmenso brasero; las calles desaparecen, envueltas entre los torbellinos de humo; el aire, cargado de cenizas, deja de ser respirable y quema el pecho.

Engolfáronse al azar por el espacio que tenía más visos de calle. Por fortuna, lo era, efectivamente; pero estrecha, tortuosa, ardiendo por ambos lados. El emperador iba andando á pie, en medio de unos veinte hombres; delante de él, agitando el aire con sus sombreros para hacerlo más respirable, iban Murat y Eugenio; Berthier le seguía —como siempre—, permaneciendo detrás, como en todas partes: pasando por donde pasaba el emperador, ni delante ni al lado, recibiendo su impulso, pero sin iniciativa.

¡Iban andado así, entre dos murallas de fuego, bajo una bóveda de fuego, sobre una tierra de fuego! Maderos ardientes caían á derecha é izquierda; el hierro y el plomo, fundidos, caían de los techos como la lluvia en día de tempestad. Las llamas plegábanse á impulso del viento, lamiendo con la punta de sus lenguas devoradoras los plúmeros de los oficiales; luego, levantándose de pronto, se remontaban al cielo como otras tantas banderolas ardientes.

Había que escapar, hallar una salida, ó asfixiarse.

¡Cinco minutos más, y nadie salía de aquella rendija del infierno!

Por un instante tuvieron la idea de volverse atrás; pero hundiéronse de pronto varias casas y formaron una barrica ardiente que cerraba la retirada.

—¡Adelante, pues! ¡Adelante!—dijo Murat.

—¡Adelante!—repitió Eugenio.

—¡Adelante!—exclamó también Napoleón.

Pero los que iban á vanguardia, mesándose los cabellos, respondieron con voz ahogada: —¡Imposible! Estamos cegados; por todas partes hay fuego.

En aquel momento oyóse en medio de la humareda una voz que gritaba: —¡Por aquí, señor! ¡Por aquí!

Y un joven de treinta años, con el rostro cruzado por

un sablazo, pálido aún por la reciente herida, apareció á la izquierda del emperador, saliendo de un torbellino de humo. —Guiadnos,—dijo Napoleón.

—¡Por aquí, señor!—repitió el joven.

Y, volviéndose á hundir en el torbellino de humo:

—¡Por aquí!—volvió á decir. —¡Por aquí! ¡Yo respondo de todo!

Napoleón se tapó la boca con un pañuelo: el aire se había hecho insoportable, sofocante, mortal.

—¡Por aquí, señor!—decía siempre la voz.

Al cabo de algunos pasos, la llama era, en efecto, menos ardiente, el humo menos espeso: hallábanse en un barrio que ardía desde por la mañana.

Un oficial general, conducido en litera, iba á penetrar en el horno devorador de donde acababan de salir como por milagro: era el mariscal Davoust, herido en el Moscova, que se hacía llevar al Kremlin para persuadir á Napoleón de que abandonara el palacio fatal.

Al divisar al emperador, se incorporó y le tendió los brazos; el emperador le recibió con reconocimiento, pero tranquilo, como si acabara de recorrer un trayecto ordinario.

En aquel momento apareció, á cincuenta pasos, un convoy de pólvora que desfilaba á través del incendio.

—¡Dejad pasar al emperador!—gritó el joven oficial.

—Dejad pasar la pólvora, caballero,—dijo el emperador.—La pólvora, en caso de incendio,—añadió, procurando sonreír,—es siempre lo que hay que salvar con más urgencia.

Al decir esto estalló un cajón.

Los que acompañaban al emperador le rodearon.

Y fueron estallando, después del primer cajón, otro, y otro, y otro; ¡las astillas caían en forma de lluvia de fuego!

Había cincuenta: dejáronlos pasar todos, y siguieron su interrumpido camino.

Al llegar á la puerta de Petrovsky: —¿No es el teniente Richard, que me enviasteis en Donauwörth, quien va delante de nosotros, y que ha llegado tan oportunamente para enseñarnos el camino en medio del incendio?—preguntó el emperador.

—Sí, señor,—dijo Davoust;—sólo que es ya capitán.

—No debe detenerse aquí, Davoust; y mientras espera á que le nombréis jefe de batallón, dadle vuestra cruz de oficial de la legión de honor.

El mariscal llamó al joven oficial, y, quitándose la cruz de oro:

—¡Capitán Richard,—díjole,—de parte del emperador!

El capitán Richard se inclinó, y Napoleón, al pasar, le hizo un signo con la mano, que quería decir: «¡Te he reconocido y no te olvidaré!»

El joven se retiró, dispuesto á morir por el emperador, sin una queja, sin un lamento.

El día siguiente, al despertarse Napoleón, corrió á la ventana que miraba del lado de Moscou; esperaba ver el incendio apagado ó, por lo menos, calmado: toda la ciudad no era más que un lago de fuego, que un nublado de humo. Aquel Moscou que habíamos venido á buscar de tan lejos, que parecía alejarse y huir delante de nosotros como los espejismos del desierto; aquel Moscou en el que, al fin, se había puesto mano, ¡no era más que un montón de cenizas! Ya no sólo eran intangibles los ejércitos del zar: ¡lo eran también sus ciudades!

¿Qué hará el hombre de 1805, de 1806, de 1809; el hombre de las rápidas resoluciones; el hombre que abandonó el campo de Bolonia para ir á ganar la batalla de Austerlitz; el hombre que salió de las Tullerías anunciando la fecha que entraría en Berlín; el hombre que dejó la España, atravesó la Francia y llegó á la carrera hasta Viena?

Va á marchar hacia San Petersburgo; así lo dice, al menos.

En una mesa está desplegado el mapa que indica el camino de la segunda capital del imperio moscovita; pero encima una mesa inmediata está desplegado el mapa que muestra el camino de París.

Esperará ocho días antes de resolverse: se necesitan ocho días para que su carta al emperador Alejandro llegue á San Petersburgo y provoque una respuesta. Sólo estamos á 19 de septiembre, y la temperatura es buena: hay tiempo de sobra para tomar un partido.

Pasados los tres primeros días, la ciudad quedaba consumida, es cierto, pero el incendio había terminado. El Kremlin, que pudo preservarse, era de nuevo habitable.

El emperador volvió al Kremlin; mientras entraba, le parecía que volvía á conquistar Moscou.

Desde allí pudo ver el terrible espectáculo de un ejército hambriento, devorando los restos de una ciudad.

Durante los tres días que Moscou tardó en consumirse y apagarse, Murat había perdido las hueltas del general

Kutusoff, á quien perseguía;—pero no debía tardarse en tener noticias suyas.

Kutusoff, después de haber huído hacia oriente, volvió de pronto hacia mediodía, y había acampado entre Moscou y Kaluga.

Napoleón mandó á Murat en su persecución. Murat obedeció y alcanzó á su adversario el 29 de septiembre, y después el 11 de octubre.

El rumor de las dos batallas hizo inmutar á Napoleón en medio de sus esperanzas. Lo que le sucedía era tan inesperado como lo que sucede alguna vez en uno de esos hermosos días de verano, en los que de pronto se oye el estallido de un trueno, sin que se vea en el cielo la nube de que procede.

Excepto en su última campaña de Austria, el emperador había visto siempre, que al tomar la capital se terminaba la guerra; ¿por qué no ocurría en aquélla como en las otras campañas, en Moscou como en las demás capitales?

Es que, allí, había una cosa ó, mejor dicho, tres cosas temibles, que Napoleón no había encontrado en otras partes; tres silencios: el silencio de Moscou, el silencio de aquel desierto que rodeaba á Moscou y, por último, el silencio de Alejandro, que parecía no le importaba Moscou.

Napoleón va contando los días: ¡once días, once siglos que dura aquel silencio!

¡Sea! Luchará con igual terquedad; Napoleón pasará el invierno en Moscou.

Nombra un intendente para la capital del imperio ruso, y organiza algunas municipalidades; se dan órdenes para el aprovisionamiento del ejército; se convertirá la ciudad en un gran campamento atrincherado; el pan y la sal, esos dos grandes reparadores de las fuerzas humanas, no faltarán; los caballos que no se puedan mantener, serán salados; si faltan alojamientos, se establecerán en los sótanos; los primeros actores de París irán á representar en Moscou, como fueron á representar en Dresde. Hay que permanecer allí cinco meses, y cinco meses pasan pronto. Con la primavera llegarán los refuerzos: la entera Lituania unirá sus armas á las nuestras, y se acabará la conquista.

¡Sí; pero ¿qué dirá París, que durante cinco meses no tendrá noticias del emperador y de un ejército de ciento cincuenta mil hombres? ¿Qué harán los prusianos y los austriacos, esos aliados tan poco seguros, y que pueden convertirse en enemigos de un momento á otro?

Es un sueño, al que hay que renunciar.

El 3 de octubre se adopta una nueva resolución: incendiar los restos de Moscou, y marchar por Tyer hacia San Petersburgo; Macdonald alcanzará allí el grueso del ejército; Murat y Davoust mandarán la retaguardia.

Este nuevo plan es leído por Eugenio á los generales; los generales, mariscales, príncipes y reyes se miran unos á otros, y se preguntan con los ojos si el emperador se ha vuelto loco.

No; no hay más sino que su fortuna empieza á declinar. En otro tiempo, cuando se veía obligado á dar un paso atrás, la sentía á su lado, se apoyaba en ella: ¡hoy no está allí, y su brazo sólo encuentra el vacío!

En realidad, no necesita todo aquello, sino la paz.

El emperador manda llamar á Caulaincourt; Caulaincourt, que ha sido dos años embajador cerca de Alejandro, y que el czar ha tratado constantemente como un amigo, obtendrá buenas condiciones de él. Pero Caulaincourt rehusa; conoce á Alejandro: Napoleón no obtendrá ni una palabra de contestación de su enemigo, mientras no haya evacuado completamente su territorio.

Enviará á Lauriston.—Lauriston acepta y parte para el campo de Kutusoff, con objeto de pedir al viejo general un pasaporte para San Petersburgo; pero los poderes de Kutusoff no alcanzan á ello; propone despachar al conde Volkousky á San Petersburgo, no respondiendo de que regrese.—Tiene razón: ni Volkousky, ni Lauriston, ni Caulaincourt traerán respuesta alguna; esa respuesta se encargará de darla el invierno.

Y hacia el 14 de octubre llega: se ven las primeras nieves.

El emperador comprende, por fin, la advertencia, y da orden de despojar las iglesias de todos los ornamentos que puedan servir de trofeos al ejército francés.—A los inválidos les corresponderá una buena parte: poseerán, para la cúpula, la cruz de oro del gran Iván, que domina la cúpula principal del Kremlin.

El 16, sin que se hable aún de retirada —la palabra fatal que marca el decrecimiento de la fortuna imperial no llegará á ser pronunciada—; el 16, se encaminan hacia Mojaisk la división Chaparède, los trofeos de la campaña y todos los heridos ó enfermos en estado de ser transportados.

Los enfermos y heridos que no podrían sostener la

fatiga, son dejados en el hospital de expósitos. Por lo demás, en aquella casa de dolor hay tantos rusos como franceses; los cirujanos que han curado á unos y otros con igual cuidado y una filantropía que no distingue de naciones, y para quienes los hombres son hombres, se quedarán con ellos.

De pronto el cañón —que, por otra parte, no ha dejado de retumbar en un punto ú otro— truena más próximo á Moscou.

El emperador, que pasa en el patio del Kremlin la revista de la división de Ney, oye el fúnebre eco, pero hace semblante de no haber oído nada; y por la noche, viendo que nadie se atreve á anunciarle la terrible noticia, Duroc se resuelve. Entra en la habitación del emperador y le dice que Kutusoff ha atacado á Murat en Voronovo, ha envuelto la izquierda del rey de Nápoles, le ha cortado la retirada, le ha tomado doce cañones, veinte cajones, treinta furgones, le ha muerto dos generales y puesto fuera de combate cuatro mil hombres; el mismo rey de Nápoles ha sido herido, obrando verdaderos milagros para restablecer la batalla, que, gracias á Poniatowsky, Claparède y Latour-Maubourg, sólo se ha perdido á medias.

Era lo que esperaba Napoleón; faltábale un pretexto para abandonar Moscou, y había encontrado el pretexto.

Era preciso castigar á Kutusoff.

Durante la noche del 18, el ejército se puso en movimiento para Voronovo, y el día siguiente 19, el emperador dejó la ciudad santa, y, extendiendo la mano hacia Kaluga, dijo: —¡Ay de los que se encuentren en mi camino!

Habíamos permanecido treinta y cinco días en Moscou; salíamos con ciento cuarenta y cinco mil hombres, cincuenta mil caballos, quinientos cañones, dos mil carros de artillería, cuatro mil cajones, calesas, coches y carretas de toda especie.

Cuatro días después, en la noche del 22 al 23 de octubre, hacia la una de la madrugada, aun cuando el ejército estaba ya tres etapas lejos de Moscou, conmovió el aire una violenta explosión, y el suelo tembló como por un terremoto.

Los que velaban alrededor del emperador se levantaron sobresaltados, llenos de espanto, preguntándose qué podía haber causado semejante conmoción.

Duroc entró en el cuarto del emperador, que se había echado vestido en cama.

El emperador no dormía, y, al ruido que hizo al entrar el gran mariscal, volvió la cabeza.

—¿Habéis oído, señor?

—Sí,—respondió Napoleón.

—Y ¿qué pensáis?

—No es nada; es el Kremlin que salta.

Y volvió la cabeza de cara á la pared.

Duroc salió.

XIII

Á paso ordinario

Era el 19 de noviembre, un mes justo después de la salida de Moscou.

Una columna francesa, tuerte de unos cuatro ó cinco mil hombres, arrastrando consigo una docena de cañones, se extendía como una larga faja negra, á una jornada hacia acá de Smolensko, entre Korytnia y Krasnoi.

Trescientos soldados de caballería marchaban á los lados de la columna.

Esos soldados de caballería, recogidos en Smolensko, pertenecían á todas las armas; sólo por un esfuerzo de valor se habían reunido y puéstose en camino. Nadie sabía lo que se había hecho de su regimiento, ni de los cuerpos de ejército de que formaban parte. ¿Qué había sido de ellos? Lo que sería, en la próxima primavera, aquella nieve que pisaban.

Efectivamente: en el instante en que divisamos aquellos desdichados restos de uno de los más hermosos cuerpos de ejército, Napoleón, que los precedía de tres jornadas de marcha, acababa de entrar en Orcha con seis mil hombres de la vieja guardia, resto de treinta y cinco mil; Eugenio, con mil ochocientos soldados, resto de cuarenta y dos mil; Davoust, con cuatro mil combatientes, resto de setenta mil. Aquello era lo que Napoleón —andando á pie con un bastón en la mano para dar ejemplo de valor y paciencia— se obstinaba en llamar el *grande ejército*...

Al salir de Smolensko, el 14 de noviembre, el emperador resolvió que el príncipe Eugenio y los mariscales Davoust y Ney saliesen sucesivamente detrás de él: Eugenio el primero, Davoust el segundo y Ney el tercero. Mandó, además, que transcurriese un día de intervalo de una en

fatiga, son dejados en el hospital de expósitos. Por lo demás, en aquella casa de dolor hay tantos rusos como franceses; los cirujanos que han curado á unos y otros con igual cuidado y una filantropía que no distingue de naciones, y para quienes los hombres son hombres, se quedarán con ellos.

De pronto el cañón —que, por otra parte, no ha dejado de retumbar en un punto ú otro— truena más próximo á Moscou.

El emperador, que pasa en el patio del Kremlin la revista de la división de Ney, oye el fúnebre eco, pero hace semblante de no haber oído nada; y por la noche, viendo que nadie se atreve á anunciarle la terrible noticia, Duroc se resuelve. Entra en la habitación del emperador y le dice que Kutusoff ha atacado á Murat en Voronovo, ha envuelto la izquierda del rey de Nápoles, le ha cortado la retirada, le ha tomado doce cañones, veinte cajones, treinta furgones, le ha muerto dos generales y puesto fuera de combate cuatro mil hombres; el mismo rey de Nápoles ha sido herido, obrando verdaderos milagros para restablecer la batalla, que, gracias á Poniatowsky, Claparède y Latour-Maubourg, sólo se ha perdido á medias.

Era lo que esperaba Napoleón; faltábale un pretexto para abandonar Moscou, y había encontrado el pretexto.

Era preciso castigar á Kutusoff.

Durante la noche del 18, el ejército se puso en movimiento para Voronovo, y el día siguiente 19, el emperador dejó la ciudad santa, y, extendiendo la mano hacia Kaluga, dijo: —¡Ay de los que se encuentren en mi camino!

Habíamos permanecido treinta y cinco días en Moscou; salíamos con ciento cuarenta y cinco mil hombres, cincuenta mil caballos, quinientos cañones, dos mil carros de artillería, cuatro mil cajones, calesas, coches y carretas de toda especie.

Cuatro días después, en la noche del 22 al 23 de octubre, hacia la una de la madrugada, aun cuando el ejército estaba ya tres etapas lejos de Moscou, conmovió el aire una violenta explosión, y el suelo tembló como por un terremoto.

Los que velaban alrededor del emperador se levantaron sobresaltados, llenos de espanto, preguntándose qué podía haber causado semejante conmoción.

Duroc entró en el cuarto del emperador, que se había echado vestido en cama.

El emperador no dormía, y, al ruido que hizo al entrar el gran mariscal, volvió la cabeza.

—¿Habéis oído, señor?

—Sí,—respondió Napoleón.

—Y ¿qué pensáis?

—No es nada; es el Kremlin que salta.

Y volvió la cabeza de cara á la pared.

Duroc salió.

XIII

Á paso ordinario

Era el 19 de noviembre, un mes justo después de la salida de Moscou.

Una columna francesa, tuerte de unos cuatro ó cinco mil hombres, arrastrando consigo una docena de cañones, se extendía como una larga faja negra, á una jornada hacia acá de Smolensko, entre Korytnia y Krasnoi.

Trescientos soldados de caballería marchaban á los lados de la columna.

Esos soldados de caballería, recogidos en Smolensko, pertenecían á todas las armas; sólo por un esfuerzo de valor se habían reunido y puéstose en camino. Nadie sabía lo que se había hecho de su regimiento, ni de los cuerpos de ejército de que formaban parte. ¿Qué había sido de ellos? Lo que sería, en la próxima primavera, aquella nieve que pisaban.

Efectivamente: en el instante en que divisamos aquellos desdichados restos de uno de los más hermosos cuerpos de ejército, Napoleón, que los precedía de tres jornadas de marcha, acababa de entrar en Orcha con seis mil hombres de la vieja guardia, resto de treinta y cinco mil; Eugenio, con mil ochocientos soldados, resto de cuarenta y dos mil; Davoust, con cuatro mil combatientes, resto de setenta mil. Aquello era lo que Napoleón —andando á pie con un bastón en la mano para dar ejemplo de valor y paciencia— se obstinaba en llamar el *grande ejército*...

Al salir de Smolensko, el 14 de noviembre, el emperador resolvió que el príncipe Eugenio y los mariscales Davoust y Ney saliesen sucesivamente detrás de él: Eugenio el primero, Davoust el segundo y Ney el tercero. Mandó, además, que transcurriese un día de intervalo de una en

otra marcha. De consiguiente, habiendo partido él el 14, Eugenio partió el 15; Davoust el 16, y Ney el 17.

Mandó á este último que aserrara los muñones de las piezas de artillería que abandonara; que destruyese todas las municiones; que mandase por delante la impedimenta del ejército, y que hiciera saltar por sus cuatro costados las fortificaciones de la ciudad.

Ney ejecutó religiosamente dichas órdenes; luego, á su vez, emprendió aquel camino, ya tan estropeado por los tres ejércitos que precedían al suyo. Verdad es que ya no eran ejércitos aquellos seis mil guardias de Napoleón, aquellos mil ochocientos soldados de Eugenio, ni aquellos cuatro mil combatientes de Davoust; pero eran hombres hambrientos por treinta y un días de retirada á través de la nieve y el desierto, sin guardar más disciplina que la que creía necesaria á su conservación personal.

Era, pues, el resto de las cuatro divisiones mandadas por Ney al principiar la campaña, reducidas, según hemos dicho, á cuatro ó cinco mil bayonetas y á dos ó trescientos caballos, el que avanzaba entre Korytnia y Krasnoi.

De pronto, los pocos guerrilleros que iban de descubierta, se detuvieron mirando al suelo; Ney corrió hacia ellos y reconoció las huellas recientes de un campo de batalla; la nieve cubierta de sangre, sembrada de armas rotas, de cadáveres mutilados; los muertos, en largas hileras, marcaban las filas que ocupaban en vida.

A un cierto punto, uno de los caballeros, que bajo una piel de oso ocultaba los restos de un uniforme de oficial de cazadores de la guardia, saltó á tierra.

—¡Oh!—murmuró.—¡Es el cuerpo de ejército del príncipe Eugenio el que ha combatido aquí! Mirad las chapas de los schakos destrozados; los números de sus regimientos.

Y siguió con ansiedad las largas hileras de muertos, tendidos como las espigas al borde de un surco; pero son inútiles las pesquisas: ¡los muertos son á millares! Por otra parte, viene la noche y hay que reanudar el camino.

El combate ha tenido lugar, sin duda, entre la noche y la madrugada últimas, porque ningún herido responde á los gritos de los recién llegados, para hacer abrir los ojos de los que no los hayan cerrado para siempre. La noche ha transcurrido sobre el campo de batalla, y con los treinta grados de frío que hace, la noche, sin fuego, es mortal. Así es que todo permanece silencioso en aquella superficie, de una ó dos leguas, sembrada de cadáveres.

Al menos, la fúnebre huella indicaba el camino que había que seguir: siguiéronlo dos horas aún, y se detuvieron.

Había que pasar la noche, vivaquear, encender fogatas.

Aquel alto era cada noche una cosa terrible; todos erraban al azar, buscando alguna cabaña que demoler, algunos víveres que merodear. Muchos eran los que partían, y no sin sorpresa eran pocos los que volvían: el frío mataba á los unos, la lanza de los cosacos á los demás, y algunos caían prisioneros.

Aquella noche no hubo necesidad de largas correrías: un bosque de pinos daba la leña, los caballos muertos la carne; habían salido de Smolensko la víspera y quedaba pan todavía.

El oficial que hemos visto apearse y buscar entre los muertos, fué uno de los primeros en volver al campo de batalla; pero desde que lo habían atravesado, una manada de lobos se había acercado con la noche, y fué preciso echarlos.

Por fortuna, los animales carniceros prefieren la carne de hombre á la de los animales: los caballos, pues, estaban casi intactos, y proporcionarán abundante pasto á la tropa que seguimos.

Encendiéronse las fogatas, colocáronse centinelas, y aparte los aullidos de los lobos, la noche transcurrió bastante tranquila.

El día siguiente, al amanecer, el mariscal dió la señal de marcha; alma de fuego en un cuerpo de acero, era siempre el último en acostarse y el primero en ponerse de pie.

Como de costumbre, algunos centenares de hombres quedaron tendidos alrededor de los fuegos, mal extinguidos y humeantes: llegaban, durante el sueño, á tan alto grado de entorpecimiento, poniéndolos tan cercanos á la muerte, que en el momento de despertar consideraban más breve y menos doloroso entregarse definitivamente á ella que volver á la vida.

Pusiéronse en marcha; había nevado durante la noche, y nevaba todavía; andaban al azar, con una brújula, volviendo la espalda al norte, por un océano de hielo. Al frente de la columna iban Ney, el general Ricard y otros dos ó tres oficiales generales precedidos por hombres, no formando vanguardia, sino desbandados y con más prisa de llegar que los otros.

Un movimiento singular concentra las miradas de Ney: los hombres que le preceden se detienen súbitamente, se

agrupan azorados, y los más lejanos empiezan á retroceder hacia los que les seguían. Ney pone su caballo al galope, les pregunta qué pasa, y á través de un claro de la nieve, que por un momento cae menos espesa, muestran á su general las montañas que les rodean, completamente negras de rusos.

Han caído de lleno en el flanco del ejército de Kutusoff; esto es, entre los ochenta mil hombres que persiguen á Napoleón! No los han visto, porque nieva y andan todos con la cabeza baja; pero aquéllos, desde las alturas en que están, hace una hora siguen con la mirada á la pequeña columna, que viene imprudentemente á entregarse ella misma.

Ney manda preparar las armas.

En aquel momento ven destacar á un oficial envuelto en un capote; se dirige directamente á los franceses. Es un parlamentario. Le esperan...

A cincuenta pasos de las primeras filas, levanta y agita su sombrero: no sólo es un parlamentario, sino también un francés.

Mientras recorre las filas esta frase: «¡Un francés!... ¡un francés!», el oficial de cazadores que ha reconocido los cadáveres del último campo de batalla que han atravesado, porque pertenecía al ejército del príncipe Eugenio, se adelanta, salta del caballo y se echa en los brazos del parlamentario. —Pablo!... —¡Luis!... —¡Hermano mío!...

Y aquellos hombres, que, cada cual por su lado, se habían buscado por entre los muertos, dan gracias á Dios con un abrazo fraternal al encontrarse vivos.

Durante aquella escena, los más próximos se acercaron á ellos y les rodearon.

El joven oficial procedente de las alturas explica entonces su misión: es ayudante del príncipe Eugenio, y ha sido preso en la misma batalla que ha dejado tan bien alineados los muertos y cuyo teatro atravesaron la víspera; el viejo feldmariscal ruso ha reconocido á Ney, y le ha hecho proponer la rendición. —Y ¿sois vos, un francés, el encargado de esta misión?—dijo Ney al joven.

—Esperad, señor mariscal, y dejadme terminar. En primer lugar, voy á repetir las palabras del feldmariscal, y después añadiré las mías. Me ha dicho que no se atrevería á hacer tal proposición á tan gran general, á un guerrero tan renombrado, si quedara á este enemigo á quien honra una sola esperanza de salvación; pero tiene en

frente ochenta mil hombres y cien piezas de artillería, y le envía un prisionero francés, pensando que la palabra de éste hallará más crédito que la palabra de un oficial ruso.

—Está bien,—respondió Ney;—habéis hablado por los rusos; hablad, ahora, por vos.

—Hablando por mí, señor mariscal, he de decir que ayer mañana se hizo la misma proposición al príncipe Eugenio, y el príncipe Eugenio respondió cargando á la bayoneta con seis mil hombres á los ochenta mil.

—¡En buena hora!—dijo Ney.—Empezáis á hablar francés.

—Si tuviéramos que luchar contra Miloradovitch, yo ós diría: «¡Estamos perdidos! ¡Muramos juntos!» Pero hemos de luchar contra Kutusoff; perderemos la cuarta parte, la mitad de los hombres, pero pasaremos.

—Pues bien: volved á Kutusoff y decidle lo que le debíais decir en seguida: que un mariscal de Francia se hace matar, pero no se rinde.

—¡Oh! Ya se lo he dicho,—respondió simplemente el oficial.

Luego, volviéndose á su hermano: —¡Ahora, Pablo,—dijo,—un arma cualquiera! Que pueda, al menos, en medio de la batalla, desembarazarme de los que me guarden y alcanzaros.

El oficial de cazadores sacó de debajo la piel de oso un largo puñal de Tula de hoja persa, con empuñadura damasquinada de oro, y, entregándola á su hermano:

—Toma,—dijo.—¡Te espero!

El joven ayudante saludó al mariscal y se dirigió hacia los rusos.

Entonces Ney aprovechó aquel momento de tregua para reunir á todos sus hombres.

De una parte, ochenta mil rusos, con los batallones completos, una soberbia caballería, una artillería formidable, y, en fin, lo que vale más que todo, la superioridad de la posición; de la otra, cinco mil soldados de todas armas, una columna perdida en el desierto, hombres mutilados, enfermizos, muertos de frío y de hambre.

¡No importa! ¡Los cinco mil hombres atacarán á los ochenta mil!

Ney da la señal.

Pónense al frente mil quinientos hombres de la división Ricard; el general Ricard y sus mil quinientos hombres abrirán el camino; Ney y el resto del ejército le seguirán.

Apenas Ricard da el primer paso contra los rusos, todas aquellas colinas, un momento antes frías y silenciosas, truenan y se inflaman como otros tantos volcanes. Ricard y sus mil quinientos hombres ascienden, bajo aquel fuego, la colina que tienen enfrente; hallan un barranco, donde se hunden hasta el cuello en la nieve; lo atraviesan y van á chocar contra la línea rusa, que les hace retroceder, quebrantados, hasta el barranco.

Pero Ney ya está con ellos; Ney los reúne, los vuelve á formar, y avanza á su frente, ordenando á cuatrocientos ilirios, entre los cuales se echa el oficial de cazadores, que ataque de flanco al ejército enemigo.

Esto parece casi insensato, ¿verdad? ¡Cuatrocientos hombres atacar por el flanco á ochenta mil! ¡Un hombre atacando á doscientos!

Así sucedía, no obstante, en aquel tiempo de guerras heroicas.

Con sus tres mil hombres, Ney sube al asalto de aquella ciudadela viviente, y, con sus cuatrocientos ilirios, el capitán Pablo Richard ataca el ejército por el flanco.

Ney no arenga á sus soldados: no ha dicho una palabra; se ha puesto al frente y ¡en marcha! Todos le han seguido.

La primera línea es atacada á la bayoneta y derrotada.

La segunda dista unos doscientos pasos.

—¡Adelante!—grita Ney.

Pero en el momento en que van á alcanzar la segunda línea, treinta piezas de artillería truenan contra ambos flancos; la columna, rota en tres pedazos como una serpiente, revuélvese y se echa atrás, arrastrando con ella á su mariscal.

¡Se ha intentado un imposible!

—¡Atrás, al paso ordinario!—grita el mariscal.

—¿Oís, soldados?—grita á su vez el general Ricard.—El mariscal ha dicho: «¡Al paso ordinario!»

Y aquellos hombres retroceden al paso ordinario, atraviesan el barranco al paso ordinario, y vuelven á hallarse, andando siempre al paso ordinario, en el sitio de donde habían salido —sólo que salieron cinco mil y han vuelto dos mil—.

Pero, en cambio, descienden de la montaña los cuatrocientos ilirios, más numerosos de los que habían partido: han encontrado una columna rusa de cinco mil hombres, que conducía trescientos prisioneros franceses, alemanes y polacos; se precipitaron sobre la columna, atacándola con

el furor de la desesperación; y al cabo de un instante de lucha, la columna ha dado un paso atrás, los prisioneros han sido libertados, y los hermanos Pablo y Luis Richard se han hallado uno en brazos del otro.

Entonces advierten que Ney y sus dos mil hombres retroceden en formación, bajo el fuego de la artillería de Kutusoff. Fallido el movimiento contra el centro, el capitán Pablo Richard da orden de reunirse con la columna del mariscal.

¿Qué se va á hacer? ¿Formar el cuadrado y morir!

Pero llegan los prisioneros que conocen á Kutusoff: Kutusoff, que ha dejado pasar á Napoleón y que ha dejado pasar á Eugenio, dejará pasar á Ney; no hay más que dar un rodeo, Kutusoff no persigue: confía en el invierno de su país; el invierno, según él, es un enemigo más rápido y seguro que la bala de cañón. «El invierno,—dice,—es mi general en jefe; yo soy su lugarteniente.»

En aquel momento, como para secundar la retirada, empezó á caer nieve otra vez.

Ney reflexionó un instante, y dió la orden de retroceder hacia Smolensko.

Todos quedaron mudos, perplejos; ¡regresaban hacia el norte, retrocedían hacia el frío, volvían la espalda á Napoleón!

—¡Hacia Smolensko y al paso ordinario!—repitió Ney.

Compréndese que la orden encierra un plan, tal vez la salvación de la columna. Reorganizan las filas, y emprenden la marcha bajo la metralla de cincuenta piezas de artillería, pero bajo la metralla solamente.

En efecto: la predicción de los prisioneros se cumple: Kutusoff, el Fabiö escandinavo, se ha quedado en sus colinas. ¡Si un solo cuerpo ruso hubiese bajado de sus alturas al llano para atacar á los dos mil hombres, todo hubiera terminado! Ninguno se atrevió á moverse de su sitio sin orden del general en jefe.

Pero la artillería tronaba, y la metralla llovía sobre aquel pobre jirón de ejército, casi tan espesa como la nieve, que obligaba á los artilleros á apuntar al azar. Los muertos caían, y se tendían con la rigidez de los cadáveres; los heridos caían también, volviendo á levantarse, á caer, intentaban incorporarse, caían otra vez, se estremecían; luego, poco á poco, la nieve hacía por ellos lo que había hecho por los muertos: los cubría con el inmenso

sudario que tejía el invierno ruso para enterrar el orgullo de Francia

De trecho en trecho, el camino iba sembrándose de pequeñas eminencias que, encarnadas al principio, se blanqueaban poco á poco: aquellas eminencias eran los cadáveres del ejército.

En medio de aquella marcha, cegados á un tiempo por los metrallazos y por la nieve, fueron á chocar contra una masa negra y espesa: era otra columna rusa. —¡Altol! ¿Quién sois?—gritó el general que mandaba aquella columna. —¡Fuegol!—dijo el mariscal.

—Silencio!—exclamó un prisionero polaco recién libertado.

Y, adelantándose:

—¿No nos reconocéis?—dijo en ruso —Somos del cuerpo de Uvaroff, y estamos envolviendo á los franceses, que están encerrados en el barranco.

El general ruso se contentó con la respuesta y dejó pasar —tanta era la obscuridad que proyectaba la nieve y tan grande el desorden que producía aquella metralla—, y dejó pasar á la columna francesa, que no hizo alto hasta dos leguas de allí, en el campo de batalla del príncipe Eugenio.

Sólo entonces se halló fuera del alcance de los cañones rusos y de la vista del mariscal.

XIV

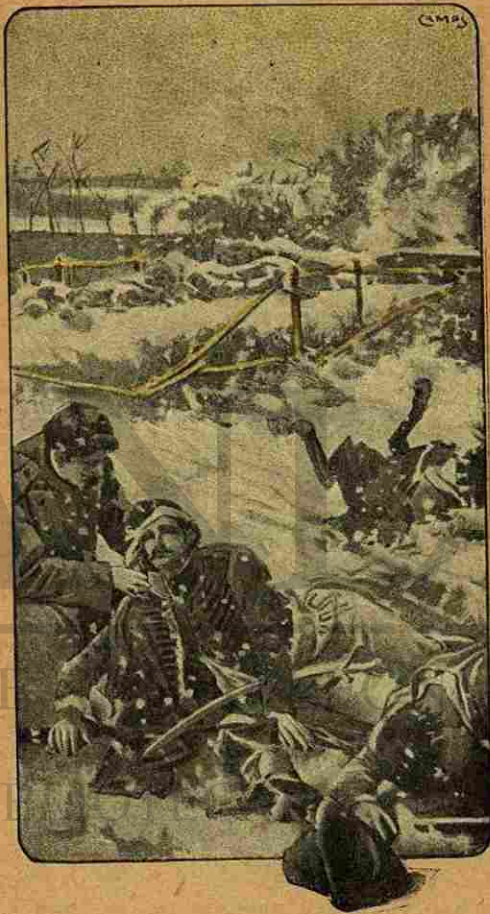
La confesión

Entre los heridos que quedaron rezagados había el capitán Pablo Richard: un casco de metralla le había roto el muslo, matando al propio tiempo el caballo. En medio del desorden, había caído sin que su hermano lo notara; pero del mismo modo que de minuto en minuto los ojos de Pablo buscaban á Luis, también de minuto en minuto los ojos de Luis buscaban á Pablo. Luis advirtió bien pronto que su hermano no estaba allí y se informó: un alemán le había visto caer con su caballo.

Luis andaba á pie, y se volvió corriendo hacia atrás, llamando á Pablo con todas sus fuerzas.

Una voz le respondió.

En medio de la densa nevada que caía, se encaminó



sudario que tejía el invierno ruso para enterrar el orgullo de Francia

De trecho en trecho, el camino iba sembrándose de pequeñas eminencias que, encarnadas al principio, se blanqueaban poco á poco: aquellas eminencias eran los cadáveres del ejército.

En medio de aquella marcha, cegados á un tiempo por los metrallazos y por la nieve, fueron á chocar contra una masa negra y espesa: era otra columna rusa. —¡Altol! ¿Quién sois?—gritó el general que mandaba aquella columna. —¡Fuegol!—dijo el mariscal.

—Silencio!—exclamó un prisionero polaco recién libertado.

Y, adelantándose:

—¿No nos reconocéis?—dijo en ruso —Somos del cuerpo de Uvaroff, y estamos envolviendo á los franceses, que están encerrados en el barranco.

El general ruso se contentó con la respuesta y dejó pasar —tanta era la obscuridad que proyectaba la nieve y tan grande el desorden que producía aquella metralla—, y dejó pasar á la columna francesa, que no hizo alto hasta dos leguas de allí, en el campo de batalla del príncipe Eugenio.

Sólo entonces se halló fuera del alcance de los cañones rusos y de la vista del mariscal.

XIV

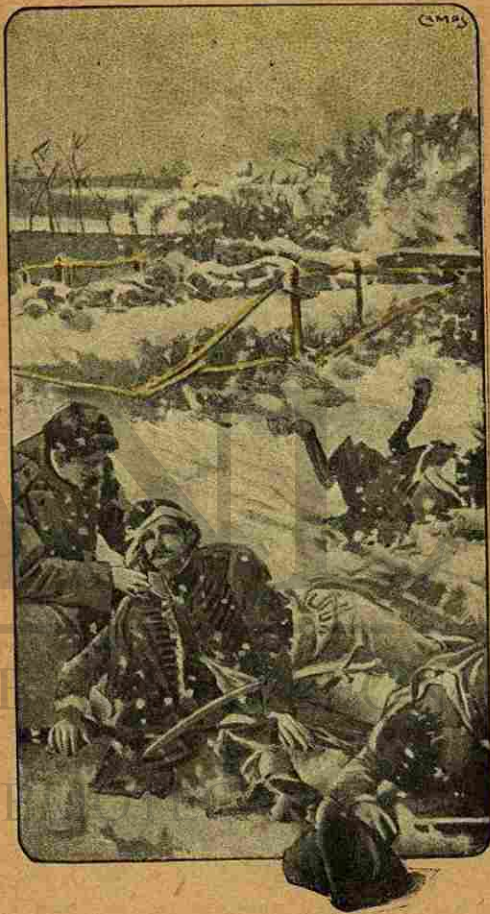
La confesión

Entre los heridos que quedaron rezagados había el capitán Pablo Richard: un casco de metralla le había roto el muslo, matando al propio tiempo el caballo. En medio del desorden, había caído sin que su hermano lo notara; pero del mismo modo que de minuto en minuto los ojos de Pablo buscaban á Luis, también de minuto en minuto los ojos de Luis buscaban á Pablo. Luis advirtió bien pronto que su hermano no estaba allí y se informó: un alemán le había visto caer con su caballo.

Luis andaba á pie, y se volvió corriendo hacia atrás, llamando á Pablo con todas sus fuerzas.

Una voz le respondió.

En medio de la densa nevada que caía, se encaminó



hacia el sitio de donde partía la voz: empezaba á formarse ya una eminencia que cubría un caballero y un caballo. Pablo había caído, con la pierna sujeta por su montura; y, no pudiéndose ayudar con su pierna rota, esperaba tranquilamente la muerte, cuando llegó á su oído la voz de su hermano. Con fuerza sobrehumana Luis levantó el caballo, que era ya cadáver, y libró la pierna de su hermano; luego lo levantó, lo tomó entre sus brazos como un niño y probó de llevarlo.

Pero, haciéndole comprender Pablo la imposibilidad de seguir á la columna de aquel modo, le dejó sentado encima del cadáver del caballo y echó á correr en busca de sus compañeros.

Pablo sacó las pistolas del arzón y se aprestó á levantar la tapa de los sesos á los dos primeros cosacos que se le acercaran.

Luis alcanzó la columna, que iba ametrallando la artillería rusa, y se mezcló á las filas de la caballería. Quedaban unos ciento cincuenta caballeros. El primero que cayó muerto soltando las bridas, las soltó en las manos de Luis, que sólo aguardaba aquella ocasión; ayudóle á caer de la silla, y, saltando en su lugar, volvió grupas hacia el ejército ruso, y deshizo por segunda vez el camino andado.

De vez en cuando se detenía y gritaba con todas fuerzas: había contado con un enorme abeto que debía servirle de guía; pero los copos de nieve formaban ante sus ojos una red tan espesa, que á diez pasos de distancia era imposible divisar nada. Y continuó llamando: por segunda vez una voz respondió á la suya, y se dirigió hacia la voz.

La artillería seguía disparando; pero la miseria y el frío eran tan grandes, que ningún caso se hacía de las balas y la metralla. ¡Dichosos los que quedaban muertos en el acto! Lo temible era la nieve, era el frío, eran los lobos que acudían á comerse los heridos medio muertos.

Llamándose mutuamente, los dos hermanos llegaron á encontrarse.

Luis tomó de nuevo entre sus brazos á Pablo, y lo subió al caballo. Sea dominio de sí mismo, sea que el capitán no sintiera su pierna rota, no exhaló ni una queja. Luis tomó la brida del caballo, Pablo se agarró al pomo de la silla, y se fueron en seguimiento de la columna francesa.

Durante una media legua —del mismo modo que en los cuentos de hadas algunos guijarros indican á los niños desviados la senda—, los cadáveres, ó, más bien, las

eminencias y las huellas de sangre, indicaron la pista de la columna.

Pasada media legua, ya no había más que sangre: era la de los heridos que habían podido proseguir el camino, y que iban dejando sus huellas; luego, la sangre, cubierta por la nieve, desapareció á su vez.

Estaban fuera del alcance de las balas rusas; hubo que abandonarse al azar.

Al cabo de dos horas, el caballo, que no había comido desde Smolensko, empezó á tropezar á cada paso, hasta que, por fin, cayó. A fuerza de golpes, Luis le obligó dos ó tres veces á levantarse.

Entonces Pablo suplicó á su hermano que le abandonara; estaba sano y salvo, y, envuelto en una buena capa, y añadiendo la piel de oso que cubría á su hermano, podía alcanzar la columna y salvarse con ella, si lograba salvarse al cabo; pero Luis levantó los hombros.

—Hermano,—dijo,—ya ves que el mariscal hace una falsa marcha; dejará al ejército de Kutusoff el tiempo de retirarse, y luego volverá sobre sus pasos, atravesará el Dnieper, que debe estar helado, y alcanzará al ejército francés en Liady ó en Orcha.

Pablo, á su vez, meneó la cabeza.

—Y ¿cuándo crees que la columna se volverá atrás?

—Esta noche ó mañana de madrugada, lo más tarde,—respondió atrevidamente Luis.

—Entonces hagamos un pacto.

—¿Cuál?

—¿Te comprometes por tu honor á mantenerlo?

—Habla.

—Acepto tu ayuda hasta mañana por la tarde; si la columna no vuelve á aquella hora, ¿me prometes abandonarme?

—Veremos.

—Mañana por la tarde ¿me abandonarás?

—Pues, bien: sí,—respondió Luis, para quebrantar la resistencia de su hermano;—queda convenido.

—La mano.

—Aquí la tienes.

—Haz lo que quieras de mí hasta mañana.

Luis dió una ojeada á su alrededor: un ejército —probablemente el del príncipe Eugenio— había vivaqueado allí; una barraca, una sola, permanecía de pie todavía en aquel desierto; sin duda sirvió de abrigo al virrey. Luis

tomó entre sus brazos á su hermano, lo dejó en el paraje más profundo de la cabaña, y salió para buscar leña.

Algunos abetos desmedrados, tristes, blancos como fantasmas, se elevaban de cuando en cuando; muchos habían sido derribados por las balas de cañón. Luis tomó un enorme brazado y lo llevó á la cabaña; luego recogió algunas briznas de paja amontonadas en un rincón del vivac.

Pablo comprendió la intención de su hermano, y para encender lumbre le ofrecía una de sus pistolas; pero Luis le indicó que las guardara: eran una defensa suprema contra los lobos, que tal vez les visitarían por la noche, y contra los cosacos, que ciertamente irían á visitarles al día siguiente.

Se dirigió en seguida al caballo, que había caído, y examinó los arzones, en los que encontró, además de un par de pistolas, pólvora y balas en un saquito.

Y regresó contento con su hallazgo.

El herido le seguía con los ojos con profunda ternura. Para tranquilizar á su hermano, Luis aparentaba tranquilidad, casi alegría. Sacudió la nieve de las resinosa ramas, hizo con ellas un montón en medio de la cabaña, otro montón en un rincón, colocó bajo las ramas toda la paja que pudo recoger, sacó del bolsillo un resto de papel, envolvió una carga de pólvora, descargó con el sacatrapos de la baqueta una de las pistolas, dejó solamente media carga de pólvora sin taco, aproximó el cañón al papel y apretó el gatillo de la pistola, que dió una llama sin explosión. La llama prendió fuego á la pólvora envuelta en el papel, y éste se encendió en seguida.

Entonces Luis aproximó la boca y sopló; el papel y la paja inflamáronse luego, y después, con mayor resistencia, las ramas de abeto.

Cinco minutos después ardía el montón; sólo había que cuidar de que no se apagara.

—Y ahora,—dijo Pablo,—¿qué vamos á comer?

—Espera,—respondió Luis.

Y se fué hacia el caballo, para cortar un pedazo con el mismo puñal de Tula que le había dado su hermano, y que tan bien le había servido para desembarazarse de los rusos; pero el pobre animal no estaba muerto aún, y como si presintiera lo que le iba á pasar, hizo un esfuerzo, se levantó, se arrastró hacia la hoguera, entró en la cabaña y se puso á comer los brotes verdes de abeto.

—¡Ah, goloso!—exclamó Luis.

Pero no tuvo valor para matarlo; y por otra parte, Pablo se opuso: si podía restituírse á la pobre bestia algunas fuerzas, podría utilizársela al día siguiente.

Luis salió á la descubierta, dejando á su hermano una calabaza en la que quedaban algunas gotas de aguardiente. Encontró un alerce, de ramas menos amargas que el abeto; cortó el árbol entero, y volvió, arrastrándolo hasta la cabaña. Los brotes más tiernos sirvieron de forraje para el caballo; las ramas y el tronco fueron reservados para alimentar el fuego.

Y llegó la noche.

—Y con todo esto, —preguntó Pablo, —¿qué comeremos?

—Está tranquilo, —dijo Luis, —tengo mi proyecto.

De pronto, de cuatro ó cinco lados á la vez, partieron algunos aullidos.

—¡Toma! —dijo Luis. —¡Ahí está nuestra cena que viene hacia nosotros!

Al cabo de un instante vieron pasar por la nieve algunas sombras negras; á veces alguna de aquellas sombras se volvía mirando el fuego, y como si la llama se reflejara en sus ojos, éstos lanzaban rayos. —Comprendo, —dijo Pablo: —¿matarás al primero que se acerque á la cabaña?

—Precisamente.

—Toma mis pistolas; son de Versalles y valen más que las tuyas.

—¡Quiá! Los cosacos rondan seguramente por aquí cerca: oírían el tiro y acudirían.

—¿Qué vas á hacer, pues?

Luis se envolvió el brazo izquierdo con la piel de carnero de la silla del caballo —el cual, después de haber comido los brotes de alerce, se había tendido en un rincón de la cabaña—, tomó luego el puñal con la derecha, se hizo atar la muñeca con su pañuelo, y fué á colocarse detrás de un tronco de árbol, á diez pasos de la cabaña.

No transcurrieron cinco minutos, cuando un enorme lobo, habiéndole olido, iba á colocarse á seis pasos de Luis, mirándole con inflamados ojos y rechinando los dientes.

Luis se dirigió al lobo: éste retrocedió, pero lentamente, sin huir, con los ojos siempre clavados en el joven oficial, y pronto á lanzarse sobre él si desgraciadamente daba un paso en falso.

De pronto, parecióle á Luis que la tierra faltaba á sus pies, y que caía en un abismo de nieve.

En efecto: acababa de hundirse en un barranco: la nieve, que no había cedido bajo las ligeras patas del lobo, se había hundido bajo sus pies.

Al mismo tiempo, le pareció que un peso oprimía su cabeza, y que unos agudos dientes se clavaban en su hombro. Instintivamente, le levantó el brazo armado del puñal, y sintió en seguida que le soltaban los dientes del lobo, y que se deslizaba por su rostro un licor caliente: acababa de hundir el puñal hasta el mango en el pecho del animal.

La lucha fué de suprema angustia.

El lobo quiso huir; pero aun no hubo andado diez pasos, quedó tendido y ensangrentado en la nieve; en cuanto á Luis, mientras forcejeaba, sus pies habían roto una capa de hielo, y había metido la pierna en el agua hasta la rodilla.

Precisaba ganar la llanura subiendo el barranco; merced á su puñal, con el que se apoyó hundiéndolo en el ribazo, pudo lograrlo. Corrió hacia el lobo, que al verle trató en vano de huir, y, agarrándole por las patas traseras, lo arrastró hasta la cabaña.

—¿Qué tal?—preguntó Pablo.

—¿Qué tal?—dijo Luis. —¡Que aquí tienes, sin contar la piel, un asado como más de un rey, más de un príncipe y más de un mariscal de Francia, no tendrán esta noche para cenar!

—¿Y esta sangre de que estás cubierto?

—No es nada; es la del lobo.

En realidad, con la del lobo se mezclaba alguna suya, pero Luis no lo dijo.

Desolló y abrió el lobo, y después cortó el lomo. Por fortuna, desde la retirada del ejército francés, los lobos habían engordado.

Después Luis separó de la hoguera un puñado de brasas, extendió encima la carne sangrienta, y, volviéndose á su hermano:

—¿Qué te parece de mi asado?

—¿Que preferiría un vaso de agua!—murmuró el herido.

—¡Quedarás servido cumplidamente, hermano!

Y sacando una de las fundas de cuero del arzón, introdujo en ella siete ú ocho balas de plomo, la suspendió de los cordones destacados de su uniforme, y se fué al ba-

rranco, hizo deslizar la bolsa hasta el riachuelo del que había roto el hielo con los pies, y la sacó llena de agua.

Una manada de lobos le seguía; si hubiese dado un paso en falso, hubiera sido devorado sin remisión. La carne asada, cuyo humo se extendía alrededor de la cabaña, había atraído aquellos animales, de un cuarto de legua á la redonda.

Luis regresó sano y salvo, y dió la bolsa llena de agua á su hermano, que la vació de un trago, como si hubiese sido un vaso ordinario. Luis volvió al barranco, pero llevando esta vez en la mano un tizón ardiendo. Algunos de aquellos rugientes merodeadores le habían oído tan de cerca al retirarse la primera vez, que creyó indispensable tomar aquella precaución. El tizón los mantuvo á distancia, y, como la primera vez, Luis regresó sano y salvo.

No había temor de que los lobos asaltaran la cabaña. En tanto ardiese la hoguera, no se atreverían á acercarse, y Luis había recogido leña bastante para mantener el fuego hasta el día siguiente.

Hecha ya la provisión de leña y de agua, Luis se sentó al lado de su hermano, clavó la punta de su puñal en un pedazo de lomo que le pareció bastante asado, y se puso á devorarlo con el mismo apetito que si hubiera sido un bifeck cocido en el hornillo de la taberna más confortable de Londres.

Pablo le contemplaba con tristeza.

—¿No comes?—le dijo Luis.

—No; sólo tengo sed.

—¡Bebel!—prosiguió Luis, presentando la funda á su hermano.

Este la tomó y bebió ávidamente algunos sorbos.

—¡Bébela toda!—dijo Luis.—La fuente no está lejos.

—No, gracias,—respondió Pablo;—por otra parte, he de hablar contigo.

Luis miró á su hermano.

—Sí, hermano; ¡y muy seriamente!—añadió el herido.

—Habla,—dijo Luis.

—Es posible que te hayas engañado, creyendo que la columna volverá atrás.

—Es imposible que haga otra cosa,—respondió Luis.

—No importa; admitamos que no vuelve.

—Es que no lo admito,—insistió Luis.

—Pero yo lo admito,—dijo Pablo;—mejor dicho: para no contrariarte, lo supongo.

—¿Qué hay, pues?—preguntó Luis, mirando á su hermano con inquietud.

—Hay, que si mañana por la tarde no ha vuelto, irás tú á buscarla.

—¡Jem!—exclamó Luis, con acento que significaba: «No es muy seguro.»

—¡Es cosa convenida, Luis! Además, ya discutiremos esto mañana.

—Sea.

—Mientras tanto, como, al fin y al cabo, tienes más probabilidades que yo de ver la Francia, deja que te haga una confesión.

—¿Una confesión?

—Sí... Escucha, hermano; pesa sobre mi conciencia una mala acción.

—¿Tú? ¡Imposible!

—Así es, sin embargo. Y para que muera sin remordimientos...

—Y ¿por qué has de morir?—interrumpió Luis.

—En fin, si debo morir, para que pueda morir sin remordimientos, has de prometerme reparar esa mala acción.

—Habla, y lo que un hombre pueda hacer por otro, lo haré.

—Hermano, vive en Alemania una niña... la hija de un pastor... del pastor de Abensberg. ¿Te acuerdas de la aldea en donde atentaron contra el emperador?

—Sí, sigue.

—Esa niña, que se llama Margarita Stiller, ¡fué deshonrada por mí!

—¿Por tí?

—Te lo he dicho... Es más que una mala acción: ¡es un crimen! Mira: no sé por qué, si bien me ocurre con frecuencia, estaba pensando en esa joven cuando me ha herido el casco de metralla. «¡Castigo de Dios!», me he dicho. Y he caído.

—Hermano...

—¿Cuántas ganas tenía de llamarte al caer, para explicarte, en dos palabras, lo que te digo extensamente ahora! Pero he pensado que era perderte conmigo, y no he hablado.

—¡Ah, sí! Pero yo he notado tu ausencia.

—¡Y me has buscado como hermano cariñoso! No te doy las gracias, Luis; lo que has hecho por mí, yo lo hu-

biera hecho por tí; pero en tu regreso he visto el favor del cielo, que tal vez me permita reparar mis culpas... Esa joven que deshonré, que violé á la fuerza!—¡qué quieres! ¡estaba ebrio de pólvora y de cólera!—; esa joven estaba prometida: su novio era Federico Staps, el que atentó á la vida del emperador en Schœnbrünn.

—¿Staps?

—¡Ah, sí!... Parece novela. Ese Federico Staps, que me había visto en una reunión de iluminados —no tengo tiempo para contarte por qué estaba yo allí—, me llamó á su prisión, y me suplicó le acompañara al lugar del suplicio, y que cuando hubiera muerto tomase un medallón que guardaba en el pecho y leyera un papel que guardaría en su mano derecha; después de leer el papel, debía entregarlo al coronel que había presidido el consejo de guerra y le había condenado á muerte. Todo se lo prometí; le acompañé hasta el lugar del suplicio, y cayó traspasado por cinco ó seis balas.

—Y ¿tomaste el retrato?

—Sí, lo tomé y leí el papel... El retrato ¡era el de Margarita Stiller!

—¡Oh!...

—Espera... El papel contenía tres palabras y una firma: «Concedo la gracia.—Napoleón».

—¡Hermano!

—¿Comprendes? ¡No quiso valerse de dicha gracia! ¿De qué le hubiera servido? Su amante había sido deshonrada por un miserable... ¡Y el miserable era yo!

—¡Pablo! ¡Pablo!

—¡El miserable, Luis, era yo!—repitió Pablo.—Si muero, ¿lo oyes bien?, tú has de ser mi heredero; cada uno de nosotros posee una fortuna de unos cien mil francos; tú no necesitas los míos. Yo te digo, pues: «Hermano, no sé si podrás encontrar á esa mujer; pero, una vez logres volver á Francia, irás á Alemania, ¿no es cierto?

—Sí, hermano.

—Buscarás á Margarita Stiller... Su padre, te lo repito, era pastor en Abensberg, en 1809.

—Sí, hermano.

—Apenas la encuentres, le dirás lo que ha ocurrido; que Dios me ha castigado y cómo en una desierta cabaña, oyendo el aullido de los lobos y los hurras de los cosacos, te he contado esta miserable aventura; que tú me has prometido reparar mi crimen, en lo que semejante crimen es

reparable, y le das toda mi fortuna. Para ayudarte á reconocerla, aquí tienes su retrato.

Y sacó de su seno el medallón que había tomado del pecho de Staps.

Luis colgó de su cuello la cadena de cabello, y dijo:

—¡Queda tranquilo, hermano!

—Tu mano,—pidió Pablo.

—Aquí la tienes.

—Ahora, procura dormir; tienes necesidad de todas tus fuerzas para mañana.

—¿Cómo quieres que duerma?

—¡Pruébalo! Yo voy á hacer lo mismo.

Luis se levantó; echó algunas ramas de abeto al fuego, próximo á extinguirse; luego, tomando un tizón de la hoguera, lo arrojó, volteando, en medio de los lobos, que, atraídos por la carne asada, pero mantenidos á distancia por el fuego, formaban semicírculo alrededor de la cabaña, mientras otros husmeaban por los intersticios de las maderas.

Los lobos, asustados por el tizón, que cayó en medio de ellos, huyeron aullando.

La hoguera proyectó una viva llama; Luis se envolvió en su capote y se tendió al lado de su hermano con la intención de no dormir; pero, al cabo de una hora, el cansancio y la necesidad de sueño, tan imperioso en la juventud, empezaron por confundir los objetos ante sus ojos y las ideas en su espíritu, las cosas se fueron haciendo indistintas y vagas, y después se extinguió todo, lo mismo en sus miradas que en su cerebro: dormía.

Al apuntar el día, se despertó bajo la presión de una mano.

Abrió los ojos: era Pablo que interrumpía su sueño.

—Hermano,—dijo,—¡tengo sed!

Luis se frotó los ojos, recogió sus recuerdos, agarró la funda que le servía de calabaza y se encaminó hacia el barranco.

Apenas hubo salido de la cabaña, oyó detrás de sí la detonación de un arma de fuego, y se volvió atrás, aquejado por un siniestro presentimiento.

Pablo, comprendiendo que con el muslo roto era un obstáculo para que su hermano pudiera huir, acababa de saltarse la tapa de los sesos.

XV

El Dnieper

Luis Richard no se había engañado en sus conjeturas. Ney, al dirigirse hacia el norte, sólo tuvo una intención: la de despistar á los rusos; extraño á los detalles que hemos narrado, volviendo la cabeza para no ver caer á sus muertos, tapándose los oídos para no percibir los ayes de los heridos, seguía adelante su camino, más indiferente á la granizada de balas y de metralla que á los copos de nieve que cubrían las huellas que podían hacerle reconocer el camino.

Al cabo de tres horas, el mariscal se detuvo; hallábase en una aldea abandonada, como lo estaban todas; uno ó dos, y tal vez tres ejércitos habían pasado por allí; no quedaba ni una puerta, ni una ventana; todo lo que podía arder había sido quemado. Así pues, no quiere prolongar su parada: antes del día volverá á ponerse en camino. El Dnieper debe correr enfrente de él; pero enfrente de él están también los rusos. Se dirigirá en derechura al este, retrocederá en ángulo recto hacia el mediodía, y encontrará el río.

Hacia las nueve retumbó el cañón. ¿Es algún cuerpo de ejército, que sabiéndole perdido, viene en su busca por orden de Napoleón?

No; las salvas ofrecen demasiada regularidad: son los rusos, que celebran su triunfo en su campamento.

Sin barcos, sin parque pontonero, es preciso que Ney y los dos mil hombres que le quedan sigan su camino; ¡y por ese camino hay ochenta mil hombres á caballo! Ney no puede escapárseles.

Lo que anuncian las salvas de artillería es Ney prisionero...

El mariscal lo explica á sus soldados.

—Ahora,—dijo,—hay que probarles que mienten. Mañana, antes de que apunte el día, partiremos; ¡mañana, antes de la noche, nos habremos reunido al ejército!

La noche fué menos mala de lo que hubiera sido al raso. Aun cuando las puertas y ventanas estaban desgarradas, aquellas cabañas eran, al cabo, una especie de abrigo.

A las cuatro de la madrugada, los jefes despertaron á los soldados, sin valerse de tambores ni cornetas.

Hubo que luchar una hora para despertar á aquellos desgraciados y obligarles á ponerse en camino; allí quedaron tres ó cuatrocientos, á los que no se pudo hacer levantar ni con súplicas ni con amenazas.

Emprendieron el camino de la vispera, sólo que se inclinaron hacia la izquierda. Anduvieron así unas dos horas, cuando de pronto, los soldados que formaban la cabeza de la columna, se detuvieron como consultándose.

Ney acudió

—¿Qué hay? ¿Qué es lo que os inquieta?

Los soldados le mostraron un punto rojo en la nieve, y por encima de aquel punto rojo una columna de humo que se levantaba hacia el cielo.

¿No podía ser una avanzada de los cosacos?

Un hombre se destacó, dió una vuelta y regresó diciendo que lo que se veía era una cabaña aislada que debía servir de habitación á algún mujik; por los alrededores no se veía rastro ni de rusos ni de cosacos.

Dirigiéronse á la cabaña; cuando sólo estuvieron á unos veinte pasos, vieron salir á un hombre armado con una pistola en cada mano.

—¿Quién vive?—preguntó.

—¡Un francés! ¡Un francés!—exclamaron á un tiempo quinientas voces.

El hombre volvió á entrar en la cabaña.

Nadie pudo comprender aquella indiferencia. Aquel francés parecía estar allí extraviado; ¿por qué recibía con tanta indiferencia á sus hermanos?

Adelantáronse, entraron en la cabaña y lo encontraron de rodillas ante un cadáver.

—¡El capitán Luis Richard!—murmuraron algunas voces.

—El que llamaba á su hermano,—dijo el alemán que había visto caer á Pablo.

Ney entró también.

Luis le reconoció.

—Señor mariscal,—dijo,—buscáis el Dnieper, ¿no es verdad?

—Sí,—respondió el general.

—Pues bien: haced enterrar á mi hermano, y os conduciré directamente al río.

—Otros valientes soldados como él han quedado sin

sepultura; por escaso que sea el tiempo que perdamos en abrir la tierra, será tiempo perdido.

—Señor mariscal: yo he visto esta noche cómo los lobos se comían los cadáveres, y no quiero que mi hermano sea pasto de los lobos. El tiempo que perdamos os prometo hacérselo recobrar.

—¡Que se averigüe si quedan algunos zapadores con picos y azadones!

Halláronse cuatro ó cinco hombres que habían conservado sus instrumentos.

—Los que caven la fosa de mi hermano, tendrán una piel de oso y mi capote,—dijo Luis Richard.

Dos hombres pusieron manos á la obra y lograron abrir una especie de fosa; en ella fué depositado el cuerpo del capitán Pablo Richard y cubriéronlo de tierra; luego cuatro hombres descargaron sus fusiles sobre la fosa.

Ni un general había tenido tales honores fúnebres desde la salida de Moscou.

—¡Ea,—dijo Luis Richard,—en marcha!

Y conduciendo al mariscal al torrente en el que se había hundido durante la noche, manchado todavía por la sangre del lobo y la suya:

—Mirad, señor mariscal,—dijo Luis, enseñándole el agua que se deslizaba hacia el este;—esto es, sin ningún género de duda, un afluyente del Dnieper; siguiendo este riachuelo, encontraremos el río.

Era tan probable, que nadie hizo la menor observación, y fueron siguiendo el cauce, que condujo á una aldea abandonada como las demás.

Atravesaron la aldea, y, al salir, encontraron el río.

—Ahora falta saber si el río estará helado.

—Lo estará,—respondió Ney.

Y se acercaron silenciosamente á la orilla. ¿Estaría ó no helado el río? Era cuestión de vida ó muerte para dos mil hombres...

¡El río estaba helado! Hasta poco antes flotaban los témpanos; pero contrariados de pronto por una brusca reuvelta de sus orillas, los témpanos se habían soldado mutuamente apenas hacia una hora. Más arriba y más abajo se veían témpanos flotantes.

—Sólo nos falta asegurarnos de que sostiene. ¡Un hombre de buena voluntad que arriesgue su vida para salvar la de dos mil franceses!

No había terminado aún, cuando un hombre se aven-

turaba por la débil superficie: era Luis. El terrible dolor que acababa de sentir por la muerte de su hermano le había vuelto indiferente, y se hubiera jugado la vida á una mano de dados; de modo que no consideraba un mérito el arriesgarla á tal objeto.

Todo el ejército le seguía con los ojos, jadeante y lleno de zozobra; sin preocuparse de escoger el sitio para evitar el peligro, alcanzó la orilla opuesta.

Era cuanto podía desearse de la intrepidez del joven; algunos gritos de reconocimiento le alcanzaron en la otra orilla.

Entonces, sin pedírselo, le vieron atravesar de nuevo el río, y, con el mismo desprecio de la vida, regresó hasta la columna.

—Los peones pasarán, señor general, con tal que anden con precaución y uno á uno; tal vez también algunos caballos alcancen la otra orilla; pero habrá que abandonar el resto y apresurarse: el río empieza á deshelse.

Ney miró á su alrededor: apenas tenía mil hombres. Aquella columna, compuesta de soldados exhaustos, heridos y enfermos, seguida por mujeres y niños, se había separado para ir en busca de víveres.

—Concedo tres horas para que se reúnan,—dijo Ney.

—Sin embargo, pasad vos, mariscal; yo me quedaré á vigilar el paso de la columna,—dijo el general Richard.

—Yo seré el último,—respondió Ney;—pero, como he pasado la noche en vela, dormiré durante esas tres horas. Cuando llegue el momento, despertadme.

Y, envolviéndose en su capote, se tendió sobre la nieve y se quedó dormido como hubieran hecho César, Aníbal ó Alejandro; porque tenía el temperamento robusto de los grandes hombres de guerra, esa salud indomable que completa á los héroes.

Al cabo de tres horas le despertaron. Todos cuantos debían reunirse hallábanse en la orilla del río. Sólo quedaban dos horas de día, y había que apresurarse.

Luis Richard fué el primero en volver á pasar, con el mismo buen resultado; pero los que le siguieron avisaron que el hielo cedía bajo sus plantas; algo más lejos, gritaron que el hielo se hundía y que iban con agua hasta las rodillas; luego nada tuvieron que añadir, porque se oyó crujir el hielo.

—¡Que pasen de uno en uno!—gritó el mariscal.

El instinto de conservación hizo que obedecieran.

Una larga hilera de soldados, distanciados convenientemente, se arriesgó por el río, cuya movable superficie ondulaba bajo su peso.

Los primeros lograron la orilla; pero allí el rápido declive, cubierto de escarcha, pareció que los devolvía al río. Iban á dejar la tierra de la vieja Rusia, y la vieja Rusia quería guardar los vivos con los muertos!

Muchos, al llegar á mitad de la pendiente, resbalaron y cayeron, rodando sobre el hielo, rompiéndolo con el choque, y desaparecieron en la corriente.

Hacia las once de la noche —se habían necesitado cinco horas para realizar aquel lento y peligroso paso—; hacia las once de la noche llegó el turno de los enfermos, las mujeres y los niños; transportados hasta entonces en carruajes, los desdichados no querían bajar, porque aquéllos encerraban cuanto poseían; y, además, ¿cómo podrían viajar sin ellos?

Habíase encontrado un punto algo más sólido en el que pasaron algunos caballos; el mariscal permitió que los coches intentaran pasar por aquel punto.

Dos ó tres se aventuraron.

Todo fué bien hasta la tercera parte del cauce; pero allí empezó á crujir y á ceder el hielo, y empezaron los ayes y exclamaciones; pero no había medio de retroceder: la única salvación era que no quedara por mucho tiempo en un mismo sitio un peso considerable.

Arreáronse los caballos hacia adelante, y, á pesar de su instinto, que les decía que no se aventuraran por la movable superficie, los caballos, desesperados como los hombres, vencieron su terror y avanzaron exhalando fuertes resoplidos.

Los que habían pasado ya, y los que debían pasar aún, seguían con ansiosas miradas á los que pasaban... De pronto, vieron aquellas masas, apenas perceptibles entre las tinieblas, detenerse indecisas; los caballos pateaban el agua con las manos; resonaron gritos de angustia, seguidos por entrecortados lamentos; luego fueron debilitándose los gemidos, hasta extinguirse por completo... Las miradas, que habíanse vuelto á otro lado con espanto, se dirigieron otra vez al río: encima del hielo ¡nada! ¡Todo había desaparecido en el abismo! Por dos ó tres sitios burbujeaba el agua; ¡eso era todo!

No hubo más remedio, pues, que abandonar aquellos preciosos carruajes y escoger lo que podía salvarse; la

elección fué larga y la prolongaba el terror. Luego, las mujeres llevando á sus hijos, los heridos apoyándose unos á otros, los enfermos arrastrándose con pena, empezaron á desfilar como una procesión de silenciosos fantasmas.

Una tercera parte quedó en el río, y las otras dos pasaron.

Fué como un ensayo en pequeño del terrible drama del Beresina.

Por fin, á media noche, todo había pasado ó quedaba hundido en la corriente.

Quedaban unos mil quinientos hombres aptos para llevar las armas, y tres ó cuatro mil inútiles, heridos, enfermos, mujeres y niños.

En cuanto á los cañones, no se intentó siquiera pasarlos; los echaron al río.

Ney fué el último en pasar, según había prometido; al llegar á la orilla opuesta del cauce, puso en marcha aquel triste rebaño.

Luis Richard iba el primero; el profundo dolor moral que le embargaba hacía insensible al frío y al peligro.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha, se bajó y tanteó el terreno: se hallaban en una carretera; profundos baches indicaban que habían pasado por allí artillería, furgones y carros.

¡Habíase evitado un ejército, luchado un día contra el río, otro día contra los hombres, otro día contra el río, para acabar luchando todavía!

¡Las fuerzas estaban agotadas; casi perdidas las esperanzas! ¡No importa! Ney gritó: «¡Adelante!», y siguieron la marcha.

El camino conducía á una aldea que fué sorprendida.

Entonces hubo un instante de alegría entre la borda errante, como sucede cuando brilla por un segundo el relámpago en medio de una tempestad. Acababan de encontrar todo lo que les faltaba desde Moscov: ¡víveres, habitaciones caldeadas, seres vivientes! Bien es verdad que aquellos seres vivientes eran enemigos; pero el silencio, el desierto, la muerte, ¡eran enemigos mucho más temibles!

Detuviéronse dos horas en aquel pueblo y prosiguieron su camino. Veinte ó treinta leguas más allá estaba Orcha, donde esperaban hallar el ejército francés.

A las diez, mientras descansaban en una aldea, la tercera que encontraban desde la una de la madrugada, observan que los oscuros bosques de abetos, que parecen acompa-

ñar á la fugitiva columna, se llenan de movimiento y ruido. Son los cosacos de Platof, que han descubierto el ejército de Ney, si ejército puede llamarse á mil doscientos ó trescientos combatientes y cinco ó seis mil inútiles.

Otro pueblo costea el Dnieper, y refúgiense en él. Por lo menos, la izquierda quedará garantida por el río.

Desde por la tarde, seis ó siete mil hombres y veinticinco cañones siguen el flanco derecho de la columna. ¿Por qué no la ha atacado? ¿Por qué no se han aprovechado de dos ó tres pasos desventajosos para cargarlos?

El jefe estaba borracho y no se hallaba en disposición de dar órdenes; ¡y los soldados no se atrevían á prescindir de ellas!

Aquella vez, la Providencia no se declaró por los borrachos.

Sin embargo, el momento era decisivo: había que pelear; así al menos se creía. Pero Ney conocía á aquellos miserables.

—Soldados,—dijo á sus hombres, que estaban sonriendo,—terminad tranquilamente vuestro almuerzo. Doscientos de vosotros, entre los que vayan mejor armados, bastarán para tener á raya al enemigo.

Doscientos hombres, reunidos por Luis Richard, rodearon al general.

Ney no se equivocaba: con aquellos doscientos hombres mantuvo en respeto á los seis mil cosacos. Sin duda, su jefe no había recobrado la razón.

Al mismo tiempo se da orden de ponerse en marcha apenas haya terminado el almuerzo.

Al cabo de una hora, la columna echa á andar.

Los cosacos han querido, tal vez, preservar la aldea; pues apenas se abre espacio entre la última cabaña y el último rezagado, bájense las relucientes lanzas, retumban los cañones; la columna, envuelta por una nube de cosacos, es atacada por todos lados.

Por otra parte, los heridos, los inútiles, los merodeadores, las mujeres y los niños, se espantan y se precipitan, buscando abrigo, hacia el flanco del pequeño ejército, con peligro de echarlo al río.

Ney manda presentarles las bayonetas; esto les obliga á detenerse.

Entonces, en vez de convertirse en motivo de desastre, se convierten en motivo de salvación; en lugar de ser un obstáculo, son una muralla.

Las lanzas hurgan en aquella masa, los cañones la diezman; pero los golpes se pierden en ella, no alcanzan el corazón, no destruyen la vida: los débiles protegen á los fuertes, como escudos vivientes é involuntarios, pero eficaces.

Durante aquel tiempo, el general aprieta el paso, protegido de una parte por el río, de la otra por aquella masa en donde se pierden los golpes.

A veces, no obstante, las dificultades del terreno le obligan á abandonar la orilla, y una línea de cosacos se interpone entre él y el río; pero una descarga da buena cuenta de aquéllos. Otras veces, para no malgastar las municiones, Ney, espada en mano, carga á la cabeza de quinientas ó seiscientas bayonetas; arrolla á los cosacos, y hombres y caballos van á caer al río: amigos y enemigos, franceses y rusos, se deslizarán en las mismas aguas hasta el mar Negro.

Y así andan por dos días, recorriendo veinte leguas; parece una población sitiada, pero errante. Así huye el toro asaltado por los tábanos que le pican.

Llegó, por fin, la tercera noche; hundiéronse en ella como una esperanza de descanso; pero no había posibilidad de detenerse: había que abandonar á los que sucumbían. ¡Algunos, asesinos sublimes, tenían el valor de saltar los sesos á un amigo, á petición de éste!

Ney lo veía todo, y se comprimía con ambas manos el corazón próximo á estallar, y volvía á otro lado los ojos próximos á llorar.

Llegó la noche, decimos; avanzaban á tientas por en medio de un bosque de abetos, y al chocar con los troncos, hacían caer la nieve de sus copas. De improviso, el sombrío bosque se ilumina, estalla una descarga de artillería y cruza silbando la metralla, derribando hombres y abetos, profiriendo cada cual ayes de dolor.

La columna retrocede, se confunde, se revuelve.

—¡Ah! ¡Por fin son nuestros!—exclama Ney.—¡Adelante, amigos, adelante!

Y con cincuenta soldados, aquel hombre titán, aquel héroe de Homero, aquel Ajax que quiere escapar á pesar de los dioses, se echa contra los enemigos, y, en vez de huir, pone en fuga á los que le atacaban.

Con el nuevo día, volvieron las lanzas y la muralla de los cosacos de Platoff. Bien es verdad que los nuestros estaban al abrigo del bosque: débil obstáculo, desde el

qual, con los fusiles, no podíamos alejar á los que nos asaltaban; nos acosaban á medio tiro de cañón, nos escoltaban y nos destruían, extendiendo una línea de fuego, igual en longitud á la que recorriamos. Era forzoso detenerse y recibir la muerte sin darla: y si nos deteníamos, moríamos.

Andábamos bajo el fuego, nos deteníamos bajo el fuego, comíamos bajo el fuego; la muerte nos sorprendía andando, descansando, comiendo; hubiérase dicho que únicamente la Muerte no se daba punto de reposo.

Llegó la noche —la cuarta noche—; resolvieron no detenerse, andar siempre. Los franceses no debían estar lejos.

Quedaban unos veinte caballos y unos veinte caballeros; Luis Richard, que había pasado por entre mil muertes sin recibir un rasguño, se puso al frente de aquellos soldados, y se adelantó hacia la dirección en donde se suponía debía hallarse Orcha, esto es, el ejército francés.

XVI

¡Mi corona por un caballo!
RICARDO III.

¡Trescientos millones para Ney!
NAPOLEÓN.

El 14 de noviembre, según hemos dicho, Napoleón abandonó Smolensko.

El primer día no encontraron más enemigo que el terreno —enemigo bastante fuerte, bastante terrible, bastante porfiado él solo para destruir un ejército!— Partieron de noche y en silencio; silencio interrumpido por las imprecaciones de los soldados del tren, por los látigazos con que fustigaban á los caballos, por el ruido que hacían cañones y furgones llegados penosamente á la cumbre de algún repliegue del terreno, y que, al llegar allí, impelidos por su propio peso, caían en confusión unos sobre otros, destrozándose y desmontándose al fondo de la hendidura.

¡La artillería de la guardia empleó veintidós horas en recorrer cinco leguas!

El ejército se extendía en un espacio de unas diez leguas; esto es, de Smolensko á Krasnoi.

Korytnia hallábase á la mitad del camino entre Smolensko y Krasnoi. Napoleón deseaba detenerse en Koryt-

nia; pero allí, la carretera de Elnia, se cruzaba con la de Krasnoi, y por aquélla avanzaba un ejército con tanto orden cuanto en desorden estaba el nuestro, tan numeroso cuanto el nuestro reducido, y tan animoso cuanto desanimado iba el nuestro.

Aquel ejército se componía de noventa mil hombres, y lo mandaba Kutusoff.

Su vanguardia nos había precedido en Korytnia.

La noticia fué comunicada á Napoleón.

—¡Pensaba detenerme en Korytnia!—dijo.—¡Que desalojen á los rusos!

Un general, no se sabe cuál —sólo los grandes nombres sobresalían en aquel desastre, como únicamente los grandes restos atraen las miradas en un naufragio—; un general se puso al frente de un millar de hombres y desalojó á los rusos de Korytnia.

La desesperación, ó, más bien, el desprecio de la muerte, había quintuplicado las fuerzas: lo que antes se hacía apenas con diez mil hombres, ¡ahora se hacía con quinientos!

Mientras Napoleón entraba en Korytnia, notificósele que otra vanguardia se fortificaba detrás de un barranco, á tres leguas más allá del pueblo; aquella vanguardia era la de Miloradovitch, que llegaba, por otro lado, á paso de carga, con veinticinco mil hombres.

Así, pues, ¡había que abrirse paso por entre ciento quince mil hombres para llegar á Francia!

Napoleón escuchó esta noticia en la única casa que quedara en pie en el pueblo de Korytnia. Estaba sentado ante una mesa en donde había algunos mapas de comunicaciones, mapas de países desconocidos, de exactitud dudosa.

En esto, entró un ayudante del general Sebastiani.

Había encontrado en Krasnoi la vanguardia de un tercer ejército, que ignoraba á quién pertenecía; Sebastiani había ido á desalojarle para dejar libre el paso, y lo mandaba decir á Napoleón.

Además, habían oído decir,—añadió el mismo edecán,—que en Liady, pueblo situado á tres leguas más allá de Krasnoi, otra vanguardia, la cuarta, que suponíase pertenecía á algún cuerpo irregular de cosacos, había copado algunos hombres que avanzaban aisladamente, y entre ellos dos generales.

Esperábase que Napoleón, al saber todos aquellos movimientos hostiles que se realizaban alrededor y enfrente

qual, con los fusiles, no podíamos alejar á los que nos asaltaban; nos acosaban á medio tiro de cañón, nos escoltaban y nos destruían, extendiendo una línea de fuego, igual en longitud á la que recorríamos. Era forzoso detenerse y recibir la muerte sin darla: y si nos deteníamos, moríamos.

Andábamos bajo el fuego, nos deteníamos bajo el fuego, comíamos bajo el fuego; la muerte nos sorprendía andando, descansando, comiendo; hubiérase dicho que únicamente la Muerte no se daba punto de reposo.

Llegó la noche —la cuarta noche—; resolvieron no detenerse, andar siempre. Los franceses no debían estar lejos.

Quedaban unos veinte caballos y unos veinte caballeros; Luis Richard, que había pasado por entre mil muertes sin recibir un rasguño, se puso al frente de aquellos soldados, y se adelantó hacia la dirección en donde se suponía debía hallarse Orcha, esto es, el ejército francés.

XVI

¡Mi corona por un caballo!
RICARDO III.

¡Trescientos millones para Ney!
NAPOLEÓN.

El 14 de noviembre, según hemos dicho, Napoleón abandonó Smolensko.

El primer día no encontraron más enemigo que el terreno —enemigo bastante fuerte, bastante terrible, bastante porfiado él solo para destruir un ejército!— Partieron de noche y en silencio; silencio interrumpido por las imprecaciones de los soldados del tren, por los latigazos con que fustigaban á los caballos, por el ruido que hacían cañones y furgones llegados penosamente á la cumbre de algún repliegue del terreno, y que, al llegar allí, impelidos por su propio peso, caían en confusión unos sobre otros, destrozándose y desmontándose al fondo de la hendidura.

¡La artillería de la guardia empleó veintidós horas en recorrer cinco leguas!

El ejército se extendía en un espacio de unas diez leguas; esto es, de Smolensko á Krasnoi.

Korytnia hallábase á la mitad del camino entre Smolensko y Krasnoi. Napoleón deseaba detenerse en Koryt-

nia; pero allí, la carretera de Elnia, se cruzaba con la de Krasnoi, y por aquélla avanzaba un ejército con tanto orden cuanto en desorden estaba el nuestro, tan numeroso cuanto el nuestro reducido, y tan animoso cuanto desanimado iba el nuestro.

Aquel ejército se componía de noventa mil hombres, y lo mandaba Kutusoff.

Su vanguardia nos había precedido en Korytnia.

La noticia fué comunicada á Napoleón.

—¡Pensaba detenerme en Korytnia!—dijo.—¡Que desalojen á los rusos!

Un general, no se sabe cuál —sólo los grandes nombres sobresalían en aquel desastre, como únicamente los grandes restos atraen las miradas en un naufragio—; un general se puso al frente de un millar de hombres y desalojó á los rusos de Korytnia.

La desesperación, ó, más bien, el desprecio de la muerte, había quintuplicado las fuerzas: lo que antes se hacía apenas con diez mil hombres, ¡ahora se hacía con quinientos!

Mientras Napoleón entraba en Korytnia, notificósele que otra vanguardia se fortificaba detrás de un barranco, á tres leguas más allá del pueblo; aquella vanguardia era la de Miloradovitch, que llegaba, por otro lado, á paso de carga, con veinticinco mil hombres.

Así, pues, ¡había que abrirse paso por entre ciento quince mil hombres para llegar á Francia!

Napoleón escuchó esta noticia en la única casa que quedara en pie en el pueblo de Korytnia. Estaba sentado ante una mesa en donde había algunos mapas de comunicaciones, mapas de países desconocidos, de exactitud dudosa.

En esto, entró un ayudante del general Sebastiani.

Había encontrado en Krasnoi la vanguardia de un tercer ejército, que ignoraba á quién pertenecía; Sebastiani había ido á desalojarle para dejar libre el paso, y lo mandaba decir á Napoleón.

Además, habían oído decir,—añadió el mismo edecán,—que en Liady, pueblo situado á tres leguas más allá de Krasnoi, otra vanguardia, la cuarta, que suponíase pertenecía á algún cuerpo irregular de cosacos, había copado algunos hombres que avanzaban aisladamente, y entre ellos dos generales.

Esperábase que Napoleón, al saber todos aquellos movimientos hostiles que se realizaban alrededor y enfrente

de él, enviaría órdenes á los cuerpos de Eugenio, de Davoust y de Ney, que se habían quedado en Smolensko, para que apresuraran su marcha, á fin de oponer quince ó veinte mil hombres al menos á los doscientos mil. Napoleón permaneció pensativo y no dió ninguna orden.

Al día siguiente pusieron en movimiento, como si los exploradores hubieran avisado que el camino estaba libre; la columna, con Napoleón al centro, avanzaba sin precaución, como si la estrella que guiaba hacia Marengo y Austerlitz á los conquistadores del mundo brillase todavía en el helado cielo de Rusia.

Los merodeadores y los fugitivos formaban la vanguardia; los enfermos y heridos, la retaguardia.

A un cierto punto, halláronse enfrente de una línea inmóvil, especie de muralla de hombres y caballos levantada en la llanura de nieve.

Los merodeadores y fugitivos se detuvieron, y el oleaje que se produjo llegó hasta chocar con el caballo de Napoleón, quien, levantando la cabeza, dirigió su catalejo hacia aquella línea negra, y se limitó á decir:

—Son los cosacos. Lanzad una docena de tiradores contra ellos. ¡Que abran camino, y pasaremos!

Un oficial toma una docena de hombres y penetra en aquella muralla; toda la banda huye como bandada de aves asustadas. El paso queda libre.

Pero, de pronto, á la izquierda, estalla una batería de cañones; las balas toman de flanco á la columna y surcan el camino por donde transita.

Todas las miradas se dirigen á Napoleón.

—¿Qué hay?—pregunta.

—¡Mirad, señor!

Y le muestran tres hombres derribados por la misma bala, á diez pasos de él.

—¡Tomad esa batería!—dijo.

Excelmans, herido, se pone á la cabeza de siete ú ochocientos westfalianos, y corre á atacar la batería, mientras lo que queda de la vieja guardia se apiña alrededor de Napoleón para amortiguar los efectos de la metralla.

Pasan tranquilos é indiferentes bajo aquel fuego; los músicos de la guardia tocan: *¿Dónde se puede estar mejor que en el seno de la familia?*

Pero el emperador extiende la mano; la música calla.

—Amigos,—dice,—tocad: *¡Velemos por la salvación del imperio!*

Y mientras truena el cañoneo, al que no se puede contestar más que con aquel frío y altivo valor, la música de la guardia, tranquila como en la parada, toca la pieza pedida por Napoleón.

Los fuegos se apagaron antes de que se acabara la música.

Excelmans había expugnado la colina, arrollando artillería y artilleros.

—¡Ya veis,—dijo Napoleón,—ya veis los enemigos con quienes tenemos que luchar!

Aquel día, la tierra había sido más difícil de vencer que el enemigo: apenas habíamos perdido un centenar de hombres; pero cada repliegue del camino nos había arrancado un cañón, un armón, un carro.

Por desgracia, aun cuando los rezagados tuvieran tiempo de desvalijar los bagajes, no tenían tiempo para clavar los cañones, y cada pieza abandonada podía volverse contra nosotros una hora después.

Napoleón llegó á Krasnoi; pero, detrás de él, aquel ejército que nos había visto pasar desde las alturas, bajó al llano, y los veinticinco mil hombres de Miloradovitch colocáronse entre Napoleón y los tres cuerpos de ejército que le seguían.

Así es que, después de haber pasado la noche en Krasnoi, al día siguiente, cuando iba á ponerse de nuevo en camino, oyóse retumbar el cañón á cinco ó seis leguas atrás: era Eugenio, que, atacado por Miloradovitch, sembraba de muertos aquel campo de batalla por donde debía pasar á su vez el general Ney, y entre cuyos cadáveres vimos á Pablo Richard, muerto ahora también, buscar el cadáver de su hermano.

Napoleón dió orden de que se detuvieran las columnas; mucho tiempo hacía que Eugenio, su amado hijo, había reparado los desastres de Pordenone y de Sacile: el emperador no quería dejar á Eugenio en manos del enemigo.

Napoleón esperó todo el día; Eugenio no pareció.

Por la noche cesó el cañoneo.

Napoleón tenía una esperanza y la expresó en voz alta, á fin de aumentar su confianza con la adhesión de los demás: Eugenio se había replegado con Davoust y con Ney, y al día siguiente los tres cuerpos reunidos atravesarían la línea rusa, uniéndose á nuestra retaguardia.

Transcurrió la noche, llegó el día, y no se vió á nadie; pero volvió á despertarse el cañón. Era Kutusoff que aplas-

taba á Ney en los mismos cerros en que, la víspera, había aplastado á Eugenio.

Napoleón llama á Bessières, Mortier y Lefebvre, los tres mariscales que tiene á su lado; en cuanto á Berthier, no tiene necesidad de llamarlo: Berthier no se separa de él; Berthier es la sombra de Napoleón.

Es evidente que el ejército francés está perseguido por todo el ejército ruso; éste ha creído envolver á Napoleón, y lo ha dejado pasar; ha creído preso á César, y sólo tiene á sus lugartenientes.

Siguiendo adelante —y mientras aquél se obstina contra Eugenio, Davoust y Ney—, se puede aventajar una etapa, dos, tal vez tres sobre el enemigo; entonces puede considerarse salvado, porque se encontrará en la Lituania, país amigo, y serán los rusos, en cambio, los que se hallarán en país enemigo.

Pero así abandona cobardemente á valerosos compañeros; ¡salva la cabeza á expensas de los miembros! ¿No es mejor morir juntos, ó juntos salvarse?

Napoleón ya no manda, pregunta; y no dice «¡Quiero!», dice «¿Queréis?»

Uno solo le responde: «¡Vamos!»

Entonces el jabalí con defensas de acero se revuelve; pero en aquel momento le dicen que el general ruso Ojarsky le ha ganado por mano con una vanguardia; no se puede retroceder llevando rusos detrás.

El emperador llama á Rapp.

—Marcha contra esa vanguardia,—le dice,—sin perder un minuto; atácala á favor de la obscuridad; ni un tiro, ¿comprendes?... ¡nada más que á la bayoneta! ¡Quiero que, por la primera vez que muestran tanta audacia, se acuerden por mucho tiempo!

Cuando Napoleón mandaba, no había más que obedecer. Sin proferir una palabra, Rapp se lanzó adelante; mas, apenas hubo dado diez pasos, Napoleón le llamó.

Un mundo de ideas había atravesado su cerebro en un minuto.

—No,—dijo,—quédate aquí, Rapp: no quiero hacerte matar en semejante escaramuza; el año que viene tendré necesidad de ti en Dantzick. Que vaya Roguet en tu lugar.

Y Rapp se marchó, pensativo á su vez, á llevar aquella orden al general Roguet; pensativo, decimos, porque, en efecto, había motivos para sorprenderse de que, en la alternativa de regresar á Rusia, rodeado por ciento cincuen-

ta mil hombres rusos, y cuando los demás hablaban de Francia como de una tierra imaginaria, Napoleón viera lo que haría dentro de un año, y asignara á uno de sus lugartenientes la ciudad que tendría que defender ¡á ciento ochenta leguas del lugar en que él mismo parecía que no podía defenderse!

Roguet partió, atacó al enemigo á la bayoneta, le echó de Chirkova y de Malievo, y le imprimió tal embestida, que el ejército ruso retrocedió diez leguas, y suspendió su movimiento durante veinticuatro horas.

Al mediar la noche, se señaló la proximidad de Eugenio.

El príncipe llegaba solo; se había abierto camino por entre los rusos, pero ignoraba lo que era de Davoust y de Ney. Se batían probablemente, pues todo el día estuvo oyendo á su derecha retumbar el cañón.

Kutusoff era, decididamente, la providencia del ejército francés: el viejo, tan frío como su invierno, se contentaba con destruir con sus cañones, como el invierno destruía con la nieve y el viento.

Napoleón se aprovechó de la inercia de Kutusoff y de la sacudida dada por Roguet á Ojarosky para hacer marchar hacia Orcha y Borisof á Víctor con treinta mil hombres y á Schwartzberg con los depósitos; pero él no abandonará á Davoust y á Ney, como no ha abandonado á Eugenio, y aun se esforzará por encontrarlos; sólo que si hace tan supremo movimiento no será, como en Eckmühl, para obtener una gran victoria; ¡será para salvar á dos mariscales y los restos de dos ejércitos!

El 17 manda que todos estén dispuestos á las cinco de la madrugada; y cuando todo el ejército —lo que queda del ejército— cree que van á dirigirse hacia Polonia, Napoleón vuelve la espalda á Polonia y se dirige hacia el norte.

—¿A dónde vamos?—preguntan todas las voces.—¿Qué camino emprendemos?

—¡Vamos á salvar á Davoust y á Ney! ¡Tomamos el camino del deber!

Y todas las voces enmudecieron; la cosa parece muy natural y todo el mundo obedece.

Napoleón arrancará sus dos lugartenientes á Rusia, ó se quedará con ellos. Eugenio, salvado, proseguirá su camino hacia Liady; después del esfuerzo que ha hecho, puede seguir andando, mas no puede batirse. El general

Claparède, con los enfermos y los heridos, defenderá á Krasnoi; algunos enfermos ó heridos bastan para tener á raya á un enemigo que se cae apenas lo tocan.

Por la tarde, Napoleón se encuentra rodeado por tres ejércitos; hay uno á la derecha, uno á la izquierda y otro enfrente. Esos ejércitos no deben hacer más que andar, que reunirse, ¡y ahogan entre sus ciento veinte mil soldados, á Napoleón y sus once mil hombres! No han de hacer más que aproximar sus baterías, disparar durante un día, ¡y los aplastan! ¡No hubiera escapado uno solo! Pero los hombres permanecieron en su sitio; los cañones enmudecieron.

Había defensores, invisibles á los ojos de nuestros soldados, que se levantaban amenazadores á los de los rusos: eran Rívoli, las Pirámides, Marengo, Austerlitz, Jena, Friedland, Eckmühl y Wagram!

Necesitáronse tres años de reveses para que se comprendiera la vulnerabilidad de aquel nuevo Aquiles; necesitóse á Inglaterra, aquella encarnizada enemiga, para hundir en el corazón de aquel león moribundo, el puñal de sus *horse-guards*; necesitóse el gran barranco de Waterloo para servir de tumba á la guardia imperial!

Por fin, el cañón empezó á disparar: era hacia atrás, en Krasnoi. El enemigo, que respetaba á Napoleón, atacaba á Claparède.

Nos hallábamos envueltos por los cuatro costados.

Era, sin duda, una señal: los otros tres costados incendiáronse á su vez.

Continuamos avanzando; era, en grande, una cosa parecida al Kremlin: andábamos contra el fuego, entre dos murallas de fuego.

De pronto, abrióse aquella muralla ardiente, milagrosamente atravesada por Davoust y sus hombres.

Sólo quedaba que alcanzar y librar á Ney.

Davoust no había oído hablar de él. Sabía únicamente que su colega debía quedar un día rezagado. Ahora bien: era imposible esperarle un día bajo aquel fuego: el ejército entero hubiera quedado fundido como un bronce en el horno.

Napoleón llama á Mortier y le ordena defender á Krasnoi, esperar á Ney el mayor tiempo posible, mientras él se dirige á abrir camino al ejército por Orcha y Liady.

Con Napoleón va la fuerza, ya lo hemos dicho, y se necesita una terrible máquina de guerra para aplastar á los cuarenta mil rusos que durante el movimiento que Napo-

león ha hecho hacia Smolensko, se han deslizado entre él y Polonia.

El emperador y los restos de la vieja guardia toman por el camino de Krasnoi; Mortier, Davoust y Roguet sostienen la retirada.—Roguet y la joven guardia, que el día antes constituían cabeza de columna en Chirkova y Malievo, formaban el día siguiente, la retaguardia en Krasnoi; así pues, al volver á entrar en la ciudad, del primero de gastadores, de un regimiento completo lanzado al asalto por dos veces contra una batería rusa, ¡no quedaban más que cincuenta soldados y once oficiales!

Napoleón llegó por la noche á Liady; el día siguiente, á Orcha.

En Smolensko tenía aún veinticinco mil hombres, ciento cincuenta cañones, un tesoro, víveres; en Orcha no poseía más que diez mil hombres, veinticinco cañones y un tesoro robado.

Aquello no era una retirada, sino una derrota; no se trataba de retroceder, sino de huir.

El general Éblé, con ocho compañías de zapadores mineros, fué enviado á asegurar el paso de aquellos diez mil hombres por el Beresina.

Napoleón debería tal vez salir de Orcha; pero al dejar Orcha, deja á Ney; y, más desdichado que Augusto, que podía al menos reclamar sus legiones á Varo, ¡reclama Ney á sí mismo!

A todas horas de la noche abre la puerta y pregunta:

—¡Hay noticias de Ney?

A cada ruido que percibe en la calle, abre la ventana y pregunta:

—¿Llega Ney?

Todas las miradas se vuelven hacia el norte; no se ven más que líneas, cada vez más espesas, de batallones rusos. Escuchaban y no oían siquiera el cañón: era el silencio de la tumba; si Ney viviera, Ney se batiría... ¡Ney había muerto!

Y como si su muerte fuese cierta, se repetían unos á otros:

—Yo le vi el 15, y me dijo...

—Yo le vi el 16, y me respondió...

Y Napoleón decía:

—¡Ney! ¡Mi valiente Ney! ¡Daría todos los millones que guardo en las cuevas de las Tullerías para rescatar á mi duque de Elchingen, á mi príncipe del Moskova!

De pronto, en medio de la noche, se percibe el paso de un caballo que llega al galope, y luego algunas exclamaciones, entre las que se mezcla el nombre de Ney.

—¿Ney?—grita Napoleón.—¿Quién me trae nuevas de Ney?

Conducen ante el emperador á un joven cubierto con los harapos de un uniforme azul bordado de plata.

Napoleón reconoce un oficial ordenanza de Eugenio.

—¡Ah! ¿Sois vos el señor Pablo Richard?—dijo Napoleón.

—No, señor; soy Luis Richard... ¡Mi hermano Pablo ha muerto! Pero el mariscal vive, señor.

—¿Dónde está?

—A tres leguas de aquí; pide socorros.

—¡Davoust! ¡Eugenio! ¡A socorrer á Ney! ¡Venid, mis mariscales! Hay noticias de Ney... Todas nuestras pérdidas son reparables: ¡Ney es salvo!

Eugenio entró el primero.

—Una cruz de la legión de honor para este mensajero de buenas nuevas, Eugenio.

—Esta es la de mi hermano, señor,—dijo el joven, sacando del pecho la cruz, que había arrancado, después de muerto, del traje de Pablo.

—¡Ah! ¿Sois vos, mi valiente Luis?—dijo Eugenio.—La noticia es buena; ¡pero el mensajero la hace mejor todavía!

—Señor,—dijo entrando Mortier,—aquí estoy, dispuesto á partir.

—Y yo también,—dijo Eugenio.

—Yo soy más antiguo que el príncipe,—dijo Mortier.

—Señor,—repitió Eugenio,—yo soy rey: yo reclamo la prerrogativa de mi rango; nadie dará antes que yo la mano á Ney.

Mortier dió un paso atrás.

—Dame la mano,—le dijo el emperador.

Mortier tomó la mano de Napoleón y la besó con un suspiro.

—Yo te haré rey un día, Mortier; y entonces tú también dirás: «¡Quiero!».

Dos horas después, Napoleón veía entrar á Ney en su cuarto y le tendía los brazos exclamando:

—¡He salvado mis águilas, puesto que estás vivo, mi valiente Ney!

Luego, á los que le miraban y le rodeaban:

—Señores,—dijo,—yo hubiera dado trescientos millones, hace tres horas, por este minuto de alegría que Dios acaba de darme por nada!

XVII

La vuelta

Hace tres años, casi día por día, que en el comienzo de estas escenas militares hemos introducido al lector en el gabinete particular de Napoleón en las Tullerías; rogámosle que nos espere entre la triste y silenciosa obscuridad de los palacios sin sus dueños; nos hallamos á 18 de diciembre de 1812: no permanecerá mucho tiempo entre tinieblas y quietud.

En efecto: en aquel momento, una mala silla de posta se detiene ante el portillo de las Tullerías, frente á la calle de la Escala, y durante diez minutos llama inútilmente.

Por fin, el conserje, despertado por los soldados de guardia, más bien que por los porrazos dados á la puerta, se decide á informarse de las causas del ruido, y se queda estupefacto á la vista del mameluco Roustan, vestido con su uniforme egipcio, y que á través de la verja le grita con impaciencia:

—¡Despachad! ¡Es el emperador!

El conserje se lanza á la puerta, que gira inmediatamente sobre sus goznes; el coche pasa por el portillo, corta diagonalmente el patio, y va á detenerse ante el vestíbulo.

Dos hombres, uno de alta, el otro de mediana estatura, envueltos en abrigo de pieles, bajan de la silla de posta, y suben rápidamente las escaleras.

El mameluco Roustan les precede, diciendo sólo:

—¡El emperador! ¡el emperador! ¡el emperador!

Un camarero llegado al propio tiempo que el ilustre viajero, toma un candelabro de uno de sus camaradas que se presenta al ruido, y se encamina en derecha al gabinete de Napoleón.

Ya sabe que el sueño no es más que la segunda necesidad de aquel hombre de hierro á quien obedece.

El emperador atraviesa el gabinete donde, tres años antes, se detuvo á dormir un instante; donde la pobre Josefina, ligera como una sombra, se acercó á él y, dulce como un plácido sueño, rozó apenas su frente con un beso.

De pronto, en medio de la noche, se percibe el paso de un caballo que llega al galope, y luego algunas exclamaciones, entre las que se mezcla el nombre de Ney.

—¿Ney?—grita Napoleón.—¿Quién me trae nuevas de Ney?

Conducen ante el emperador á un joven cubierto con los harapos de un uniforme azul bordado de plata.

Napoleón reconoce un oficial ordenanza de Eugenio.

—¡Ah! ¿Sois vos el señor Pablo Richard?—dijo Napoleón.

—No, señor; soy Luis Richard... ¡Mi hermano Pablo ha muerto! Pero el mariscal vive, señor.

—¿Dónde está?

—A tres leguas de aquí; pide socorros.

—¡Davoust! ¡Eugenio! ¡A socorrer á Ney! ¡Venid, mis mariscales! Hay noticias de Ney... Todas nuestras pérdidas son reparables: ¡Ney es salvo!

Eugenio entró el primero.

—Una cruz de la legión de honor para este mensajero de buenas nuevas, Eugenio.

—Esta es la de mi hermano, señor,—dijo el joven, sacando del pecho la cruz, que había arrancado, después de muerto, del traje de Pablo.

—¡Ah! ¿Sois vos, mi valiente Luis?—dijo Eugenio.—La noticia es buena; ¡pero el mensajero la hace mejor todavía!

—Señor,—dijo entrando Mortier,—aquí estoy, dispuesto á partir.

—Y yo también,—dijo Eugenio.

—Yo soy más antiguo que el príncipe,—dijo Mortier.

—Señor,—repitió Eugenio,—yo soy rey: yo reclamo la prerrogativa de mi rango; nadie dará antes que yo la mano á Ney.

Mortier dió un paso atrás.

—Dame la mano,—le dijo el emperador.

Mortier tomó la mano de Napoleón y la besó con un suspiro.

—Yo te haré rey un día, Mortier; y entonces tú también dirás: «¡Quiero!».

Dos horas después, Napoleón veía entrar á Ney en su cuarto y le tendía los brazos exclamando:

—¡He salvado mis águilas, puesto que estás vivo, mi valiente Ney!

Luego, á los que le miraban y le rodeaban:

—Señores,—dijo,—yo hubiera dado trescientos millones, hace tres horas, por este minuto de alegría que Dios acaba de darme por nada!

XVII

La vuelta

Hace tres años, casi día por día, que en el comienzo de estas escenas militares hemos introducido al lector en el gabinete particular de Napoleón en las Tullerías; rogámosle que nos espere entre la triste y silenciosa obscuridad de los palacios sin sus dueños; nos hallamos á 18 de diciembre de 1812: no permanecerá mucho tiempo entre tinieblas y quietud.

En efecto: en aquel momento, una mala silla de posta se detiene ante el portillo de las Tullerías, frente á la calle de la Escala, y durante diez minutos llama inútilmente.

Por fin, el conserje, despertado por los soldados de guardia, más bien que por los porrazos dados á la puerta, se decide á informarse de las causas del ruido, y se queda estupefacto á la vista del mameluco Roustan, vestido con su uniforme egipcio, y que á través de la verja le grita con impaciencia:

—¡Despachad! ¡Es el emperador!

El conserje se lanza á la puerta, que gira inmediatamente sobre sus goznes; el coche pasa por el portillo, corta diagonalmente el patio, y va á detenerse ante el vestíbulo.

Dos hombres, uno de alta, el otro de mediana estatura, envueltos en abrigo de pieles, bajan de la silla de posta, y suben rápidamente las escaleras.

El mameluco Roustan les precede, diciendo sólo:

—¡El emperador! ¡el emperador! ¡el emperador!

Un camarero llegado al propio tiempo que el ilustre viajero, toma un candelabro de uno de sus camaradas que se presenta al ruido, y se encamina en derecha al gabinete de Napoleón.

Ya sabe que el sueño no es más que la segunda necesidad de aquel hombre de hierro á quien obedece.

El emperador atraviesa el gabinete donde, tres años antes, se detuvo á dormir un instante; donde la pobre Josefina, ligera como una sombra, se acercó á él y, dulce como un plácido sueño, rozó apenas su frente con un beso.

Esta vez no se detiene, no se duerme; pasa, diciendo con voz seca:

—¡El archicanciller!

Pide otra vez por Cambacérès; pero pide únicamente por él.

Y después penetra, seguido por el hombre de alta estatura, en el corredor que conduce á las habitaciones de la emperatriz.

La emperatriz iba á acostarse, triste y afligida; acaba de despedir á su camarera la señora Durand, y se metía en cama, cuando la camarera, que también iba á acostarse en el cuarto contiguo al de la emperatriz, oye pasos en el salón, abre la puerta y exhala un grito al ver entrar á dos hombres.

Luego, no comprendiendo cómo dos hombres han podido penetrar hasta allí en hora semejante, intranquila respecto á las intenciones de aquellos misteriosos personajes envueltos en sus capotes como conspiradores, se lanza á defender el cuarto de la emperatriz, cuando uno de aquellos hombres, echando el capote sobre una butaca, descubre los rasgos de Napoleón.

—¡El emperador!—exclama la camarera.—¡El emperador!

Y se separa respetuosamente.

El emperador, entonces, hace signo á su compañero de que le espere, y pasa al otro cuarto, diciendo:

—Soy yo, Luisa, soy yo.

Porque la emperatriz no es ya la simpática criolla de flexible talle á pesar de sus cuarenta años, de encantadora sonrisa, de tez mate, de ojos y pelo negro, genio benéfico que sólo ha recibido una corona y que ha devuelto una aureola; ya no es la muy amada, la popular Josefina; la emperatriz es una mujer de veintitrés años, rubia, regordeta, fría, de ojos azules á flor de cabeza, de tez blanca y sonrosada, con el labio inferior saliente; es la hija de Francisco II, la sobrina de María Antonieta, que ha hecho á Napoleón sobrino de Luis XVI; es la antipática é impopular María Luisa.

¿Por qué Napoleón esperaba á la otra? ¿Por qué iba á buscar á aquélla? Misterios del corazón humano, inexplicables para todos, pero que son iguales en el emperador y en el último de sus súbditos.

—¡El emperador!—exclamó María Luisa sorprendida.

«¡Bonaparte!», hubiera exclamado Josefina con alegría.

Tenía razón la rubia hija de Arminio, la descendiente de los Césares de labios colgantes: no era ya Bonaparte; era el emperador.

¿Cómo había franqueado la distancia que de Orcha —donde le hemos dejado y donde acababa de encontrar á Ney— le separaba de París?

Vamos á decirlo en dos palabras.

En una corta parada que hizo el emperador en Korytnia, había llegado hasta él un correo de Francia. Aquel correo era portador de una carta del conde Frochot; el emperador, que no había palidecido desde Moscou, palideció al leer aquella carta.

Luego tomó una pluma, acercó papel, y escribió una larga respuesta; pero temiendo, sin duda, que su mensajero fuese sorprendido por los rusos, rasgó lo que había escrito, y en Orcha quemó, con otros papeles, la carta del conde Frochot, que nadie vió y cuyo contenido nadie supo jamás; después, la impresión que le causó aquella lectura, sin extinguirse en su espíritu, se fué borrando poco á poco de su semblante, que al cabo de algunas horas quedó tan impasible como de costumbre.

Napoleón había decidido que la retirada se operaría por Borisof, y el lector recordará que había enviado á Eblé para lanzar algunos puentes sobre el Beresina.

El 22 de noviembre se pusieron en camino por una ancha carretera bordeada de abedules tristes y deshojados; pisaban fango líquido en el que se hundían hasta las rodillas. ¡Cosa increíble! ¡Muchos estaban tan débiles, que se caían en el fango y, por no poder levantarse, se anegaban en él!

En el transcurso del camino iban llegando nuevas terribles.

Por la tarde divisaron á un oficial francés que corría á brida suelta, preguntando por el emperador.

El emperador, para dar valor á los demás, iba á pie como el último de sus soldados, con un bastón en la mano.

Mostraron el emperador al oficial.

Mensajero de mala noticia, venía á participar que Borisof había caído en poder de Tchitchakoff.

El emperador escuchó impasible; pero cuando el relato hubo terminado, golpeó el suelo con el bastón, exclamando:

—¿Está, pues, escrito allá arriba, que todo se volverá contra nosotros?

Entonces, Napoleón se detuvo; mandando que fuesen incendiados todos los carruajes inútiles y la mitad de los furgones para dar los caballos á la artillería; que se apoderasen de todas las bestias de tiro y hasta de sus propios caballos antes que dejar en poder de los rusos un solo cañón ó un solo furgón.

Después, dando el ejemplo, se aventuró en el obscuro é inmenso bosque de Minsk. Doce ó quince mil hombres penetraron con él, sombríos y silenciosos, y, poco á poco, la sombra del grande ejército se perdió á través de los árboles.

Todos seguían á Napoleón como los hebreos fugitivos seguían la columna de fuego; por otra parte, aquellos hombres, aquellos espectros no se asustaban del enemigo, sino del invierno. ¡Los rusos! ¿Qué valían? Estaban acostumbrados á pasar á través de sus escuadrones; pero el frío, la nieve, las heladas, el hambre, la sed, el fango, ¡eso sí que eran obstáculos!

Llegaron al Beresina, y pasaron á pesar de los rusos. El monstruo que tomó al ejército por los pies, y que le atrajo; el abismo que devoró una parte, fué el río: allí dejamos doce mil hombres —pues habíamos alcanzado los cuerpos de ejército de Víctor y de Oudinot—, pero pasamos.

El 29, el emperador dejó las orillas de la corriente fatal.

Tres ríos atajaron su camino de un modo terrible, en tres épocas diferentes: el Danubio en Essling, el Beresina en Borisof y el Elster en Leipzig.

El 30 de noviembre, se hallaba en Pleszczénitz; el 4 de diciembre, en Bienitz; el 5, en Smorgony.

Allí reunió á todos sus mariscales, dió á cada uno la parte de elogios que le correspondía, y á sí mismo, su jefe, su parte de reprensión, añadiendo, sin embargo, estas palabras:

—Si yo fuese un Borbón, me hubiera sido fácil no cometer ni una falta.

Y después de haberles hecho leer por Eugenio el vigésimo noveno boletín, les anunció oficialmente su despedida.

Esa despedida debía tener lugar aquella misma noche; su presencia era indispensable en París; desde París únicamente podía socorrer al ejército, contener á los austriacos y prusianos, y organizarse de modo que se reunieran, tres meses después, con quinientos mil hombres en las orillas del Vístula.

En cuanto al mando supremo, lo dejaba al rey de Nápoles.

Serían las diez de la noche; el emperador se levantó, abrazó á sus lugartenientes y partió.

Metióse en un mal carruaje con Caulaincourt y el intérprete Vonsovitch; detrás de él, en un trineo, seguían Lobau y Duroc; por todo ejército llevaba consigo á Roustand y á un lacayo.

Lo primero que hizo fué pasar por Miedniky, donde el duque de Bassano le tranquilizó acerca los aprovisionamientos; las raciones de pan, carne, aguardiente y forraje se guardaban por cientos de millares, y el ejército podía detenerse allí por ocho días.

De Kovno y de Vilkovisky, en donde tomó un trineo, expidió correos en tanto mudaba de caballos. En Varsovia, donde se detuvo, conversó con los ministros polacos, pidiéndoles una leva de diez mil hombres, concediéndoles algunos subsidios y prometiéndoles volver al frente de trescientos mil, y continuó su camino. En Dresde vió al rey de Sajonia, y escribió al emperador de Austria; luego dictó al señor de Saint-Aignan, su ministro en Weimar —que se hallaba accidentalmente en la capital de Sajonia—, cartas para todos sus colegas de la confederación del Rhin y para los principales comandantes militares de Alemania.

Allí dejó su trineo, y el señor de Saint-Aignan le dió uno de sus coches.

En fin, el 18, á las once de la noche, se hallaba en las Tullerías, como hemos visto.

De Moscou á Smorgony había sido un Jenofonte, dirigiendo su famosa retirada; de Smorgony á la frontera francesa, había sido Ricardo Corazón de León al volver de Palestina, al que cualquier duque de Austria podía detener y encerrar en una prisión; en París, en las Tullerías, volvía á sentirse, momentáneamente al menos, el dueño de Europa.

Le hemos visto entrar, atravesar su gabinete y lanzarse á la habitación de María Luisa. Estaba en ella todavía cuando le avisaron que Cambacérés aguardaba sus órdenes.

Al pasar otra vez por el salón, halló á Caulaincourt que se había dormido esperándolo: sólo él podía prescindir del sueño.

—¡Oh! ¿Sois vos, señor?—exclamó el archicanciller.

—Sí, mi querido Cambacérés,—respondió Napoleón;—

llego como hace catorce años de Egipto, casi fugitivo, después de intentar la India por el norte, como la había intentado por el oriente.

Pero lo que no decía Napoleón es que, al regresar de Egipto, estaba en la aurora de su fortuna, y que, á su regreso de Rusia, su destino presentábase glacial y sombrío como la región que abandonaba.

Cambacérés esperó; sabía que en aquella circunstancia Napoleón tenía muchas cosas que decir; tenía necesidad de hablar.

Napoleón se paseó un instante, con las manos á la espalda; luego, de pronto, deteniéndose y dirigiéndose á Cambacérés, como si éste hubiese podido seguir el curso de sus ideas, del mismo modo que un viajero asomado al borde de un río sigue el curso del agua:

—La guerra que sostengo,—exclamó,—es una guerra política; la he hecho sin animosidad; hubiera querido ahorrar á la Rusia los males que ella misma se ha hecho... Hubiera podido armar contra ella la mayor parte de su población, proclamando la libertad de los esclavos; pero me he negado á esa medida, que hubiera ocasionado la muerte y los más horribles suplicios á millares de familias.

Y como si respondiera siempre á sus ideas, que le conducían desde las lagunas del Beresina á París, en una carrera más rápida que el trineo de Vilkovisky:

—Francia debe á la ideología,—prosiguió,—las desgracias de que ha sido víctima. Sus errores debían conducirla, y la han conducido, efectivamente, al régimen de los hombres de sangre, que han proclamado el principio de la insurrección como un deber, que han adulado al pueblo elevándolo á una soberanía que es incapaz de ejercer. Cuando uno es llamado á regenerar un estado, ha de seguir principios diametralmente opuestos; debe buscar en la historia las ventajas é inconvenientes de las varias legislaciones; esto es lo que no deben perder de vista los magistrados de un grande imperio; siguiendo el ejemplo de los presidentes Harlay y Molé, deben hallarse dispuestos siempre á defender al soberano, el trono y las leyes. La más hermosa muerte sería la de un soldado que cae en el campo del honor, si la muerte de un magistrado que muere en defensa del soberano, el trono y las leyes, no fuese aún más gloriosa... Pero, muy al contrario,—añadió, exaltándose, hay magistrados pusilánimes que permanecen constantemente por debajo de su deber.

Y, volviéndose de repente hacia Cambacérés:

—Veamos, vos que sois amigo mío,—dijo.—¿Qué ha ocurrido aquí?

Cambacérés vió crecer la oleada; había comprendido á qué tendía aquella marea de palabras, y comprendió que se trataba de la conjura de Malet, cuya noticia, recibida en Korytnia, había preocupado tanto al emperador.

—¿V. M. desea detalles?—preguntó Cambacérés.

—Sí; veamos: decídmelo todo,—asintió el emperador, sentándose.

—¿V. M. conocía á Malet?

—No... de vista solamente; una vez lo divisé y me dijeron: «Aquél es el general Malet.» Sabía que pertenecía á la sociedad de los Filadelfios, grande amigo de Oudet, que fué muerto en Wagram; muerte que no ha faltado quién me la atribuyera... En 1808, mientras yo estaba en España, ese Malet había conspirado ya contra mí; podía fusilarle entonces —tenía, gracias á Dios, muchas pruebas para ello—; pero, ¿qué queréis?, tengo horror á la sangre... Ese chiquillo Staps, quiso morir él; yo le había hecho gracia. ¡Creen que pueden matarme fácilmente, los insensatos! Pero volvamos á nuestro hombre... Estaba en una casa de salud á donde yo permití que le trasladaran... Ya veis, Cambacérés, ¿esto es lo que se logra hablándome siempre de clemencia! ¡Parezco un tirano cruel! ¿Dónde estaba esa casa de salud?

—En la barrera del Trono, señor.

—¿Cómo se llama el propietario?

—El doctor Dubuisson.

—¿Amigo ó enemigo?

—¿El doctor?

—Sí. Os pregunto si estaba comprometido en la conspiración.

—¡Ah! ¡Dios poderoso, pobre hombre! Ni siquiera lo sospechaba.

—Pero ¿abrió la puerta?

—¡Ah, no! Malet saltó por encima del muro.

—¿Solo?

—Con un abate Lafon, bordelés; llevaban una cartera llena de órdenes, de decretos, de proclamas. Dos cómplices les esperaban en la calle: Boutreux, un preceptor, y Rateau, un cabo.

—¿Y esos bellacos se han permitido representar, el

uno el papel de prefecto de policía, y el otro el de ayudante?

—Sí, señor.

—Me parece que había también otro cura... ¡Oh, los curas! ¡Sin embargo, he hecho mucho por ellos!

—Ese era español.

—Entonces, ya no me sorprende...

—Era un antiguo compañero de prisión de Malet; vivía en la plaza Real. En su casa estaban guardados las armas y el uniforme de general, una faja de edecán y un cinturón de comisario de policía...

—¡Lo habían previsto todo! —exclamó Napoleón con impaciencia.—¿Y después?

—Malet, una vez vestido y armado, fué á llamar á la puerta del cuartel Popincourt, haciéndose anunciar al coronel bajo el nombre de general Lamotte...

—¡De modo que tales cosas pueden hacerse bajo un nombre supuesto, ignorado, desconocido! ¿Y el coronel?

—El coronel, señor, estaba en cama, enfermo de fiebre; el general Malet le abordó con estas palabras: «¡Ea, coronel! Ocurren novedades: ¡Bonaparte ha muerto!»

—¡Bonaparte! —repitió Napoleón.—Sí: para ciertas gentes ¡soy siempre Bonaparte! ¿De qué me hubieran servido, pues, catorce años de éxitos, el 18 brumario, la consagración, mi alianza con la casa más antigua de Europa, si el día en que el primero á quien se le ocurra decir: «¡Bonaparte ha muerto!», todo quedara terminado?... ¡Bonaparte ha muerto! ¿Qué se hacía entonces de Napoleón II? ¿Me parece que Napoleón II estaba vivo?

—Señor,—respondió Cambacérès,—ya sabéis lo que es el soldado: ve una orden y no la discute: obedece.

—Sí; pero ¿cuando la orden es falsa...?

—El coronel la creyó verdadera. Llamó á su estado mayor; el general Lamotte volvió á leer la orden; se reunió la cohorte y se puso á disposición de Malet. Con aquella cohorte, que no posee un cartucho, que tiene los pedernales de madera en los fusiles, según se usa en el ejercicio, Malet se dirige á la Fuerza, manda abrir las puertas, llama á un corso apellidado Broccheciampi...

—¿Un corso?—interrumpió Napoleón.—¡Estoy seguro de que no le han engañado! ¿Y después?

—Y después á los generales Lahorie y Guidal.

—¡Guidal! Otro á quien podía hacer juzgar por un con-

sejo de guerra, y enviar á Tolón! Sus relaciones con los ingleses eran flagrantes.

—Sí, sin duda; pero en lugar de enviarlo allí, le entregan una credencial de senador; y á Lahorie se le entrega un nombramiento de ministro de la Policía, y la orden de detener á su predecesor Rovigo.

—Ese,—prosiguió Napoleón, con aquel sentimiento exacto de justicia que podía equivocarse alguna vez, pero que estaba encarnado en su carácter;—ése podía engañarse: despertado á las cuatro de la madrugada, libertado por la fuerza armada, tenía excusa... Veamos, Cambacérès, veamos en qué para todo esto.

—Aquí, señor, la acción se divide: mientras que el nuevo ministro de Policía manda arrestar al anterior, Malet empieza por expedir un ordenanza al cuartel Babilonia, con un paquete dirigido á los subtenientes que viven en el cuartel; aquel paquete contenía copias de los decretos, y la orden de relevar, con una compañía nueva, los cuerpos de guardia de la Bolsa, del Tesoro, del Banco y de las Barreras.

—¿Quién era el coronel de ese regimiento?—preguntó Napoleón.

—El coronel Rabbe.

—¿Se habrá resistido?

—Se dejó engañar como el coronel Soulié, señor, y obedeció.

Napoleón batió las manos una contra otra.

—Seguid,—murmuró.—¡Veamos, veamos!

—Durante aquel tiempo, Lahorie se dirigió al palacio de la Policía general, después de haber destacado á Bou-treux hacia la prefectura; el prefecto fué arrestado y conducido á la Fuerza...

—¿Al calabozo de Guidal?... ¡Bien hecho! ¿Por qué se dejaba arrestar?

—Sin embargo, señor, en medio del tumulto, el barón Pasquier tuvo tiempo de despachar un mensajero al duque de Rovigo; pero el mensajero no pudo penetrar hasta él. Lahorie iba de prisa, y entraba hundiendo las puertas: acababa de hundir la del gabinete del ministro, cuando éste en persona apareció en la puerta de enfrente.

—Pero ¿Lahorie y Rovigo no eran amigos? No recuerdo en qué circunstancia Rovigo me había recomendado á aquel hombre.

—Señor, se tuteaban; y tuteándole, el ministro Lahorie le gritó: «¡Ríndete, Savary! Eres mi prisionero; no quiero hacerte daño alguno».

—¿Y Savary?

—Quiso resistirse, señor; Savary, ya lo sabéis, no es un hombre á quien se pueda prender fácilmente; pero Lahorie grita: «¡Cogedle!», y diez hombres se echan sobre el ministro, que estaba sin armas, y Guidal le conduce rugiendo á la Fuerza.

—¡Seguid, seguid! Os escucho.

—Mientras tanto, Malet, introducido en casa del conde Thellin, comandante de París, le detuvo por orden del ministro de Policía, y á la primera observación que el conde de Thellin le hizo, le derribó de un pistoletazo en la mandíbula. De allí, pasó á casa del ayudante general Doucet, jefe de Estado Mayor, anunciándole que el nuevo gobierno le mantenía en sus funciones, y le trazó la conducta que había de seguir. De pronto, un hombre se adelanta, é interrumpiendo al orador en medio de su discurso: «Vos no sois el general Lamotte,—le dijo;—¡vos sois el general Malet! Ayer, tal vez esta misma noche, erais prisionero de Estado».

—¡Por fin! ¡Ya salió uno! —exclamó Napoleón.—¿Y se llama...?

—El ayudante de plaza Laborde, jefe de policía militar... Entonces, Malet, saca otra pistola, y va á disparar contra Laborde; cuando el general le detiene el brazo y empuja fuera á Laborde. Este, al salir, encuentra á Pâques, inspector general del ministerio, que viene para ponerse de acuerdo con el ayudante de plaza sobre el traslado de Guidal á Tolón. Con gran sorpresa, Pâques se entera por Laborde de que Guidal es senador, Lahorie, ministro de Policía, Boutreux, prefecto, y que el general Thellin ha sido herido gravemente por un pistoletazo que le ha disparado el general Malet, jefe del gobierno provisional... Cinco minutos después, gracias á Laborde y á Pâques, Malet era preso á su vez, y se arrestaba á Lahorie, que, con extremada buena fe, no podía comprender por qué se le arrestaba. Guidal no fué preso hasta la noche; Boutreux, ocho días después.

—Y ¿qué queda ahora de todo ello?

—Queda el coronel Rabbe, que ha obtenido un sobreseimiento, y el cabo Rateau, cuyo tío es procurador general en Burdeos.

—¿Y los demás?

—¿Los demás?

—Sí; los conspiradores.

—Los tres generales, el coronel Soulié, el comandante Piquerel, cuatro oficiales de sus cuerpos y dos del regimiento de París, fueron fusilados el 20 de octubre.

Napoleón permaneció un momento pensativo; luego, con cierta vacilación:

—Y ¿cómo murieron?—prosiguió, clavando en Cambacérés una mirada que quería decir: «Te pido la verdad».

—Bien, señor, y tal como conviene á los militares, aunque sean culpables: Malet, rebosando ironía, pero también convicción; los demás, tranquilos, firmes, pero sorprendidos por ir al suplicio con un hombre y por un complot que no conocían.

—Y ¿habéis creído que debíais permitir una tal ejecución, señor archicanciller?

—Creí necesario —tan grande fué el crimen— reclamar una rápida justicia.

—Tal vez tengáis razón... según vuestro punto de vista.

—¿Según mi punto de vista, señor?

—Sí, de archicanciller; es decir, de alto justiciero; pero según mi punto de vista...

Napoleón se detuvo.

—Perdonad, señor,—dijo Cambacérés, insistiendo por conocer el pensamiento de Napoleón.

—Pues bien: según mi punto de vista,—repitió el emperador,—es decir, desde el punto de vista político, yo hubiera obrado de otra manera.

—Señor...

—Digo yo, no vos, mi querido Cambacérés.

—Entonces, ¿V. M. hubiera hecho gracia?

—A todos los cómplices, por haber creído obedecer órdenes superiores.

—¿Y á Malet?

—Malet, es otra cosa: ¡le hubiera mandado encerrar en Charenton por loco!

—¿De manera que el coronel Rabbe y el cabo Rateau...?

—Que sean puestos en libertad mañana mismo, ¡mi querido Cambacérés! Que se sepa de este modo que he regresado á París.

Después, con un ademán de familiaridad con que Napoleón honraba solamente á sus íntimos:

—¡Buenas noches, mi querido archicanciller!—dijo.—
¡Hasta mañana, en el Consejo de Estado!

Y recapacitando, murmuró:

—Lahorie, Lahorie... ¡un ex ayudante de Moreau! No me sorprendería que Moreau estuviera haciendo cruceros por delante el Havre con la flota inglesa.

Sólo se equivocaba de un año: el año siguiente, Moreau dejaba la América para venir á hacerse cortar ambas piernas por una bala francesa, ante Dresde.

El 1.º de mayo de 1813, según anunció á sus mariscales al salir de Smorgony, el emperador se hallaba en la llanura de Lutzen, al frente de un ejército de trescientos mil hombres.

Tendría quinientos mil, si Prusia no le hubiese abandonado, y si el Austria no estuviese dispuesta á hacerle traición.

No es, pues, culpa suya ni de Francia si cuenta con doscientos mil hombres menos de los que había prometido.

El 29 de abril empiezan á oírse los primeros cañonazos.

El 2 de mayo, la victoria de Lutzen le hace dueño de toda la orilla izquierda del Elba, ¡desde Bohemia hasta Hamburgo!

XVIII

El camino del destierro

El sábado 23 de septiembre de 1815, un buque de alto bordo, que ostentaba en su popa el pabellón inglés, y en el palo mayor el pabellón de almirante, atravesaba la línea por 0º de latitud, 0º de longitud y 0º de declinación; procedía de Europa, y por el rumbo que seguía, dirigíase, al parecer, á la América del Sud ó á la India.

Era día de *gran barba*, como dicen los ingleses; por esto había fiesta á bordo.

Aquella fiesta, celebrada en semejante circunstancia en todos los buques de las naciones civilizadas, era la de *maese Trópico*; únicamente que, siendo la misma en el fondo para todas las marinas, cambiaba en la forma.

A bordo del buque inglés, como siempre, el mando parecía interrumpido y entregado á la tripulación, la cual, por voto unánime, lo había conferido al marinero más viejo, quien, armado de tridente, adornado con una larga

barba, y con la frente ceñida por dorada corona de papel, estaba sentado en un trono erigido al pie del palo mayor.

Allí, Su Majestad Tropical se hacía presentar á todos los que pasaban la línea por primera vez, les hacía embadurnar la cara con alquitrán, les hacía pasar por las mejillas y barba una gigantesca navaja de hojadelata, y cuando estaban bien afeitados, á un signo suyo, un inmenso tonel de cerveza, que en magnitud nada tenía que envidiar al famoso tonel de Heidelberg, vertía sobre la cabeza del paciente, con un movimiento de balanceo, una ducha de agua salada.

Con lo cual quedaba hecha la barba, y el pasajero, oficial ó marinero remojado podía ponerse á secar al sol del ecuador, en tanto el secretario del dios Neptuno extendía un certificado en el que constaba que había satisfecho el peaje á *maese Trópico*.

En medio de la ceremonia, un oficial francés apareció de pronto en el puente y, aproximándose al dios Neptuno:

—Majestad,—le dijo en buen inglés,—ahí van cien monedas de oro de parte del emperador Napoleón.

—¿El emperador Napoleón?—dijo el dios.—No le conozco: no conozco más que al general Bonaparte.

—¿Como queráis!—dijo sonriendo el oficial.—Olvido siempre que el general Bonaparte ha sido diez años emperador... Me corrijo, pues, y digo: Majestad, aquí van cien napoleones que os envía el general Bonaparte.

—¡Así ya es otra cosa!—dijo el dios, tendiendo su anchurosa mano.

Pero una mano blanca, fina, aristocrática, se interpuso entre la mano del oficial francés y la del marinero inglés, y tomó los napoleones, diciendo:

—Dadme esta bolsa, general; creo más prudente repartirla esta noche.

El dios Neptuno refunfuñó entre su gran barba de virutas; pero se sometió, y la ceremonia de la *gran barba* iba á proseguir, cuando un marinero gritó:

—¡Ojo! A popa ¡un tiburón!

—¡Al tiburón, al tiburón!—gritaron todos.

Y el dios Neptuno, abandonado, se levantó del trono y se fué, como los demás, á ver lo que pasaría en la popa.

Con permiso del almirante, los marineros se instalaron en la popa, reservada, como es sabido, á los oficiales superiores.

Uno de ellos cebó, con una gran tajada de tocino, un

—¡Buenas noches, mi querido archicanciller!—dijo.—
¡Hasta mañana, en el Consejo de Estado!

Y recapacitando, murmuró:

—Lahorie, Lahorie... ¡un ex ayudante de Moreau! No me sorprendería que Moreau estuviera haciendo cruceros por delante el Havre con la flota inglesa.

Sólo se equivocaba de un año: el año siguiente, Moreau dejaba la América para venir á hacerse cortar ambas piernas por una bala francesa, ante Dresde.

El 1.º de mayo de 1813, según anunció á sus mariscales al salir de Smorgony, el emperador se hallaba en la llanura de Lutzen, al frente de un ejército de trescientos mil hombres.

Tendría quinientos mil, si Prusia no le hubiese abandonado, y si el Austria no estuviese dispuesta á hacerle traición.

No es, pues, culpa suya ni de Francia si cuenta con doscientos mil hombres menos de los que había prometido.

El 29 de abril empiezan á oírse los primeros cañonazos.

El 2 de mayo, la victoria de Lutzen le hace dueño de toda la orilla izquierda del Elba, ¡desde Bohemia hasta Hamburgo!

XVIII

El camino del destierro

El sábado 23 de septiembre de 1815, un buque de alto bordo, que ostentaba en su popa el pabellón inglés, y en el palo mayor el pabellón de almirante, atravesaba la línea por 0º de latitud, 0º de longitud y 0º de declinación; procedía de Europa, y por el rumbo que seguía, dirigíase, al parecer, á la América del Sud ó á la India.

Era día de *gran barba*, como dicen los ingleses; por esto había fiesta á bordo.

Aquella fiesta, celebrada en semejante circunstancia en todos los buques de las naciones civilizadas, era la de *maese Trópico*; únicamente que, siendo la misma en el fondo para todas las marinas, cambiaba en la forma.

A bordo del buque inglés, como siempre, el mando parecía interrumpido y entregado á la tripulación, la cual, por voto unánime, lo había conferido al marinero más viejo, quien, armado de tridente, adornado con una larga

barba, y con la frente ceñida por dorada corona de papel, estaba sentado en un trono erigido al pie del palo mayor.

Allí, Su Majestad Tropical se hacía presentar á todos los que pasaban la línea por primera vez, les hacía embadurnar la cara con alquitrán, les hacía pasar por las mejillas y barba una gigantesca navaja de hojadelata, y cuando estaban bien afeitados, á un signo suyo, un inmenso tonel de cerveza, que en magnitud nada tenía que envidiar al famoso tonel de Heidelberg, vertía sobre la cabeza del paciente, con un movimiento de balanceo, una ducha de agua salada.

Con lo cual quedaba hecha la barba, y el pasajero, oficial ó marinero remojado podía ponerse á secar al sol del ecuador, en tanto el secretario del dios Neptuno extendía un certificado en el que constaba que había satisfecho el peaje á *maese Trópico*.

En medio de la ceremonia, un oficial francés apareció de pronto en el puente y, aproximándose al dios Neptuno: —Majestad,—le dijo en buen inglés,—ahí van cien monedas de oro de parte del emperador Napoleón.

—¿El emperador Napoleón?—dijo el dios.—No le conozco: no conozco más que al general Bonaparte.

—¿Como queráis!—dijo sonriendo el oficial.—Olvido siempre que el general Bonaparte ha sido diez años emperador... Me corrijo, pues, y digo: Majestad, aquí van cien napoleones que os envía el general Bonaparte.

—¡Así ya es otra cosa!—dijo el dios, tendiendo su anchurosa mano.

Pero una mano blanca, fina, aristocrática, se interpuso entre la mano del oficial francés y la del marinero inglés, y tomó los napoleones, diciendo:

—Dadme esta bolsa, general; creo más prudente repartirla esta noche.

El dios Neptuno refunfuñó entre su gran barba de virutas; pero se sometió, y la ceremonia de la *gran barba* iba á proseguir, cuando un marinero gritó:

—¡Ojo! A popa ¡un tiburón!

—¡Al tiburón, al tiburón!—gritaron todos.

Y el dios Neptuno, abandonado, se levantó del trono y se fué, como los demás, á ver lo que pasaría en la popa.

Con permiso del almirante, los marineros se instalaron en la popa, reservada, como es sabido, á los oficiales superiores.

Uno de ellos cebó, con una gran tajada de tocino, un

enorme anzuelo suspendido de una cadena de hierro, y lo echó al agua.

El horrible escualo, del que se veía á flor de agua la aleta dorsal, se hundió rápidamente, y, á los pocos segundos, los marineros, que acababan de atar la cadena á la barra del timonel, sintieron una espantosa sacudida y vieron que la cadena se tendía con rapidez en tres ó cuatro direcciones diferentes. Los eslabones crujían, frotando por la borda del buque, y todos temieron que se rompiese.

Por fin, fueron disminuyendo las sacudidas, y pudo verse á la extremidad de la tñrante cadena un bulto blanco que se removía: era el vientre del agonizante tiburón.

Entonces estallaron entusiastas aclamaciones, que prorrumpían de toda la tripulación; gritos de triunfo, más grandes que los de alegría que les precedieron en los momentos de más entusiasmo de la fiesta de maese Trópico.

Al oír aquellos gritos, asomó por la escalera de popa un hombre que no había estado aún en el puente.

Aquel hombre vestía el tradicional tricornio y el casaca verde de cazadores de la guardia, sobre el que brillaban la placa de la Legión de honor y la cruz sencilla de caballero, junto con la de la Corona de Hierro; seguía el general que había entregado los cien napoleones, y otro oficial de unos cuarenta y cinco años, con el uniforme de la marina francesa.

Aquel hombre era Napoleón; el general que le seguía, Montholon; y el oficial que vestía el uniforme de la marina francesa, era Las-Cases.

Hallábanse á bordo del *Northumberland*, mandado por el almirante Cockburn, que hacía vela hacia Santa Elena, con orden á los marineros, á los oficiales, y aun al mismo almirante, de no dar á Napoleón más que el título de *general Bonaparte*. Estaban navegando desde el 7 de agosto: hacía, pues, cuarenta y siete días que habían salido de la rada de Plymouth.

Acababan de atravesar la línea; pero, por una atención del almirante, ni el emperador —por más que estuviese reducido al rango de general Bonaparte— ni ninguna de las personas que la acompañaban habían sido sometidas á la ceremonia ridícula del bautismo; pero como los gritos habían cambiado de expresión, el ilustre prisionero subió á cubierta á ver de lo que se trataba.

A bordo cualquier cosa constituye una distracción: cuando Napoleón supo que se había pescado un tiburón y

que seguía el buque á remolque, fué á sentarse sobre el cañón, su sitio acostumbrado, y esperó.

Un instante después, los gritos de los marineros anunciaron que iban á izar el animal; luego asomó por encima de la borda la puntiaguda cabeza y su boca armada por triple fila de dientes, y un último esfuerzo lo depositó en la cubierta. Pero, en el momento de caer, los marineros se apartaron precipitadamente, no queriendo asistir de demasiado cerca á su agonía.

En efecto: apenas el tiburón tocó el puente, hallando un punto de apoyo, brincó á la altura del palo mesana; luego, topando con la cureña de un cañón al alcance de su boca, lo mordió de tal suerte, que penetrando los dientes en la madera, permaneció inmóvil, presa por un instante de su propia mordedura.

El jefe de carpinteros aprovechó la ocasión: se aproximó al escualo y le descargó sobre la cabeza un terrible hachazo.

El animal arrancó los dientes de la madera de la cureña, en la que dejaron profunda huella, y de un solo salto pasó de estribor á babor.

Tres ó cuatro hombres que halló en el trayecto cayeron derribados por el choque; uno de ellos quedó sin conocimiento; los demás saltaron á las escaleras y no pararon hasta los obenques, subiendo con la agilidad de los monos.

Todo esto ocurría entre los gritos y algazara de la tripulación, pues la mascarada de los marineros convertía la lucha y sus evoluciones en un espectáculo lo más pintoresco imaginable.

Napoleón, al principio, halló cierta distracción en aquella especie de batalla; luego, en medio del movimiento, los gritos y las exclamaciones, acabó por caer en una especie de profundo ensueño.

Cuando volvió á la realidad, el tiburón estaba decapitado y tenía abierto el vientre; un marinero sostenía entre sus manos el corazón del animal, y el cirujano de á bordo, mientras el cuerpo sin cabeza yacía abierto de un extremo á otro, hacía notar que el corazón separado del cuerpo seguía contrayéndose: tan grande es la vitalidad de esos terribles animales.

Napoleón se sintió conmovido por aquel gigantesco sufrimiento: volvió á otro lado los ojos, que al volverse, se cruzaron con los del conde de Las-Cases.

—Venid,—dijo,—y os dictaré un capítulo de mis memorias.

Las-Cases siguió al emperador; pero cuando iba á desaparecer bajo el puente, el comandante Ross se acercó al conde y le preguntó:

—¿Por qué se va el general Bonaparte?

—El emperador se va porque no puede soportar la vista de los sufrimientos de ese animal.

Los ingleses se miraron extrañados: les habían relatado que Napoleón, después de cada combate, se paseaba por los campos de batalla, para saciar los ojos con la vista de los muertos, y solazar sus oídos con los lamentos de los heridos.

Cuando la sorpresa se hubo desvanecido, lavaron el puente, cubierto de sangre, y se reanudó la fiesta interrumpida por la aparición del escualo.

Durante aquel tiempo, Napoleón dictaba las páginas en que refuta el envenenamiento de los apestados de Jaffa. El aburrimiento había inspirado al emperador la idea de escribir la historia de sus campañas.

La estación era calurosa, el día transcurría monótono; el emperador, al comenzar la travesía, subía raras veces al puente —nunca antes de almorzar—, y, como en campaña, almorzaba á horas irregulares.

Los ingleses almorzaban á las ocho en punto y los franceses á las diez.

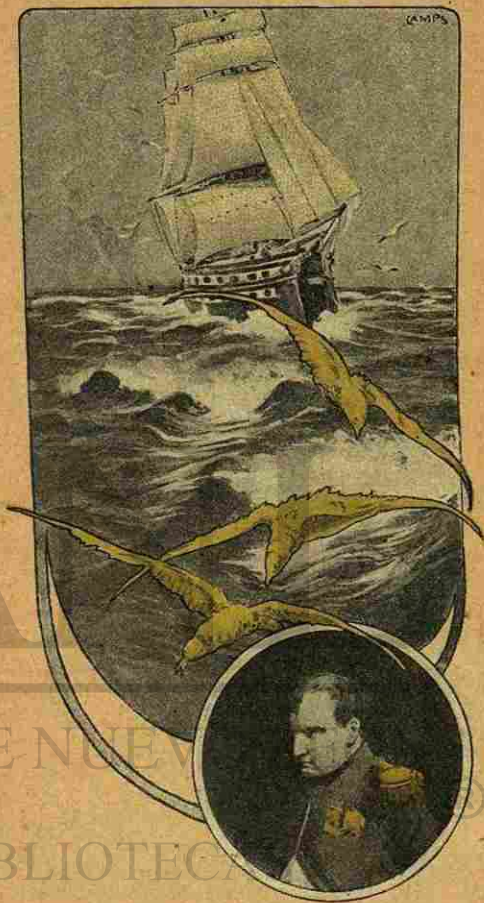
Desde el almuerzo á las cuatro, el emperador leía ó conversaba con Montholon, Bertrand ó Las-Cases; á las cuatro, se vestía, pasaba á la sala común, y jugaba una partida de ajedrez; á las cinco, el almirante en persona entraba á anunciar que la comida estaba servida.

Entonces se sentaban á la mesa.

La comida del almirante duraba, usualmente, cerca de dos horas; una hora y cincuenta minutos más de lo que duraban las comidas de Napoleón. Así es que, desde el primer día, al momento de servir el café, el emperador se levantó; el gran mariscal y Las-Cases, invitados á la mesa del almirante, se levantaron igualmente.

La sorpresa fué general; el almirante estuvo á punto de incomodarse y pronunció algunas quejas en inglés por la falta de sociabilidad del emperador; pero la señora Bertrand, que había quedado rezagada, respondió en el mismo idioma:

—Señor almirante, me parece que olvidáis que se trata



del que ha sido dueño del mundo, y que, cuando se levantaba de la mesa, ya sea en París, ya en Berlín, ya en Viena, los reyes á quienes hacía el honor de invitar á su mesa se levantaban con él y le seguían.

—Es verdad, señora,—replicó el almirante;—pero, como no somos reyes, ni estamos en París, Berlín ó Viena, no nos parece mal que el general Bonaparte se levante de la mesa antes de finalizar la comida; en cambio le parecerá bien que nosotros prosigamos.

A partir de aquel día, reinó por ambas partes libertad absoluta.

Durante aquellas largas conversaciones de á bordo, Las-Cases recogió de los propios labios del emperador todas las anécdotas que cita en su *Memorial*, sobre la infancia y la juventud del prisionero de Santa Elena; después llegó un momento en que se agotó aquel género de conversación, en que Napoleón dejó de relatar, aun cuando su auditor no dejara de escuchar; y el sábado 9 de septiembre empezó á dictar sus campañas de Italia.

Salvo aquella distracción, que al principio le absorbió media hora, después una hora, después dos y hasta tres, los días se deslizaban en una monótona uniformidad;—y así fueron contando desde el lunes 7 de agosto hasta el sábado 13 de octubre.

Aquel día, en la comida, el almirante anunció que el día siguiente, á las seis de la tarde, esperaba ver Santa Elena. La noticia, se comprende, causó impresión á bordo: ¡llevaban sesenta y siete días de navegación!

El día siguiente, en efecto, mientras se hallaban á la mesa, el marinero que desde las dos de la tarde estaba de vigía en las vergas de la cofa, gritó: «¡Tierra!»

Hallábanse á los postres; todos se levantaron y subieron al puente.

El emperador se asomó á proa y buscó con los ojos la tierra.

Una especie de bruma que parecía flotar en el horizonte fué todo cuanto pudo divisar; era necesaria la vista experimentada de un marino para afirmar que aquella bruma era un cuerpo sólido.

El día siguiente, desde el amanecer, todo el mundo estaba reunido en el puente. A pesar de que el buque había permanecido parte de la noche al paio, había andado, sin embargo, lo bastante para que en aquel momento, y gra-

cias á la limpidez del aire matutino, la isla fuese perfectamente visible.

Hacia mediodía se echaron anclas; hallábanse á unos tres cuartos de legua de la tierra. Hacía ciento diez días que Napoleón saliera de París; la travesía del destierro había durado más tiempo que aquel segundo reinado acaecido entre la isla de Elba y Santa Elena.

El emperador, que había salido de su camarote más pronto que de costumbre, se adelantó á lo largo del pasamanos y clavó en la isla una mirada impasible: ni un músculo de su cara se movió; y, hay que decirlo, aquella máscara de bronce estaba tan sometida á la voluntad del moderno Augusto, que los únicos músculos que parecieren vivientes fueron los músculos inmediatos á la boca.

La vista de la isla no era, sin embargo, muy agradable; divisábase una aldea más larga que ancha, perdida en el fondo de gigantescos peñascos, desnudos, áridos, devorados por el sol. Como en Gibraltar, se hubieran podido prometer cien luises al ingeniero que tuviese la habilidad de hallar un sitio en donde colocar un cañón.

El emperador, al cabo de diez minutos de contemplación, se volvió hacia Las-Cases.

—¡Vamos á trabajar!—dijo.

Y bajó, hizo sentar á Las-Cases y se puso á dictar, sin que su voz acusase la menor emoción.

Después de echar anclas, el almirante bajó á un bote y mandó remar hacia la isla.

A las seis de la tarde volvió muy fatigado; había recorrido toda la isla y creía haber hallado un sitio conveniente; por desgracia, exigía algunas reparaciones, y éstas podían durar dos meses.

La orden positiva de los ministros ingleses era que no se desembarcara á Napoleón hasta que su mansión no estuviese dispuesta á recibirle. Pero el almirante se apresuró á decir que el general Bonaparte estaba seguramente cansado y aburrido del mar, y tomaba sobre sí la responsabilidad del desembarque; y como éste no era posible de noche, el almirante anunció que el día siguiente comerían una hora antes que de costumbre, para que el desembarque pudiese tener lugar después de comer.

El día siguiente, al salir del comedor, Napoleón halló reunidos en la toldilla á todos los oficiales, y las tres cuartas partes de la tripulación alineadas en los pasamanos.

Un bote aguardaba; el emperador bajó con el almirante y el gran mariscal.

Un cuarto de hora después, el lunes 16 de octubre de 1815, pisaba el suelo de Santa Elena.

Para lo restante, ver el *Prometeo*, de Esquilo.

XIX

Lieschen Waldeck

En aquella misma hora en que Napoleón pisaba el suelo devorador del destierro, en la pequeña ciudad de Woltach, oculta en el fondo de uno de los valles más pintorescos del gran ducado de Baden, una niña de diez y seis años, como la Margarita de Goethe, dejaba parar el torno, y con los brazos caídos, la cabeza apoyada en la pared y los ojos al cielo, murmuraba una canción, muy en boga en Alemania.

Tan absorta estaba la muchacha en su pensamiento, que no oyó abrir la puerta que daba á un patio interior, ni vió entrar, ó, mejor dicho, detenerse en el umbral de aquella puerta, á un joven de veintinueve ó treinta años, vestido con el traje de los campesinos de Westfalia.

Decimos *vestido con el traje*, porque, mirando atentamente al joven, observábase en él, á pesar de su esfuerzo en ocultarlo, cierto aire militar que manifestaba que el traje de oficial era el único que se adaptaba á su talle, á la vez esbelto y decidido.

Su semblante era hermoso y varonil á un tiempo; los ojos, de un azul oscuro, eran vivos y penetrantes; el pelo, rubio, casi castaño; los dientes, soberbios.

La joven, sin apercibirse de su llegada, siguió cantando. A cada nueva estrofa, su acento iba haciéndose tan triste, casi tan doloroso, que el joven no tuvo valor de oír las tres ó cuatro palabras que faltaban para terminar la canción, y, aproximándose vivamente:

—¡Lieschen!—dijo.

La joven se inmutó, y, volviéndose, divisó al joven entre la obscuridad que había dejado llegar sin encender el velón de tres brazos de cobre, preparado encima del arca de encina, y con voz casi de espanto:

—¡Sois vos!—dijo.

cias á la limpidez del aire matutino, la isla fuese perfectamente visible.

Hacia mediodía se echaron anclas; hallábanse á unos tres cuartos de legua de la tierra. Hacía ciento diez días que Napoleón saliera de París; la travesía del destierro había durado más tiempo que aquel segundo reinado acaecido entre la isla de Elba y Santa Elena.

El emperador, que había salido de su camarote más pronto que de costumbre, se adelantó á lo largo del pasamano y clavó en la isla una mirada impasible: ni un músculo de su cara se movió; y, hay que decirlo, aquella máscara de bronce estaba tan sometida á la voluntad del moderno Augusto, que los únicos músculos que parecieren vivientes fueron los músculos inmediatos á la boca.

La vista de la isla no era, sin embargo, muy agradable; divisábase una aldea más larga que ancha, perdida en el fondo de gigantescos peñascos, desnudos, áridos, devorados por el sol. Como en Gibraltar, se hubieran podido prometer cien luises al ingeniero que tuviese la habilidad de hallar un sitio en donde colocar un cañón.

El emperador, al cabo de diez minutos de contemplación, se volvió hacia Las-Cases.

—¡Vamos á trabajar!—dijo.

Y bajó, hizo sentar á Las-Cases y se puso á dictar, sin que su voz acusase la menor emoción.

Después de echar anclas, el almirante bajó á un bote y mandó remar hacia la isla.

A las seis de la tarde volvió muy fatigado; había recorrido toda la isla y creía haber hallado un sitio conveniente; por desgracia, exigía algunas reparaciones, y éstas podían durar dos meses.

La orden positiva de los ministros ingleses era que no se desembarcara á Napoleón hasta que su mansión no estuviese dispuesta á recibirle. Pero el almirante se apresuró á decir que el general Bonaparte estaba seguramente cansado y aburrido del mar, y tomaba sobre sí la responsabilidad del desembarque; y como éste no era posible de noche, el almirante anunció que el día siguiente comerían una hora antes que de costumbre, para que el desembarque pudiese tener lugar después de comer.

El día siguiente, al salir del comedor, Napoleón halló reunidos en la toldilla á todos los oficiales, y las tres cuartas partes de la tripulación alineadas en los pasamanos.

Un bote aguardaba; el emperador bajó con el almirante y el gran mariscal.

Un cuarto de hora después, el lunes 16 de octubre de 1815, pisaba el suelo de Santa Elena.

Para lo restante, ver el *Prometeo*, de Esquilo.

XIX

Lieschen Waldeck

En aquella misma hora en que Napoleón pisaba el suelo devorador del destierro, en la pequeña ciudad de Woltach, oculta en el fondo de uno de los valles más pintorescos del gran ducado de Baden, una niña de diez y seis años, como la Margarita de Goethe, dejaba parar el torno, y con los brazos caídos, la cabeza apoyada en la pared y los ojos al cielo, murmuraba una canción, muy en boga en Alemania.

Tan absorta estaba la muchacha en su pensamiento, que no oyó abrir la puerta que daba á un patio interior, ni vió entrar, ó, mejor dicho, detenerse en el umbral de aquella puerta, á un joven de veintinueve ó treinta años, vestido con el traje de los campesinos de Westfalia.

Decimos *vestido con el traje*, porque, mirando atentamente al joven, observábase en él, á pesar de su esfuerzo en ocultarlo, cierto aire militar que manifestaba que el traje de oficial era el único que se adaptaba á su talle, á la vez esbelto y decidido.

Su semblante era hermoso y varonil á un tiempo; los ojos, de un azul oscuro, eran vivos y penetrantes; el pelo, rubio, casi castaño; los dientes, soberbios.

La joven, sin apercibirse de su llegada, siguió cantando. A cada nueva estrofa, su acento iba haciéndose tan triste, casi tan doloroso, que el joven no tuvo valor de oír las tres ó cuatro palabras que faltaban para terminar la canción, y, aproximándose vivamente:

—¡Lieschen!—dijo.

La joven se inmutó, y, volviéndose, divisó al joven entre la obscuridad que había dejado llegar sin encender el velón de tres brazos de cobre, preparado encima del arca de encina, y con voz casi de espanto:

—¡Sois vos!—dijo.

—Sí. ¿Por qué cantáis esa melancólica canción?

—¿No la conocéis?

—No,—respondió el joven.

—¡Bien se ve que sois francés!

—¿En qué? ¿En la manera como pronuncio el alemán? Me inquietáis, Lieschen, diciéndome esto.

—¡Oh, no! Habláis el alemán como un sajón. Digo que se ve que sois francés, porque entre nosotros esta canción es popular, y no hay desde el Rhin al Danubio, desde Kehl á Viena, una muchacha que no la cante; es la *Margarita en el torno*, de nuestro gran poeta Gœthe.

—Sí, ya lo sé,—dijo el joven sonriendo;—y aquí tenéis la prueba.

Y en el más puro sajón, como decía la niña, repitió los cuatro primeros versos de la triste canción.

—Entonces ¿qué es lo que me decíais?

—Pues... os decía: «¡Hablad, Lieschen! ¡El sonido de vuestra voz me deleita!»; como pudiera decir á un pájaro: «¡Canta, pajarillo! ¡Me gusta oírte cantar!»

—Pues bien: ya he hablado.

—Sí: ahora me toca hablar á mí.

Y, acercándose á la joven y tendiéndole la mano:

—¡Adiós!—dijo.

—¿Por qué adiós?—exclamó la niña.

—Lieschen, debo partir, debo marcharme de Wolfach, penetrar lo más adentro posible en Alemania.

—¿Corréis algún nuevo peligro?

—El peligro que corre un proscrito de ser detenido; el que corre un condenado á muerte: ser fusilado.

Luego, con ademán que indicaba el hombre familiarizado con todos los peligros, hasta con aquél:

—Esto es todo,—añadió.

—¡Ah! ¡Dios mío!—dijo la joven uniendo las manos.—No puedo imaginarlo.

—No obstante, es la primera palabra que os he dicho, hace tres días, en este mismo sitio, al entrar por esa misma puerta, que la casualidad — ¡no, me equivoco, Lieschen!—, la Providencia abrió ante mí; no obstante, es la primera palabra que os he dicho: «Estoy proscrito; tengo hambre, tengo sed.»

—¿Pero anteayer no me dijisteis también que habíais encontrado un escondrijo seguro?

—Lieschen, al dejaros, he de haceros una confesión: ese escondrijo es vuestra propia casa.

La niña miró al joven con espanto.

—¿Nuestra misma casa?—exclamó.—¿Os habéis ocultado en la casa de mi padre sin su permiso?

Tranquilizaos, Lieschen,—dijo el joven;—esta casa voy ya á dejarla; pero dejad que os explique antes cómo entré y á quién recibisteis.

La muchacha retiró el torno con el pie, apoyó las manos en ambas rodillas y miró al proscrito con ojos á un tiempo amistosos é inquietos.

—Yo estaba en la isla de Elba con Napoleón, y me envió á Francia para preparar su regreso. Púseme en relación con el coronel Labédoyère y el mariscal Ney. Ambos han sido fusilados; yo, como ellos, estoy condenado; pero, más afortunado que ellos, prevenido á tiempo de que iba á ser arrestado, huí á Estrasburgo, mi país natal, donde estuve cerca de un mes oculto en casa de un amigo. Hace cuatro días, avisado de que mi retiro había sido descubierta, salté las murallas, atravesé el Rhin á nado y me hallé en el gran ducado de Baden. Anduve todo el día por caminos extraviados, familiares á mi infancia, y llegué á Wolfach. Mi intención era entrar más adentro de Alemania, donde tengo una misión que cumplir; pero os encontré, Lieschen — ¡qué queréis!, el hombre no es dueño de su destino—, os encontré y, á riesgo de todo, me quedé.

—Os creía ya lejos. Cuando os ví al día siguiente, fui dichosa al veros, y no os pregunté por qué os habíais quedado.

—¿Por qué me quedé?—dijo el joven, envolviendo en una ardiente mirada á la casta niña que le confesaba con tanta ingenuidad la dicha que le ocasionaba el verle.—¿Por qué me quedé? Voy á decíroslo. El sombrío cobertizo que hay en el patio conduce, mediante una escalera, á un pequeño granero abandonado; allí me refugié al dejaros. Desde aquel granero se divisan vuestras ventanas: yo había esperado la noche, y me disponía á partir, enviándoos mi última mirada, mi último adiós, cuando, de pronto, se abrió la ventana y aparecisteis en ella... No tengo necesidad de deciros que sois hermosa, Lieschen; pero, iluminada como estabais entonces por un rayo de luna, ¡erais encantadora!

Lieschen murmuró algunas palabras ininteligibles, se ruborizó y bajó los ojos en la obscuridad.

El joven prosiguió:

—Llevabais en la mano un ramo de rosas; no sé qué

sentimiento interior os animaba, más aún, qué rayo del alma iluminaba vuestro semblante; pero, con los ojos clavados en el camino que yo hubiera debido seguir si no me hubiese quedado, vos deshojasteis aquellas últimas hojas del otoño, pálidas como los días sin sol en que nacieron, las deshojasteis en dirección de aquel bosque Negro donde me creáis ya...

—Yo las deshojé al viento, sin darles dirección,—respondió Lieschen;—el viento las llevó consigo.

—¡Pues bien, sea! El viento venía de Francia: ¡era un viento amigo! Vos permanecisteis mucho tiempo en la ventana, y yo pasé todo aquel tiempo contemplándoos; después, cuando al fin se cerró vuestra ventana, mis pies quedaron clavados, y no tuve valor de partir.

—Y, sin embargo, ¿partís hoy?—dijo Lieschen con un suspiro.

—Escuchad,—respondió el proscrito:—hoy he visto rondar por la ciudad algunos gendarmes franceses; se han puesto en relación con los del gran duque, y no dudo que á estas horas unos y otros me persiguen.

—¡Dios mío! ¿Qué hacer?—exclamó la niña.

—¡Oh! ¡Por mí, poco me importaría, querida Lieschen!—dijo el joven.—Mas el descubrimiento de un conspirador francés en vuestra casa comprometería á vuestro padre, á vos sobre todo, que habéis guardado el secreto á ruego mío.

—Yo soy, más bien, quien os ha hecho este ruego; este secreto os lo he guardado con tanto celo, cuanto mi padre —tan cristiano, tan bueno, tan misericordioso,— no sé por qué, odia implacablemente á los franceses; varias veces he notado que, á la simple vista de un compatriota vuestro, se inmuta y palidece. Y, sin embargo, si creéis más seguro quedaros que huir, quedaos.

—¡Lieschen! ¡Querida Lieschen!

—La vida de un hombre es cosa tan preciosa á los ojos del Señor, que yo espero que el Señor me perdonará lo que hago.

—¡Sois un ángel, Lieschen!—dijo el joven.—Pero no es únicamente el peligro lo que me aleja de vos, sino una piadosa misión que tengo que cumplir. Voy á Baviera.

—¿A Baviera?—dijo la joven, levantando los ojos.

—Sí; en busca de una joven hermosa como vos, Lieschen, pero que fué menos feliz que vos... Apenas haya

cumplido esa misión, seré libre y, sea cualquiera el peligro que corra permaneciendo en las fronteras de Francia, ¡oh! ¡os juro que volveré!

—¿Y cuándo?—preguntó Lieschen.

—¿Cuándo? No lo sé; pero os pido tres meses.

—¡Oh! ¡Tres meses!—exclamó alborozada Lieschen.

—De aquí á tres meses, si volvéis á verme, Lieschen, ¡prometéis reconocerme?

—No ponéis mi memoria á dura prueba, caballero, y tengo la costumbre de guardar más de tres meses el recuerdo de mis amigos.

En aquel momento dieron las siete.

El joven oficial fué contando una á una las siete vibraciones de la campana

—Las siete,—murmuró la joven;—mi padre ha salido esta mañana para Ettenheim, y no puede tardar en volver.

—Sí,—añadió el proscrito;—y por otra parte conviene que me marche.

Y se dirigió á la ventana abierta, contemplando el horizonte.

—¿Sabéis el camino que debéis seguir para marcharos?—preguntó tímidamente Lieschen.

—Sí,—respondió el joven;—pero no miro el camino que debo seguir para marcharme; ¡miro el camino que he seguido para venir!

—¡Pobre desterrado! ¡Comprendo! Wolfach toca todavía con Francia, y cada paso que daréis...

—Va á alejarme de vos, Lieschen; así es.

Y continuando con sentimiento de profunda melancolía:

—¡Es extraño!—dijo.—Mi vida ha transcurrido fuera de Francia; sólo he puesto de vez en cuando los pies en ella, como el marino cuya existencia se desliza entre el cielo y el mar, pone el pie en una isla ante la cual ha pasado; de doce á quince años, estuve en Italia; de quince á veinte, en el Tirol y en Alemania; de veinte á veinticinco, en Iliria, en Austria, en Bohemia; de veinticinco á veintisiete, en Polonia y en Rusia; jamás al dirigirme á cualquiera de los países que he nombrado, he sentido alejarme de la frontera de Francia; seguía mi bandera, y con la mirada fija en su águila de alas desplegadas, ¡iba á donde iba ella! Pues bien: ¡hoy mi corazón se desgarró á la idea de dejar Francia! Nunca me había parecido tan cara. Mirad,

Lieschen: es una locura, pero creedme, daría un año de mi vida con vuestro amor, diez años de mi vida si no me amara, para ver una vez más, á través de las brumas del Rhin, ¡la aguja del campanario de Estrasburgo!

—Sí, ¡es vuestra patria!

—¡No podéis figuraros lo que es esta idea, Lieschen! Yo estoy solo en el mundo; todo cuanto amaba, padre, madre, hermanos, todo ha muerto; amor, veneración, afecto, todas esas afecciones las había concentrado en un hombre solo; y ese hombre se ha caído de tan alto, que no me ha visto al caerse. He querido seguirle á Santa Elena, como le seguí á la isla de Elba, y los ingleses me han descartado; he vuelto á Francia y he sido condenado á muerte. Estaba tan hastiado de todo, que, aunque soy rico, relativamente al menos, tal vez me hubiera libertado á mí mismo, si al librarme hubiese tenido el consuelo de que un corazón me compadeciera.

—¿Ni un amigo?—preguntó Lieschen.

—Mis amigos eran mis compañeros de armas, y les vi caer alrededor de mí en todos los campos de batalla de Europa. ¿Qué se ha hecho de los que sobreviven? ¡Proscritos como yo!... ¡dispersos y errantes por este mundo que conquistaron!

Y el joven levantó tristemente los hombros.

—¿Ni un amor?—murmuró Lieschen.

—¡Un amor! ¿Sabíamos lo que era, nosotros, viajeros armados que recorríamos el mundo á paso redoblado; que el viento de la guerra impelía de continuo, y á los que una voz siempre obedecida repetía incesantemente: «¡Anda! ¡anda!»? Es increíble, pero es así: voy á cumplir treinta años, Lieschen; pues bien: mi corazón, endurecido para todas las emociones terribles, ha de nacer todavía para las emociones tiernas; después de haber sufrido como un hombre, me siento capaz de amar como un niño.

—¡Válgame Dios!—exclamó de pronto la joven.—¿No oís el ruido de un carruaje por la carretera?

—Sí,—respondió el proscrito.

—Es mi padre que vuelve de Ettenheim.

—¿Lo que quiere decir que me vaya?

La joven tendió la mano al oficial.

—Amigo mío,—dijo,—creedme: desde el fondo de mi corazón quisiera poderos decir: ¡Quedaos!

El joven retuvo un instante, entre las suyas, las manos de la niña.

—Lieschen,—dijo,—sí, voy á partir; pero, antes de partir, un favor.

—¿Cuál?

—¡No me dejéis marchar sin que me lleve un recuerdo de vuestra tierna piedad para conmigo! La otra noche hubiera cambiado un día de mi vida por cada pétalo de rosa que tirabais al viento; ¡dadme estas violetas, cuyo perfume llegue hasta mí, y parto!

—¿Este ramo de violetas?—repitió tristemente Lieschen.

—Sí; será un talismán que me protegerá en mi huída.

—¡Triste talismán, amigo!—dijo Lieschen.—Estas violetas, últimas hijas también del otoño, como estas rosas de que hablabais hace un momento, ¿sabéis dónde han sido cogidas?

—Poco me importa, puesto que vos las habéis tocado.

—Han sido cogidas en el cementerio,—prosiguió la niña,—en la tumba de mi hermana, muerta hace... mirad, ¡hoy hace precisamente tres años!... Mientras el frío no las mate, pobres flores de muerte, cada mañana, en la misma tumba, cojo un ramo semejante, cuyo perfume me envuelve todo el día; y este perfume es para mí como una emanación de mi pobre hermana.

—Perdonad; retiro mi petición.

—No; aquí las tenéis... ¡Ahora, partid!

—¡Gracias, Lieschen, gracias! Me voy... me voy dos veces desterrado: desterrado lejos de Francia y desterrado lejos de vos; pero volveré... ¡No me olvidéis en vuestras plegarias, Lieschen!

—¡Ay! ¿Por quién he de rogar? No sé siquiera vuestro nombre.

—Rogad por el capitán Richard.

—¡Oh! Mi padre, mi padre allá abajo en la carretera... ¡Salid, salid!

El joven tomó la mano de Lieschen, y apoyó en ella sus ardientes labios; luego, lanzándose por una puerta, en tanto que la otra se abría:

—Hasta la vista, Lieschen,—dijo,—no puedo deciros ¡adiós!

Y desapareció.

XX

El pastor Waldeck

La joven se quedó sola, y por la primera vez de su vida, quizás, al oír el ruido de los pasos de su padre, no corrió hacia él.

Al desaparecer el joven, sintió flaquearle las fuerzas, y se cayó en una silla que se hallaba al lado de la puertecita por la cual acababa de salir el fugitivo.

Allí estaba todavía cuando entró su padre en la habitación obscura y silenciosa.

Parecióle al anciano tan extraño que su hija no corriera á su encuentro, ó, por lo menos, que no la hallara esperando, que se detuvo después de haber dado algunos pasos y la buscó entre la obscuridad. Al cabo de algunos segundos, no distinguiendo ni oyendo nada:

—¡Lieschen!—dijo, medio llamando, medio interrogando.

Al oír su nombre pronunciado por su padre, la niña salió como de un ensueño y lanzóse hacia él.

—Aquí estoy, padre mío,—dijo.

—¡Ven, pues!—dijo el pastor, algo sorprendido.

Y extendiendo la mano en dirección de la voz, y hallando, por contacto, á su hija:

—Ven y bésame,—repitió;—una vez por ti y otra por la que ya no está aquí...

La niña echó los brazos al cuello del anciano.

—¡Oh! ¡Sí, sí, padre mío!—exclamó, sintiendo desbordar el corazón bajo el doble sentimiento que lo colmaba.—¡Oh, sí, padre mío! Tantas veces os besaré, por mí y por ella, que no llegaréis á apercibirnos de que os falte una hija.

Y quitándole el capote de los hombros y el bastón de la mano:

—Dadme,—dijo.

Y dejó el capote en una silla y el bastón en un ángulo. El pastor la seguía con los ojos como si pudiera verla.

—¿Por qué estás sin luz, Lieschen?—preguntó.

—Me he olvidado de encenderla,—respondió la joven con voz ligeramente conmovida.

—Y ¿permanecías sola en la obscuridad?

—Soñaba,—balbuceó la niña.

El pastor exhaló un suspiro; le parecía reconocer cierta turbación en la voz de su hija.

Mientras tanto, la niña se acercó á la inmensa chimenea y, buscando una brasa entre las cenizas, encendió uno de los brazos del velón de cobre.

La lámpara iluminó entonces el semblante de un anciano de unos sesenta años. Aquel semblante era correcto y grave; comprendíase que era el de un hombre que había sufrido mucho. Sin embargo, su expresión era bondadosa, y se transparentaba á través de las tristes huellas que la desgracia había extendido sobre aquél.

La niña no hizo las mismas reflexiones que nosotros; estaba ya acostumbrada á la expresión melancólica de aquel rostro; y, al mirarle, halló, además, un tinte de alegría que llamó su atención; luego, observando que el pastor llevaba un saco en la mano:

—¡Toma!—preguntó.—¿Qué traéis aquí, padre mío?

El pastor la miró con más franca sonrisa.

—¿Qué traigo?

—Sí.

El anciano levantó el saco.

—Tu dote, hija mía.

—¿Mi dote?—profriró Lieschen sorprendida.

El pastor le presentó el saco.

—Sostenlo.

La niña estuvo á punto de dejar caer el saco que su padre dejó entre sus manos.

—¡Oh! ¡Cómo pesa!—dijo.

—¡Diantre!—exclamó triunfante el viejo.—¡Como que contiene dos mil thalers!

—¡Dos mil thalers!—repitió la muchacha con una expresión tan triste como alegre era la de su padre.—¡Dos mil thalers! ¿Por esto os imponéis tantas privaciones?

—¿Qué privaciones?—preguntó el viejo.

—¿Por esto trabajáis más de lo que permiten vuestras fuerzas?

—¡Holal Y ¿dónde ves que trabaje tanto, hijita?

—Vos solo, con vuestras propias manos, cultiváis y podáis toda nuestra viña.

—Hija mía,—dijo el anciano sonriendo,—la viña es el asunto de una de las parábolas del Evangelio, y, bajo ese aspecto, nunca cultivaré bastante la mía.

—Vos os sacrificáis por mí, padre mío; y vuestra hija

os reconviene por ello,—dijo Lieschen, casi con severidad.

—¿A mí?

—Sí: ¡la amáis demasiado!

—No me digas esto, hija mía,—replicó el anciano, atrayéndola á sus rodillas,—porque te daré la prueba de lo contrario.

—¡Oh! Querido padre, ¡esto no!

—¿No te acuerdas que hace tres años tenía ya una suma igual á ésta?

—Sí; ¿qué más?

—Como ésta, era de dos mil thalers... Pero vino el terrible invierno de 1812 á 1813; entonces yo pensé, querida Lieschen, que sólo tenías catorce años, que los pobres también eran hijos míos, que tú podías esperar, puesto que Dios misericordioso te concedía el pan cotidiano, ¡mientras que aquéllos tenían hambre! ¡tenían sed! ¡tenían frío!

—¡Padre!

—¿Te acuerdas?—prosiguió el anciano, apretando más tiernamente á su hija contra el pecho.—Era una noche de noviembre, una de esas noches tan frías entre el Rhin y el Bosque Negro; el viento silbaba, una helada lluvia azotaba la ventana; y nosotros, bien arropados en buenos abrigos, estábamos allí, junto á la llama chispeante, tú en aquel sitio y yo en aquel otro... ¿Te acuerdas, Lieschen?

—¡Oh! Sí, padre mío.

—Yo estaba ensimismado; tú detuviste el torno y me dijiste: «¿En qué pensáis, padre mío?» «¡Ah!—respondí.—¡Pienso en los que tienen frío, en los que tienen hambre y en los que no tienen ni pan ni lumbre!» Entonces te levantaste, te dirigiste al armario, tomaste el saco que contenía los dos mil thalers y me lo trajiste... ¡Nos habíamos comprendido, pobre hija mía! Tomé el saco de tus manos y salí... Al día siguiente, tú te habías quedado sin dote, mi querida Lieschen; ¡pero sesenta pobres tenían pan, leña y vestidos para todo el invierno!

—Sí, excelente padre,—dijo la niña, besando al anciano; ¡y de sus labios salió un concierto de bendiciones que debió regocijar al Dios de bondad!

—Y que lo regocijó, hija mía, puesto que, al cabo de otros dos años, me ha permitido que me hallase en posesión de igual suma; lo que hay es que ésta, hija mía, como ahora tienes diez y siete años en lugar de catorce, yo te

prometo que no se distraerá de su destino... á menos, sin embargo, de que no conquistes algún rico caballero, ó algún apuesto señor, como ocurre con frecuencia en nuestros cuentos alemanes.

—¿Creéis la cosa posible, padre mío?—preguntó vivamente la joven.

—¿Por qué no? ¿No eres prudente, buena y hermosa como Grisélida, y Grisélida no se casó con el conde de Perceval?

—Y, sin ir tan lejos, padre, sin salir de la familia, mi pobre hermana Margarita ¿no fué amada sucesivamente por Ulrico, el estudiante de Heidelberg, por Guillermo, el hijo de un banquero de Francfort, y, por fin, por un conde... el conde Rodolfo de Offenburgo?

—¡Ay!—murmuró el pastor entristecido.

—¡Oh! Yo os prometo, padre mío,—prosiguió la niña, sin notar el velo de tristeza que acababa de extenderse por el semblante del anciano,—os prometo que no seré tan exigente.

—Sí, sí,—respondió el pastor con un suspiro; tú te casarás, hija mía, y, con la ayuda de Dios, encontraremos un esposo digno de ti. Mientras tanto, toma este saco, aunque te pese, y enciérralo en el armario que está á la cabecera de mi cama... Toma, aquí tienes la llave.

—Y será mi dote,—contestó la niña riéndose;—á menos que, según decíais ha poco...

—A menos que para hallar un buen acomodo te basten tu frente serena, tus lípidos ojos y tu fresca rosa de mayo; en cual caso no seré yo, sino Dios bondadoso, quien te habrá proporcionado el dote.

La joven encendió una vela en el velón y salió, llevándose el saco, no pudiendo casi con su peso.

El pastor la siguió con los ojos intencionalmente cariñosos del padre que contempla á su hijo.

Luego, hablando consigo mismo:

—No le he dicho que faltaban tres thalers á los dos mil: uno que he dado á una vieja, y dos á un pobre paralítico que no tenía con él á Nuestro Señor para decirle: «¡Levántate! Tira tus muletas y ¡anda!» Pero antes de finalizar la semana espero que quedarán repuestos y el dote intacto. ¡Que venga, pues, el hombre digno de ese tesoro de prudencia y de bondad, y mi pobre Lieschen será dichosa!

Y levantando los ojos al cielo, como si buscara el reflejo de lo que había perdido:

—¡La Providencia me debe esta compensación!—añadió con aquella sonrisa que es á un tiempo una plegaria y una duda.

En aquel momento volvió la joven.

—Padre mío,—dijo,—el dinero está en el armario; tomad la llave.

—¡Bien, hija mía! Y ahora, no sé si tú eres de mi opinión, Lieschen, pero yo creo que ya sería hora de cenar; ¿qué te parece?

—Sí, padre,—respondió la joven distraídamente.

Dió tres pasos y se detuvo pensativa.

Su padre la seguía con la mirada.

—¿Qué tienes?—preguntó.

—¡Yo? ¡Nada!—respondió aquélla.

Y dió algunos pasos más.

Después empezó á poner la mesa; pero, de pronto, apoyando ambas manos en la mesa, miró á su vez al anciano con cierta inquietud.

—¡Lieschen!—dijo éste.

—¡Padre mío!—respondió la joven.

El viejo llamó á la niña con la mano.

—¡Ven aquí!—dijo.

Lieschen se aproximó vivamente, como si aquel mandato respondiera á un deseo de su mente.

—Aquí me tenéis, padre mío.

—¿Te pasa algo?—preguntó el pastor.

La niña movió la cabeza.

—No,—dijo.

—Por lo menos, estás preocupada.

—Sí, algo tengo que deciros; pero por vez primera vacilo, me conturbo...

—¡Veamos, habla!—dijo el pastor inquieto.—¿No soy acaso para ti un padre indulgente? Tú no puedes tener nada grave de que acusarte, hija mía.

—¿Quién sabe?—respondió Lieschen.—¡Tal vez de una buena acción!...

—¡De una buena acción! Y ¿cómo puedes acusarte de una buena acción?...

—¡Oh!—dijo la niña.—No es por la buena acción en sí misma, sino por el misterio que la ha rodeado y el del que ha sido objeto de ella.

—¿Qué hay, pues? Veamos, ¡habla!

—Escúchame, padre.

—¡Hola! ¿Ya me tuteas?

—¡Qué!... ¿Me lo impedís?

—No; pero cuando eras pequeña, me hablabas así siempre que tenías que hacerte perdonar algo.

—¿No os he dicho que soy culpable?

—Vamos, ya escucho.

—Varias veces me habéis explicado,—pricipió Lieschen,—que los padres de nuestros padres habían sufrido grandes y crueles persecuciones por la fe religiosa...

—Sí, en tiempo de Lutero y de la guerra de los Treinta años.

—Y, con frecuencia, con el llanto en los ojos, me habéis contado los rasgos de abnegación de los que, á costa de su libertad, de su fortuna, hasta de su vida, habían dado asilo á los proscritos.

—Sí; pero en recompensa de lo que se habían expuesto en la tierra, Dios les habrá concedido un sitio á su diestra en el cielo.

—¿No me reñiríais, padre mío, si mi corazón se hubiese conmovido de piedad por un hombre á quien una persecución semejante á aquéllas hubiese echado de su país?

—¿Por un proscrito?

—Sí, padre mío.

—¿Dónde está ese proscrito?

—Hace un momento estaba aquí; ahora debe estar ya lejos.

—¿Y para hablarme de ese desdichado esperaste á que hubiera partido?

—Perdón, padre mío,—dijo Lieschen vacilando;—pero ese desdichado...

—¿Qué?...

—Era...

—¡Oh! Ya lo adivino,—siguió diciendo el pastor.—Era un francés, ¿no es cierto?

—Sí, padre mío; un francés que ha servido al emperador Napoleón, y que, habiendo cooperado á su regreso de la isla de Elba, se ha visto obligado á escapar de Francia.

—Has hecho bien en seguir los impulsos de tu corazón, hija mía; pero has hecho mal dudando del mío.

—¿Le hubierais acogido como yo?

—Sin duda alguna. El techo de un pastor ¿no es el refugio natural, acaso, del proscrito y del abandonado? Y ¿qué edad tenía ese francés?

—¿Qué edad?

—Sí.

—Veintiocho ó treinta años.

—¡Ah! ¿Entonces era un joven?

—¿Debía rechazarlo porque era joven? preguntó Lieschen.

—¡No, seguramente!—respondió el pastor, mirando á su hija con inquietud.

—¿Por qué me miráis así, padre?—dijo Lieschen.

—Busco...—respondió el pastor.

—¿Qué buscáis, padre mío?

—¿Qué has hecho del ramo de violetas que has cogido esta mañana de la tumba de tu hermana?

—Podría deciros que lo he perdido, padre mío,—respondió con tranquilidad la joven;—pero ¡Dios me guarde de mentir á mi padre! El francés me pidió aquellas flores, y yo se las di.

—¡Lieschen! ¡Lieschen!—exclamó el anciano, meneando la cabeza.—Hasta hoy he citado á la hija del pastor como un modelo á todas las niñas de la ciudad...

—¡Oh! Os comprendo, padre mío, y os contesto sin rubor y sin vergüenza: el extranjero me ha pedido el ramo en nombre de la gratitud, y yo se lo he dado en nombre de la amistad.

—¿No volverás á ver á ese hombre?—preguntó el pastor.

—Es probable, padre mío... No obstante...

—No obstante...

—Ha dicho que esperaba volver, y ha fijado su vuelta para de aquí á tres meses.

—¡Lieschen! ¡Lieschen! ¡Desconfía!

—¿De él, padre mío? ¡Oh, no!

—¡Los hijos de su país nos son funestos, hija mía!

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que el día en que hoy estamos no es un día ordinario, hija mía,—prosiguió el pastor.—¡Es el 16 de octubre, triste aniversario de una muerte misteriosa y prematura!

—¡Sí, de la muerte de nuestra pobre Margarita!

—Y no llevamos el luto en los vestidos, pero la mano del tiempo, por muy ruda y fría que sea, ¡no lo ha borrado de nuestros corazones!

—No, padre mío; y el cuarto de Gretchen, conservado



tal como estaba el día de su muerte, ¡es un templo en donde eternizamos y adoramos su recuerdo!

—¡Recuerdo de santa y de mártir, hija mía! Hace un momento me hablabas de un francés, y me preguntabas de qué proviene el odio que les tengo; pues bien: hoy, día de tristeza y de llanto, voy á decirte cómo nos ha sido arrebatada Margarita, y por qué dolorosa vía se ha remontado al cielo ese ángel que Dios y tu madre me habían dado.

—¡Oh padre mío!—exclamó Lieschen.—¿Qué terrible aventura acaeció á mi hermana, cuando tres años después de su muerte, me habláis de ella con esta palidez y esta emoción?

—Yo quería, amada hija, reservar eternamente á tu inocencia lo que le acaeció; pero ese francés á quien has socorrido, ese regreso prometido y esperado tal vez, me imponen el deber de no ocultarte nada... Si ese francés vuelve, te diré: «¡Acuérdate!»; y si no vuelve, te diré: «¡Olvida!»

—¡Oh! ¡Hablad, hablad, padre mío!

El pastor dejó caer un instante la cabeza entre las manos, como si interrogara el pasado, y empezó, ahogando un suspiro:

XXI

Ojeada retrospectiva

—Debemos remontarnos á siete años atrás, mi querida Lieschen,—dijo el anciano.—Tú eras entonces una tierna niña ocupada todavía en jugar á muñecas, cuando supimos á un tiempo que se aproximaban los franceses por la parte de Ratisbona y los austriacos por el lado de Munich.

—¡Oh! ¡Me acuerdo perfectamente, padre mío! Estoy viendo aún en la meseta de Abensberg, mirando hacia las ruinas del viejo castillo, la casita blanca con una parra que sombreaba la puerta y algunos manzanos en el fondo del jardín.

—Entonces ¿te acuerdas del día en que entraron los austriacos?

—¡Ya lo creo! Yo estaba en el salón, al lado de mi hermana Margarita y de nuestro amigo Staps, cuando oímos el rumor lejano de los tambores; al mismo tiempo, pasaron

tal como estaba el día de su muerte, ¡es un templo en donde eternizamos y adoramos su recuerdo!

—¡Recuerdo de santa y de mártir, hija mía! Hace un momento me hablabas de un francés, y me preguntabas de qué proviene el odio que les tengo; pues bien: hoy, día de tristeza y de llanto, voy á decirte cómo nos ha sido arrebatada Margarita, y por qué dolorosa vía se ha remontado al cielo ese ángel que Dios y tu madre me habían dado.

—¡Oh padre mío!—exclamó Lieschen. —¿Qué terrible aventura acaeció á mi hermana, cuando tres años después de su muerte, me habláis de ella con esta palidez y esta emoción?

—Yo quería, amada hija, reservar eternamente á tu inocencia lo que le acaeció; pero ese francés á quien has socorrido, ese regreso prometido y esperado tal vez, me imponen el deber de no ocultarte nada... Si ese francés vuelve, te diré: «¡Acuérdate!»; y si no vuelve, te diré: «¡Olvida!»

—¡Oh! ¡Hablad, hablad, padre mío!

El pastor dejó caer un instante la cabeza entre las manos, como si interrogara el pasado, y empezó, ahogando un suspiro:

XXI

Ojeada retrospectiva

—Debemos remontarnos á siete años atrás, mi querida Lieschen,—dijo el anciano.—Tú eras entonces una tierna niña ocupada todavía en jugar á muñecas, cuando supimos á un tiempo que se aproximaban los franceses por la parte de Ratisbona y los austriacos por el lado de Munich.

—¡Oh! ¡Me acuerdo perfectamente, padre mío! Estoy viendo aún en la meseta de Abensberg, mirando hacia las ruinas del viejo castillo, la casita blanca con una parra que sombreaba la puerta y algunos manzanos en el fondo del jardín.

—Entonces ¿te acuerdas del día en que entraron los austriacos?

—¡Ya lo creo! Yo estaba en el salón, al lado de mi hermana Margarita y de nuestro amigo Staps, cuando oímos el rumor lejano de los tambores; al mismo tiempo, pasaron

algunos estudiantes cantando en coro un paso doble militar. Staps, que estaba sentado al lado de mi hermana, se levantó y, acercándose á la ventana, hizo una seña á los cantores... Padre, ¿qué se ha hecho de nuestro amigo Staps?

—Fué fusilado, hija mía.

—¿Fusilado?—exclamó la joven palideciendo.

—Sí, fusilado.

—¿En dónde?

—En Viena.

—Y ¿por qué lo fusilaron?

—Por haber atentado contra la vida de Napoleón.

—¡Oh!—prorrumpió la joven, ocultando la cara entre las manos.—¡Pobre Staps!... ¡Pero él también cometió un gran crimen, padre mío! Y ¿por qué quiso asesinar al emperador?

—Porque, á sus ojos, era el opresor de Alemania, hija mía. Staps pertenecía á una sociedad secreta en la que se hacía, al entrar, abnegación de su voluntad.

—¿Entonces, fué él, sin duda, el que disparó un tiro contra el emperador, que fué causa del saqueo é incendio de Abensberg?

—Yo no le acuso, hija mía, aun cuando todas nuestras desgracias datan de entonces.

—Sí; vos fuisteis herido; os recogieron de entre los muertos; y desde aquel día al día en que murió, Margarita no dejó de llorar... ¿Qué es lo que acaeció? Cada vez que he intentado hablaros de aquel acontecimiento, me habéis contestado: «Más tarde, hija mía, más tarde.»

—Pues bien: he aquí lo que acaeció. Tal vez Napoleón no dió gran importancia á aquella bala que atravesó su sombrero; pero el general Berthier vió en ella un crimen del que precisaba vengarse y dió orden á un regimiento de volver á Abensberg y dar cuenta del culpable, haciendo responsable, si era necesario, á todo el pueblo, del crimen de un solo hombre. El regimiento regresó, en efecto, para ejecutar la orden del general; pero los austriacos habían tomado ya el pueblo, que los franceses acababan de abandonar. A cuanto parece, era un punto muy importante para el éxito de la jornada; los franceses se obstinaron en reconquistarlo y los austriacos en conservarlo. ¡Fué un día terrible! Nuestra casa, sobre todo, había sido fortificada como una fortaleza, y yo estaba allí, entre aquellos soldados sedientos de sangre, que cumplían su deber defen-

diendo á su país; yo sólo, hombre de paz, que creo que los pueblos son hermanos y no tienen más que una patria, movía la cabeza, y oraba igualmente por amigos y enemigos, por austriacos y franceses. ¡No me comprendieron, los pobres ciegos! Creyeron que, puesto que no estaba por ellos, estaba contra ellos; y entonces me pusieron un fusil en la mano y me obligaron á hacer fuego.

—¡Oh, Dios mío!—murmuró Lieschen.—¿Y todo esto ocurría por encima de nuestras cabezas?

—Sí, hija mía; pero, al ruido de la fusilería, mientras las balas silbaban á mis oídos, yo decía: «Señor, Vos que sois grande, Vos que sois todopoderoso, Vos que sois misericordioso, ¡haced que un día esos hombres que se dan la muerte se den el beso de la fraternidad!... ¡haced que Vos, á quien llaman el Dios de la guerra, seáis llamado un día, de un extremo á otro de la tierra, el Dios de la paz!» De pronto, á mitad de mi plegaria, vacilé; me faltó la voz, se cerraron mis ojos, y caí bañado en mi sangre: una bala acababa de atravesarme el pecho.

—¡Padre mío!—exclamó Lieschen, echando los brazos al cuello del anciano, y con acento tan desgarrador como si le hubiesen herido en aquel mismo instante.

—La última cosa que vi al caer, fué á tu hermana, que había abandonado su escondrijo, y se precipitaba á mis pies llena de terror... ¡Oh! Lo que yo sufrí durante aquel minuto que separa la vida del desvanecimiento, el día de la noche, ¡es incalculable! Me parecía que era la muerte misma que acababa de sorprenderme... Tendí las manos á mi hija, que divisaba todavía á través de un velo de sangre; intenté balbucear su nombre, tocarla, bendecirla; pero me faltaron las fuerzas: todo desapareció y me desmayé.

—¡Oh! ¡Pobre padre mío!—murmuró Lieschen.

—Ignoro el tiempo que permanecí desvanecido; lo que sé, pobre hija mía, es que al abrir los ojos á la pura luz del cielo, era más digno de lástima que cuando había creído cerrarlos para siempre; ¡me dió más pena resignarme á vivir que la que hubiera tenido decidiéndome á morir!... ¡Oh! ¡Era realmente la guerra, la guerra con todos sus horrores! ¡La guerra seguida por su cortejo de crímenes! Me hallaron tendido entre los muertos, con un fusil en la mano, y me respetaron porque me creyeron muerto. La casita blanca quedaba reducida á un montón de cenizas y restos humeantes; ¡el pueblo era una extensa ruina! Ha-

bía sangre por todas partes, en los surcos de los campos, en el arroyo de la calle, ¡y hasta en el tabernáculo del Señor! ¡Allí fué donde encontré á tu hermana, pálida, extrañada, moribunda y más desdichada, mi pobre hija, que si la hubieran muerto!

—¡Padre mío, padre mío!—exclamó Lieschen, rompiendo á llorar.

—Después de todo,—prosiguió el pastor, con acento de amarga tristeza,—después de todo dicen que fué una hermosa batalla, y que hizo honor tanto á los que atacaron como á los que se resistieron... Yo dejé que mi herida se curase por sí misma; pero no ocurrió lo mismo con tu hermana: cuidados, cariño, afección, nada pudieron sobre ella; en vano fué dejar la Baviera por la Westfalia, luego la Westfalia por el gran ducado de Baden, trocar mi nombre de Stiller por el de Waldeck: nada pudo devolverla á la vida, y como yo, tú la viste palidecer, doblarse, perder cada día un soplo, un aliento, una sonrisa, hasta que, al fin, ¡el 16 de octubre de 1812, murió perdonando!

—¡Pobre hermana!—murmuró Lieschen.

—¿No comprendes ahora por qué Gretchen, la prometida de Staps, no quiso casarse con el estudiante de Heidelberg, ni con el hijo del banquero de Francfort, ni con el conde Rodolfo de Offenburgo? ¡Porque había sido deshonrada por el capitán Richard!

—¡Ah!—exclamó Lieschen, exhalando un grito de dolor.

—¿Qué?—preguntó el anciano.

—¿Por el capitán Richard?—repitió la joven.

—¡Sí! ¡Por el capitán Richard! Es el nombre del miserable que nos hizo vestir de luto, á ti por un año, hija mía, pues á tu edad el duelo es efímero, pero á mí ¡por toda la vida!

—¡Ah! ¡Dios mío, Dios mío!—murmuró Lieschen, abrumada por el peso del nombre que acababa de oír.

—Así es que yo,—prosiguió el pastor,—yo, símbolo de paz; yo, humilde siervo del Señor; yo, consagrado para perdonar y bendecir, sólo pido á Dios una cosa: ¡y es que su cólera no haga cruzar á ese hombre por mi camino, porque podría equivocarme y creerlo justicia suya!

—¡Padre, por piedad!

Y abajó los brazos de su padre, que había levantado al cielo para pedir venganza.

—Sí, tienes razón, hija mía,—dijo el pastor;—no pen-

semos más en ello, ó al menos no pensemos con el corazón iracundo, con alma rebosando odio... ¿Está pronta la cena? Pues bien: sentémonos á la mesa; en esta mesa, donde ha quedado un lugar vacío entre tú y yo: el de la pobre Margarita...

Y el anciano se sentó; pero en lugar de comer, dejó caer la cabeza entre sus manos.

Lieschen, apoyada en el respaldo de la silla situada enfrente de su padre, le miraba con profunda tristeza, cuando resonó un tiro á poca distancia; casi al mismo tiempo oyéronse pasos apresurados, y luego la puerta del patio que se abría con violencia.

Lieschen dió un grito.

El pastor se volvió y se halló cara á cara con el joven que hemos visto, hace pocos instantes, despedirse de la niña.

—¡Es él, padre mío!—murmuró Lieschen.

—Entrad,—dijo el viejo.

—Estoy perseguido, señor pastor. ¿Queréis salvarme por segunda vez?—preguntó el fugitivo.

—Entrad pronto, y sentaos á la mesa conmigo... Lieschen, un cubierto, ¡en seguidal... ¿Habláis alemán, caballero?

—Sí,—respondió el joven.

—Pues bien: sois huésped nuestro. ¡Calma y sangre fría! Tal vez haya medio de salvaros.

El joven se sentó á la mesa del pastor, en aquel sitio que minutos antes el padre echaba de menos á su hija Margarita.

Lieschen puso rápidamente un cubierto ante él, y se sentó murmurando:

—¡Oh! ¡Dios mío! ¿Es vuestra cólera ó vuestra misericordia la que le conduce á este sitio?

Al mismo tiempo, un hombre vestido con el uniforme de sargento de gendarmes, apoyó los codos en el antepecho de la ventana, que había quedado abierta, y, mientras la mitad de su cuerpo permanecía fuera, su semblante socarrón penetró en la sala, midiendo con la mirada la mesita y los tres comensales.

—¡Oh!—dijo en voz baja Lieschen.—¡El sargento Schlick! ¡Estamos perdidos!

Pero, por el contrario, el sargento, que causaba tan grande espanto á la pobre Lieschen, no parecía animado

de ninguna intención hostil; quitóse cortésmente el sombrero y, dirigiéndose al pastor:

—¡Buen apetito, señor Waldeck, con la compañía!— dijo.

Richard lanzó una rápida ojeada al gendarme, y le pareció recordar que había visto aquel rostro.

En cuanto al pastor, se volvió, imprimiendo á su fisonomía una calma que estaba muy lejos de su corazón.

—¿Quién es?—preguntó.

—No os incomodéis, señor pastor; soy yo, el sargento Schlick, para servirlos.

El nombre del gendarme, lo mismo que el semblante, no eran desconocidos al capitán; sin embargo, no acertaba á recordar dónde había visto el uno y oído el otro. Por su parte, el sargento Schlick miraba al capitán con una fijeza que probaba que su memoria era, por lo menos, tan buena como la del oficial francés, si no era mejor.

Pasados algunos segundos de examen, el gendarme hizo un ademán con la cabeza, como indicando que todas sus dudas, si las había tenido, quedaban desvanecidas.

—El burgomaestre me ha recomendado,—dijo,—que guardase con vos las mayores consideraciones, señor pastor; ya veis que lo hago así... ¿Puedo entrar?

El pastor miró al capitán con aire que significaba: «¡Aplomo, ó estáis perdido!»

Luego, al brigadier:

—Sin duda,—dijo,—podéis entrar; no hay ningún impedimento.

Y añadió:

—Levántate, Lieschen, y alumbrá al señor Schlick.

Lieschen se levantó y, tomando el velón con mano temblorosa, se dispuso á alumbrar al sargento; pero en el mismo instante éste atravesó la ventana á horcajadas, diciendo á la niña:

—¡Oh! ¡No os mováis, mi buena señorita! ¡Las ventanas son nuestras puertas.

Lieschen se volvió al francés, quien estaba tranquilo y parecía un actor perfectamente extraño á la escena que se desarrollaba y á la que se estaba preparando.

—¡Bienvenido seáis, señor Schlick!—dijo el pastor con voz bastante segura.

Lieschen estaba tan pálida que dió lástima al gendarme.

—Señorita,—dijo,—estáis muy pálida, y como vuestra

palidez puede naturalmente atribuirse á mi inesperada aparición, quiero probaros inmediatamente que no soy tan malo como parezco.

Y mientras decía esto no perdía de vista al francés, quien, por su parte, de buen talante, apoyó el codo sobre la mesa, la barba en la mano y miró al gendarme con ojos, si no tan curiosos, por lo menos tan tranquilos como los que le miraban.

—¡Oh! Sargento,—respondió el pastor, desechando el argumento de Schlick acerca su aparente malignidad:— ¡muy al contrario! Y os he tenido siempre por una excelente persona.

Lieschen hizo un esfuerzo por sonreír.

—Señor Schlick,—dijo la muchacha,—os he oído con frecuencia disputar con mi padre.

—¡Disputar, señorita!—exclamó Schlick.—¿Disputar con un santo tan sabio como el señor Waldeck? ¡No creo haber cometido jamás semejante impertinencia!

—¡Oh! Sí, señor Schlick,—insistió Lieschen;—y os diré además á propósito de qué, si lo deseáis.

—¡Vaya si lo deseo! Decid, señorita.

—A propósito de los franceses, señor Schlick.

—¡Ah! ¡En este caso es posible! En tratando de franceses, soy intratable: adoro á los franceses, tanto como los detesta el señor Waldeck. ¿Miento acaso, señor Waldeck?

—No; decís la pura verdad, señor Schlick.

—¡Oh!—prosiguió el gendarme.—¡Han debido haceros alguna atroz afrenta los franceses, durante las últimas guerras de Alemania! Por otra parte, ¿no estabais entonces en Westfalia ó en Baviera? Y en ambos países, sobre todo en Baviera, ¡la cosa ardía! Lo puedo decir con conocimiento, porque yo estaba.

—¿Estabais allí?—preguntó el pastor con cierto interés.

—¡Oh! Sí, Dios me valga... Y hasta mi presencia en el ejército de S. M. el emperador y rey dió lugar á muchos comentarios que es necesario combatir... ¿No los oísteis alguna vez, señor Waldeck?

—No, jamás...

—Pues bien: dicen —las malas lenguas, por supuesto,— dicen que me aprovechaba de mi habilidad no sólo en hablar francés y alemán —lo que no tiene nada de extraño viviendo en un país fronterizo—, sino también los diferentes dialectos de los demás países, como el tirolés, el lituano y el húngaro, para viajar de un lado á otro y

dar cuenta al emperador Napoleón de lo que había visto. Añádese que existía un contrato entre el príncipe de Neuchâtel y yo, y que, según la importancia de mis noticias, me daba una suma más ó menos fuerte.

—¡Oh!—dijo ingenuamente Lieschen.—Si esto fuese así, equivaldría á llamarse espía.

—¡Precisamente, señorita! Y esto es lo que dicen las malas lenguas; pero yo sostengo que viajaba por curiosidad, que contaba lo que veía por indiscreción, y que el emperador, que se divertía con mi charla, me daba dinero por generosidad.

—¡Ah!—exclamó el pastor.

—Y como que el emperador Napoleón era muy generoso,—prosiguió el sargento,—recuerdo que un día realicé, con un joven oficial de cazadores de la guardia que me dieron por compañero, una diligencia muy peligrosa, ¡por vida mía!... ¿Queréis que os la explique, señor pastor?

—Ciertamente, señor Schlick; poco me gustan las historias del emperador Napoleón; pero las vuestras ¡son tan divertidas!

—Sin embargo,—observó Schlick, designando al capitán,—si el señor no hablase el alemán...

—¿Qué haríais?—preguntó Lieschen.

—La podría explicar en francés.

—No os incomodéis por mí, señor sargento,—dijo en excelente alemán el capitán, que aun no había abierto boca;—ya veis que soy digno de oiros.

—¡Oh! Entonces, puesto que nos hallamos entre compatriotas,—dijo Schlick,—prosigo. Pues bien, señor Waldeck: tratábase, nada menos, de que el oficial de cazadores y yo penetráramos en las ruinas de un viejo castillo, donde se celebraban las reuniones de los modernos jueces francos...

—¿En Abensberg?—preguntó el pastor.

—¡Toma, precisamente! ¿Conocéis Abensberg, señor Waldeck?

—He vivido allí por algún tiempo,—respondió con indiferencia el pastor.

—Pues bien: tratábase de penetrar en las ruinas del antiguo castillo de Abensberg, y afiliarnos á la sociedad, para enterarnos de las intenciones de sus miembros. Nos afiliamos, pues, el oficial de cazadores y yo —ó mejor, yo ya estaba afiliado—, y pudimos contar, al día siguiente, una historia tan interesante al príncipe de Neuchâtel, que,

en nombre del emperador, á quien divirtió mucho la historia, según parece, el general en jefe me dió cien napoleones.

—¡Hermosa suma, señor Schlick!—dijo el pastor.—Debéis ser rico, si pudisteis contar, durante vuestra vida, algunas historias tan interesantes como aquella.

—No se puede ser rico, señor pastor, cuando se tiene mujer y una hija á la que hay que formar una dote.

—Comprendo, y esto os ha hecho prescindir de escrúpulos de nacionalidad.

—¿Qué escrúpulos, señor pastor?

—Al fin sois alemán, y sirviendo al emperador...

—¡Alemán!... ¿Estáis muy seguro, señor pastor?

—¡Diantre!

—Yo soy badense.

—¿Pues?...

—Pues ¿acaso el gran ducado de Baden sabe él mismo con certidumbre lo que es, señor Waldeck? Yo no he de ser más terco que él, ¡soy badense! Así es que empecé, como el gran ducado de Baden, por ser alemán; luego, cuando el gran ducado de Baden se hizo francés ó poco menos, yo fui como el gran ducado de Baden. Pero ahora todo se vuelve confusión en Europa, y el congreso nos zurce la confederación del Rhin bajo un nuevo patrón; de manera que el gran ducado de Baden, por más que está regido por una princesa francesa, vuelve á ser un pedazo de Alemania; y como soy un pedazo del gran ducado, es claro, ¡vuelvo á ser alemán!

—¿De modo que, señor Schlick...?—preguntó el pastor, mirando fijamente al gendarme, para adivinar á dónde pararía.

—De modo que, señor Waldeck, no sabiendo con seguridad lo que soy, he tomado el partido, para orientarme, de entrar en la gendarmería, con lo que no soy alemán ni francés: soy gendarme, para serviros, como dicen mis amigos los franceses.

—¿Y la conclusión, señor Schlick?

—¿La conclusión?... ¡Ah! ¿Queréis saber la conclusión?

Y lanzó una rápida ojeada al comensal del pastor, para ver si era de la misma opinión que su huésped; el capitán permaneció impassible.

—¡Dios mío!—murmuró la joven, que comprendía que la situación se acercaba al desenlace.

—¡La conclusión es ésta!—prosiguió Schlick.—Aquí me tenéis hecho un gendarme de las espuelas al tricornio; además, sargento hasta la médula, y, en esta calidad, encargado de perseguir y detener á un francés fugitivo, ex soldado del *otro*, que conspiró á favor de *ése*, y que, para evitar las consecuencias de una condena á muerte, ha tomado el portante, refugiándose en el gran ducado de Baden.

—¿Cómo llamáis á ese francés?—preguntó el pastor.

—¡Oh!—exclamó para sí la joven, temiendo el golpe que iba á dar á su padre el nombre pronunciado por el gendarme.

—¡Por vida mía!—dijo Schlick.—Hasta el presente se han olvidado de decirme el nombre, contentándose con las señas.

Luego, mirando al capitán:

—Y las señas,—prosiguió,—son éstas: «Ojos azules, pelo rubio, tez pálida, boca mediana, dientes blancos, estatura cinco pies y cuatro pulgadas, edad veintiocho ó treinta años».

El pastor, á pesar del temor que le embargaba, tal vez á causa de ese mismo temor, miró rápidamente á su huésped. Lieschen no tenía necesidad de mirarle para saber si las señas correspondían en sus menores detalles. El pastor, sin embargo, viendo que hasta entonces no había nada absolutamente hostil ni en la mirada ni en el acento del brigadier, se animó y, mientras hacía seña al joven de que no se denunciara:

—Pero todo esto, señor Schlick,—dijo,—no nos explica...

—El objeto de mi visita, ¿no es cierto, señor pastor? Ahora os lo diré; estad tranquilo. Imaginaos que hace tres días vigilamos al muchacho, sin poderle echar la mano encima, aunque sabemos positivamente que vaga por los alrededores; pero esta noche, uno de mis hombres ha visto á un ciudadano que se deslizaba suavemente á lo largo de un vallado; le ha parecido reconocer al individuo y le ha atajado el camino con su carabina; el otro se ha echado atrás; mi gendarme se ha puesto en su persecución, é iba á cogerle, cuando, al llegar á la pared de vuestro jardín, el mozo, que parece ducho en gimnástica, ha saltado sobre un guardarruedas, del guardarruedas al muro y del muro á vuestro jardín. Entonces, mi hombre le ha disparado un tiro, menos con la esperanza de acertarlo que con la de

avisarnos que algo nuevo ocurría. En efecto: hemos acudido al teatro del suceso y hemos encontrado al gendarme que volvía á cargar su carabina, quien nos ha contado lo que acabo de decir, y venimos á preguntaros, señor pastor, si por casualidad habéis visto al francés que perseguimos.

—¿Yo?—profirió el pastor.

—Y si lo ocultáis en vuestra casa.

—¿Cómo podéis suponer, mi querido Schlick, que con el odio que tengo á la gente de su nación...?

—¡Vaya!—exclamó el brigadier.—Es lo que he dicho á mis camaradas.

—¡Oh! ¿De veras?—profirió Lieschen, que empezaba á respirar.

—Lo he dicho á mis camaradas,—prosiguió el gendarme, que parecía dispuesto á hacer pasar á sus oyentes por todas las alternativas de esperanza y temor;—pero, entre mí, me he dicho: «¡Bah! ¡El señor pastor es tan bueno, que es capaz de haber olvidado su odio, y de dar hospitalidad hasta á su mayor enemigo!»

—Señor Schlick, registrad mi casa, y si halláis á vuestro hombre, prendedlo, yo os lo permito.

—¡Oh!—respondió Schlick, con los ojos fijos en el huésped del pastor.—Del momento que no está aquí el que busco, es inútil que lo busque en otra parte.

Y realizó lo que en términos de teatro se llama una salida falsa; pero el pastor no se dejó caer en el lazo.

—Señor Schlick,—dijo,—¿nos dejaréis sin beber antes con nosotros un vaso de vino del Rhin?

—¿Yo, señor pastor? Con mucho gusto,—dijo Schlick.—Esto me proporcionará ocasión para dedicar un brindis á mis antiguos compañeros los franceses.

—Ve, hija mía,—dijo el pastor á Lieschen,—y tráenos del mejor.

La joven se levantó tambaleándose, y tomó una vela para encenderla en el velón; pero el que, siendo objeto de aquella turbación, parecía el más tranquilo de todos, le tomó de la mano la bujía, la encendió y se la devolvió.

La joven se fué lanzando hacia atrás una intensa mirada de inquietud.

XXII

El primo Neumann

El sargento Schlick siguió con la vista á Lieschen, hasta que desapareció.

—Sí,—dijo como hablando consigo mismo;—comprendo que esa niña quisiera quedarse y marcharse á un tiempo; adivina que voy á aprovecharme de su ausencia para atreverme á haceros algunas preguntas, mi querido señor Waldeck, que no quería hacer delante de ella.

—¿Qué preguntas deseáis hacerme, señor Schlick?—dijo el pastor, comprendiendo que había llegado el momento supremo.

—Por de pronto, con vuestro permiso, como dicen al otro lado del Rin, voy á preguntaros rápidamente, para no asustar á la buena señorita Lieschen, que tan inquieta se ha marchado, voy á preguntaros qué hace aquí este señor.

—Ya lo veis. ¡Digo! El señor cena con nosotros.

—Sí, tenéis razón, y en cuanto á esto lo veo perfectamente; era un modo de hablar. No quería preguntar lo que hace este señor, sino quién es.

—¿No conocéis al señor?—replicó el pastor.

—No,—respondió Schlick;—pero deseo conocerle.

Y Schlick se inclinó.

El extranjero volvió la cabeza con un ademán de impaciencia que significaba claramente: «¿A qué esta comedia que me humilla y me cansa? Dejad que me entregue.» Pero el pastor, que, sin duda, sabía mejor que aquél cómo había que tratar al sargento Schlick, hizo seña á su huésped de que tuviera paciencia unos momentos más.

—Ya sabéis, señor Schlick,—dijo,—que antes de vivir en Wolfach...

—Sí, señor pastor: habéis vivido en Westfalia y en Baviera; ya me habéis hecho el honor de contármelo.

—Pues bien: parte de mi familia se quedó en Baviera.

—¿En Abensberg?

—Precisamente.

—¿Y el señor es pariente vuestro?

—Es el hijo de mi hermana, mi sobrino Neumann,—respondió el pastor, mintiendo á su pesar, por más santo que fuera el motivo que le impelía á mentir.

—¿Y viene...?—preguntó el gendarme.

—¿Quién sabe?—respondió el pastor, tratando de sonreír.

—Sí, comprendo,—dijo Schlick;—un matrimonio á la vista: el primo Neumann viene para casarse con la prima Lieschen... Señor Neumann, os felicito de todo corazón.

El falso Neumann se limitó á inclinarse.

Mas aquello no bastaba, al parecer, al sargento Schlick; pues, acercándose al joven:

—Venga esa mano, señor mío,—dijo.

El joven le dió la mano, pero frunciendo las cejas de modo tan significativo, que el pastor cruzó con él una mirada casi imperativa para obligarle á proseguir representando aquella comedia; no obstante, su mano permaneció perfectamente tranquila y firme en la mano de Schlick, y sus ojos, que se hallaron con los del gendarme, no pestañearon siquiera.

—¡Vamos,—murmuró el sargento,—es un valiente, y no me engañé cuando, hace siete años, le bauticé con el sobrenombre de Ricardo Corazón de León!

Y pronunció estas últimas palabras de modo que el oficial pudo oírlas; pero ya sea que éste no las recordara, sea que las hallara faltas de sentido, hizo semblante de no entenderlas. Por otra parte, en aquel momento, volvió Lieschen, y una parte de la atención del pastor y de su huésped recayó en la niña.

Esta llevaba en la mano una de esas botellas de vidrio rojizo y de cuello prolongado cuya sola forma puede servir de adorno en una mesa; dejó la botella al lado de su padre, y entonces únicamente se atrevió á lanzar una mirada á los varios actores de la escena: era evidente que con aquella mirada trataba de adivinar qué rumbo había tomado la situación durante su ausencia. La placidez de semblante de Schlick la tranquilizó un poco.

El gendarme siguió en el uso de la palabra; y, mirando á Lieschen con aire malicioso:

—En efecto,—dijo,—diez y seis ó diez y siete años, joven y linda...

Y luego, volviéndose al capitán:

—Veintiocho á treinta años,—prosiguió,—ojos azules, pelo castaño, tez pálida, boca mediana, dientes blancos; en cuanto á la estatura, no se puede afirmar; pero si el señor estuviera de pie juraría que tiene unos cinco pies y cuatro pulgadas... ¡Hermosa pareja!

—¡Las señas que ha dicho hace un momento!—murmuraron á una el pastor y Lieschen.

—Me ha reconocido,—se dijo el capitán.

Mientras tanto, el pastor había llenado un vaso de vino para el gendarme; éste lo tomó y, levantándolo:

—¡Por mi vida! Linda señorita,—dijo,—ya que tengo en la mano un vaso de tan buen vino, no puedo resistir: ¡bebo á vuestra salud, á la de vuestro primo Neumann y á vuestro feliz matrimonio!

Lieschen miró alternativamente á su padre y al joven, como para preguntarles qué significaba el brindis.

—¿Qué tal?—preguntó Schlick.—¿No me contestáis? La intención es buena, sin embargo, ¡os lo juro!

—¿A la salud de mi primo Neumann? ¿A mi feliz matrimonio? No lo comprendo,—respondió la joven, no acertando á adivinar lo que habían dicho en su ausencia.

El pastor bajó la cabeza.

Era más de lo que podía soportar el oficial; se levantó y, en francés:

—Señor sargento,—dijo, dirigiéndose al gendarme,—es inútil prolongar esta comedia por más tiempo; yo soy el hombre que buscáis.

Pero el brigadier le puso una mano en el hombro y, haciéndole sentar otra vez:

—¡Callaos!—le dijo á media voz.—Me acuerdo que he sido francés, y bebo á la salud del primo Neumann, novio de la simpática señorita Lieschen, y nada más.

Luego, levantando la voz:

—Así, pues, ¡á la salud del primo Neumann!

—Señor Schlick,—exclamó el pastor,—¡sois un buen hombre!

—¡Callaos de una vez, rayos y truenos!—refunfuó entre dientes el sargento.—Pueden oírnos.

—Es verdad,—dijo Lieschen.

—Sólo deseaba probaros que el hombre que tuvo encargo del general en jefe del emperador Napoleón (y se quitó el tricornio) de darle algunas noticias interesantes, no es un tonto.

—¡Oh! ¡Señor Schlick!—no pudo menos de decir Lieschen.—¡Cuán reconocida os quedo!

—¡Psit!... Y otra vez, entendedlo mejor,—dijo en voz baja el sargento,—no siempre toparéis con el buen hombre de Schlick... Ahora,—añadió en alta voz,—puedo decir á mis camaradas que donde esperaba hallar un cons-

pirador he encontrado un novio; sólo que,—prosiguió, bajando la voz otra vez,—aconsejo al novio que vaya á casarse á otra parte.

—¡Oh! ¡Querido señor Schlick!—murmuró la joven uniendo las manos en ademán de gratitud.

—¡Silencio!—siguió diciendo el gendarme;—y ocultad al señor donde queráis, poco importa, pero ocultarle, y que no salga hasta que se haya acostado todo el mundo. Ahora ¡buenas noches, señor pastor! ¡Buenas noches, señorita Lieschen! ¡Buenas noches, primo Neumann!

Y, después de haber hecho el último saludo, acompañado por una señal de inteligencia, el sargento salió.

Los actores de la escena semicómica, semidramática que acababa de pasar, siguieron al gendarme con la vista hasta que se hubo cerrado la puerta detrás de él; luego, sin decir una palabra, pero con el pecho jadeante, el pastor fué á cerrar los postigos y la ventana por la que había pasado el sargento: desde allí, por la rendija de los postigos, que mantuvo un instante entreabiertos, vió á éste hablando con sus dos subordinados.

Entre tanto, Lieschen se había acercado al oficial.

—¡Oh! ¡Qué torpe soy!—dijo.—Poco ha faltado para que os perdiera, y con otro que no hubiera sido Schlick ¡estabais perdido!

—Sí,—dijo el pastor;—pero, gracias á ese buen hombre, ¡estáis salvado!

—¡Gracias! ¡Mil veces gracias, padre mío!—dijo el oficial, sonriendo y besando la mano del pastor.

—¡El capitán Richard besando las manos del padre de Margarita!—murmuró Lieschen.—¡Dios mío! ¿Era, pues, vuestra misericordia, y no vuestra ira, la que le ha conducido aquí?

—Ahora, caballero, creedme,—dijo el pastor,—seguid el consejo que os ha dado Schlick.

Luego, mostrándole el cuarto de Margarita:

—Tomad esta llave,—añadió;—subid á ese cuarto y atravesad el umbral con respeto, pues es el cuarto de una pobre mártir... Idos, y esperad allí hasta que os llame.

—Gracias, señor pastor,—dijo el joven;—pero antes dos palabras... Tal vez me vea obligado á huir sin volver á veros, sin tiempo de hablaros.

—¿Qué tenéis que decirme, caballero?—respondió el pastor, quien, á medida que disminuía el peligro, sentía renacer su odio por los franceses.

—Ese hombre, ese gendarme, os ha hecho recordar, hace un momento, que vivisteis en Westfalia...

—Sí.

—Y después en Baviera.

—Y ¿qué más, caballero?

—Ha pronunciado, además, el nombre de la aldea de Abensberg.

—Seguid.

—¿Habéis vivido realmente en Abensberg?

—¡Dios mío! —murmuró Lieschen.—¿Qué es lo que va á decir?

Y se aproximó al joven, dispuesta á detenerle si le veía proseguir el peligroso camino que había emprendido.

—¿En Abensberg,—continuó el capitán,—conocisteis, entre vuestros piadosos colegas, á un digno hombre llamado Stiller?

Lieschen apenas pudo retener una exclamación, y puso la mano en el brazo del joven; pero éste no pareció comprenderla.

—¡Stiller!... ¡Stiller!...—repitió el pastor, mirando al oficial con sorpresa.

—Sí, Stiller.

—Le he conocido,—dijo el pastor.

—Caballero,—murmuró Lieschen, caballero, ¡pensad en el peligro que corréis si desoís los consejos del sargento!

—Una palabra todavía, señorita, ¡por favor!

Y, dirigiéndose al pastor otra vez:

—Señor pastor,—dijo el oficial,—estoy buscando al señor Stiller, á quien debo comunicar un asunto importante. ¿Lo encontraré aún en Abensberg?

—¿Qué queréis de él?—preguntó el pastor con voz conmovida

—Perdonad,—dijo el joven:—se trata de un secreto que no es mío; sólo puedo repetir os mi pregunta.

Y, á pesar de la presión de la mano de Lieschen:

—¿Lo encontraré todavía en Abensberg,—insistió,—ó murió acaso á consecuencia de su herida?

—¡Padre mío!—exclamó la joven, poniéndose un dedo en los labios para suplicar al pastor que guardara silencio.

El pastor hizo un ademán con la cabeza, murmurando:

—Sí, está tranquila, hija mía.

Y, volviéndose al joven:

—El pastor Stiller murió á consecuencia de su herida,—dijo.

—¡Muerto!—exclamó á media voz el joven.—¡Muerto!

Y, levantando la voz:

—Pero ¿tenía una hija?—preguntó.

Lieschen se apoyó en el respaldo de una silla, temiendo que iba á desmayarse.

—Tenía dos, caballero,—respondió el pastor.—¿A cuál os referís?

—A su hija Margarita, señor pastor.

Lieschen apretó ambas manos á la boca para ahogar un grito.

El pastor palideció espantosamente.

—¿Sabéis,—dijo con voz emocionada,—sabéis que tenía una hija llamada Margarita?

—Sí, lo sé, señor pastor.

Luego, vacilando, porque sentía que toda el alma de su hermano, á quien tanto había amado, estaba en la pregunta que iba á hacer:

—Y su hija Margarita,—preguntó,—¿es dichosa?

—¡Oh! ¡Muy dichosa, caballero!—exclamó el pastor.

—Más dichosa que en este mundo: ¡está en el cielo!

—¡Muerta también!—murmuró el joven, bajando la cabeza.

Y, después de un instante de silencio, tomando la bujía de manos de Lieschen:

—Está bien, señor,—dijo,—no tengo más que preguntaros.

Entonces fué el pastor quien, á su vez, hizo ademán de detener á su huésped; pero Lieschen se interpuso.

—Padre mío,—dijo,—¿olvidáis que el señor se ha de ocultar, que su vida peligrará?... ¡En nombre del cielo, caballero,—prosiguió, empujando al joven hacia la escalera,

—en nombre del cielo, no permanezcáis un minuto más aquí, y subid al cuarto de mi hermana!

El joven se detuvo sorprendido.

—Sí, subid,—dijo á media voz.—Y cuando estéis allí, ¡desdichado!, contemplad un retrato que hay entre las dos ventanas... ¡y huid!

El oficial vió el rostro de Lieschen tan alterado, que se resolvió á obedecer, adivinando que en el corazón de la joven y en el del viejo ocurría algo que no se le explicaba, al menos por aquel momento.

Dejóse arrastrar, pues, por la joven, y mientras el an-

ciano miraba ora á Lieschen, ora á su huésped, preguntándose quién podía ser éste, y qué interés le impelía á buscar al pastor Stiller, abrió la puerta y desapareció en el cuarto.

Apenas se hubo cerrado la puerta, Lieschen se sintió exhausta de fuerzas y se dejó caer en una silla.

El pastor corrió hacia ella, y, levantando los ojos al cielo:

—¡Dios mío!—dijo.—¡Gracias á vos he salvado á uno! Ahora me falta salvar á la otra!

Y, tendiendo la mano á Lieschen:

—¡Vamos, hija mía,—prosiguió,—valor!

—¿Que queréis decir, padre mío?—preguntó la niña, levantando vivamente la cabeza.

—¡Quiero decir, pobre hija mía, que amas á ese hombre!

—¿A él?—exclamó Lieschen con terror.

—Sí, á él,—repitió el anciano.

—¡Oh, no, padre mío!—protestó Lieschen.—¡Os juro que os engaños!

—¿Por qué mentir, Lieschen? Ya sabes que es inútil conmigo.

—¡Oh! Yo no miento, padre mío... ó, por lo menos, os juro una cosa.

—¡Juras!

—¡Oh, sí! ¡Sobre la tumba de mi hermana Margarita!

—Y ¿qué es lo que juras tú con tan santo juramento?

—¡Que ese joven no será nunca nada para mí!

—¿No le amas?

—¡No tan sólo no le amo, padre mío, sino que me espanta!

—¿Te espanta?

—¡Padre mío, en nombre del cielo, no hablemos más de él!

—Al contrario, hablemos... ¡Te espanta! ¿Por qué?

—Por nada... ¡Dios mío!... No escuchéis lo que os digo: ¡estoy local!

—¿Acabarás?

En lugar de responder, Lieschen dió un paso atrás, clavando sus asustados ojos en la puerta.

—¡El señor Schlick, padre mío—balbuceó.—¿Qué viene á hacer aquí otra vez?

El pastor se volvió y divisó, efectivamente, al sargento de pie en el umbral.

XXIII

Una cabeza puesta á precio

Schlick mostrábase perplejo, llevaba el mosquete en la mano, lo que denunciaba una intención más hostil que la primera vez, puesto que la primera vez se había presentado sin armas.

El pastor le miró con ojos escrutadores.

—¡Ah, ya!—dijo Schlick.—¿Creíais haberos librado de mí, señor Waldeck? Yo también creía que lo estabais; pero, ya sabéis... ¡el hombre propone y Dios dispone!

—Sí, ya lo sé; pero lo que ignoro...

—Es lo que me trae, lo comprendo... ¡Diantre! Es difícil de decir...

—Decid, señor Schlick.

—Señor pastor: aquí tenéis ante vos el hombre más perplejo, con seguridad, de toda la confederación del Rhin.

—¡Perplejo! ¿Cómo es eso?—preguntó el pastor, mientras que Lieschen, jadeante, aspiraba, en cierto modo, las palabras del sargento, á medida que iban desprendiéndose de sus labios.

—Ya os he dicho, hace poco, que esperaba nuevas instrucciones.

—Sí.

—Pues bien: al volver á mi casa, las he encontrado.

Entonces, aproximándose al pastor:

—¡Parece,—dijo,—que el hombre que buscamos es mucho más peligroso de lo que yo creía!

—¡Dios mío...!—murmuró Lieschen.—¿No hemos terminado aún?

—¿Más peligroso de lo que creíais?—repitió el anciano.

—¡Tan peligroso, señor Waldeck, que su cabeza ha sido puesta á precio!

Lieschen lanzó una rápida ojeada hacia el cuarto; pero, por rápida que fuera, el gendarme la interceptó al paso como hubiera hecho con un reo.

—¡Está bien!—se dijo á sí mismo.—Nuestro hombre no se ha marchado todavía.

—¿Puesta á precio?—preguntó el pastor, que, conociendo el flaco del sargento Schlick por el dinero, comprendió que iba á empezar la lucha.

ciano miraba ora á Lieschen, ora á su huésped, preguntándose quién podía ser éste, y qué interés le impelía á buscar al pastor Stiller, abrió la puerta y desapareció en el cuarto.

Apenas se hubo cerrado la puerta, Lieschen se sintió exhausta de fuerzas y se dejó caer en una silla.

El pastor corrió hacia ella, y, levantando los ojos al cielo:

—¡Dios mío!—dijo.—¡Gracias á vos he salvado á uno! Ahora me falta salvar á la otra!

Y, tendiendo la mano á Lieschen:

—¡Vamos, hija mía,—prosiguió,—valor!

—¿Que queréis decir, padre mío?—preguntó la niña, levantando vivamente la cabeza.

—¡Quiero decir, pobre hija mía, que amas á ese hombre!

—¿A él?—exclamó Lieschen con terror.

—Sí, á él,—repitió el anciano.

—¡Oh, no, padre mío!—protestó Lieschen.—¡Os juro que os engañáis!

—¿Por qué mentir, Lieschen? Ya sabes que es inútil conmigo.

—¡Oh! Yo no miento, padre mío... ó, por lo menos, os juro una cosa.

—¡Juras!

—¡Oh, sí! ¡Sobre la tumba de mi hermana Margarita!

—Y ¿qué es lo que juras tú con tan santo juramento?

—¡Que ese joven no será nunca nada para mí!

—¿No le amas?

—¡No tan sólo no le amo, padre mío, sino que me espanta!

—¿Te espanta?

—¡Padre mío, en nombre del cielo, no hablemos más de él!

—Al contrario, hablemos... ¡Te espanta! ¿Por qué?

—Por nada... ¡Dios mío!... No escuchéis lo que os digo: ¡estoy local!

—¿Acabarás?

En lugar de responder, Lieschen dió un paso atrás, clavando sus asustados ojos en la puerta.

—¡El señor Schlick, padre mío—balbuceó.—¿Qué viene á hacer aquí otra vez?

El pastor se volvió y divisó, efectivamente, al sargento de pie en el umbral.

XXIII

Una cabeza puesta á precio

Schlick mostrábase perplejo, llevaba el mosquete en la mano, lo que denunciaba una intención más hostil que la primera vez, puesto que la primera vez se había presentado sin armas.

El pastor le miró con ojos escrutadores.

—¡Ah, ya!—dijo Schlick.—¿Creíais haberos librado de mí, señor Waldeck? Yo también creía que lo estabais; pero, ya sabéis... ¡el hombre propone y Dios dispone!

—Sí, ya lo sé; pero lo que ignoro...

—Es lo que me trae, lo comprendo... ¡Diantre! Es difícil de decir...

—Decid, señor Schlick.

—Señor pastor: aquí tenéis ante vos el hombre más perplejo, con seguridad, de toda la confederación del Rhin.

—¡Perplejo! ¿Cómo es eso?—preguntó el pastor, mientras que Lieschen, jadeante, aspiraba, en cierto modo, las palabras del sargento, á medida que iban desprendiéndose de sus labios.

—Ya os he dicho, hace poco, que esperaba nuevas instrucciones.

—Sí.

—Pues bien: al volver á mi casa, las he encontrado.

Entonces, aproximándose al pastor:

—¡Parece,—dijo,—que el hombre que buscamos es mucho más peligroso de lo que yo creía!

—¡Dios mío...!—murmuró Lieschen.—¿No hemos terminado aún?

—¿Más peligroso de lo que creíais?—repitió el anciano.

—¡Tan peligroso, señor Waldeck, que su cabeza ha sido puesta á precio!

Lieschen lanzó una rápida ojeada hacia el cuarto; pero, por rápida que fuera, el gendarme la interceptó al paso como hubiera hecho con un reo.

—¡Está bien!—se dijo á sí mismo.—Nuestro hombre no se ha marchado todavía.

—¿Puesta á precio?—preguntó el pastor, que, conociendo el flaco del sargento Schlick por el dinero, comprendió que iba á empezar la lucha.

—¡Dan dos mil thalers nada menos, señor Waldeck!
—¿Así, pues...?—objetó el pastor, dejando en cierto modo el camino libre al gendarme.

—Así, pues, digo que el que lo prenda hará una buena presa; esto es lo que digo.

Lieschen, pálida como una muerta, cruzó una mirada de espanto con su padre.

—Sin contar el ascenso,—añadió el sargento.

—¿El ascenso?—repitió el pastor.

—¡Seguramente! Ya comprenderéis, señor Waldeck, que si es cabo el que arreste al conspirador, será hecho sargento; si es sargento, será subteniente; ahora bien; como no puede dejar de prendérsele...

—Schlick,—exclamó el pastor,—¿qué decís?

—Digo que no puede dejar de prendérsele, señor Waldeck; si no es aquí, será un poco más lejos... Y he vuelto para haceros una observación cuya justicia comprenderéis.

—¿Qué observación?

—Hombre, que vale más que sea yo y no otro el que se gane el premio y el ascenso.

—¡Desdichado!—exclamó el pastor.

Lieschen nada dijo, pero tendió sus dos manos juntas al sargento.

—¡Qué diantre!—prosiguió Schlick.—Uno es gendarme, señor pastor, y dos mil thalers son doce años de paga.

—¡Oh!... Y vos, tan generoso poco antes, señor Schlick, por una miserable suma...

—¡Diablo, señor Waldeck! ¡Qué cosas decís! ¡Dos mil thalers no son una cantidad miserable, y en el tiempo en que contaba historias al general en jefe, me expuse con frecuencia á que me colgaran por quinientos!

—¡Pero, desgraciado!—exclamó el pastor.—¡Ese hombre cuya cabeza ha sido puesto á talla, es uno de vuestros antiguos compañeros de armas!

—¡Vive Dios! bien lo sé,—replicó Schlick, rascándose la oreja,—y esto es lo que me sabe mal.

Lieschen concibió alguna esperanza.

—¿Y le dejaríais fusilar con sangre fría, Schlick?

La joven sintió correr por todo su cuerpo un estremecimiento.

—¡Pardiez! ¡Esto me desespera, señor Waldeck!—respondió el sargento.—Pero, ¡qué queréis!, el dinero es raro en los tiempos que corremos y ya comprenderéis que no tener que subir más que doce escalones para tomar en el

décimotercio un sacó con dos mil thalers... ¡diantre!... ¡es tentador!

Y diciendo esto, el gendarme, para que no le quedara duda alguna al pastor, clavó la mirada en la puerta del cuarto.

—¡Ah! Vos, señor Schlick, vos, ¡un hombre de bien!—murmuró Lieschen.

—¡Bahl! Precisamente, señorita,—dijo Schlick interrumpiéndola,—soy un hombre de bien, puesto que soy gendarme, y mi oficio es prender á las gentes.

—¡Oh! ¡Por muy gendarme que seáis, tenéis corazón!—exclamó la joven.

—Sí, no hay duda, tengo corazón, señorita Lieschen; pero al mismo tiempo tengo esposa á quien mantener, y una hija á quien colocar; y no se casan las hijas sin dote, ya lo sabéis, señor Waldeck, vos que os priváis de todo para reunir una dote para la señorita Lieschen; y los dos mil thalers, ¡qué diantre!, serán la dote de mi hija.

—Olvidáis, señor Schlick, que parte de esa suma corresponde á vuestros compañeros.

—¡Ni tanto así, pues el rescripto dice: «Al que detenga...»! Ahora bien: mis dos compañeros duermen, y no he cuidado de despertarlos. Y como yo solo detendré al conspirador, la prima será para mí solo.

—Padre mío,—murmuró Lieschen al oído del pastor,—¡yo no me casaré nunca!

El pastor miró á la niña con profunda ternura.

—¡Y dices que no le amas!—murmuró.

Luego, volviéndose al gendarme:

—Escuchad, Schlick,—dijo.

—Escucho, señor pastor; pero permitidme que, mientras os escuche, no pierda de vista la puerta... Mirad (y se volvió de cara á la puerta): así estaré perfectamente, y oiré á maravilla.

—¿Os disgusta hacer lo que hacéis, verdad?—preguntó el pastor.

—¡Hasta desesperarme!—respondió el sargento.

—¿Y no es con mala intención si lleváis á un hombre, ex compatriota vuestro, antiguo compañero de armas, al cadalso?

—¡Lo lamentaría siempre, pastor!... ¡siempre!

—De modo que, si pudierais ganar los dos mil thalers sin detener á ese desdichado proscrito...

—No se compra la compasión, señor pastor.

—Alguna vez, señor Schlick.

—¿Quién?

—Aquellos para quienes la piedad es no sólo una virtud, sino un deber.

—¡Oh! ¡Padre mío!—exclamó Lieschen gozosa.

—¿Si, por ejemplo, os diera yo los dos mil thalers!

—¿Vos?

—Sí, yo, para salvar la vida de ese hombre.

—Quedaría el ascenso, señor Waldeck.

—¡Oh! ¡El ascenso no es seguro!

—Pues bien, señor Waldeck: palabra de honor: como yo quisiera hacer un sacrificio por mi parte, sacrificaría el ascenso.

—Y ¿dejaríais escapar al hombre que perseguís?

—Tanto es así, señor Waldeck,—respondió sonriendo el gendarme,—que vuestro hermoso acto me llenaría de tal modo de admiración, que sólo tendríais que indicarme hacia qué lado debería volver la cabeza y decirme cuánto tiempo querriais que permaneciese con los ojos cerrados.

—Hija mía,—dijo el pastor á Lieschen,—toma esta llave... Ya sabes dónde está el dinero.

—¡Padre mío! ¡Padre mío!—exclamó la joven, pegando los labios en la mano del pastor.

—¡Un momento, señor Waldeck!—dijo Schlick.

—¡Qué! ¿Vais á desdeciros?—preguntó el pastor.

—No,—dijo Schlick;—palabra es palabra y el contrato queda mantenido; únicamente deseo que sepáis que no os robo vuestro dinero. Aquí está la orden en cuestión.

Y, dejando sobre la mesa, pero al alcance de su mano, la carabina, de la que no se había desprendido ni un instante, sacó del bolsillo un papel con el sello gubernativo, y leyó:

«Se gratificará con la suma de dos mil thalers á todo agente de la fuerza pública que capture y entregue á la autoridad al capitán Richard...»

—¡Oh!—exclamó Lieschen con desesperación.—¡Todo está perdido!

—¿El capitán Richard?—repitió el pastor palideciendo, al punto que parecía debiese morir.—¿El capitán Richard? ¿No es este nombre, verdad?

—¡Oh! Sí, ¡pardiez!—dijo Schlick.—Con todas sus letras... ¡Leed!

—¡El capitán Richard!—prorrumpió el pastor, lanzándose hacia la carabina que el brigadier había dejado encima

la mesa y agarrándola con tan rápido movimiento que el gendarme no tuvo tiempo de evitarlo.—Entonces no sois vos, sino yo, yo mismo...

Y se precipitó hacia la escalera; pero en el primer escalón encontró arrodillada á Lieschen, quien, abrazándole por la cintura, le gritó:

—¡Padre mío! ¡En nombre de vuestra hija Margarita, que murió perdonando!...

—¡Hola! ¡Hola!—murmuró Schlick.—¿Qué pasa aquí?

Hubo un momento de pausa; luego el pastor dejó escapar lentamente la carabina, que sostenía con la izquierda, y, con la diestra, presentando la llave del armario á Lieschen.

—¡Toma, hija!—dijo.—¡Sigue los impulsos de tu corazón, y hágase la voluntad de Dios!

—¡Oh!—exclamó Lieschen.—¡Padre mío! ¡Padre mío! ¡Os doy todo mi amor! ¡Os doy toda mi vida!

Y entonces fué el pastor el que, casi exhausto á su vez, cayó sin fuerzas en un sillón en presencia del sorprendido gendarme.

Durante aquel tiempo, la puerta del cuarto de Margarita se abrió un instante con rapidez y se cerró lentamente.

—Señor Schlick,—dijo el pastor al cabo de un minuto, y enjugándose la frente, cuyo sudor testificaba la lucha de su alma;—señor Schlick, vais á tener vuestra suma, menos tres thalers; pues de esos tres thalers he hecho limosnas esta mañana, las cuales me han traído fortuna, puesto que esta noche puedo salvar la vida de uno de nuestros semejantes.

—¿Tres thalers?—dijo Schlick.—¡Ah! ¡Por mi vida, señor Waldeck, que no he de hilar tan delgado por una buena acción! Y, sin embargo, ¿cómo explicaré á mi mujer la ausencia de esos tres thalers? Si fuese todavía francés, le diría que me los he comido; pero, como soy alemán, ¡le diré que me los he bebido!

Acababa el sargento esta reflexión, que indicaba el estudio que había hecho de los dos pueblos á que había pertenecido alternativamente, cuando volvió Lieschen, llevando el saco en la mano.

—Aquí está el dinero,—dijo, sofocada por la prisa con que había ido á buscarlo.

—Gracias, señorita,—dijo el sargento, tomando el saco de manos de Lieschen.—Si fuerais menos bonita, sentiría

remordimientos; pero, con una carita como la vuestra, ¡Dios mediante, no se necesita dote!

—Señor Schlick,—dijo gravemente el pastor,—esta vez tengo vuestra palabra!

—¡Oh! ¡Quedad tranquilo, señor Waldeck! Pero, de todos modos, invitat al primo Neumann á que se vuelva de prisa á Abensberg, aunque tengáis que alcanzarle allí con esta hermosa niña para celebrar los desposorios.

Al mismo tiempo que la puerta del patio se cerraba detrás del gendarme, la de la escalera se abría para dejar paso al capitán; pero Lieschen y el anciano no se fijaron en el que salía. Por otra parte, apenas Schlick hubo desaparecido, Lieschen se echó en brazos de su padre, diciendo:

—¡Oh! Padre mío, ¡qué bueno, qué grande sois!

El anciano estrechó á su hija contra su seno con sonrisa profundamente melancólica; luego, separándola suavemente de sí:

—Espera,—dijo;—ahora tengo que llamar á ese hombre...

—Pero ni una palabra, ¿no es verdad, padre mío?—dijo Lieschen.—¡Ni una reconvección!

—¡Oh! No temas, hija mía,—dijo el pastor.—Sin esto, ¿dónde estaría el mérito de lo que he hecho?

Y como levantara la cabeza para llamar al capitán Richard, lo divisó, apoyado en la baranda de la escalera. Toda su sangre le refluyó al corazón.

—¿Estabais ahí, caballero?—preguntó.

—Sí,—dijo el joven;—todo lo he oído, y debo repetir lo que os decía hace un momento vuestra hija: ¡Oh! Señor Stiller, ¡qué bueno, qué grande sois!

—¡Ah! ¿Sabéis entonces quién soy?

—Aquel retrato colgado entre las dos ventanas...

¿Lo habéis reconocido?

El joven sacó del bolsillo un medallón.

—Gracias á esta miniatura, hecha de memoria por mi hermano,—dijo,—y que me dejó al morir, con encargo de buscar al pastor Stiller y á su hija Margarita, á quienes legaba su fortuna, no como un acto de reparación, sino en expiación del mal que les había hecho.

—De modo, caballero,—exclamó jadeante Lieschen,—que ¿el capitán Richard...?

Eramos hermanos, querida Lieschen; dos hermanos gemelos, ambos militares, capitanes ambos, y tan seme-

jantes uno á otro, que sólo nos distinguían por la diferencia de nuestros uniformes, y que Schlick, que había conocido á mi hermano, me ha confundido hace poco con él, como habéis podido ver... Mi hermano fué el culpable, Lieschen, y soy yo quien, después de su muerte, me encargué de pedir os vuestro perdón.

—¡Oh! ¡Padre mío! ¡Padre mío!—murmuró Lieschen, dejándose caer, con las manos juntas, á los pies de su padre.

* * *

Ocho días después, el pastor Stiller recibía una carta, fechada en Amsterdam, que contenía estas únicas palabras:

«Venid cuanto antes con Lieschen, ¡padre mío! Ya estoy en seguridad.

»LUIS RICHARD.»

FIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA

